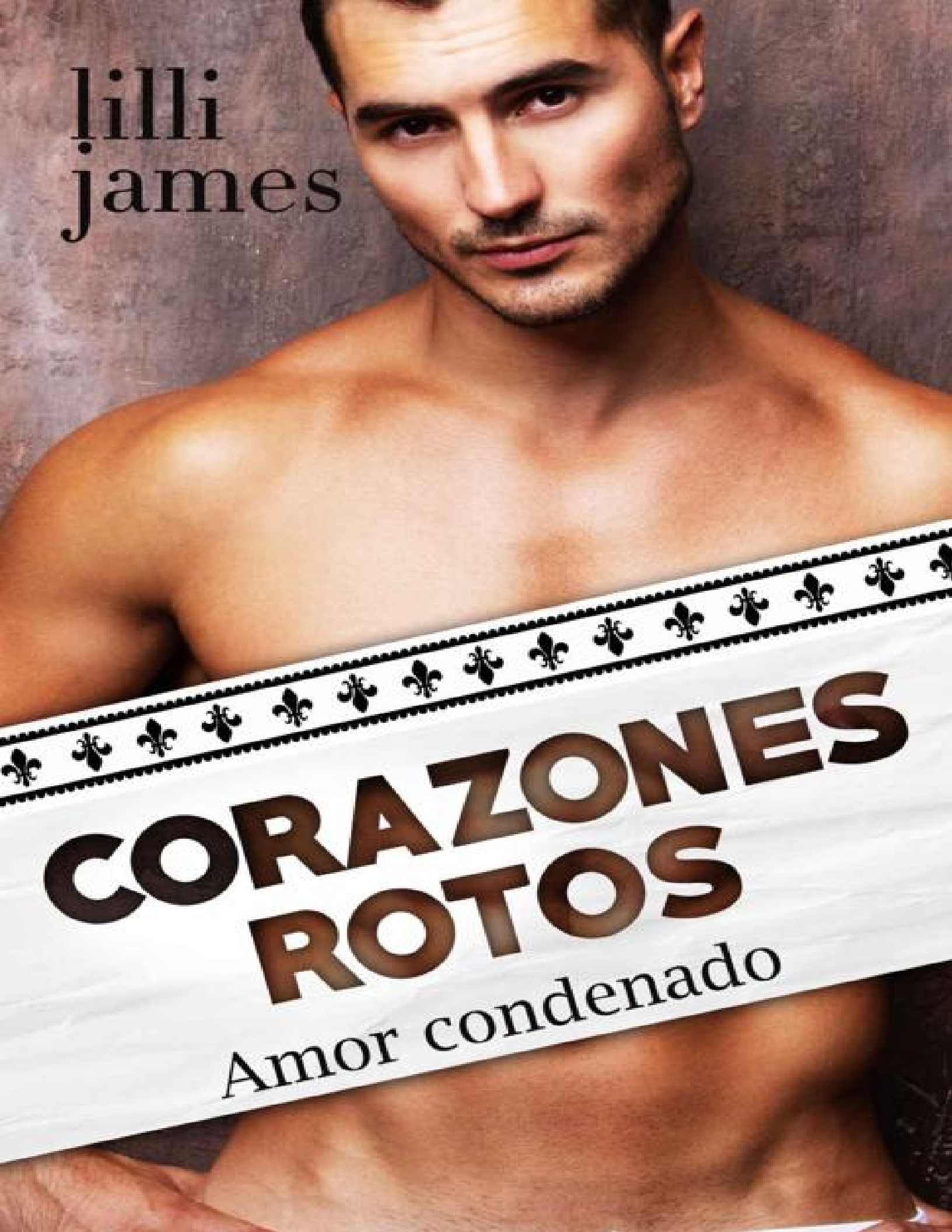




lilli
james

**CORAZONES
ROTOS**

Amor condenado

Lilli James
Corazones rotos:
Amor fatal
1ª edición 2023

Diseño de portada: Luv & Lee Publishing
Edición: Luv & Lee Publishing

Para obtener libros gratuitos de Lilli James, visita
www.lilli-james.us

Para estar al día, sígueme en mi página de autora de Amazon:
<https://www.amazon.de/Lilli-James/e/B09SJ4KN9D>

Todos los derechos reservados. Prohibida la reimpresión total o parcial. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, duplicada o distribuida en forma alguna sin permiso escrito del autor. Este libro es pura ficción. Todas las acciones y personas descritas en este libro son ficticias. Cualquier parecido con personas vivas o fallecidas sería casual y no intencionado.

Este libro contiene escenas explícitas y no es apto para lectores menores de 18 años.

LUV & LEE PUBLISHING LLC
2880W Oakland Park Blvd Suite 2250
Oakland Park, FL. US 33311

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Continuar leyendo](#)

Capítulo 1

Mia

El techo blanco del piso de soltero de Joey se extendía sobre mí. Detalles así de insignificantes me llamaron la atención, mientras reflexionaba sobre la larga lista de correos electrónicos sin contestar que me estarían esperando cuando volviera a la oficina. Entre otras cosas, pasé el fin de semana ignorando a un persistente representante farmacéutico que llevaba un mes intentando contactarme. Pero ahora sí que había llegado el momento de reaccionar. El fuerte chirrido del somier me hizo pensar en el hombre que estaba a los pies de la cama, entre mis piernas. Me agarró con fuerza de las caderas y mis nalgas se levantaron del colchón mientras Joey me penetraba una y otra vez. Sus movimientos eran cada vez más rápidos y erráticos. Casi lo había conseguido. Le molestaba que yo no llegara al clímax, pero hoy no estaba de humor. No estaba de humor para esto. Tampoco me apetecía su pequeña vivienda de estudiante, ni el viejo colchón de los días de universidad, ni su perfume caro pero insípido que olía intensamente cuando sudaba. Mi cuerpo estaba debajo de él, pero mi mente seguía trabajando, hojeando expedientes de pacientes, programando citas y profundizando en revistas médicas. El día anterior me anunció a bombo y platillo que por la tarde saldría a tomar algo con sus compañeros de trabajo. Todo cambió de repente. La cita con sus colegas no se materializó, así que yo tuve que pasar la tarde con él. Me marché enfadada de la consulta del médico y de todo el trabajo pendiente. El hecho de que considerara mi trabajo menos importante que el suyo me hacía enfadar bastante.

No es que Joey fuera malo en la cama, pero tampoco era especialmente bueno. El sexo estaba bien y Joey también, en general. Era atento, siempre preguntando por mí y por mi día. También era atractivo con sus ojos color avellana y su pelo rubio un poco más largo. Su buena forma física, su forma de vestir y sus modales agradables lo completaban. Joey era propietario de un par de pequeñas galerías de arte y le gustaba presentarme en las fiestas, lo que me hacía sentir deseada y apreciada. Por desgracia, también tendía a ser un poco necesitado, una cualidad con la que podía vivir. Yo también podía. Siempre y cuando él pudiera vivir conmigo siendo un poco distraída a veces. Como ahora.

Comparado con los otros chicos con los que salí, Joey era un príncipe. A lo largo de la universidad, fui de una aventura amorosa trágica a otra. Todos los chicos con los que salí parecían geniales al principio y luego siempre se convertían en el chico indiferente y desmotivado del que mi madre siempre me advirtió. Joey no era así, así que pasé por alto su personalidad despistada y me centré en sus buenas cualidades. Me encantó que por fin se mudara conmigo. Hacía mucho tiempo que terminé la universidad y ya era una cardiocirujana con consulta propia. Ya era hora de que yo también tuviera una relación adulta.

Cuando se corrió, sus dedos se clavaron con más fuerza en mis caderas por la tensión. Luego, sonriendo, se separó y me soltó. Jadeé y gemí de placer, pero en cuanto se apartó de la cama para ocuparse del preservativo, yo ya estaba buscando mi ropa. Estaba bien que Joey fuera el tipo de hombre que hacía que una mujer se sintiera deseada. Pero a veces no me preguntaba lo que yo realmente quería. Entonces, yo sólo quería volver al trabajo.

Me puse rápidamente la ropa interior y el sujetador y, cuando Joey volvió del baño, ya tenía puestos los vaqueros y la camiseta de tirantes. Me vio ponerme los zapatos y su sonrisa se transformó en ceño fruncido.

"¿Te vas a ir así, Mia?", me preguntó. Siempre había algo quejumbroso en su voz cuando quería algo de mí o cuando le había decepcionado. Últimamente eso parecía ocurrir cada vez con más frecuencia. Estar desnudo en medio de su piso no le hacía parecer menos indefenso y dependiente.

"Tengo que volver a la oficina", le expliqué mientras recogía los calcetines del suelo y los metía en el bolso. "Pero puedes venir después del trabajo".

"Pero está al otro lado de la ciudad", se quejó Joey, cada vez más alto. "Y el tráfico es terrible antes de las ocho".

Me pasé los dedos por el pelo, intentando poner un poco de orden en las ondas castañas. Luego me giré hacia él con una sonrisa, intentando no parecer demasiado estresada. "Bueno, a partir de la semana que viene, eso no será un problema".

La expresión triste de Joey se transformó en una de confusión. "¿Qué pasará la semana que viene?".

Resistí el impulso de gemir. Por los pelos.

"Te vas a mudar. ¿Recuerdas?", pregunté. "El mes pasado me dijiste que no podías mudarte conmigo porque realmente necesitabas visitar a tu familia, pero que este mes...".

De nuevo su expresión cambió, dándome una pausa. Lo sabía muy bien. Estaba a punto de presentarme una nueva excusa de por qué no podía mudarse conmigo o no estaba preparado para dar ese paso todavía. Eran siempre las mismas excusas que venía escuchando desde hacía meses. No entendía sus dudas. Claro, sólo llevábamos un año juntos. Sin embargo, éramos adultos y no adolescentes enamorados que se precipitaban en una relación que pronto volvería a esfumarse. En realidad, deberíamos ser lo bastante competentes para saber lo que queríamos en una relación. Podría funcionar. Pero Joey no parecía querer intentarlo.

"Bueno, no sé, Mia...", respondió Joey, con la mirada fija en el suelo. No quería mirarme a los ojos.

"Joey. Llevas meses diciéndome que te vas a mudar conmigo. No puedes seguir viviendo en esta pensión de mala muerte. Cualquier chico de fraternidad viviría aquí. Un estudiante de veinte años, no un hombre de treinta". Intenté controlarme -Joey no se tomaba bien las críticas-, pero seguía sintiendo que la frustración hervía en mi interior.

En lugar de hacer su habitual acto de cachorro, para mi sorpresa pareció enfadarse. Cogió sus pantalones de la cama, metió una pierna y luego la otra mientras su cara se volvió de un rojo furioso.

"¿Qué?", pregunté, cruzando los brazos delante del pecho, "¿Por qué estás tan enfadado ahora?".

"Te crees muy mayor. Crees que sólo porque eres médico puedes anteponer tu carrera a nuestra relación", me dijo. "¿Alguna vez pensaste que tal vez no quiero mudarme contigo? ¿Que tal vez dude en comprometerme porque no te esfuerzas en absoluto por pasar tiempo conmigo?".

Sorprendida, me quedé mirándole. ¿De qué estaba hablando? "¿Estás de broma? Mi trabajo es mi vida, Joey. Tú lo sabes. Lo sabías cuando nos conocimos. Sabías que tenía que trabajar horas extras y turnos extra. Soy médico. Y en las relaciones, tienes que hacer sacrificios. Lo único que te he pedido es que aguantes mi trabajo y lo ocupada que estoy. Si te mudaras, *podría* pasar más tiempo contigo". La ira y la rabia me pusieron al rojo vivo.

"¡Eso no es verdad y lo sabes!", replicó Joey rugiendo. "Dices eso, pero estás tan distraída con tu trabajo como siempre, llegando tarde a casa todas las noches aunque prometiste que haríamos planes y saldríamos. Tienes una fijación irracional con el trabajo. Como si no hubiera nada más

importante en el mundo".

"Salvo vidas, Joey", repliqué. ¿Tenía que justificarle mi trabajo? Levantó los brazos. "¡Salvar vidas no te devuelve a tu padre, Mia!". Se me cortó la respiración y me puse tan pálida como la pared al oír esas palabras. Nunca le había hablado a nadie de mi padre, pero quería construir algo real entre Joey y yo. Eso significaba abrirme a él y permitirme ser vulnerable. Así que le hablé a Joey de mi padre y de cómo su infarto fue el catalizador de mi deseo de ser médica. Su muerte orientó mi vida hacia la medicina. Desde entonces me había arrepentido de contárselo a Joey, no porque él hubiera sacado el tema o lo hubiera utilizado en mi contra -hasta ahora-, sino simplemente porque no me gustaba sentirme expuesta en una relación. La pérdida de mi padre fue personal y también afectó mi trabajo, pero eso no hizo que mi apego al trabajo fuera irracional. Simplemente le dio más sentido.

El hecho de que Joey utilizara todo esto en mi contra me afectó mucho, porque le había hablado de mi padre en confianza, para que entendiera por qué me apasionaba tanto mi trabajo. Pero ahora me daba cuenta de que Joey no lo entendería. Nunca me entendería a mí ni a mi trabajo.

"¿Sabes qué, Joey? He terminado contigo", grité, incapaz de contenerme más. Marché hacia la puerta y cogí el abrigo del perchero. La percha golpeó contra el suelo, pero no me importó. "Quiero estar con alguien que quiera *todo* de mí, con un hombre que entienda que lo que hago es importante. Y que soy digna de una relación a pesar de todo mi trabajo. Merezco algo mejor".

Sin embargo, después de alcanzar el pomo de la puerta, me giré. Joey parecía muy disgustado. Probablemente estaba demasiado enfadado y dolido para pensar con claridad, y sentí que me temblaban los labios y se me humedecían los ojos. Cuando estaba enfadada, esto me pasaba a menudo y lo odiaba. Porque entonces me sentía como una niña, como una niña asustada.

"Y que mi trabajo no me devuelva a mi padre no significa que no vaya a salvar a otra persona algún día", le solté, apenas capaz de contener las lágrimas. "¡Eso vale unas cuantas reservas para cenar perdidas! Si no quieres verlo, no es mi problema. He terminado contigo".

Entonces me di la vuelta, abrí la puerta de un tirón y corrí hacia mi coche, que estaba aparcado justo delante de la entrada, me metí dentro y cerré la puerta del coche tras de mí. Tiré mis cosas en el asiento del copiloto y me marché antes de que Joey pudiera seguirme o montar una escena en la calle.

La luz del sol de San Francisco era brillante y resplandeciente, pero no encajaba en absoluto con lo que estaba sintiendo. Para calmarme, di unas cuantas vueltas inútiles a la manzana. Luego entré en un aparcamiento. Estaba oscuro y desierto a esas horas. Estaba bastante disgustada por la pelea.

No, no una pelea, una ruptura. Acababa de romper con Joey.

Sólo llevábamos un año juntos y, aparte de su falta de respuesta y algunas discusiones por alguna que otra cita a la que había faltado, las cosas iban bastante bien. No era el príncipe azul, pero tenía un trabajo estable, le gustaba comprarme cosas y salir conmigo. Comparado con la mayoría de los chicos con los que estuve antes, era una gran mejora. No tenía mucho tiempo para salir y conocer gente nueva, así que quería que lo mío con él funcionara.

Pero tal vez tenía razón. Tal vez yo era el problema. Quería un hombre que me prestara atención y me mimara y que entendiera y apreciara mi trabajo, pero probablemente era pedir demasiado. ¿Eran mis ideas demasiado irreales?

Se me saltaron las lágrimas. Bajé el parasol y vi restos oscuros de rímel que se extendían desde mis ojos hasta la barbilla.

"Mierda", dije en voz alta, con voz temblorosa.

Luego rebusqué en el bolso, encontré el teléfono y pulsé el primer contacto que apareció en la pantalla. Me temblaban las manos.

Sonó un par de veces antes de que la dulce voz de Tina sonara al otro lado.

"¡Hola, Mia! ¿Qué tal?"

Sólo con oír la voz de mi compañera de trabajo y mejor amiga me relajé un poco. Después de respirar hondo, ya no me temblaba tanto la voz, pero probablemente Tina seguía notando que había estado llorando.

"Acabo de romper con Joey", dije. Sonaba como una especie de confesión.

¿Me avergonzaba de haber roto con él?

La verdad es que no. Pero sí me avergonzaba de haber hecho fracasar otra relación. Tal vez ése era mi fuerte: las relaciones fallidas.

En realidad, Tina y yo no éramos amigas desde hace tanto tiempo. No crecimos juntas, ni pasamos juntas nuestros salvajes años universitarios. Nos conocimos en el trabajo y congeniamos. Así que ella lo sabía todo sobre mi pasado y yo sabía lo mismo sobre el suyo: todos los desengaños y penas que pasaron antes. Era como si la conociera de toda la vida.

"Cariño", me dijo, "ese tipo no era bueno para ti. Necesitas a alguien que esté a tu altura. Alguien que te entienda, que entienda el trabajo y la pasión que conlleva. Necesitas un hombre de verdad".

"No necesito un hombre", respondí. "Necesito centrarme plenamente en mi trabajo. No puedo cambiar el mundo, o al menos no la imagen de la medicina, si me distrae una relación".

Tina se rio. "Si sigues así, podrías salvar el mundo. Pero también podrías perder la oportunidad de amar a alguien si no te concedes el tiempo y el espacio necesarios para dejar que alguien se acerque de verdad a ti. Además, mereces amar y ser amada. Sólo necesitas encontrar al hombre adecuado".

Sin saber qué responder, me mordí el labio. ¡Cómo me gustaría creerle! Pero al mismo tiempo, sabía que en la vida real no se consigue todo. Tienes el buen trabajo, o el buen marido, o los buenos genes, pero nunca lo tienes todo.

Al menos yo no lo tuve.

Económicamente, estaba más que segura con mi trabajo, pero tenía cuidado de no ser codiciosa. Mi padre me lo enseñó. El dinero es estupendo, pero si no se pone freno a la codicia, lo destruirá todo. La avaricia no sólo tenía que ver con la riqueza financiera. Había otras cosas valiosas en la vida y siempre me resistí a querer demasiado de ellas.

Puede que el amor fuera una de las cosas que no tuve la suerte de tener. Quizá ya tuve suficiente suerte en la vida.

"Escucha", Tina rompió el silencio después de que me hubiera entregado a mis pensamientos durante un minuto. "Joey es un perdedor y es mejor que te libres de él, pero Mia, no renuncies al amor por esto, ¿vale?"

"Hmm", murmuré al teléfono.

"Quiero oírlo de ti", insistió Tina. Aunque podía oír en su voz que me estaba tomando el pelo, sabía que también hablaba en serio. "Yo, Mia Larson, no renunciaré al amor". Como sabía que no podría salir de esta conversación de otra manera, repetí sus palabras con un suspiro.

"Yo, Mia Larson, no renunciaré al amor", declaré.

Al menos no todavía.

Capítulo 2

Daniel

Cinco minutos antes había aparcado el coche. No me bajé, sino que me quedé en la entrada mirando la casa. Era una casa bonita en un barrio tranquilo. Con grandes ventanales a ambos lados de la puerta principal y un extenso césped en la parte trasera del jardín. Parecía una casa suburbana perfecta. Hacía unos años ayudé a Caroline a comprar la casa para que ella y Bella pudieran vivir más cerca de mí y Bella pudiera ir a un buen colegio cuando llegara el momento.

Aunque quería a mi hermana y a mi sobrina y me encantaba pasar tiempo con ellas, a veces todo me resultaba difícil. Para el resto del mundo, yo era un tipo normal. Bueno, quizá no normal, pero sí lo bastante normal para ser un director general y un atleta aficionado de éxito. Nadie me trataba como a un inválido o una carga. Esto me facilitaba bloquear mi enfermedad y olvidar que cualquier pequeño movimiento podía hacerme perder el aliento. Caroline tampoco me trató nunca como si fuera frágil, pero no podía ignorar mi estado cuando pasábamos tiempo juntos. Ella y su hija eran la única familia que me quedaba y los dos sabíamos que quizá yo tampoco viviría mucho más.

Y hacía preguntas. Siempre quería saber qué tratamiento seguía, a qué médicos había visitado o si había leído las últimas publicaciones médicas sobre mi enfermedad. Sólo lo hacía porque se preocupaba por mí, pero aun así me molestaba.

Más que nunca, ahora no quería admitirlo.

Hacía varias semanas que no la veía. Normalmente intentaba visitarla más a menudo, pero estaba ocupado con mi trabajo y volando a menudo por todo el mundo para una serie de visitas al médico, pruebas y revisiones de mi corazón. El último médico no me dio mejores noticias que los anteriores. Al contrario, eran incluso peores.

Mi cardiopatía era rara y, como los médicos no se ponían de acuerdo sobre la causa, no tenía nombre clínico. En pocas palabras, había tejido en mi corazón que no estaba bien sujeto. Se agitaba al viento como una vela suelta. Creaba una especie de resistencia que perjudicaba a mi corazón. A veces funcionaba bastante bien, pero siempre existía el peligro de que la vela se rompiera y mi corazón se paralizara.

La parte dañada de mi corazón estaba en una cámara tan pequeña y delicada que ningún médico quería correr el riesgo de operarme. Decían que mis posibilidades de sobrevivir a una operación no eran mejores que las de sobrevivir con el defecto existente.

Pero el último médico dijo que mi estado había empeorado y que mi corazón estaba cada vez más débil. Básicamente, era cuestión de tiempo que fallara por completo. Lo supe tres horas antes. No quería tener que darle esta noticia a Caroline, pero no tenía elección.

Después de salir de mi coche, caminé lentamente hasta el camino de entrada. Como tenía una llave de repuesto, no tuve que llamar ni tocar el timbre y entré en el recibidor.

Miré la cocina a mi derecha y el salón a mi izquierda. Luego miré hacia arriba y llamé a mi hermana.

"¿Caroline?"

Como respuesta, un chillido y un chapoteo sonaron desde arriba, seguidos de risitas.

"Bajamos enseguida, Daniel", respondió ella.

Sonriendo, me metí las manos en los bolsillos. Mientras esperaba, miré los cuadros que cubrían

la pared de la escalera. Estaban colocados con elegante precisión. Así era mi hermana. Pero en pocas fotos aparecía ella misma. Había unas cuantas fotos de ella y Bella y unas pocas de nosotros tres. También había fotos antiguas de nuestros padres, tomadas mucho antes de que murieran. Muchas fotos me mostraban con una medalla o un trofeo que gané en uno de los innumerables triatlones Ironman en los que participé.

Esas fotos me enorgullecían antes, pero cuando las miraba ahora, todo lo que veía eran cosas que probablemente nunca podría volver a hacer.

No me sentía enfermo. Ese era uno de los peores aspectos de mi enfermedad.

Tampoco estaba postrado en cama ni en el hospital. No necesitaba cuidados constantes ni una enfermera que me controlara. Pero sabía que corría peligro, aunque la mayoría de los días me despertaba sintiéndome normal. No podía sentir la anomalía de mi corazón, que era como una bomba de relojería en mi pecho.

Quizá por eso nunca me frené. Decidido a convertirme en un hombre de éxito hecho a sí mismo en el poco tiempo de que disponía, me dediqué a mi trabajo. También estaba decidido a demostrar a los médicos, que decían que moriría desde que nací, que podía hacer lo que quisiera.

Pero en los dos últimos años estaba perdiendo cada vez más esa batalla. Los médicos no me habían pronosticado más de veinte años de vida y yo les demostré que estaban equivocados. Parecía que por fin se me acababa el tiempo.

"Hola", oí la voz de mi hermana desde las escaleras. Era una cabeza más baja que yo. Me estaba mirando. Como tantas veces en mis últimas visitas, su sonrisa era triste.

"Hola", respondí. "¿Dónde está Bella?"

"Se está vistiendo", dijo Caroline, "Bajará en un minuto".

Sus ojos se desviaron hacia las fotos de la pared y supe que me estuvo observando recordar.

"¿Quieres que las quite?", preguntó en voz baja para que Bella no la oyera. No le gustaba hablar de mi enfermedad en presencia de Bella.

Sacudiendo la cabeza, respondí: "No, claro que no". Una vez que me hubiera ido, quería que recordaran esta versión de mí. Aunque no expresé mis pensamientos, sabía que Caroline me entendía. Siempre había sido así.

"¿Malas noticias de los médicos de Francia?", preguntó.

Asentí con la cabeza. Hasta que un segundo médico confirmara el mal diagnóstico, no quería hablar de ello. Al menos por el momento. Todos los médicos que había visto hasta entonces parecían asombrados de que hubiera buscado varias opiniones, a pesar de que la comunidad médica mundial coincidía en que mi defecto era inoperable e incurable. Los médicos pronosticaron que la operación "me mataría" y no estaban dispuestos a discutir tratamientos alternativos ni operaciones arriesgadas. Comprensiblemente, tampoco nadie quería arriesgar su carrera por un hombre que probablemente moriría pronto.

"Tomemos un café", le sugerí y la dirigí a la cocina.

Se calmó un poco y entramos juntos en la cocina. Me senté en la mesa mientras ella preparaba café. El olor era estimulante, aunque el café fuera descafeinado. El café de verdad era un estimulante demasiado fuerte para mi débil corazón. Mi ritmo cardíaco tenía que mantenerse bajo y controlado siempre que fuera posible. Varios médicos me advirtieron sobre mis triatlones y entrenamientos, diciendo que tenía suerte de no haberme matado ya por sobreesfuerzo.

En los últimos años, sin embargo, tuve que recortar gastos. Los únicos métodos de entrenamiento posibles eran los que no me aceleraban el corazón. El café y el alcohol quedaban descartados. También intenté que el trabajo u otras cosas no me estresaran demasiado.

No me costaba demasiado tomármelo con calma porque me gustaba mi trabajo. Aun así, dirigir una gran empresa farmacéutica me ponía a menudo en situaciones estresantes. Caroline tenía que recordarme constantemente que debía bajar el ritmo.

Mi vida cotidiana era como correr a cámara lenta. Tenía que hacer una pausa, bajar un poco el ritmo y abordarlo todo con cuidado. A veces era bastante frustrante. Y nada de eso me garantizaba una vida más larga. Sólo significaba que probablemente no moriría de inmediato. Pero ni siquiera eso era una garantía.

Caroline puso dos tazas sobre la mesa y se sentó conmigo. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta suelta y aún tenía un poco de espuma en los brazos del baño con Bella. Parecía cansada, pero era guapa y se parecía mucho a nuestro padre. Él había sido un hombre alto, delgado y ecuánime. Mamá, en cambio, había sido un bombón. Una morena mandona que nunca pudo estarse quieta. Yo me parecía más a ella en aspecto y personalidad.

Pero los tiempos en que me desahogaba haciendo cosas se habían acabado definitivamente. Incluso por la mañana, me sentía apagado y agotado.

Suspirando, miré primero la taza de café y luego a mi hermana. "Caroline, estoy cansado", le dije. Pocas veces fui tan sincero o tan franco con ella, pero había llegado a un límite. Estaba agotado y ella también tenía que soportarlo.

"Durante dos años viajé por todo el mundo consultando a un médico tras otro sólo para que todos me dijeran exactamente lo que ya sabía de todos modos". Tomé un sorbo de café. El líquido caliente me alivió la garganta. Disfruté de esta sensación familiar. Cada sorbo, cada bocado, cada frase podría haber sido la última. Era un pensamiento amargo, pero me hacía ver el mundo con otros ojos.

"Estoy cansado de esperar un milagro. El resto del tiempo quiero pasarlo contigo y con Bella y poner mis asuntos en orden para poder aclarar mis ideas". Había lágrimas en los ojos de Caroline. "Son las mismas noticias, Caroline, que hemos oído toda la vida".

Asintió lentamente, mordiéndose el interior de la mejilla como hacía siempre que estaba triste o nerviosa. ¿Estaría de acuerdo y aceptaría mi diagnóstico? Pero no se rindió.

"Hay una médica...".

Suspiré. "No, Caroline".

"¡Es muy buena! También trabaja con terapias alternativas experimentales".

"Mi respuesta es no. Estoy harto de médicos".

"Daniel", dijo ella, mirándome mal. "No puedes rendirte sin más. No te conviene. Un luchador como tú".

"Toda mi vida he estado luchando, Caroline. Renunciar no es la palabra adecuada, sólo estoy aceptando la realidad". Lo quisiera o no, tenía que decírmelo a mí mismo. Era la única manera de encontrar la paz. Era la única manera en que podía dejarla a ella y a Bella sabiendo que hice todo lo que estaba a mi alcance.

"Pero aún te necesitamos aquí, Daniel", insistió Caroline. "No puedes irte".

Al oír estas palabras, el pecho se me apretó y me dio un ligero espasmo. Tuve miedo de poner la mano en él y asustar así a Caroline. ¿Por qué no entendía que no quería dejarla? No tenía elección. El destino simplemente no me repartió buenas cartas.

"¿Adónde vas, tío Dan?", quiso saber Bella con su curiosidad infantil.

Estaba en la puerta, en pijama, abrazada al peluche que le regalé por su cuarto cumpleaños. Llevaba el pelo rubio rizado aún húmedo y peinado hacia atrás. Tenía las mejillas sonrosadas y la piel brillante por el baño. Se me calentó la cabeza al verla. Era tan inocente y dulce. La viva

imagen de su madre.

"No voy a ningún lado, Bella, pequeña", la tranquilicé. "Ven aquí".

Corrió hacia mis brazos extendidos y me dejó cogerla alegremente. Luego la senté en mi regazo. Olía a jabón.

"Pronto iré a la escuela grande", me aclaró Bella.

"Así es. Me lo ha dicho tu madre. ¿Estás emocionada?", le pregunté.

"Estoy un poco nerviosa", admitió. Se deslizó hacia delante y hacia atrás sobre mi regazo hasta que pudo mirarme. "¿Me llevarás al colegio el primer día?"

Se me volvió a apretar el pecho. Intercambié una mirada con mi hermana, que me suplicaba con los ojos.

"Bella, me encantaría llevarte en tu primer día de clase, pero eso no es hasta dentro de dos meses y puede", ahora tuve que respirar hondo, "que no esté por aquí entonces". Sin quererlo, lo dije sin rodeos. "Por eso no puedo prometértelo".

"Dijiste que no ibas a ninguna parte", insistió Bella, con cara de confusión.

Suspirando, intercambié una mirada con Caroline. Ella asintió y luego bajó la vista hacia su taza de café. Esta vez conseguí su permiso. Desde el principio quise ser sincero con Bella, pero Caroline quiso impedírmelo. Era una niña fuerte y se merecía nuestra sinceridad. Por muy dura que fuera la verdad para ella, no podía seguir mintiéndole. Respiré hondo.

"Bella, tengo un problema con mi corazón débil". Me señalé el pecho. "Eso significa que podría dejar de latir. Y si deja de funcionar, podría morir. ¿Sabes lo que eso significa?"

Bella asintió. "Desaparecerías para siempre".

"Sí, eso es. Tendría que desaparecer para siempre".

"¿Cuándo dejará de latir tu corazón?"

"No lo sé, mi niña. Podría ocurrir en cualquier momento. Simplemente no lo sabemos".

"¿Por eso no puedes prometerme que me llevarás al colegio?"

Cuando asentí con la cabeza, sus ojos se cubrieron de lágrimas y su labio inferior empezó a temblar. Se apretó el peluche contra el pecho y yo la abracé con fuerza. Sus lágrimas mojaron mi brazo y le limpié la carita. Me daba pena verla tan triste.

"¿No hay nadie que pueda curar tu corazón?", quiso saber Bella.

"No, pequeña, ya he ido a todos los médicos", le expliqué, apartándole los mechones húmedos del pelo.

Al otro lado de la mesa, Caroline se aclaró la garganta. Me dirigió una mirada significativa. Justo cuando iba a asegurarle a Bella que ya había ido a muchos médicos, me miró con sus grandes ojos azules y el labio inferior tembloroso. Los argumentos que acababa de mencionar a su madre... ya no me atrevía a decirlos.

"Bueno... hay otra doctora. Pero no sé si podrá ayudarme, Bella", le expliqué.

"Pero querrás saberlo, ¿verdad?", lloriqueó sobre su peluche.

Volví a mirar a Caroline. También ella tenía los ojos vidriosos y la mirada suplicante. Dudé.

Soy un egoísta.

Por mucho que odiara a los médicos, no sólo estaba en juego mi vida. También les afectaba a ellas.

"De acuerdo", les prometí a ambas después de respirar hondo. "Voy a ver a esa médica".

Con los ojos muy abiertos, Bella me tendió el oso y puso una mano sobre él. "¿Le prometes esto a mi osito?", preguntó emocionada.

No pude evitar sonreír. Mientras volvía a acariciarle el pelo, puse la mano sobre su osito. "Te

lo prometo".

Estaba radiante y de buen humor, como si nunca hubiera llorado, se bajó de mi regazo y salió corriendo de la habitación con su osito. "Tengo que enseñarte mi tren", gritó. Un segundo después oí sus piececitos correr escaleras arriba.

"Gracias, Daniel", susurró Caroline, que parecía muy aliviada. "Significa mucho para mí y aún más para Bella".

Asintiendo con seriedad, añadí: "No es que no quiera encontrar una solución, Caroline, es que no quiero seguir dándote esperanzas donde no las hay".

"Siempre hay esperanza, Daniel", explicó Caroline, "sólo tienes que seguir buscándola".

Aunque no le di importancia a su optimismo, volví a asentir. Se levantó, sacó un montón de papeles de un cajón y me los entregó.

Hojeé brevemente las páginas. Era la impresión de un artículo de una revista médica. Caroline había subrayado en amarillo brillante el nombre de la consulta de una médica de San Francisco. Me guardé los papeles doblados en el bolsillo.

"De acuerdo, pero esa es la última médica, Caroline", aclaré. "Si ella no puede ayudarme, se acabó la búsqueda, ¿de acuerdo? Si no me queda mucho tiempo, quiero pasarlo como mejor me parezca".

Caroline asintió atentamente.

"La llamaré mañana y concertaré una cita", le prometí.

Caroline me miró totalmente avergonzada.

"¿De qué se trata?", quise saber.

"Lo siento, ya te he concertado una cita", admitió y me di cuenta de que reprimía una sonrisa culpable. "Es el próximo lunes".

Sacudiendo la cabeza, no pude evitar sonreír. Mi hermana era así. Tenía que ayudar, organizar, hacer algo, incluso cuando el resto del mundo pensaba que ya no había nada que hacer.

"Verás", me explicó. "No puedes morirte, porque entonces, ¿a quién voy a cuidar?".

"Bella", dije con una sonrisa.

Caroline negó con la cabeza. "Esa chica nunca necesitará nada de mí ni de nadie. Es como era nuestra madre. Igual que tú".

Sonriendo, crucé la mesa para cogerla de la mano. "En serio... te prometo que iré a esa doctora, pero tienes que prometerme que si no puede hacer nada...".

"Sí, entonces te dejaré en paz", dijo, quitándose las palabras de la boca. "Te lo prometo".

Con una ceja levantada, la miré interrogante. "¿Por Teddy?".

Se rio. "Sí, por Teddy".

Antes de apartar la taza y levantarme para marcharme, eché un rápido vistazo a mi reloj.

Caroline vino a ponerse a mi lado. "¿Tienes que irte otra vez?", preguntó, decepcionada. "Ha sido una visita corta".

"Me temo que sí", me disculpé. "Lo siento, pero tengo una reunión mañana por la mañana y luego vuelo a Toronto para negociar una fusión. Tengo mucho papeleo que hacer antes".

Caroline frunció el ceño y los labios.

"Me gustaría que no te esforzaras tanto, Daniel".

Negué con la cabeza. "Tengo que vivir mientras pueda, ¿no?".

"Eso no siempre significa trabajar", me criticó. "Estás corriendo demasiados riesgos y exigiéndote demasiado. Seguro que acabas en una o dos fiestas la semana que viene, además de trabajar".

Sonreí con satisfacción. "¿Quieres que renuncie no sólo a mi trabajo, sino también a mi diversión?".

Puso los ojos en blanco. "No renunciar, sólo reducir".

"Lo pensaré", prometí, inclinándome y besándola en la mejilla. Luego busqué a la pequeña Bella, me despedí de ella también con un beso y las dejé a las dos.

Capítulo 3

Mia

En la universidad, siempre miraba el reloj esperando a que terminara mi clase. Ya temía que me pasara lo mismo en el trabajo, pero desde que Tina y yo abrimos nuestra consulta, estaba tan ocupada que nunca miraba el reloj.

Nuestra consulta estaba en el centro de la ciudad, en un edificio bajo con buenas vistas. Los rascacielos se alzaban a nuestro alrededor, pero aún podíamos ver el cielo azul brillante y las bonitas puestas de sol anaranjadas al atardecer si nos quedábamos el tiempo suficiente, y eso solía ocurrir. Nuestras oficinas eran modernas. Y lo que era igualmente importante, estaban muy bien cuidadas y eran acogedoras, porque queríamos que la gente se sintiera cómoda. No optamos por el blanco y el cromo estereotipados y estériles de la mayoría de los consultorios. Yo creía que una consulta médica no debía ser fría, sino un lugar donde curarse y recuperarse.

Para mí, se había convertido en ese lugar, más que en ningún otro. Cuando estaba en la consulta, podía dedicarme a mi trabajo sin ser molestada, ya fuera investigando o tratando a pacientes. Era un lugar donde me sentía acogida. Al trabajar con mi mejor amiga, era como un refugio seguro para mí.

Aun así, me sentía bien terminando el trabajo del día. Apagué el ordenador y cambié los zapatos de tacón por las zapatillas con las que volvería al coche. Pero cuando estaba a punto de ponérmelas, Tina se me acercó.

"Toc, toc", dijo alegremente al entrar.

Tina era una mujer delgada, con el pelo negro y liso y la cara redonda. Sus mejillas regordetas daban la impresión de que siempre estaba sonriendo, aunque no era el caso. Llevaba un vestido gris liso bajo la bata blanca de médico y aún llevaba puestos los zapatos bajos.

"Hola, ¿qué tal?", quise saber y le sonreí. Normalmente quedábamos en el vestíbulo para tomar un café después del trabajo, así que estaba acostumbrada a que pasara por mí.

"¿Tienes hambre?", me preguntó. Me guiñó un ojo. Me encogí de hombros.

"Sí, tengo hambre. Podría comer algo".

"No de comida. De hombres", explicó Tina, levantando una ceja significativamente.

"No, creo que he terminado con los hombres, Tina", me reí. "Como nota al margen, *acabo* de romper con Joey. No sé si estoy preparada...". Habría continuado, pero ella levantó una mano perfectamente cuidada y me frenó.

"A la mierda Joey. Rompiste con él hace semanas. No has tenido sexo desde entonces. Ni yo tampoco". Dejó escapar una risa áspera. "Busquemos chicos guapos con los que pasarlo bien y olvidemos sus nombres por la mañana". Tina volvió a levantar una ceja.

Sonriendo, puse los ojos en blanco. "No sé...".

Casi había conseguido eliminar a Joey de mi mente. No era tanto pensar en él lo que me asaltaba, sino más bien el hecho de que otra relación se desmoronó una vez más. Mi trabajo me dificultaba conocer hombres y entablar nuevas relaciones. Sabía que dejar a Joey era la decisión correcta, pero de algún modo seguía anhelando algún tipo de unión. Algo más permanente. No por las horas agradables que Tina había insinuado.

"Vamos", me instó Tina.

Se dirigió al armario de mi despacho y abrió las puertas. Inmediatamente sacó una percha del

estante y se dio la vuelta. Tenía en la mano el vestido de noche que yo guardaba allí, por si había algún evento improvisado. Era corto, pero elegante: una falda negra ceñida a la piel, con escote halter y espalda abierta. Normalmente lo llevaba con un pañuelo negro alrededor de los hombros cuando me invitaban a cócteles. Era un vestido de evento, pero no exactamente de discoteca. Disgustada, empecé a sacudir la cabeza.

"¿Adónde se supone que vamos que me puedo salir con la mía?", pregunté desmotivada, cruzándome de brazos. Tina se encogió de hombros.

"Nos colamos en un cóctel", me reveló, sonriendo de oreja a oreja. Alcé las cejas con asombro. "Tina", aclaré con exagerada lentitud, "somos médicas, no estudiantes".

"¿Y qué?", soltó, lanzándome el vestido. "Nosotras también nos merecemos un poco de diversión de vez en cuando. Vístete. No aceptaré un no por respuesta". En lo único que podía pensar era en lo cansada que estaría al día siguiente y en lo que ese agotamiento le haría a mi cerebro en el trabajo.

Abrí la agenda del día siguiente y me sorprendió un poco ver que sólo había una cita.

Qué mala suerte.

El destino parecía insistir en que me divirtiera.

"Bien", me rendí y cogí el vestido. "Pero sólo un par de copas. Si crees que voy a flirtear con alguien, te equivocas".

* * *

Una hora más tarde estábamos en un taxi rumbo al centro. Llevaba puesto mi vestidito negro y el pañuelo enrollado despreocupadamente alrededor de los hombros. Me recogí el pelo para apartarlo de la cara, pero me dejé los mechones sueltos. Mis rizos castaños caían sobre mi hombro izquierdo y unas perlas blancas adornaban mis orejas.

Tina llevaba su vestido de cóctel favorito, un vestido plateado brillante con perlas entrelazadas a los lados. El pasador con el que se recogía el pelo en un lado hacía juego con el vestido e incluso sus gafas de montura negra resultaban elegantes con este conjunto. Tina habría estado elegante incluso con una bolsa de la compra. Tenía un estilo natural y yo la envidiaba por ello.

Íbamos a menudo a cócteles. Formaba parte de nuestra rutina reunirnos con representantes de la industria farmacéutica y el sector médico. Pero, por alguna razón, esa noche me sentía nerviosa. No era porque no tuviéramos invitación para esa fiesta. Más bien, era porque iba a salir por primera vez desde que rompí con Joey. En realidad, tampoco tenía ganas de coquetear con nadie esa noche.

¿Acaso ya no sabía cómo hacerlo?

Tina tenía razón. Hacía tiempo que no me acostaba con un hombre. Quizás lo necesitaba para recuperarme y superar por fin la ruptura con Joey. Tal vez -y era una exageración- para superar lo de Joey necesitaba acostarme con otra persona. Aparté ese pensamiento de inmediato. Los hombres eran sinónimo de complicaciones y lo que yo necesitaba era lo contrario.

Nuestro taxi aparcó en la puerta de un hotel del centro. Había mucha gente y, mientras esperábamos a sentarnos, miré por la ventanilla a los invitados que iban llegando.

Montones de mujeres con vestidos de cóctel, pequeños bolsos y zapatos de tacón a juego caminaban del brazo de hombres con elegantes trajes. Estaba claro que se estaba celebrando una fiesta de primera clase. Las joyas brillantes y el peinado perfecto eran otro indicio de ello.

"¿Qué es ese evento?", quise saber. Miré a una mujer con un vestido escarlata que pasó por

delante de nosotras y los enérgicos movimientos de sus delgadas caderas sugerían un estilo de vida atlético y disciplinado.

"Es una fiesta farmacéutica. Un montón de peces gordos se reúnen para besuquearse con las esposas de los demás y superarse mutuamente". Tina le pasó unas notas al conductor. "Me enteré por June. Ya sabes, esa vendedora tímida que siempre pasa por la oficina y deja muestras y trocitos de tarta en la recepción. Nos conocimos en el ascensor la semana pasada. Por suerte, también sé que no está en esta fiesta". Sus palabras no pronunciadas flotaron entre nosotras.

No estábamos invitadas.

El taxi se detuvo. Nos bajamos y eché un vistazo rápido. Luego la seguí escaleras arriba hasta un vestíbulo glamurosamente iluminado. Del techo colgaban lámparas de cristal y en jarrones relucientes había ramos de rosas blancas. Estaba claro que no habían escatimado gastos ni esfuerzos.

Tina se enganchó a mí y nos condujo a una sala contigua en la que había gente hablando animadamente con bebidas en la mano.

Se acercó a un hombre con camisa negra, pantalones negros y corbata de seda negra que, obviamente, estaba de guardia en la puerta. Le dio su mejor sonrisa, pero yo me estaba poniendo nerviosa.

¿Realmente necesitábamos una invitación?

"Soy June Johnson, JJ para abreviar", dijo, señalando con la mano el portapapeles que tenía delante. "Y ésta es mi mujer. No estoy segura de si su nombre está en la lista, pero desde luego ella es mi acompañante esta noche". Enarcó una ceja. Se puso a mi lado. Esperando, como si tuviera todo el derecho del mundo a estar aquí.

El hombre acarició la lista con un dedo, asintió y se hizo a un lado. Quise exhalar fuerte, pero sabía que parecería sospechoso. Tina sonrió aún más, le guiñó un ojo, le dio las gracias y entramos. Tiró de mí hacia adelante y se enganchó a mí como si en realidad fuera mi mujer. Sonriendo, le seguí el juego.

Tina debió haber sido actriz.

Tenía el pulso a ciento ochenta cuando entramos en el lugar y las palmas de las manos se me humedecían por momentos. Nunca me había colado en una fiesta. En mi vida profesional, era conocida por sobrepasar los límites. Cuando se trataba de medicina y ciencia, me sentía segura. Pero en mi vida privada, en realidad siempre seguía todas las reglas. Lo que me parecía tan extraño era que, a pesar de tener las manos húmedas y el corazón acelerado, sentía una especie de emoción palpable.

Entonces miré a mi alrededor, buscando caras conocidas como de costumbre, pero no había ninguna. Conocía a algunas personas de la industria farmacéutica, pero sobre todo a representantes menores, como June. No sé cómo había llegado a esta importante invitación, porque esta fiesta era claramente para la clase salarial alta. Estas personas eran diferentes. Sólo sus accesorios los distinguían. Esto significaba que Tina y yo íbamos de anónimas, al menos por esta noche.

Como si pudiera leerme la mente, se inclinó hacia mí.

"Esta noche no somos médicas", me susurró al oído. Ella resopló y yo reprimí una sonrisa, asintiendo con la cabeza. Esta noche no quería hablar de negocios y, desde luego, no quería que me acosaran los hombres de negocios que querían utilizarme como soporte publicitario. Lo único que quería era un poco de relax. Quería ser libre. No iba a emborracharme ni a acostarme con nadie. Lo hice en la universidad y lo aparté de mi vida. Sólo quería divertirme y olvidarme -

aunque sólo fuera por unas horas- de la reciente ruptura y de la montaña de trabajo que tenía pendiente. Bailar y unas copas era todo lo que necesitaba para ello.

Al llegar a la barra, Tina llamó la atención del camarero con un gesto de la mano. Me di cuenta de que era por su sonrisa y el vestido que acentuaba sus curvas y sentí un poco de envidia cuando pidió una ginebra con zumo de arándanos para mí y un Cosmopolitan para ella. Con las bebidas en la mano, buscamos una mesita para sentarnos y observar a la multitud. Mis ojos recorrieron a la gente que estaba cerca de nosotras.

"Es guapo", dijo Tina, señalando a un hombre alto y moreno que estaba de pie con una cerveza en la mano. Miré al hombre que había señalado. Era atractivo, pero parecía bastante serio.

"Parece que habla de negocios", murmuré. "Quiero un hombre que esté aquí para divertirse". Tina asintió e intercambió una mirada comprensiva conmigo.

"Esa es mi chica. Vale, ficha y conquista. Rockea la habitación, señorita". Con esas palabras se fue y dio una vuelta lenta. Divertida, observé cómo contoneaba las caderas despreocupadamente, sonreía a varias personas y actuaba como si su presencia fuera totalmente legítima. Al verla enzarzada en una conversación con tres hombres más jóvenes y guapos, cada uno compitiendo por su atención, no pude evitar sonreír y me alejé en dirección contraria.

Hacía mucho tiempo que no salía, ni entraba en un bar, ni entablaba conversación con nadie. Por este motivo, seguía bastante tensa.

¿Qué significaba una conversación trivial cuando mi trabajo estaba fuera de los límites? Tropecé con algunas personas, pero rápidamente aparté la mirada y seguí caminando. Cada vez que se me presentaba la oportunidad de entablar conversación, dudaba y añoraba mi cómodo sofá y mi comfortable pijama.

Deambulando, escuché algunas conversaciones entre los huéspedes. Todas eran iguales. Charlas médicas o sobre coches nuevos y vacaciones de lujo. Ni una sola palabra sobre los pacientes, que eran el centro de su trabajo. Me mantuve al borde de la sala, evitando a aquellos cuyas miradas se detenían en mí demasiado tiempo. Esta noche no quería que surgiera ningún sentimiento romántico.

Aunque le insistí a Tina que no bebiera demasiado, no dejaba de ser embarazoso estar de pie sin un cóctel en la mano. Pedí otro, también para evitar que un desconocido utilizara el rellenado de mi copa como excusa para acercarse a mí.

Llevaba ya dos copas y casi había terminado la tercera cuando llegué a un arco que daba a otra sala. La iluminación estaba ingeniosamente dispuesta alrededor del arco. No se veía desde la entrada, pero había una pequeña pista de baile. La multitud era claramente una mezcla de gente del cóctel y de un evento en otra sala. El ambiente era tenue y, aunque la música sonaba despacio, tenía un ritmo palpitante.

No recordaba la última vez que había bailado. Hacía mucho tiempo que no lo hacía. Joey lo odiaba.

Dejé el vaso vacío y entré. El ritmo de la música se apoderó de mí de inmediato y me fundí con la multitud meciéndome al compás. La tensión abandonó inmediatamente mi cuerpo y me relajé. Ahora había encontrado lo que realmente buscaba: el anonimato total en la pista de baile.

Las tres copas empezaban a hacer efecto. Aunque no estaba borracha, la piel me vibraba y sentía un agradable calor por el alcohol en la sangre. Las luces parpadeaban, la gente bailaba y me sentía bien perdiéndome entre la multitud.

La música cambió y sonó *Ain't No Sunshine* de Bill Withers. Alguien silbó largo y lento. La mayoría de la gente bailaba en parejas, pero yo me conformaba con bailar sola. Mientras me

balanceaba, me subí las manos por el cuerpo hasta el pelo, me lo cogí y luego lo dejé caer lentamente hasta la espalda. Con los ojos cerrados, dejé que la música me hechizara. Traía consigo una sensación de libertad que no había sentido en años. No tardé en sentir algo más: unas manos en mis caderas, suaves pero posesivas. Entonces un cuerpo se apretó contra el mío por detrás, balanceándose al compás de mis movimientos, y no quise resistirme.

El calor en mi piel y mi sonrisa involuntaria animaron al desconocido a posar sus manos sobre mí. Movía su cuerpo en sincronía con el mío y yo lo disfrutaba. Unos dedos cálidos tiraron de la bufanda que me rodeaba los hombros para que se deslizara hasta los codos. Un aliento caliente me rozó la espalda desnuda y gemí brevemente cuando me invadió un escalofrío reconfortante.

La mano del desconocido volvió a estrecharse alrededor de mis caderas y me giró hacia él.

Mi mirada se encontró con unos ojos azul claro que parecían apasionadamente oscuros al mismo tiempo. Era muy atractivo. Gratamente sorprendida, le rodeé el cuello con las manos y sentí la fuerza de sus hombros. Sus poderosos músculos se movían bajo las yemas de mis dedos. Era bastante alto y por un momento visualicé su espalda bajo mis manos, entonces me flaquearon tanto las rodillas que casi tropiezo con él. Por un momento su agarre se hizo más fuerte.

Me sujetó y sus manos bajaron lentamente por mi espalda hasta la cintura. Se detuvo más abajo que antes y su meñique rozó la sensible piel justo por encima de mis nalgas.

Nos acercamos aún más, sin dejar espacio entre nuestros cuerpos, y continuamos balanceándonos rítmicamente al ritmo de la música. Me quitó la mano del cuello y me hizo girar lentamente en círculo, deteniéndose cuando estaba de espaldas a él para acercarme a su pecho y apretarme el cuello con los labios.

Cuando sentí su aliento caliente, gemí de nuevo.

Todo mi nerviosismo anterior había desaparecido. Mi cuerpo me gritaba literalmente: *¡esto es exactamente lo que necesitas, chica!*

Pero parte de mi inseguridad volvió cuando sentí la pasión que irradiaba este desconocido. Él quería más de lo que estábamos haciendo aquí y ahora en la pista de baile, pero ¿lo quería yo? Antes, me había convencido a mí misma de que no lo quería. Pero el alcohol y la dulce atracción de la pista de baile -por no hablar del hombre extremadamente atractivo que me tenía en sus brazos- acallaron mis recelos. Incliné la cabeza hacia atrás para mirar a la cara al desconocido.

"¿Cómo te llamas?", pregunté en voz baja, aunque la multitud que nos rodeaba casi se había desvanecido de mi conciencia. Sólo quedábamos él y yo en la pista de baile. Sonrió.

"¿Y tú cómo te llamas?". Su voz era grave y ronca y las palabras sonaban como un ronroneo. No pude evitar devolverle la sonrisa. Era tan guapo como dispuesto a bromear.

"Yo pregunté primero", respondí, pasando suavemente los dedos por su nuca. Se echó un poco hacia atrás para disfrutar de mis caricias.

"Tienes que ganártelo". La provocación en sus palabras era inconfundible.

"¿Y cómo va a ser eso?", pregunté, pero ya sabía la respuesta. Este hombre quería algo más que bailar o flirtear.

Me quería a mí.

Me acercó más a él.

"Ven a mi habitación", me susurró al oído y no era una pregunta. Una vez más, su aliento me calentó y se me puso la piel de gallina de excitación y deseo por lo que inevitablemente estaba por venir.

Capítulo 4

Mia

Mi piel brillaba bajo sus caricias, pidiendo más, mientras mi mente repasaba una serie de excusas y razones para no ir con él. Pero mi cuerpo tenía otros planes.

Al final, no tuve más remedio que girarme hacia él. Me mordí los labios. Ni el sí ni el no parecían ser las respuestas correctas. Él tomó mi silencio como un sí y mi mano entre las suyas. Le dejé y, cuando su agarre se hizo más fuerte, le devolví el apretón. Me sacó de la pista de baile antes de que terminara la canción y dejé que me llevara a la otra sala. Al pasar, busqué a Tina entre la multitud. Cuando la encontré, le di una mirada significativa. Vio a mi pareja de baile y enarcó una ceja. Me encogí de hombros, sonreí y le guiñé un ojo. Ella sonrió ampliamente y soltó una risita mientras salíamos de la sala.

Una vez en el vestíbulo, el apuesto desconocido se dirigió al conserje y simplemente me arrastró con él.

"Una habitación, si tiene una disponible", le dijo a la mujer que estaba detrás del mostrador. Ella asintió y empezó a teclear en el ordenador.

"Creía que ya tenías una habitación", susurré. No lo dije lo suficientemente bajo porque vi que la conserje sonrió mientras seguía tecleando. Se encogió de hombros.

"Ahora tendré una", afirmó, provocándome un frenesí de alegría. Su confianza era extraordinaria. Lejos de la música, su voz era diferente. Seguía siendo ronca, pero revelaba una seguridad y una clase que no había visto hasta ahora.

"Sólo nos queda la suite del ático, señor...", dijo la conserje, mirando al hombre que estaba a mi lado. Se aclaró la garganta y me miró un momento.

"Fielding", dijo. "Y está bien".

"Serán dos mil noventa y ocho dólares por la noche", dijo el conserje. La miré fijamente y me obligué a no llevarme la mano a la boca.

"¿Por una noche?", inquirí, tratando de no sonar sorprendida. La conserje asintió. A mi lado, mi compañero sacó la cartera.

"Está bien, póngalo en la tarjeta", dijo, entregándole una tarjeta de crédito negra. Frunciendo el ceño, le miré.

"¿Estás seguro?", quise saber. "Es mucho dinero por una noche". Me miró, sonrió y me puso la mano en la espalda, lo que me hizo estremecerme de nuevo.

"Seguro", respondió. Si sus palabras no bastaron para convencerme, lo hizo su mirada segura.

Claro que me ruboricé, pero la mujer que estaba detrás del mostrador fue lo bastante educada como para no mirarme directamente. También ignoró el hecho de que obviamente no nos conocíamos.

Seguro que le pasaba a menudo.

Con la tarjeta de la habitación en la mano izquierda, este extraño galán me guió hasta los ascensores y me dejó pasar cortésmente mientras las puertas se abrían en silencio. Una pareja de ancianos y un padre con su hija pequeña también subieron. No nos dirigimos la palabra ni establecimos contacto visual, pero pude sentir la pasión que desprendíamos. La excitación entre nosotros parecía impregnar todo el ascensor y me pregunté si sólo yo la sentía.

Cuando llegamos a nuestra planta, las puertas se abrieron y entramos en un largo pasillo con

alfombras finas y espejos con marcos dorados. Al final había una enorme puerta doble. A lo largo de la sala había mesas con grandes jarrones de cristal llenos hasta el borde de hermosas rosas blancas. Miré cómo nos veíamos en el espejo mientras esperábamos a que se desbloqueara la puerta electrónica. Éramos una pareja preciosa. El hombre que estaba a mi lado no sólo era guapo. Irradiaba pura masculinidad y encajaba perfectamente en su traje negro. Llevaba el pelo castaño oscuro peinado hacia atrás, pero se veía la ligera ondulación de su cabello.

Entramos en una suite con lujosos muebles y papel pintado, todo en color vino tinto y dorado. Sobre la antigua mesa de salón había arreglos florales aún más grandes que abajo, en el vestíbulo. Seguí caminando y miré a mi alrededor. Llamativas obras de arte adornaban las paredes. A un lado estaba la sala de estar, al otro el comedor. La pared opuesta estaba diseñada como bar, con estanterías que contenían una gran selección de licores.

Unas enormes puertas de cristal daban a una terraza en la que se reflejaban las luces parpadeantes de la ciudad. En los círculos en los que trabajaba no me resultaban extraños los lujos, pero esto era otra cosa.

Seguí mirando a mi alrededor y me acerqué a la otra puerta. La habitación estaba dominada por una cama de matrimonio.

Volvió el nerviosismo de antes.

¿Iba a acostarme con un hombre que acababa de conocer?

Al darme la vuelta, lo vi de pie junto a la barra, de espaldas a mí. No pude ver lo que hacía hasta que la música empezó a sonar en los altavoces de la habitación. Era la canción que habíamos bailado antes.

El recuerdo de nuestros cuerpos meciéndose al compás hizo que mi corazón latiera con violencia. Se quitó la chaqueta y se desabrochó lentamente la camisa mientras se acercaba a mí. Retrocedí y caminé lentamente hacia la cama de la otra habitación. Era como si mi cuerpo se hubiera puesto en automático. Ya no tenía ningún control.

A uno o dos pasos de la cama, por fin se quitó la camisa y redujo la distancia que nos separaba. Me quité rápidamente los zapatos negros mientras él me levantaba del suelo y sus manos se deslizaban bajo mis nalgas mientras yo rodeaba sus caderas con las piernas. Cuando sentí su duro cuerpo presionando contra el mío, gemí. En algún lugar, muy dentro de mí, empezó a arder un fuego.

Confié en que me sujetara mientras deslizaba las manos por su pecho. Era fibrado, su pecho firme y tonificado. Mis dedos bajaron, recorriendo lentamente cada músculo abdominal. Uno, dos, tres... entonces me interrumpió.

Me cogió los dedos con la mano y se los llevó a la boca para besármelos. Luego chupó lentamente un dedo mientras me miraba a los ojos. El corazón me dio un vuelco y me recorrió un temblor. Ya no había vuelta atrás. Estaba en los brazos de un desconocido en la suite del ático de un hotel y no sabía su nombre ni su dirección. El anonimato en sí mismo era excitante. Mis aventuras de una noche en la universidad no se parecían en nada a esto, y menos aún los hombres que no se parecían en nada al desconocido que tenía delante. Mi corazón latió con fuerza cuando por fin sacó mi dedo de su boca.

Sus labios volvieron a encontrar mi cuello y giré la cabeza hacia atrás, dejando que el pelo me cayera por la espalda mientras me besaba. Sus dientes mordisquearon mi clavícula y un suspiro lujurioso escapó de mis labios.

Un carraspeo que era mitad gemido y mitad gruñido escapó de su garganta y él se dio la vuelta y se sentó en el extremo de la cama conmigo en su regazo. Sus manos se deslizaron por mi

cuerpo tirándome el vestido y sentí el aire en la piel. Me lo quitó de un tirón y lo dejó caer al suelo. Inmediatamente se me puso la piel de gallina al sentarme desnuda en su regazo. Sus pulgares dibujaron suaves círculos alrededor de las pastillas que me había puesto en los pezones porque el vestido no permitía llevar sujetador.

Luego me levantó de nuevo y me tumbó boca arriba en la cama. Se inclinó sobre mí y bajó la cabeza hasta mis pechos, pasó la lengua entre ellos y tiró de una de las pastillas con los dientes.

Se me cortó la respiración cuando la soltó y gemí de satisfacción cuando su lengua acarició mi pezón. Cerró la boca en torno a él y succionó larga y lentamente. Lo sentí muy dentro de mí. Me la quitó con sorprendente rapidez y continuó con la segunda. Levanté una rodilla, subiendo por su pierna hasta que pude sentir su erección bajo los pantalones. Estaba dura y era tan grande que se me cortó la respiración.

Cuando la segunda pastilla desapareció también, el desconocido movió la boca hacia ese pezón. De nuevo la succión y el calor de su boca me derritieron por dentro y gemí. Levantó la cabeza y me sonrió satisfecho.

Y luego bajó más. Me bajó las bragas negras de encaje y deslizó un dedo dentro de mí. Cuando el placer me inundó, grité. Estaba empapada, algo que me sorprendió tanto como a él. Volvió a mirarme y enarcó una ceja. Lentamente, con agonizante cuidado, deslizó otro dedo en mi interior y observó mi cara con suficiencia. Gemí y cerré los ojos mientras mi cuerpo le respondía. Bajó la cabeza para chupar uno de mis pezones excitados y sentí cómo mi vagina se estrechaba alrededor de sus dedos.

"No", gemí. "¡Estás haciendo que me corra!".

"¿Eso es malo?", preguntó enarcando una ceja.

"Quiero más de ti", susurré, conmovida. Se me escaparon las palabras antes de que terminara de pensarlas.

"Lo que tú quieras", dijo, la sencillez de sus palabras compensada por la mirada sincera de sus ojos. Apartó los dedos y se concentró en cada uno de mis pechos, con la lengua recorriendo mis pezones antes de chuparlos. Su mano derecha frotó mi clítoris, luego subió y me dio un beso apasionado.

"Ahora", le supliqué. "Por favor". Asintió, se levantó, se quitó lentamente los zapatos y se bajó los pantalones. Mis ojos se abrieron de par en par al ver su pene. Era enorme. ¿Cabría dentro de mí? Pero antes de que pudiera pensar en otra cosa, bajó a la cama. Luego se colocó encima de mí y entre mis piernas.

Sus ojos me pidieron permiso. Incapaz de hablar, me limité a asentir. Inmediatamente colocó su polla contra mi vulva empapada y empezó a penetrarme con una lentitud angustiosa.

Pronto estaba completamente dentro de mí y la sangre me hervía. Estaba mareada de deseo y me aferré a su culo para acercarlo aún más.

Se me escapó un fuerte gemido cuando empezó a marcar un ritmo lento. Movié las caderas hacia atrás antes de volver a llenarme por completo. Al mover su peso, sus dedos encontraron mi clítoris y lo frotaron suavemente, provocando una oleada de placer en mi interior. Mis gemidos eran tan fuertes que estaba segura de que se oírían en toda la calle. Me ruboricé y sentí el calor. No era sólo la vergüenza de que me escucharan, sino también el hecho de que un completo desconocido me estuviera dando placer. Un hombre que había conocido hacía sólo media hora.

Eso no era verdad. Ni siquiera sabía su nombre de pila. En teoría, aún no lo conocía.

Pero entonces todo pensamiento lógico me abandonó y me dejé caer. Cuando sentí que mi cuerpo reaccionaba a sus atenciones, todos los celos se convirtieron rápidamente en pura

lujuria. Dentro de mí, su polla me llenaba y con cada embestida gemía. Sus dedos rozaron mi clítoris y sentí que se acercaba mi clímax.

"Estoy a punto de correrme", susurré, mis ojos se encontraron con los suyos al sentir la deliciosa presión que se acumulaba en mi interior. Me aferré a la sábana y susurré en voz baja.

"Sí, sí. No pares".

El desconocido me sonrió y vio cómo me ponía rígida. Una oleada de placer recorrió mi cuerpo. Jadeando, arqueé la espalda, me apreté contra su mano y arrugué la sábana con los puños. Todos los músculos de mis muslos y mi abdomen se tensaron hasta que empezaron a temblar mientras saboreaba el orgasmo. Mi vagina se estrechó alrededor de su duro pene mientras una oleada de éxtasis me invadía. Al final, se salió de mí, se levantó y me miró mientras yo aún jadeaba.

Aún no había terminado.

Me enderecé y me acerqué al extremo de la cama. Volvió a abrazarme y me levantó del colchón. Como antes, le rodeé con las piernas, me apoyé en sus hombros y dejé que me follara de nuevo.

Estaba duro y caliente dentro de mí y su tamaño me provocó otro profundo suspiro. Estábamos tan cerca como pueden estarlo dos personas y, sin embargo, no nos conocíamos. Era tan excitante que empecé a gemir y el hombre se detuvo.

"¿Estás bien?", suspiró. Asentí enérgicamente.

"No", le pedí con vehemencia, "no pares". Entrecerró los ojos y empezó a empujar hacia arriba con más fuerza que antes. Se sentía tan fuerte dentro de mí.

Mis uñas se clavaron en sus hombros mientras empujaba aún más para sentirlo dentro de mí. Tuve que estirarme para asimilar su longitud y su grosor.

Gimió, me atrajo hacia sí y me giró para que apoyara la espalda contra la pared del dormitorio. El frío de mi espalda contrastaba con su calor. Cuando estaba aún más dentro de mí, arqueé la espalda contra la pared. Inclinando la cabeza hacia atrás, dejé que mis pechos rebotasen mientras él me penetraba una y otra vez. Me hacía sentir ligera y viva, y eso me gustaba mucho.

Todas las dudas sobre esta aventura única en la vida se disiparon cuando mi cuerpo respondió con tanto entusiasmo. Mi mente hizo lo mismo. Ya no podía pensar en ninguna excusa para no estar en ese espacio, en ese momento, con ese hombre dentro de mí. Era liberador y electrizante, y no quería que se detuviera.

Debido a la creciente intensidad de sus embestidas, pensé que estaba a punto de alcanzar su propio clímax, pero en lugar de eso nos apartó de la pared. Volvió lentamente a la cama y me tumbó de nuevo. Todavía dentro de mí, se llevó uno de mis pezones a la boca y lo chupó. Sus dientes rozaron la piel sensible, endureciendo aún más mi pezón, y su lengua respondió apreciativamente, trazando círculos a su alrededor antes de volver a succionar con más fuerza.

"Oh, Dios", gemí.

"Estás muy sensible", susurró mirándome. Yo respiraba con dificultad. Me miró a los ojos y volvió a bajar la boca hasta mi pecho mientras empezaba a penetrarme una vez más.

"¡Sí!", saqué y grité. "Así...".

Empujó aún más rápido. La presión volvió a aumentar en mi interior y el calor se extendió entre mis piernas y por mis muslos. Mi respiración se aceleró mientras mi cuerpo se tensaba y temblaba, anhelando la liberación prometida. No podía creer que estuviera a punto de tener un segundo orgasmo. Nunca antes había sido capaz de hacerlo.

Retiró sus labios de mi pecho, sujetó mis caderas con las manos y me apretó más contra él.

"¿Cómo te llamas?", jadeé mientras seguía penetrándome. El sudor brillaba en su frente.

"¿Qué?", preguntó, respirando agitadamente.

"Tu nombre". Mi voz sonaba suplicante. "¿Aún no me lo he ganado?". Dejó escapar una carcajada que me erizó la piel.

"Daniel", fue su respuesta.

"Daniel", repetí. Cerré los ojos y me concentré en el temblor de mis piernas y en el agarre de sus manos en mis caderas. "Sigue, Daniel. No pares".

Daniel obedeció mi orden y me folló como nunca me habían follado. El corazón me latía con fuerza en el pecho y sentía un hormigueo en la piel por el placer que estaba por llegar. Sentí que mis paredes internas empezaban a tensarse de nuevo y su polla parecía hincharse. Los dos estábamos a punto de explotar.

Él gimió y yo jadeé cuando ambos llegamos al clímax al mismo tiempo. Su miembro palpitaba dentro de mí mientras la lujuria me inundaba y nos abrumaba a los dos. Él echó la cabeza hacia atrás y yo me agarré a la parte superior de sus brazos mientras mi cuerpo sucumbía al éxtasis supremo.

Cuando todo dejó de girar a mi alrededor, abrí los ojos y lo vi mirándome. Respiraba entrecortadamente. Sus pupilas se dilataron, haciendo que sus ojos azules parecieran más oscuros. Mis latidos se calmaron y sentí que sus músculos se relajaban bajo mis manos. Le solté y se apartó de mí. De repente, sentí que me faltaba algo, ya que su peso había desaparecido y se había deslizado fuera de mí. Pero antes de que pudiera quejarme, rodó a mi lado y me acercó a él. El sudor de nuestros cuerpos se mezcló mientras yacíamos entrelazados en la enorme cama. Los dos respirábamos con dificultad.

"Dios mío", exhalé. Daniel rio suavemente.

"No soy un dios", susurró, haciéndome reír.

Daniel se apartó de mí, se levantó de la cama y caminó descalzo hacia la otra habitación. Giré la cabeza hacia un lado para poder ver su culo mientras caminaba. Sonriendo, me mordí los labios. La satisfacción física y mental que sentía era absolutamente completa. En parte se debía a las endorfinas, me di cuenta, pero me había sentido tan bien renunciar por completo al control durante un rato. Tenía los nervios calmados y la mente despejada por primera vez en semanas.

No fue sólo el acto físico, por muy alucinante que fuera el sexo. Disfruté de lo mucho que me había deseado. Era desvergonzado en su deseo, su lujuria era desnuda y obvia. No había fingimiento ni cálculo. No era el sexo cotidiano que había experimentado con Joey. Este sexo había sido pura pasión, el tipo de cosas calientes y pesadas de las que la gente habla pero que rara vez experimenta. Me hizo el amor como si fuera la última vez, y para nosotros probablemente lo fuera.

Daniel regresó un momento después con dos copas de champán en una mano y una botella en la otra. Sacudiendo la cabeza, le sonreí. Dejó las copas sobre la mesa, contra la pared de enfrente.

"¿Bebidas?", le pregunté. Me ignoró, descorchó y llenó los dos vasos hasta el borde. Volvió a la cama y me dio uno mientras me incorporaba.

Bebí un sorbo mientras él entraba en la cama detrás de mí. Extendió una mano grande y bronceada, me apartó el pelo y me puso el vaso frío contra la piel. Chisporroteé de placer y me estremecí ligeramente. Daniel se inclinó hacia mí y me besó en el cuello.

"Aún no he terminado contigo".

Insistente e inconfundible, me despertó el timbre de mi teléfono móvil. Me senté bruscamente en la cama y recorrí la habitación con la mirada. Estaba oscuro, pero entraba algo de luz por el hueco entre las cortinas. Tardé unos instantes en saber dónde y en qué cama me encontraba.

Poco a poco, los recuerdos de la noche anterior volvieron con toda claridad. Recordé la música y la sensación de las manos de un desconocido en mis caderas. Luego, piel con piel y cómo se movió dentro de mí. Miré al hombre dormido que yacía desnudo a mi lado. Respiraba profundamente y estaba tumbado boca arriba, con una mano apoyada suavemente en su pecho increíblemente perfecto. Quise extender la mano y recorrer su piel, pero me contuve.

Aunque sabía su nombre, él seguía sin saber absolutamente nada de mí. No me preguntó. Podría haberlo hecho. Pensar en ello me hizo sentir un poco malvada, pero en el buen sentido.

Me pasé el pelo por detrás de las orejas y miré el reloj que había junto a la cama. Eran las siete de la mañana.

"Mierda", susurré, deslizándome fuera de la cama y yendo de puntillas a la otra habitación, donde había dejado mi bolso la noche anterior. Saqué rápidamente mi teléfono, en el que había tres llamadas perdidas de Tina. Les había seguido un mensaje de texto.

Tina: Envíame algo para que sepa que no estás muerta.

Yo: Estoy bien. Perdóname, por favor.

Ella respondió inmediatamente con un emoji de berenjena y una serie de signos de interrogación. Sonreí, pero entonces vi que en la parte superior de mi teléfono se encendía una notificación de mi aplicación de calendario. Me había olvidado de la cita de hoy.

Guardé rápidamente el teléfono en el bolso porque tenía que irme en ese momento. No tenía tiempo para ir a casa y cambiarme. Siempre dejaba una muda en la oficina caso de apuro. Tendría que hacer el "paseo de la vergüenza" por delante de la recepción, a menos que Tina estuviera dispuesta a llevarme la ropa al coche, cosa que estaba segura de que haría.

Con suerte podría escabullirme antes de que Daniel se despertara, pero cuando volví al dormitorio ya estaba sentado en la cama, con la sábana sobre el regazo, pero el pecho desnudo. A la izquierda del esternón tenía una pequeña y discreta cicatriz en la que no me fijé la noche anterior. Tenía el pelo revuelto por el sueño y el sexo, y sus ojos azules brillaban bajo la débil luz del sol.

Sorprendida, sentí el deseo crecer por todo mi cuerpo.

"Hola", susurré casi sin voz, sintiéndome bastante avergonzada bajo su mirada, a pesar de que la noche anterior había visto, tocado e incluso saboreado cada centímetro de mí.

"Hola", me dijo. Me miraba atentamente y yo me humedecí los labios nerviosamente.

"Me gustaría quedarme...", empecé. Las palabras sonaron aún más estúpidas de lo que había pensado. "Quiero decir..."

¿Realmente lo haría?

"Pero tengo una cita", continué. "Hoy mismo. Muy pronto". Un vistazo a mi muñeca me dijo que me había quitado el reloj la noche anterior.

Mis palabras sonaron a excusa, pero no me importó. El trabajo me llamaba, simplemente tenía una prioridad. Aun así, me tomé un momento para disfrutar del hecho de no tener que escuchar todas las quejas de Joey por ir a trabajar tan temprano y demás. Era agradable haber pasado una noche romántica y apasionada con alguien sin remordimientos de conciencia. Este no tenía compromisos y me venía perfecto.

"En realidad, yo también tengo una cita", dijo sonriendo y pasándose una mano por el pelo.

Mis bragas seguían en el suelo, donde las tiré la noche anterior. Sentí calor al recordar lo que me hizo justo antes de desnudarme. Pero mi impetuoso entusiasmo se convirtió en vergüenza por haber sido tan descuidada. No conocía a este hombre. Nunca le había visto. Y, sin embargo, había permitido que me sedujera en una habitación de hotel sin protestar.

Sin embargo, el riesgo mereció la pena. Fue exactamente la relajación que necesitaba. Y la forma en que me llevó al éxtasis una y otra vez era algo que no tardaría en olvidar. De repente sentí que me flaqueaban las piernas, así que decidí guardar las bragas en el bolso en lugar de ponérmelas. Me calcé los zapatos, me rodeé los hombros con el pañuelo y lo apreté contra el pecho para ocultar mis pezones excitados.

"Anoche fue... bueno, gracias", me apresuré a decir mientras me acercaba lentamente a la puerta. Daniel sonrió satisfecho.

"No, gracias a ti", respondió Daniel.

Su voz profunda hizo que se me erizaran todos los pelos de los brazos. Ya estaba pensando en darle mi nombre y mi número de teléfono, pero entonces recordé que tendría que oír mi nombre con la misma voz profunda con la que se había dirigido a mí tan sensualmente la noche anterior. Y en ese momento me volvería a meter en la cama y me lanzaría de nuevo sobre él, y seguro que perdería mi cita.

Así que me despedí y salí de la habitación antes de que pudiera cambiar de opinión. Con los dedos, intenté arreglarme un poco el pelo antes de caminar hacia el ascensor. Me temblaban las rodillas, pero no sabía si era por el esfuerzo físico de esa noche o simplemente por el recuerdo de sus besos en mi piel.

Mientras intentaba comprender mi estado emocional, el ascensor sonó y las puertas se abrieron. Tina estaba dentro, con el pelo también despeinado y un maquillaje que era una sombra de lo que había sido la noche anterior. Me reí a carcajadas mientras me miraba impotente. Evidentemente, no era la única que se enfrentaba al "paseo de la vergüenza".

Capítulo 5

Daniel

Me senté en la sala de espera de la consulta de la médica con el dedo en el cuello y conté mis latidos. No debí haber tenido relaciones sexuales. Sobre todo, no debí haber tenido sexo con una desconocida que no sabía nada de mi enfermedad ni de mi corazón dañado. Se trataba de una nueva opinión de una experta, porque quería tranquilizar a Caroline y de ninguna manera debí haber tenido sexo con una mujer la noche anterior.

Eso no cambiaba el hecho de que había sido uno de los mejores -si no *el* mejor- encuentro sexual que había tenido nunca. Acudí al evento la noche anterior para reunirme con un representante médico, pero poco sabía que obtendría mucho más. Aun así, sabía que el sexo con aquella encantadora belleza era, en última instancia, un riesgo innecesario. Se me escapó un profundo suspiro que me hizo darme cuenta de lo que había hecho. Podría haber acabado en el hospital, o algo peor.

Quería decir... había escenarios mucho peores de los que preocuparse....

Disimulé una sonrisa metiéndome un caramelo de menta en la boca. No había tenido tiempo de lavarme los dientes. Apenas había tenido tiempo de ducharme y cambiarme antes de mi cita médica.

¿Me revisaría el corazón la médica y sabría que esa noche me había esforzado demasiado? ¿Me preguntaría qué hice? ¿Cómo iba a contarle a una médica cualquiera que había tenido sexo apasionado y espontáneo con una mujer cuyo nombre ni siquiera conocía? Suponía que no tenía que ser tan específico...

Respiré hondo e intenté relajarme. Probablemente no había nada que pudiera hacer por mí de todos modos. Sólo tenía que pasar por esta cita y aceptar el resultado, que hacía tiempo conocía, y luego volver con Caroline y Bella. Tal vez me mudaría con ellas. Probablemente sería lo mejor para todos. Ellas tendrían el espacio que necesitaban y yo podría pasar el mayor tiempo posible con ellas antes de que mi corazón empezara a fallar del todo.

El último médico me había dicho que tenía un año como mucho.... *antes de que todo se detuviera.*

No había compartido esa información con Caroline. Quería protegerla del dolor adicional tanto como fuera posible. De hecho, no estaba seguro de poder soportar mirar su rostro distorsionado por el dolor. Era suficiente carga para ella como para medir mi tiempo. No necesitaba un plano ni un cronómetro para eso.

La recepcionista se acercó a mí y, sonriendo, me entregó un portapapeles y un bolígrafo. Agradecida, lo cogí todo y hojeé los papeles. Parecía una lista interminable de preguntas que responder y volví a suspirar.

¿Cuántos formularios había rellenado en mi vida? ¿En cuántas consultas médicas había estado?

Vacilante, empecé a rellenar mis datos personales y a responder a la larga lista de preguntas. Luego rellené los datos de Caroline como contacto de emergencia en la última página y llevé el portapapeles a la recepcionista. Ella lo cogió, se dio la vuelta y desapareció por el pasillo.

Temía que esa cita me diera esperanzas, algo que era un concepto extraño para mí durante años. No había ninguna posibilidad, porque sabía lo negativos que fueron todos los médicos

anteriores.

Mientras esperaba, volví a sentarme, miré alrededor de la habitación y observé los cuadros de las paredes. Las fotos en blanco y negro de jardines locales y destinos populares tenían un aspecto elegante y discreto. Junto a la puerta colgaban dos diplomas enmarcados, ambos de la Universidad Johns Hopkins. Mientras miraba los ornamentados marcos plateados y los nombres impresos en ellos, vi volver a la secretaria.

"La Dr. Larson le recibirá ahora", dijo sonriendo e hizo un gesto para que me pusiera de pie.

"La primera puerta a la derecha", me informó, señalando con la cabeza el pasillo que se extendía desde su escritorio.

Yo también asentí, le di las gracias y me dirigí al despacho. La puerta estaba entreabierta, pero llamé antes de abrirla del todo. La doctora estaba de espaldas a mí, inclinada sobre su escritorio, revisando los formularios que le había dado la secretaria. Llevaba el pelo castaño recogido en un moño severo y la bata blanca no ocultaba en absoluto su hermosa figura.

Recordé la noche anterior y a la mujer con la que me había acostado hasta altas horas de la madrugada. El recuerdo de sus suaves gemidos y las ondas de su cabello castaño me hicieron sonreír. Hacía mucho tiempo que no me atrevía a hacer algo así. Había estado demasiado ocupado jugando sobre seguro. Volví a sentir un estremecimiento en el pecho y traté de alejar los pensamientos de la noche anterior.

"¿Doctora Larson?", pregunté, intentando llamar su atención. "¿Está lista para mí?".

Vi cómo su espalda se tensaba sorprendida al oír mi voz. Luego se dio la vuelta lentamente, con el portapapeles pegado a la frente. Mis cejas se alzaron casi hasta la línea del cabello al ver el rostro de la misma mujer que había abandonado mi habitación de hotel hacía sólo unas horas. Su expresión de sorpresa reflejaba la mía.

"¿Daniel?", preguntó. Fue casi un susurro. Tenía los ojos grandes como platos de comida.

Cuando volví a oírla decir mi nombre, se me cortó la respiración, porque recordé cómo me lo había pedido justo antes de alcanzar el clímax debajo de mí. Todo mi cuerpo se tensó al recordar el intenso placer de la noche anterior y cómo su cuerpo tembloroso había llegado al clímax a mi alrededor.

"Sí, Daniel Fielding", respondí. Incierto, pensé qué decir a continuación.

Ella volvió a mirar mis papeles, como si no acabara de creerme. Entonces sus cejas se fruncieron. El asombro por nuestra situación pareció desaparecer, pero fue sustituido por otra cosa mientras hojeaba mi información. ¿Ira? ¿Molestia? Hojeó las páginas y se puso al día con mi extenso historial médico.

"¿Tiene una cardiopatía grave?", preguntó, pero su tono delataba que era más una acusación que una pregunta.

"Sí, por eso estoy aquí, para que me aconseje un cardiólogo", le contesté. No le hizo mucha gracia. "¿Por qué no me dijiste anoche que eras médico?". Inspiró bruscamente al oír mis palabras y me miró enfadada.

"¿Anoche?", preguntó, esforzándose por mantener la calma. Me rodeó, cerró la puerta de su despacho y apoyó la espalda en ella como si quisiera impedir que alguien entrara.

"Anoche ni siquiera quisiste saber mi nombre. La mejor pregunta sería por qué no me dijiste que tenías una enfermedad cardíaca". Tenía razón. En el gran esquema de las cosas, no saber su nombre era mucho menos malo que no saber que podría haber muerto en cualquier momento.

"La enfermedad no es exactamente un tema con el que te guste empezar las conversaciones", dije encogiéndome de hombros.

"Podrías haber muerto", insistió. "Pero a juzgar por todos los médicos que ya has consultado, eras muy consciente de lo peligrosa que podía haber sido la noche anterior para ti".

Estaba claro que ahora me estaba reprendiendo y era bastante divertido ver lo rápido que la dama desenvuelta y segura de sí misma se había transformado en la resuelta doctora. Me encogí de hombros y reprimí una sonrisa.

"Cuando te queda tan poco tiempo de vida, te gusta arriesgarte". No había querido decirlo tan a la ligera. Pero era la verdad.

Suspiró y volvió a su escritorio. Dejó el portapapeles, se hundió en su silla y me miró con expresión triste.

"Me temo que el tratamiento por mi parte es imposible", dijo. "Aquí ya hemos traspasado con creces todos los límites entre médico y paciente". Tenía razón. Lo hicimos. Y mucho más.

"Después de todo, esa noche no sabía que usted era mi médico", insistí. Eso no cambió la expresión pétrea de su impresionante rostro.

"Sí, pero no podemos olvidar la noche", replicó. Sonriendo, la miré.

"Desde luego que no puedo", afirmé. "Aunque quisiera. Pero no quiero". Parecía sorprendida por mi sinceridad y se sonrojó. Me pareció que estaba recordando todo lo que vivió. Pero no pasó mucho tiempo hasta que de repente se recompuso y la personalidad médica profesional volvió para disipar el rubor.

"Comprendo". Eso estaba muy mal, y en cierto modo lo entendía. Pero la inquietante sensación visceral era más fuerte que nunca.

Me volví hacia la puerta, pero al alcanzar el picaporte, me vino a la mente la cara de decepción y la voz exasperada de mi hermana cuando inevitablemente tuviera que informarle de la conversación. Recordé cómo se sintieron las lágrimas de Bella mientras la abracé. No quería decepcionarla de nuevo. No otra vez.

Prometí volver a intentarlo, ¿no?

Así que me giré hacia la doctora Mia Larson.

"Su último artículo en el 'American Journal of Medicine' es muy interesante", le informé. "Me lo dio mi hermana. Es impresionante".

Me miró a los ojos dubitativa, pero no dijo nada. Como no tenía nada que perder, continué hablando.

"Este artículo trata de una enfermedad muy rara que tengo", le dije, mirándola a sus llamativos ojos verdes. "Usted *teorizó* sobre cómo los nuevos métodos quirúrgicos permiten arreglar anomalías cardíacas extremadamente raras. Eso le dio esperanzas a mi hermana".

"Este tipo de cirugía no se ha hecho nunca. Es de alto riesgo". Le aparecieron dos manchas rojizas en los pómulos.

"Pero tú crees que funcionará", repliqué, como una pregunta y una afirmación a la vez.

Se mordió los labios, igual que la noche anterior en la pista de baile, y tuve que contenerme para no acercarme a ella. Estaba igual de guapa sin maquillaje y con el pelo recogido que con el vestidito negro. Mi cuerpo no pudo evitar responderle.

"Sí, creo que funcionará", respondió con seguridad. Por lo que sabía de ella, era una mujer que se enorgullecía de su trabajo, confiaba en sus investigaciones y las defendía. Para ella, esto no era un juego. Se trataba del trabajo de su vida y no iba a mentirme, aunque eso me hubiera hecho salir más rápido de la habitación.

"Pero no puedo operar a alguien con quien me he acostado", continuó. "Afectaría a mi tratamiento, a mi juicio y a mis conclusiones".

Sus palabras eran tan claras que no hubo lugar a debate. Pero en sus ojos vi algo más. Era el mismo brillo apasionado de esta noche. Sabía que esta vez no era para mí.

Mia estaba en su elemento. Me di cuenta por su postura de lo segura y confiada que se sentía. La mujer con la que estuve en la habitación del hotel probablemente se habría puesto nerviosa por mi estado, pero como doctora parecía verme como un problema que había que resolver. A juzgar por el brillo de sus ojos, me alegró comprobar que, a pesar de sus reservas, quería ocuparse de mi problema.

Ella quiere.

Y como no tenía nada que perder, me arriesgué y esperé que fuera la persona que yo creía. Me aparté de ella para marcharme y, efectivamente, tomó la palabra justo cuando yo llegaba a la puerta.

"Espera, Daniel", me pidió y me giré hacia ella.

Se había levantado, se mordía los labios y miraba fijamente mi expediente. Luego se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja y me miró.

"Podría hacer algunas pruebas", dijo. Frunció el ceño y volvió a mirar la información que tenía en las manos.

"Creía que no podía aceptarme como paciente", pregunté, tentando a la suerte.

"No puedo", dijo, pero había vacilación en su voz. Quería que aceptara, pero no tenía muchas esperanzas de que pudiera hacer algo más por mí. Ninguno de los médicos había podido. Ni los que habían intentado ayudarme, ni los otros que habían rechazado mi caso de plano. Pero al menos así podría cumplir mi promesa a mi hermana y seguir viendo a la hermosa mujer que conocí la noche anterior; aunque ella insistiera en que las cosas siguieran siendo profesionales entre nosotros.

"Pero puedo ver cómo resultan las pruebas. Entonces, cuando tenga la visión general que necesito, tal vez pueda remitirte a un colega", dijo Mia.

Sacudiendo la cabeza, dije que no, porque estaba harto de que los médicos me dijeran todo lo que ya había oído demasiadas veces.

"Me han derivado a un médico tras otro", dije en voz baja. "Acabé con este juego. Ya no tengo tiempo para sentarme en las consultas de los médicos". Intenté sin éxito reprimir el temblor de mi voz.

Mia dejó la historia clínica sobre su escritorio y dio un paso hacia mí. Parecía a punto de ponerme la mano en el hombro, pero cambió de idea. Al parecer, en esta situación era demasiado personal para ella consolarme o tranquilizarme después de habernos conocido tan íntimamente.

En lugar de la caricia que esperaba, Mia cruzó los brazos delante del pecho y me miró con determinación.

"Precisamente por eso deberías dejarme hacer estas pruebas, porque puede que no te quede mucho tiempo de vida", me explicó. Hubo una determinación en sus palabras que no me esperaba. "Tú mismo has dicho que has acudido a mí por mis métodos quirúrgicos experimentales. Así que déjame ver qué puedo hacer. No es un problema que haga las pruebas, es sólo que no puedo operarte". Esperó.

"¿Pero puedes encontrar a alguien que lo haga?", pregunté escéptico.

"Creo que sí", respondió Mia. "Conozco a algunos médicos con los que he trabajado en el pasado, seguro que aceptarán el reto si les allano el camino".

Me lo pensé. Una gran parte de mí quería dar media vuelta y marcharse. Salir del edificio a la luz del sol. ¿Merecía la pena? ¿Pasar el resto de mi tiempo siendo pinchado? Lo último que

necesitaba eran falsas esperanzas. Pero entonces pensé en Caroline y Bella y supe que no podía rechazar una última oportunidad de una vida más larga. Mia pareció percibir mis dudas.

"Las primeras pruebas pueden hacerse hoy y con los resultados podré decidir si la operación es factible o no. Si no, vete y vive tu vida como mejor te parezca. No más pruebas, no más médicos". Habló rápido y no permitió ninguna interrupción.

Para mí, eso sonaba mejor. Me gustaba la perspectiva de que ésta sería la última parada, el último intento de encontrar una solución y no la espera eterna en varias consultas médicas. Tanto si podía arreglarme el corazón como si no, quería que todo aquel asunto terminara de una vez por todas. Asentí con la cabeza.

"De acuerdo", acepté, "hazme las pruebas".

Capítulo 6

Mia

Mis pensamientos se aceleraban mientras leía por décima vez el historial médico de Daniel. Su enfermedad era tan rara que no tenía nombre. Era exactamente el tipo de problema en el que me gustaba trabajar: hacer posible lo imposible.

Pero me costaba ver a Daniel como un paciente y como un problema que había que resolver. Para mí, era un hombre. Su voz, su olor, el tacto de su piel sobre la mía, lo conocía todo. El sabor de su piel y el tacto de las yemas de sus dedos sobre la mía me eran bien conocidos y conocí la intensidad de su aliento sobre mis zonas erógenas y la forma en que su cuerpo se movió sobre el mío.

Y sabía lo bien que se sentía dentro de mí.

Eso complicaba las cosas. Significaba que mi corazón estaba implicado y no sólo mi mente. Ese hecho me asustó.

Era imperativo apartar todos los pensamientos de nuestra apasionada noche porque podía perderme en ellos durante horas. En la oficina, sin embargo, no tenía espacio para conflictos emocionales. Tenía que hacerle las pruebas y encontrarle un médico que pudiera tratar su caso con la mayor objetividad.

Llevé a Daniel a una sala de reconocimiento y le pedí que se desnudara mientras yo iba a por las cosas necesarias para las pruebas. No tenía por qué hacérselas yo, pero después de todos los médicos que consultó sin éxito hasta entonces, me alegraba de hacerlo. Más desconocidos sólo conseguirían que se mostrara más escéptico a dejarme ayudarle.

En cuanto tuve listo todo lo que necesitaba, volví a la sala de reconocimiento, que estaba al final del pasillo, junto a mi despacho. Daniel estaba sentado en la mesa cuando entré. Tenía la chaqueta del traje sobre una silla y se había quitado los zapatos. Estaba sentado en camisa, pantalones y calcetines, con un aspecto mucho más vulnerable que la noche anterior, cuando se había tumbado completamente desnudo en la cama del hotel.

Dejé su historia clínica y empecé a desenredar los cables del monitor cardíaco que había traído conmigo.

"¿Puedes quitarte la camiseta?", le pedí sonrojada y girándome hacia un lado para ocultar mi reacción.

Contrólate, Mia.

No sabía si era vergüenza o algún residuo de pasión de la noche anterior, pero en cualquier caso era poco profesional.

Daniel empezó a desabrocharse la camisa. Se la quitó, dejando al descubierto el fuerte pecho que yo recorrí con la lengua varias horas antes. Esta vez, sin embargo, me fijé inmediatamente en la cicatriz de su esternón. Era la única señal de que le pasaba algo. Era muy diferente de la mayoría de mis pacientes, que estaban enfermos por dentro y por fuera, agotados por una larga batalla contra sus respectivas enfermedades cardíacas y los síntomas y tratamientos asociados.

Daniel estaba bronceado y bien tonificado. La noche anterior parecía tan vivo. Era increíble que no me hubiera fijado en la cicatriz. Me parecía tan llamativa. Por reflejo quise tocarla, pasar el dedo por la piel demasiado suave, pero me controlé.

No. No debía hacerlo.

Los electrodos de su pecho estaban fríos y no me sorprendió la piel de gallina que se le puso. Cuando los tuve todos conectados, levanté la vista hacia él y nuestros ojos se encontraron brevemente. Esta vez conseguí no sonrojarme.

La mirada de Daniel me hizo sentir... *vista*. Era como si pudiera ver dentro de mí cuando me miraba. Cuando estaba con un paciente, normalmente era yo quien mandaba y tomaba las decisiones. Era mi espacio y me pertenecía. Pero la situación entre nosotros dos era completamente diferente y me inquietaba.

Me senté en la silla giratoria frente al ordenador de reconocimiento, donde podía leer los resultados en cuanto llegaran. Tardaría un rato y tendría que hacer algunas cosas más con él, como ejercicios de respiración, antes de poder decir algo definitivo.

Le hice las pruebas con la mayor profesionalidad posible. Con mis otros pacientes, me gustaba bromear y sonreír y mostrarles mucha buena voluntad. Pero con Daniel era más fría y controlaba cada gesto.

Podría pensar que le estaba coqueteando. Entonces podría pensar que querría despertar sentimientos en él.

Para estar segura, me mantuve lo más seria posible. Cuando terminó el examen, le quité los electrodos e inevitablemente recordé cómo me quitó las pastillas de los pezones. Mis pezones se endurecieron espontáneamente.

Le miré a los ojos y su mirada se volvió muy intensa. A juzgar por su sonrisa implícita, parecía tener en mente lo mismo. Tosí para ocultar un poco mi excitación y me volví hacia la pantalla del ordenador. No era el *momento*. Nunca volvería a ser el momento.

Pulsé imprimir y empecé a leer hoja tras hoja. Se hizo el silencio mientras leía y él volvía a ponerse la ropa. La impresora y el susurro de la camisa de Daniel eran los únicos sonidos de la habitación.

Mientras leía los resultados, mi corazón empezó a latir con fuerza. Conmocionada, me di cuenta de lo terrible que era su estado cardíaco. Habló de que no le quedaba mucho tiempo de vida, pero yo lo ignoré porque muchos pacientes con cardiopatías masivas hablan así. Era el resultado tanto de su propia desesperanza como de la reticencia de sus médicos a darles un marco temporal.

Pero el estado de Daniel era muy grave y, por la forma en que habló de ello antes, parecía que ya lo sabía. Me giré hacia él justo cuando se ponía la chaqueta.

"Daniel", balbuceé, "esto... tienes un corazón...". Me temblaban las manos ante todo lo que podía haber pasado anoche y me quedé sin palabras.

¿Cómo pudo ser tan imprudente?

Me enfurecía que me hubiera hecho su cómplice en este peligroso juego.

"Sé", dijo, "que es malo. Por eso necesito un buen cardiocirujano".

Su despreocupación me enfureció. Después de todo, no era un juego. Su estado era extremadamente peligroso.

"Definitivamente no deberías hacer actividades extenuantes", le dije. "Y mucho menos durante el sexo".

"No lo hago", respondió, encogiéndose de hombros. Totalmente estupefacta, me quedé mirándole.

"Anoche fue una excepción". Lo dijo con tal rotundidad que no quise llevarle la contraria y suspiré.

"Déjame leer esto. Ahora vuelvo". Tuve que salir de la habitación porque sabía que mi ira estaba a punto de desbordarse. Pero tras ella afloraba una culpa oculta.

Cuando la puerta se cerró detrás de mí, me desplomé contra la pared y sostuve una mano frente a mi cara, sus resultados firmemente en la otra.

"¿Mia? Cariño, ¿estás bien?".

Al oír la voz de Tina, bajé la mano. Estaba de pie frente a mí en el pasillo con su bata blanca, sosteniendo una taza de café.

"Oh, Tina...", suspiré e hice una pausa.

¿Cómo podría explicárselo?

"¿Qué ha pasado?", quiso saber ansiosa y se acercó.

"Ha pasado lo de mi paciente", respondí. Volví a mirar los resultados de las pruebas de Daniel y los agité en el aire. Tina sonrió.

"Sí, lo vi en la sala de espera. Es un tipo de ensueño".

"Shh", susurré, cogiéndola del brazo y arrastrándola rápidamente por el pasillo hasta nuestro salón.

"Anoche fue mi amante", dije en voz baja. Sus ojos se abrieron de golpe.

"Dios mío", exclamó. Sus ojos se abrieron aún más. "¿Me estás tomando el pelo?".

"Lo sé". Suspirando, le entregué la carpeta con sus hallazgos. "Y se pone mucho peor".

Echó un breve vistazo a las principales pruebas y se quedó totalmente consternada por las implicaciones de los resultados. Cuando terminó, me entregó su taza de café.

"Lo necesitas más que yo", me dijo. Le di las gracias y acepté el café.

"¿Qué vas a hacer?" fue su pregunta y me miró preocupada. Tomé un sorbo para tranquilizarme.

"No puedo aceptarlo como paciente", respondí. "Eso iría en contra de nuestra ética profesional".

"También iría en contra de nuestra ética profesional dejarle morir", fue la sarcástica respuesta de Tina y la miré sorprendida.

"No voy a dejarle morir así como así", dije en mi defensa. "Voy a recomendárselo al doctor West".

"¿Eh, West? Es un pesado", comentó Tina, poniendo los ojos en blanco.

"Es un buen cirujano", contraataqué.

"Sí, pero tú eres mejor", argumentó Tina casi un poco enfadada, "y además, tú misma lo sabes".

"Pero...", empecé. Hice una pausa y busqué las palabras antes de decidirme por lo único correcto. "No estaría bien".

"¿Sientes algo por ese hombre?". La pregunta de Tina vino acompañada de otra ceja levantada. A la manera típica de Tina, había ido directa al meollo de la cuestión.

Me sorprendí mordiéndome los labios. Un arrebato de emoción hizo que mi corazón latiera más deprisa, pero probablemente se trataba de los recuerdos de la noche anterior.

No podría sentir nada por un hombre que acababa de conocer. ¿O sí?

"No", respondí a Tina. "Es simpático y está bien, pero sólo ha sido un rollo de una noche. No tenía intención de volver a verle. Ni siquiera le dije mi nombre".

Me sentí un poco avergonzada por la última frase, pero Tina era mi confidente más cercana y no pestañeó al oírla.

"Entonces no hay ningún problema", afirmó. "No es como si tuvieras una relación con él."

No sabías que estaba enfermo cuando te acostaste con él".

"Sí, ya se, pero...", opiné, porque algo en ello me seguía pareciendo mal.

"Puede que seas lo último que necesita, querida", dijo Tina. "¿Podrías vivir con eso si lo dejaras a su suerte y algo saliera mal?". Pensé seriamente en sus palabras.

No.

Y Tina sabía perfectamente que no. Por eso me hizo la pregunta, para que yo fuera consciente de ello. Pero de ninguna manera podía negar los riesgos que entrañaba, ni el buen consejo que le había dado el médico al que había acudido la última vez. No quería parecer arrogante por confiar en mis propios métodos. Tenía que pensar en Daniel como en un paciente, un hombre que necesitaba mi ayuda.

"Sería una sensación terrible", admití y volví a suspirar. "Tengo que afrontarlo, ¿no?". Tina se limitó a asentir. Entonces me levanté y me alisé la bata blanca.

"De acuerdo. Iré a decírselo". Mis palabras eran firmes, pero mis sentimientos eran de una naturaleza muy diferente. Caminaba de vuelta a la sala de exploración cuando Tina me llamó.

"¿Estuvo bien?".

Mi cara se puso roja, tan avergonzada estaba por su pregunta. Ella, sin embargo, se echó a reír.

"¡Quiero detalles!", exigió, señalándome con su dedo manicurado.

"Ahora es mi paciente", le dije. "Ya sabes: confidencialidad médico-paciente". Antes de abrir la puerta de la sala de exploración, le guiñé un ojo con una sonrisa.

Daniel estaba de pie junto a la camilla. Parecía concentrado en su teléfono, pero enseguida me miró con su sonrisa ganadora. Se me encogió el corazón al verle, pero lo reprimí rápidamente,

"¿Cuál es su pronóstico?", preguntó bromeando. "¿Es contagioso?". Su humor ya no me molestaba tanto, pues me di cuenta de que quizá era la única forma que tenía de enfrentarse a su enfermedad. Algunos pacientes tenían que tomárselo a la ligera. Otros morían de depresión más que de la enfermedad en sí. La desesperación era una emoción tan poderosa.

"No estás bien, pero seguro que eso ya lo has oído cientos de veces", le informé, poniendo sus resultados sobre la mesa. "Pero creo que puedo darte un plan de tratamiento". Asombrado, me miró.

"Dijiste que no me aceptarías como paciente", me recordó. "¿A qué se debe este repentino cambio de opinión?".

"La evaluación de los resultados de las pruebas me permitirá hacerte una buena sugerencia", le dije. "Siempre que dejemos a un lado nuestro pasado, significa que tienes muchas posibilidades de superar tu enfermedad". Los ojos de Daniel se abrieron momentáneamente y se mostró muy sorprendido.

"No me lo esperaba", susurró. Pareció estremecerse y sonrió. "Así que nos veremos mucho más a partir de ahora", afirmó con satisfacción. "Muy bien. ¿Qué es lo siguiente que necesitas de mí?".

"Más pruebas, me temo", dije, ignorando su humor. Intenté actuar con profesionalidad. "Pero sólo unas pocas", dije rápidamente, viéndole apretar la barbilla. "No puedo hacerlas aquí, así que pediré cita en otro instituto. No hace falta cirugía para las pruebas y no llevarán mucho tiempo".

"De acuerdo", dijo, suspirando aliviado. "Avísame en cuanto fijes la cita para que pueda reservar un vuelo".

"¿Un vuelo?", pregunté. "¿No vives en San Francisco?". Daniel negó con la cabeza.

"Vivo en Nueva York", dijo simplemente. "Cerca de mi familia".

¿Tiene familia?

"Ah", comenté, intentando que no se notara mi sorpresa y decepción. "Así que es un viaje largo para ti". Se encogió de hombros.

"No me importa", respondió. "Estoy acostumbrado a volar. La semana que viene vamos a Toronto y luego a Tokio". Ahora me daba cuenta de lo poco que sabía de él. Este hombre con el que pasé la mayor parte de la noche anterior se estaba enredando en algo.

"¿Y siempre vas a fiestas cuando viajas?", quise saber, sin que sonara como si le estuviera reprendiendo.

"A veces", respondió. "Pero, por favor, ahórrame el sermón. Como he dicho, he bajado el ritmo. Nada de ejercicio excesivo, nada de alcohol, nada de sexo... normalmente". Tragué saliva cuando volvió a mencionar nuestra intimidad, pero no hice ningún comentario.

"¿Y a qué te dedicas?", le pregunté rápidamente.

"Soy dueño de Dresner Holdings & Co", dijo. Parpadeé.

"¿La empresa farmacéutica?", pregunté. Pero ya sabía la respuesta. Todos los que trabajaban en el campo de la medicina conocían Dresner. Daniel, sin embargo, parecía sorprendido de que yo conociera esa empresa.

"Sí", dijo. Su voz ronca me recordó el momento en que su boca estuvo cerca de mi oído la noche anterior. "¿Estás usando alguno de nuestros medicamentos?".

"Por supuesto", mentí y asentí. "He estado trabajando con algunos de tus representantes".

Ahora todo empezaba a encajar. La noche anterior, no pensé en por qué podría haber estado en la fiesta. Fui lo suficientemente ingenua como para pensar que simplemente estaba allí, sin invitación, como Tina y yo. De ninguna manera se me ocurrió que podría ser el jefe de una de las mayores compañías farmacéuticas de la Costa Este.

"¿No es un trabajo bastante estresante?", quise saber.

"A veces", dijo, y su sinceridad me sorprendió. "Pero se me da muy bien. Además, me mantiene ocupado y me distrae de mi salud".

Como si nada, el teléfono zumbó en su mano y lo consultó inmediatamente. Leyó el mensaje rápidamente y empezó a escribir una respuesta.

Esto me preocupó. Conocía a hombres como él. Eran adictos al trabajo. Muchos de ellos tenían problemas de corazón debido a los altos niveles de estrés de sus trabajos. Le vi fruncir el ceño mientras terminaba de escribir su mensaje. Cuando terminó, carraspeé audiblemente.

"¿De verdad quieres pasar así el tiempo que te queda?", fue mi dura pregunta, pero tenía que saberlo. "¿Con el trabajo? ¿No preferirías pasarlo con tu familia?".

"¿Podías salvarme, creía?", respondió con una contrapregunta, enarcando una ceja y dedicándome su sonrisa.

"Haré lo que pueda", le aseguré. "Pero sabes que no puedo garantizarlo". Asintió y su sonrisa se transformó en una expresión seria.

"Sí, lo sé", siguió diciendo. "Gracias por intentarlo de todos modos, salga como salga".

No dejé traslucir mis sentimientos, pero por dentro me sentía más agobiada por este caso que por todos los demás juntos. Me agobiaba porque, hiciera lo que hiciera, no podía olvidar lo que compartimos aquella noche. Tal vez sólo había sido un rollo de una noche, pero ahora me parecía mucho más porque sabía lo que había arriesgado por ello.

Capítulo 7

Daniel

Contemplé una lúgubre tarde neoyorquina desde mi despacho, en la zona de la esquina, con la silla de ejecutivo frente a la ventana. Ignoré el trabajo que tenía sobre la mesa. La ciudad bullía como de costumbre. Envidiaba a todas las personas que iban por la calle. Parecían pequeñas hormigas corriendo al trabajo y a casa para vivir sus vidas.

Tenían una vida que vivir. Yo no.

Pero entonces volví a pensar en Mia, la Dra. Mia Larson. Desde que salí de San Francisco, no pude quitarme la sonrisa de la cara. Desde que salí de la habitación del hotel aquel día, no pude dejar de pensar en ella. Y ya cuando la volví a ver en su consulta, me quedé totalmente prendado de ella. Cada vez que pensaba en ella me sentía vivo. Era estupenda en la cama: hermosa, lujuriosa y apasionada. Pero en su consulta me causó una impresión fuerte y poderosa. Tenía la misma motivación y pasión que yo siempre puse en mi trabajo. Hasta entonces, no había conocido a muchas mujeres como ella.

El hecho de que me hubiera aceptado como paciente me hizo muy feliz, porque aparte de que podría tratarme, necesitaba desesperadamente una excusa para pasar más tiempo con ella. Además, empezamos con el pié derecho. Después de mi cita con ella, me envió algunos de sus planes de tratamiento y me explicó detalladamente cómo pensaba corregir quirúrgicamente mi anomalía cardíaca. Había conseguido darme lo que docenas de médicos no habían conseguido: esperanza.

Me pregunté si no sería tanto su habilidad como médico como mi falta de objetividad hacia ella porque me parecía atractiva y deseable, pero acepté de buen grado cualquier tipo de esperanza.

Sonó mi intercomunicador y Sarah, mi ayudante, habló.

"Sr. Fielding, su hermana está aquí para verle".

"Pueden seguir", respondí.

Cuando la puerta se abrió y Bella entró de un salto, me giré hacia ellas. Soltó sus deditos de la mano de Caroline y corrió hacia mí. La cogí en brazos y la sostuve en el aire un segundo mientras soltaba una risita, antes de sentarla en mi regazo.

"Daniel", me regañó mi hermana, sentándose en el sofá de mi despacho.

"Hoy nada de sermones, hermanita", respondí. "Si no puedo abrazar a mi pequeña Bella, la vida no merece la pena".

Suspiró y dejó que Bella se sentara en mi regazo por una vez. No había tenido ocasión de contarle mucho sobre mi cita con Mia y no quise darle esperanzas por si acaso Mia no podía salvarme. Pero cuando la vi allí sentada con esa mirada de preocupación, cambié de actitud. La esperanza era buena para la gente y esta vez no era una esperanza completamente inútil. Había una posibilidad de que Mia pudiera *salvarme*.

"¿Has ido a donde la médica?", preguntó Bella, meciéndose sobre mis rodillas.

"Sí, la semana pasada", respondí.

"¿Te curó?". Bella me miró muy seria. Le miré las coletas y el vestido azul que llevaba. Estaba adorable como siempre.

"Bueno, es una médica", dije en voz baja. "Y dijo que lo intentaría".

Bella sonrió y dio un gritito de alegría. Sé que no entendía muy bien lo que estaba en juego en

mi situación o lo diferente que era la oferta de Mia de ayudarme de las opiniones de los otros médicos, pero la alegre sorpresa en la cara de mi hermana era muy clara.

"¿Ah, sí?", preguntó Caroline. "¡Es fantástico! ¿Qué ha dicho?".

Junto a la alegría, había una pizca de escepticismo y eso me facilitó contarle lo de mi cita. Mientras no se hiciera demasiadas ilusiones, no tenía que preocuparme de que se sintiera decepcionada o sorprendida si las cosas iban mal.

"Dijo que mi corazón estaba muy débil", le conté a mi hermana. Se puso nerviosa cuando continué. "Y que, al igual que me habían dicho los demás médicos, tenía que ir sobre seguro y no esforzarme demasiado. Pero también habló de tener un plan de tratamiento en marcha y de estar preparada para operarme".

"Estupendo, Daniel", se regodeó Caroline. "¿Qué riesgo tiene la operación?". En ese momento, sentí de repente un dolor agudo en el pecho que me dolió tanto que tuve que contener la respiración.

"Vuelvo enseguida", dije rápidamente, bajando a Bella al suelo y caminando a paso ligero hacia el pequeño cuarto de baño que colindaba con mi despacho. Cerré la puerta tras de mí y me incliné sobre el lavabo, respirando con dificultad. Miré mi rostro distorsionado por el dolor en el espejo. Con total concentración, inspiré y espiré lenta y cuidadosamente y sentí un enorme alivio cuando el dolor volvió a remitir. Unos minutos después volví a abrir la puerta y regresé con una sonrisa radiante.

Caroline me miró preocupada.

"¿Estás bien?", inquirió de inmediato. Volví a subir a Bella a mi regazo y le sonreí.

"Por supuesto", respondí alegremente. "Pero podemos hablar de eso durante la cena. ¿Te apetece un filete?".

Bella asintió con entusiasmo. Sabía que no le importaba en absoluto lo que hubiera para cenar, estaba deseando salir ya de por sí. Me gustaba llevarla a buenos restaurantes cuando venían de visita. Caroline y yo habíamos salido muy pocas veces cuando éramos jóvenes y ella también quería que la vida de Bella fuera sencilla, a pesar de que cobraba la pensión militar de su difunto marido y sabía que siempre podía recurrir a mí también. Habíamos crecido en circunstancias más bien modestas y Bella debía aprender estos valores. Pero me permitía mimarlas cuando venían a la gran ciudad.

Aunque el trabajo significaba mucho para mí, ellas eran lo primero, incluso si eso significaba salir de la oficina antes de tiempo. Su visita valía la pena para mí.

Le dije a Sarah que podía irse pronto a casa y cerré con llave mi despacho. Bella me enseñó los edificios más altos mientras bajábamos en el ascensor de cristal hasta la planta baja.

Fuera nos esperaba un coche. Como prácticamente no había bebido alcohol en los últimos años, normalmente conducía yo mismo, pero conducir era otra cosa que Mia había tachado de mi lista de actividades, ya que no debía arriesgarme a tener un accidente por un posible ataque.

Subimos al coche, Bella en el asiento entre nosotros. Ya estaba anocheciendo y las luces de la ciudad se reflejaban en las calles mojadas. Todo parecía brillar y centellear. Bella se inclinó todo lo que le permitió el cinturón de seguridad para poder contemplar las tiendas con sus coloridos escaparates mientras pasábamos.

Sonriendo, noté cómo las luces se reflejaban en sus ojos. Su alegría era contagiosa.

Toda mi vida corrí el riesgo de morir por mi enfermedad cardíaca, así que siempre tuve una perspectiva diferente de las cosas del mundo. Cuando era joven, elegí trabajar duro y ser mejor que los demás, para aprovechar al máximo el poco tiempo que me habían dado. Pero a partir de

los treinta, había llegado a un punto oscuro. Me había enfadado y frustrado por esta carga impuesta de que mi vida no duraría. Entonces llegó Bella al mundo.

Ella era una luz brillante en mi vida y me había hecho disfrutar de todo al máximo. Pero en lugar de trabajar duro para engañar al destino como antes, empecé a trabajar para que se sintiera orgullosa y para dejarles algo a ella y a Caroline cuando yo ya no estuviera.

El coche se detuvo frente al restaurante y bajamos. Bella puso su manita en la mía y la conduje hasta la puerta. Nos sentamos en una pequeña mesa al fondo del restaurante. La música y las luces estaban apagadas y el ambiente era tranquilo y digno. Bella se acarició el vestido azul por encima de las medias blancas como una señorita y se acercó a la mesa.

Caroline puso los ojos en blanco, pero tenía una sonrisa en los labios. Estas salidas eran puro placer para Bella.

Caroline y yo tomamos un sorbo de vino mientras esperábamos la comida y, por una vez, ella no dirigió la conversación hacia mi corazón. No hablamos de médicos, operaciones ni horarios. Fue un cambio agradable respecto a nuestras conversaciones habituales.

Cuando llegó la comida, ayudé a Bella a cortar su filete. Ella me miraba y se movía en su asiento mientras esperaba pacientemente a que terminara. Tuve que sonreír.

Nunca me tomé mucho tiempo para las relaciones. La permanencia no era algo que se me hubiera ocurrido. Pensaba que sería egoísta formar una familia y luego abandonarla, así que nunca pensé en tener hijos. Sin embargo, cuando nació Bella, sentí que me estaba perdiendo algo importante. Cuando el marido de Caroline murió, yo me convertí en una parte importante de su vida. Pero yo no era su padre y eso no cambiaría. A veces anhelaba que me permitieran experimentarlo por mí mismo.

Después de cenar, Caroline se aclaró la garganta y supe que había estado evitando hablar de mi cita con la médica hasta ahora.

"Bueno", empezó Caroline, "¿qué te ha dicho la médica?".

Junté las manos sobre la mesa delante de mí mientras el camarero terminaba de servirme.

"No puede garantizar nada", empecé. "Pero me ha trazado un plan de tratamiento y me ha explicado la operación, que es muy importante para mí. Es un experimento y por lo tanto implica muchos riesgos, pero ella confía en que pueda tener éxito".

El contenido de mis palabras casi no parecía real.

"¿Cuándo podrá hacer la operación?", quiso saber Caroline. Negué con la cabeza.

"Todavía no está segura, hermanita. Todavía tiene que hacer algunas pruebas antes de fijar una fecha". Caroline asintió, pero parecía seria.

"Son buenas noticias", la tranquilicé, cogiéndole la mano. "Por primera vez, existe la posibilidad de reparar mi corazón para siempre".

"Ya lo sé. Pero sigue dando miedo". Miró a Bella y supe lo que estaba pensando.

No se trata sólo de mí. Se trata de todos nosotros.

"Pero el tío Daniel es valiente", dijo Bella sonriendo ampliamente.

Le devolví la sonrisa y también le cogí la mano. No tenía miedo de morir, pero sí de tener que dejarlas a las dos. Me pregunté si debía pedirle una cita a Mia y convencerla de que me operara cuanto antes. Sabía que ella quería el mayor tiempo posible para preparar la operación de la mejor manera posible, pero yo no sabía cuánto tiempo me quedaba. Cada día que pasaba sin operarme era un día más en el que mi corazón podía fallar.

Capítulo 8

Mia

Me senté en el sofá con los leggings y el mismo jersey que me había puesto para ir a trabajar. Cuando llegué a casa, no hice otra cosa que quitarme la falda y servirme un vaso de vino. El sol se había puesto sin darme cuenta y sólo cuando miré mi portátil me di cuenta de lo oscuro que estaba ya.

Recibí los resultados preliminares de la segunda ronda de pruebas de Daniel y estaba profundamente conmovida por su grave estado. Él no se sorprendió demasiado cuando se lo conté.

Nos enviamos una serie de correos electrónicos para comentar los resultados pero como él estaba siempre de viaje -cosa que yo le reprochaba- los correos electrónicos se convirtieron en un mensajes de texto y los mensajes de texto en alguna llamada ocasional a altas horas de la noche. Llegué a conocerle mejor. Era amable e inteligente y siempre intentaba hacerme reír con un chiste o un comentario sarcástico. Al principio pensé que su visión del mundo era cínica, pero en realidad era bastante optimista y tenía un gran sentido del humor. Sabía encontrar algo irónico o único incluso en los detalles más insignificantes de la vida cotidiana.

De repente me di cuenta de por qué este conocimiento me avergonzaba. Demostraba con qué frecuencia nuestras conversaciones se desviaban de los temas puramente médico-paciente. Y cuanto más hablábamos y nos conocíamos mejor, más me daba cuenta de que le conocía a un nivel mucho más profundo de lo que había conocido nunca a ninguno de mis pacientes y de que debía dejar su tratamiento en manos de otro médico.

Ni Daniel ni yo teníamos pareja así que técnicamente no había ninguna razón para no poder operarle, pero era innegable que había cierta conexión entre nosotros. No se trataba de sexo ni de nada físico, sino de un hombre al que estaba llegando a querer y admirar. La verdad era que no podía soportar pensar en operarle y quizás verle morir en el proceso, como había visto morir a mi padre. Simplemente no podía. Así que me había limitado a lo que podía hacer. Después de la operación, necesitaría un cóctel especial de fármacos como terapia a largo plazo que permitiera a su corazón mejorar sin sobrecargarlo demasiado.

En los últimos años desarrollé un fármaco experimental que sería perfecto para su recuperación. El único inconveniente era que aún no había sido aprobado por la FDA. Envié correos electrónicos de un lado a otro intentando averiguar qué podía hacer para acelerar el proceso de aprobación, aun sabiendo que ésta estaba muy lejos. Pero tenía que intentarlo.

Mi teléfono zumbó y el nombre de Daniel apareció en la pantalla.

Sentí que me mareaba un poco. Siempre me pasaba cuando Daniel me llamaba de improviso, pero esa vez me puse más nerviosa aún. Esa noche tenía que decirle que no lo operaría yo misma. No me importaría dirigir su tratamiento, pero eso era todo lo que iba a hacer.

Me pasé el dedo por el teléfono para responder a la llamada.

"Hola", dije.

"Hola". Me tranquilizó volver a oír su voz profunda al otro lado de la línea. "¿Cómo estás?"

"Bien", mentí. Debería haber dicho "nerviosa", "preocupada" o "indecisa". "Tu plan de tratamiento está aquí delante de mí y lo he estado repasando".

"Mm", murmuró. No le gustaba que empezara la conversación con su enfermedad, aunque yo

fuera su médica. Le gustaba la charla trivial. Le gustaba cuando la conversación no giraba en torno a él. A veces me ceñía a eso, pero esta noche quería ir directo al grano.

"He hablado con uno de mis colegas y es optimista sobre la operación", me apresuré a decir. "Además, tiene su base en Nueva York, así que podrías pasar la mayor parte de la recuperación cerca de casa".

"Espera, retrocede", dijo Daniel. "¿No vas a operarme? ¿Cuándo lo decidiste?".

Nerviosa, me mordí los labios, intentando pensar en cómo explicar mi razonamiento sin entrar en detalles emocionales y en cómo se relacionaba con la traumática muerte de mi padre.

"Simplemente creo que, dada nuestra relación, lo mejor sería que yo no participara en la operación", dije con firmeza.

"No estoy de acuerdo", replicó Daniel de inmediato.

Suspiré y me levanté del sofá para caminar por mi salón. Mis zapatillas demasiado grandes repiquetearon en el suelo de parqué mientras caminaba. El piso era abierto y espacioso, pero carecía de toques personales. Nunca había encontrado tiempo para colgar cuadros o decorarlo de forma que me sintiera cómoda. Como pasaba tan poco tiempo allí, supongo que nunca sentí la necesidad de hacerlo sentir como un hogar.

Porque siempre estaba trabajando. Tal vez Daniel y yo éramos más parecidos de lo que pensaba.

Deseaba que hubiera más comodidades en mi piso. Una manta acogedora con la que acurrucarme, un libro favorito en el que refugiarme. Me conformaría con velas perfumadas en el baño. En lugar de eso, tuve que conformarme con pasearme por el salón.

"Creo que nos conocemos demasiado bien y por eso no puedo hacerte una operación así, Daniel", le expliqué. "Si no fuera tan complicado, entonces tal vez, pero...".

"Creí que me habías dicho la última vez que nos vimos que la operación era sencilla", preguntó Daniel.

"Es sencilla, pero también es peligrosa", le expliqué. "Sabes que podrías morir en la camilla".

"Precisamente por eso quiero que me opere alguien que conozco y en quien confío", dijo Daniel. Volví a suspirar.

"Éticamente, no puedo justificar dar ese paso a menos que sea absolutamente necesario", continué. "Hay otros cirujanos perfectamente cualificados. Te trataré antes y después de la operación, pero eso es todo lo que puedo hacer". Guardó silencio un momento.

"Bueno, la decisión no es mía, ¿verdad?". Sonaba tan decepcionado que quise retractarme por un momento. Cerré los ojos.

"No", dije suavemente. "No es tuya".

En el silencio que siguió, casi pude oír su frustración. Se me encogió el corazón al pensar que había provocado su disgusto. Decepcionarlo era lo que más odiaba, pero pensé que era lo mejor para los dos en esta situación. Quise disculparme, pero reprimí un impulsivo "lo siento" porque no había nada que lamentar. *Era* lo mejor.

"Está bien", dijo finalmente. "Si tú lo dices, así lo haremos".

"De acuerdo", dije. "¿Hay algo más que quieras preguntar?".

"No", dijo. Me dolió oír la frialdad en su tono. "Buenas noches, Mia".

"Buenas noches, Daniel". Él colgó primero y yo suspiré, dejando caer la mano a mi lado con el teléfono.

¿Tomé la decisión correcta?

Racionalmente, sabía que era lo correcto, pero toda la zona de mi estómago se tensó y dudé de

mí misma. Nunca había tenido este problema con un paciente. No es que me gustara decepcionar a mis pacientes, pero al fin y al cabo tenía que hacer lo que más le convenía. Con Daniel me sentía como si lo estuviera traicionando, al mismo tiempo que intentaba protegerlo.

Me pasé la mano por la cara y marqué el número de Tina. Sonó una vez antes de que lo cogiera.

"¿Hola?", contestó Tina al otro lado de la línea.

"¿Estaré cometiendo un grave error?", interrumpí de inmediato.

"Hmm, se trata de Daniel, ¿no?", preguntó.

"Sí, tuve que decirle que no iba a operarle yo".

"¿Cómo se lo tomó?", quiso saber Tina. Ahora necesitaba un descanso mientras pensaba en su pregunta. El sofá estaba frente a mí y me senté, subiendo las piernas mientras buscaba mi copa de vino. "No muy bien", dije finalmente, suspirando con fuerza. "Quiere que yo le opere".

"Bueno, eres la cirujana más cualificada", dijo Tina sin emoción.

"¡Hay otros cirujanos perfectos!", le aseguré, repitiendo lo que le había dicho a Daniel. Me sentí a la defensiva por segunda vez esa noche y me obligué a respirar más despacio.

"Sí, lo sé", replicó Tina. "Pero sabes que a él le gustaría que tú lo operaras. Además, conoces mejor su cuerpo". Pude sentir su sonrisa a través del teléfono.

"Tina", la regañé.

"Quiero decir porque tú has hecho todas las pruebas", me dijo, fingiendo que no lo decía ambiguamente. "Sabes cómo reacciona su cuerpo y dónde están sus puntos débiles".

Me sonrojé. La forma en que lo decía sonaba tan íntima. Nunca pensé en ello de ese modo. Intenté deliberadamente *no* pensar demasiado en su cuerpo.

"Lo sé", dije. Respiré hondo y miré al techo. "Pero... no sé si podría soportar que muriera en la mesa".

"¿Por tu padre?". Me conocía demasiado bien.

"Sí. Un poco", dije. "Simplemente no quiero ponerme en la posición de ser herida de nuevo por permitir la proximidad de un hombre que puede que no tenga mucho tiempo". No había manera de que pudiera soportar eso de nuevo.

"Lo entiendo", dijo Tina.

"Pero tampoco quiero que se enfade conmigo por eso", continué. "Podría complicar el resto de su tratamiento e incluso podría tener que cederlo a otro médico para su recuperación y seguramente él quiere eso aún menos".

"Si es el tipo que crees que es, lo superará", dijo Tina. "Sólo dale tiempo". Suspirando, le di un sorbo a mi vino.

"Sí, tienes razón. Gracias, Tina".

"Cuando quieras, cariño", respondió. "Ahora, a dormir".

Nos dimos las buenas noches y colgamos. Como de costumbre, me sentí mucho mejor después de hablar con ella de todo. Pero no pude evitar rumiar mi conversación con Daniel. Esperaba que este desacuerdo no cambiara nuestra relación profesional.

Tras terminar el vino, me dirigí al baño, me quité la ropa y contemplé la bañera antes de meterme en la ducha. Mientras el agua humeante corría sobre mi piel, hice una nota mental para comprar velas.

Y burbujas de baño.

Más tarde, cuando me fui a la cama, me esforcé por no pensar demasiado en Daniel o en su débil corazón. No lo conseguí. Cuando cerré los ojos, me vinieron a la mente imágenes de su

cuerpo y vi la flexión de sus hombros y la tensión de su brazo mientras se movía sobre mí.

Contrólate.

Cogí el teléfono y puse un audiolibro. Solo necesitaba desterrar a Daniel Fielding el tiempo suficiente para descansar.

Capítulo 9

Daniel

Me enfadé mucho cuando Mia se negó a operarme. Intenté en vano de que cambiara de opinión, pero después colgué la llamada y me puse a dar vueltas por el salón. Tal vez fuera algo positivo, porque si ella no quería operarme, quizá eso significaba que se sentía muy unida emocionalmente a mí. Si se retiraba de la operación, significaba que no habría conflicto si nuestro objetivo era tener una relación. De repente me di cuenta de que por primera vez me había planteado una relación duradera.

Una vez más, decidí confiar en la Dra. Mia Larson. Por primera vez en años, si es que alguna vez lo había hecho, dejé a un lado mi trabajo y volé a San Francisco para verla.

Cuando llegué a su edificio de oficinas, me quedé mirándolo un momento. Ella estaba allí. Eso me hizo sonreír. Entré rápidamente y tomé el ascensor hasta la recepción, donde me recibieron con una sonrisa.

"Hola, señor Fielding", me saludó la recepcionista. "¿No sabía que tenía cita hoy?".

"No tengo", respondí. "Sólo esperaba poder hablar con la doctora Larson".

"Iré a ver si sigue ahí", dijo la mujer sin poner mala cara.

Aunque sabía que seguía en la consulta, esperé. Era adicta al trabajo, como yo. La consulta era su lugar favorito y rara vez salía temprano. Esa era una de las razones por las que nuestras conversaciones solían ser a última hora de la tarde.

Unos minutos más tarde, Mia entró por el pasillo con un vestido negro entallado, la bata blanca colgada del brazo y un elegante bolso negro en la mano que hacía las veces de maletín. Al verla, mi corazón se aceleró y me acerqué a ella. Me miró a los ojos, visiblemente sorprendida. Pero luego la sorpresa fue desplazada por la preocupación.

"Hola, ¿qué haces aquí?", preguntó. "¿Pasa algo?".

"No, en absoluto", le dije. "Estoy bien. Sólo quería hablar". Se sintió visiblemente aliviada.

"Vale", dijo vacilante. "Sí, claro. Ahora mismo salgo".

"Genial". Salimos al pasillo. Cuando la recepcionista no nos oyó, me miró interrogante.

"¿Has venido de Nueva York sólo para *hablar*?", preguntó escéptica, haciéndome sonreír. Vacilante, me la devolvió.

"Sí", dije simplemente. Entramos en el ascensor y pulsé el botón del tejado sin que se diera cuenta. Probablemente pensó que íbamos a bajar al vestíbulo.

"¿De qué quieres hablar?", preguntó Mia.

Antes de contestar, me tomé un momento para contemplarla. Era preciosa. Su pelo castaño brillaba y estaba sujeto a un lado con un sencillo pasador de diamantes. Su maquillaje, sutil como siempre, acentuaba su belleza natural.

"Sobre nosotros", respondí. "Dijiste que era nuestra relación -o como quieras llamarla- lo que te impedía operarte".

"Y no he cambiado de opinión", afirmó Mia.

"Lo sé", respondí con cuidado, "pero no quiero hablar de la operación. Quiero hablar de lo que hay entre nosotros dos".

"¿Ah?", dijo interrogante, y un suave brillo rosado se hizo visible en sus mejillas.

"Es bueno que seas tan profesional en tu trabajo", empecé. "Pero fuera de la consulta, no quiero

que me trates como a un paciente. Quiero que me trates como a un ser humano". Asintió lentamente, frunciendo el ceño mientras pensaba.

"No estoy segura de poder hacerlo", admitió con sinceridad, "y separar lo personal de lo profesional".

"No lo sabremos si no lo intentamos", la tranquilicé suavemente. "Sólo te pido que lo intentes".

Finalmente accedió y cedió. "Puedo hacerlo".

"Bien", dije despreocupadamente, esforzándome por no mostrar mi excitación. "¿Podrías empezar esta noche?". Mia me miró confundida. Entonces se abrieron las puertas del ascensor que conducía a la azotea, donde me esperaba el helicóptero, y sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos.

Y tenían un brillo que no había estado allí momentos antes.

"Esto es más que una conversación", dijo Mia, volviéndose hacia mí. "Es una cita". Asentí con la cabeza.

"Y no vas a rechazar a un moribundo, ¿verdad?". Mis palabras fueron descaradas. Jugar la carta del hombre enfermo era un truco barato, pero estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para pasar un tiempo a solas con ella. Un tiempo que fuera sólo para nosotros, sin sala de reconocimiento ni monitor cardíaco. Mia me respondió con una sonrisa.

"No, yo no haría eso", exhaló.

Salí del ascensor y le tendí la mano. Mia dudó un momento antes de poner su mano en la mía y dejar que la llevara al tejado. Me hizo feliz ver el brillo de sus ojos. Me sentí orgulloso de haber conseguido impresionarla, o al menos sorprenderla.

Mia

El viento me alborotó el pelo mientras seguí a Daniel hasta el helicóptero. La vista era preciosa. Nunca había estado en la azotea del edificio. El sol empezaba a ponerse, tiñendo el cielo de hermosos tonos bronce y rosa. Daniel me ayudó a subir, se sentó a mi lado, me abrochó el cinturón y cogió mi bata de médico y mi bolso, que aseguró detrás de los asientos.

Mi pulso se aceleró de emoción. La visita sorpresa de Daniel me pilló completamente desprevenida. Igualmente, me sorprendió su petición. Su espontaneidad era excitante y emocionante. Tenía muchas razones para rechazar esta cita, tanto personal como profesionalmente, pero si eso significaba que ya no estaba enfadado conmigo y aceptaba la operación, podía aceptarlo.

Y yo también quería *aceptarlo*. Daniel era guapo y encantador y, si no fuera mi paciente, estaría sonriendo de oreja a oreja con romántico entusiasmo ante sus ingeniosas tácticas.

De repente recordé lo que llevaba puesto. Era un sencillo vestido negro. Estaba bien, pero era más para el trabajo que para el ocio. No habría sido mi primera elección para una cita, pero él no me dio la oportunidad de cambiarme.

Me sorprendió mirándome el vestido y señaló con la cabeza el asiento que tenía delante. Colgado en el respaldo del asiento, en una bolsa transparente, estaba uno de mis vestidos favoritos, azul oscuro, junto con el pañuelo transparente plateado que siempre llevaba con él. Me quedé totalmente sorprendida.

"¿Tina?", quise saber. Me sorprendió que me ocultara algo así. Daniel asintió.

Negué con la cabeza. Cuando volviera, tendría que regañarla por no habérmelo dicho.

Sólo ahora me di cuenta de que ni siquiera sabía por dónde iba el viaje. La vista era

espectacular. Teníamos una vista excelente de la ciudad desde arriba y mientras volábamos podíamos ver el mar resplandeciente. El sol golpeaba la cima de las olas y teñía el agua de un azul deslumbrante y centelleante. Me quedé sin aliento.

No me importó estar increíblemente asombrada. Cuando miré a Daniel, sonrió. Parecía complacido de que la vista me pareciera tan embriagadora. Era mi primer vuelo en helicóptero y lo estaba disfrutando al máximo.

No podía decir dónde aterrizamos porque todo me parecía desconocido y extraño desde arriba. Tenía la sensación surrealista de estar viviendo una aventura con él.

Después de bajar del helicóptero, Daniel me condujo por el tejado y atravesó una puerta ornamentada. El ascensor alfombrado de rojo intenso se cerró suavemente y se deslizó hasta la planta baja. Cuando se abrieron las puertas, se me cortó la respiración. El elegante mobiliario combinado con las esculturas y los arreglos florales me indicaron que estábamos en un lugar especial.

Era la planta baja de un restaurante con paredes de madera y música de jazz lenta que llenaba la sala de una atmósfera relajante. Nos separamos y busqué la zona de aseos para cambiarme. Me puse rápidamente el vestido, me arreglé el pelo y deseé tener el maquillaje conmigo para refrescarme un poco la cara y, sobre todo, los labios, pero ya no podía hacer nada.

Luego metí el vestido de trabajo en el portatrazos y se lo entregué al encargado del restaurante a la entrada. Me condujo a la mesa donde estaba sentado Daniel.

Se levantó cuando me acerqué a él. Estaba muy atractivo bajo los focos del restaurante. Su mentón prominente y su pelo perfectamente peinado le daban un aspecto poderoso y seguro. No sólo mis ojos se fijaron en él cuando me acerqué. Llamó la atención de varias mujeres del restaurante. Me sentí orgullosa de que saliera conmigo, y quizás un poco celosa.

Ya había dos vasos en la mesa. Él tenía agua delante y una copa de vino tinto estaba junto a mi cubierto. También había un pequeño jarrón con flores silvestres y dos velas parpadeantes que hacían resaltar la seda dorada de las servilletas y el brillo de los cubiertos.

Daniel rodeó la mesa y acercó mi silla. Sonreí y le di las gracias mientras las mariposas revoloteaban en mi estómago.

¿Cuándo fue la última vez que un hombre se había esforzado tanto conmigo?

Me sentía muy bien porque no sólo me deseaba, sino que además me apreciaba y me trataba como a una reina.

"La oferta es enorme, Daniel". Me maravillé al mirar el menú y tropecé al ver los precios. Él había dejado deliberadamente mi bolso en el helicóptero.

"Quería darle las gracias por invitarme", dijo sonriéndome por encima del menú.

Puse los ojos en blanco ante su juego de palabras, pero no pude evitar sonreír. Pero entonces me invadió una involuntaria sensación de opresión. Aquí estaba este hombre perfecto, alguien a quien realmente le gustaba vivir la vida y era amable, y que parecía sentir lo mismo por mí que yo por él. Nada de esto era justo. ¿Por qué tenía que cargar con esta enfermedad que podía acortarle la vida tan drásticamente?

Escondí mi rostro pensativo tras el menú e intenté aclarar mis ideas. No pude conseguirlo. Dejé el menú a un lado y lo miré.

"¿Por qué haces esto, Daniel?", quise saber. "¿Por qué? ¿Estás intentando empezar algo conmigo?". Para mi sorpresa, sonrió.

"Me preguntaste por qué decidí seguir trabajando, por qué no paso más tiempo con mi familia", dijo con cuidado. Recordé bien aquel momento. "No tengo mucha familia, sólo mi hermana y mi

sobrino. Lo son todo para mí y las veo a menudo". Hizo una pausa, respiró hondo y miró el menú que tenía delante.

"Pero quiero más". Ahora su voz era más grave, más ronca. Lo dijo abiertamente. "Cuando mis días estén contados, quiero pasarlos con una mujer hermosa que comparta mi pasión y mis ganas de vivir".

Se me llenaron los ojos de lágrimas. A muchos de mis pacientes les quedaba poco tiempo, pero ninguno me había hablado tan abiertamente. Ninguno me había pedido compartir el poco tiempo que les quedaba. Aunque creyera que podía salvar a Daniel, aún tenía dudas. Y, por supuesto, siempre existía el riesgo de que no funcionara. Nunca había garantizado nada a mis pacientes, por mucho que quisiera quitarles las dudas.

"No sé qué decir, Daniel". Y era verdad.

¿Qué había que decir?

"Di que sí". Dos palabras. Sólo dos palabras. Y de todas formas sólo quería *una* por respuesta.

Sonreí, sintiéndome más que halagada. El corazón me latía deprisa ante la mezcla de impresiones y emociones que me inundaban: alegría, preocupación, lujuria. Tenía tantas ganas de decir que sí, de arrojarme a sus brazos, pero al mismo tiempo dudaba en ceder a esos sentimientos.

¿Y si me arriesgaba a que me rompieran el corazón? ¿Por qué abrirme al amor cuando me lo podían arrebatarse tan rápido?

"Tendré que pensármelo", le dije. No quería decepcionarlo, pero tampoco podía negar mis recelos. La cara de Daniel se contorsionó, pero luego me sonrió.

"Es todo lo que pido", fue su respuesta.

Sin pronunciar palabra, di un sorbo a mi vino tinto y me obligué a comprender que estaba saliendo con uno de mis pacientes. Por alguna razón no estaba demasiado nerviosa, al menos no tanto como debería haber estado. Su confianza parecía contagiárseme. Estaba tan seguro de sí mismo. Lástima que yo no estuviera tan segura de mí misma.

Pero era más que eso. Era increíblemente alegre a pesar de que tenía más cargas que llevar que la mayoría de la gente. Siempre estaba de buen humor y quería que los que le rodeaban fueran igual de felices.

Después de que el camarero tomara nota de nuestros pedidos, entablamos conversación como de costumbre. Me habló de su trabajo y me preguntó por el mío. Le conté incidentes de mi época de estudiante y cómo había fundado mi consulta con Tina, pero me guardé para mí la mayor parte de mi pasado. Deliberadamente no mencioné a mi padre. No quería que supiera las similitudes entre el estado de mi padre y el suyo. Y yo tampoco quería pensar en ello.

Después de cenar, pedí otra copa de vino, aunque la primera ya se me había subido a la cabeza.

"¿Un poco de whisky para usted?", le preguntó el camarero a Daniel. Enarcó una ceja. "¿Qué me dice, doctora?", preguntó con una sonrisa. "¿Un vaso?".

Hice un mohín. "Sólo uno".

Daniel sonrió y señaló con la cabeza al camarero.

Mientras le servían el whisky, seguimos charlando sobre mi trabajo hasta que la conversación derivó hacia mi reciente investigación. Le hablé del fármaco que también era ideal para su propia enfermedad después de una operación.

"Parece prometedor", dijo. "¿Crees que conseguirás que lo aprueben?". Me encogí de hombros.

"No lo sé", confesé con sinceridad. "Nunca he participado en esa parte del proceso".

"Tú sólo te encargas de la investigación y el desarrollo", dijo guiñándome un ojo. "¿Por qué no

me envías la información para que pueda repasarla con mis directivos? Quizá encuentren algunos vacíos legales para acelerar el proceso de aprobación".

"¿Acelerar?", pregunté escéptica. "Probablemente no sirva de nada si se trata de medicamentos, por ejemplo".

"Algunos vacíos son de naturaleza médica", respondió. "Hay que evitarlos, pero la mayoría son simplemente burocráticos. Resulta que tengo un equipo de profesionales cuyo trabajo consiste en rastrear esos mismos vacíos".

Estaba indecisa. Me lo pensé y seguí dudando. No acababa de fiarme de las empresas farmacéuticas, pero no podía decírselo directamente.

Se inclinó hacia delante y vi cómo la luz de las velas se reflejaba en sus ojos. Se me calentó el corazón.

Joder, qué bien se veía.

"Escucha", me dijo. "Sé que las empresas farmacéuticas tienen mala reputación, pero ¿crees que voy a dejar que hagan recortes en un medicamento del que podría depender mi propia vida?". Tuve que reírme a carcajadas. No se equivocaba.

"No, no lo creo", asentí.

"Bien, entonces envíame los papeles", replicó Daniel con firmeza.

Tenía razón y me alegré de poder conseguir la aprobación del medicamento a tiempo para su operación. Entonces saqué el móvil para enviarle los archivos por correo electrónico, pero me lo quitó de las manos.

"Mañana", me dijo. "Esta noche eres toda mía".

Su mirada se volvió misteriosa al pronunciar estas palabras, provocando que se me pusiera la piel de gallina. Todo lo que me excitaba estaba contenido en esas palabras. Sabía que no podíamos hacer nada más que hablar. El sexo era tabú debido a su enfermedad cardíaca, pero sus palabras seguían haciéndome estremecer.

Mientras vaciábamos nuestras copas, intenté bloquear la pasión que se había encendido e ignorar mi creciente excitación por él, que me sonrojaba la cara y me dejaba sin aliento cada vez que recordaba nuestra noche juntos. Aquella noche hizo revivir algo dentro de mí. Algo que no sabía que existía. La forma en que me hizo el amor me volvió sensual y ansiosa, y deseaba desesperadamente volver a sentirme así.

Daniel dio un sorbo a su whisky y me observó por encima de su vaso, su mirada se movía de mi cara a mi cuerpo. Volví a estremecerme y me apreté un poco más la bufanda alrededor de los hombros. No es que no me gustara que me mirara con codicia, es que no quería ceder a aquella lujuria entregada.

Difícilmente podría resistirme a él.

Capítulo 10

Daniel

Aunque sabía lo que iba a hacer después de nuestra cena, no quería que terminara. Cuando se sentó frente a mí, me sentí más feliz que nunca. Pocas veces había estado en compañía de una mujer tan extraordinaria. Mia era inteligente, elegante y apasionada. Florecía cuando hablaba de su trabajo. Aunque teníamos trabajos muy diferentes, compartíamos ese impulso. Ambas poseíamos una ética de trabajo que pocas personas en mi vida, incluida mi hermana, podrían llegar a comprender.

Sus mejillas se sonrojaron por el vino. Me di cuenta de que se le estaba subiendo a la cabeza cuando empezó a utilizar las manos para hablar, y su cara y su voz se volvieron un poco más animadas que su tono profesional habitual. No estaba ni mucho menos borracha, pero parecía que se estaba relajando. No sabría decir si se trataba del vino o de una decisión consciente por su parte.

Llegó la cuenta y me hice cargo de ella mientras Mia se excusaba para ir al baño. La esperé en el pasillo.

Cuando salió, volví a fijarme en su aspecto y recorrí su cuerpo con la mirada. El vestido le sentaba como un guante y estaba aún más guapa porque se sentía muy cómoda con él. Se movía con elegancia y desenfado, nada que ver con una mujer torpe y precavida, poco acostumbrada a los tacones altos y los vestidos finos.

Me miró a los ojos y sonrió. La bufanda le caía de los hombros mientras caminaba hacia mí. La puerta principal del edificio estaba abierta porque entraba y salía mucha gente, lo que creaba una corriente de aire. Cuando se paró frente a mí, la rodeé y volví a subirle la bufanda para colocársela sobre los hombros. Tiré un poco más de lo necesario y vi un pequeño parpadeo electrizado en sus ojos.

"Gracias", susurró, "sólo necesito mi abrigo. ¿Te lo han llevado al helicóptero?".

Negué con la cabeza, tomé su mano entre las mías y la conduje al ascensor. "Hice que lo llevaran a nuestra habitación", le revelé.

"¿Habitación?", preguntó incrédula, entrecerrando los ojos. "¿Tenemos una habitación?". Sonreí, pero no le devolví la mirada interrogativa.

"¡Daniel! No podemos...".

Las puertas del ascensor se abrieron y dentro había tres personas, un botones y una pareja joven, esperando para subir a pisos superiores. Su presencia interrumpió la objeción que Mia estaba a punto de hacer.

La empujé hacia el ascensor y pulsé el botón de nuestra planta. Esperamos en silencio mientras el ascensor subía y los botones se iluminaban uno a uno.

Podía sentir literalmente el calor de su cuerpo y casi podía oír también su objeción reprimida, sabiendo que probablemente sólo estaba esperando un momento oportuno para deshacerse de ella. Agradecía que el ascensor estuviera ocupado.

A pesar de la evidente incomodidad de Mia, no apartó su mano de la mía.

La puerta del ascensor se abrió y salimos mientras el botones conducía su carrito en dirección contraria por el pasillo, con el ruido metálico de vasos y cubiertos.

"Daniel", volvió a susurrar Mia mientras la conducía a la habitación que había reservado para

nosotros.

Se me aceleró un poco el pulso al acercarme a la puerta. Recordé la última vez que estuvimos juntos, su cuerpo sobre el mío. Aún podía sentir la presión de sus piernas rodeándome y el delicioso calor de su vientre cuando entré en ella. Aun así, intenté mantener la respiración tranquila y controlada mientras buscaba la llave de la habitación.

"Daniel, sabes que no podemos... tener sexo", me dijo, "sé que acepté darte una oportunidad, pero eso no significa que no siga siendo tu médica y que puedas ignorar las normas".

"No voy a hacer eso", le confirmé, negando con la cabeza.

"Eso es lo que estás haciendo", insistió. "Las normas son por tu salud. Son para asegurarme de que sigues vivo el tiempo suficiente para que pueda arreglarte el corazón".

"No voy a romper ninguna regla", dije con una sonrisa. Mia puso los ojos en blanco.

"Alquilas un helicóptero para llevarme a un restaurante caro", replicó, "luego nos reservas una habitación en un hotel pecaminosamente caro, ¿y esperas que me crea que no me vas a llevar a la cama?". Sonreí.

"Bueno, yo no he dicho eso". Y esa era la verdad. Mia cruzó los brazos delante del pecho.

"No voy a entrar ahí", me informó. Empezó a irse, pero le cogí la muñeca con la mano.

"No tenemos que acostarnos", le dije. "Tenemos muchas otras opciones, ¿no?". Vi cómo sus pupilas se dilataban al oír mis palabras y cómo un cálido resplandor se extendía por sus hermosas facciones. En su mirada, vi cómo la excitación la invadía.

"Pero si tu ritmo cardíaco...", dijo rápidamente. Levanté una mano.

"Lo mantendré bajo control", prometí. "Pienso concentrar toda mi atención en ti".

No me quitó los ojos de encima y se mordió los labios. Podía sentir cómo se esforzaba por tomar una decisión.

Un ruido metálico en el pasillo me indicó que el botones había vuelto. Me acerqué a ella, con el cuerpo a escasos centímetros del suyo. Apoyé una mano en la pared y la otra en su espalda. Lentamente bajé por su columna, cada vez más.

"Daniel...", refunfuñó.

Cuando mi mano llegó a su cintura, tiré de ella hacia mí para que nuestras caderas se encontraran. Tuvo que exhalar con fuerza. Me acerqué un poco más a ella para que sin duda sintiera mi erección contra ella.

El botones se acercaba cada vez más y vi que sus ojos miraban nerviosos en su dirección.

"No quieres que te satisfaga aquí en el pasillo, ¿verdad?", le pregunté con una sonrisa. "Porque lo haré".

Como dudó un momento más, hice ademán de arrodillarme delante de ella, pero me agarró por delante de la camisa y me sujetó. "Vale, de acuerdo", dijo. Tenía la voz entrecortada. "Abre la puerta".

Sonreí satisfecho y metí la llave de la habitación en la puerta. La recogí en recepción mientras Mia se cambiaba. La puerta se abrió con un clic y entramos, tropezando el uno con el otro cuando ella prácticamente saltó para evitar al botones que estaba esperando el ascensor y nos ignoraba educadamente.

Me reí y cerré la puerta tras nosotros.

La suite era bastante pequeña, pero agradable. Una chimenea eléctrica parpadeaba en la pared frente a la cama y almohadas de seda forraban el cabecero. Un par de sillones ofrecían una bonita vista de la ciudad y me quedé mirando el horizonte. La única luz provenía de la chimenea. Proyectaba un cálido resplandor en la habitación.

Mia se giró hacia mí con una sonrisa en los labios. Miró hacia la puerta por encima de mi hombro y suspiró. Su postura me dijo que había tomado una decisión. Así que me puse en marcha.

Me desabroché el smoking y lo tiré en uno de los sillones.

"Daniel, tienes que tener cuidado. Si te pasa algo...", se interrumpió. Sus ojos seguían teniendo ese brillo ardiente, pero también había miedo en ellos.

Me desabroché el botón del puño y empecé a remangarme. "Me dejaré la camisa puesta", dije para calmar su aprensión.

De pie, a escasos centímetros de ella, la miré y observé cómo su pecho subía y bajaba un poco más rápido de lo habitual. Sus pechos, dos semiesferas perfectas, estaban ocultos por la tela azul de su vestido y yo ansiaba deleitarme con ellos.

Mia me deseaba y yo la deseaba a *ella*, pero debido a la discrepancia entre su trabajo y mi enfermedad, tenía motivos para dudar. Mientras que yo no tenía ninguna razón. Había una posibilidad de que me salvara, de que me curara, pero me había acostumbrado a la realidad de una vida corta. Y cuando me quedaba tan poco tiempo, ¿por qué desperdiciarlo?

Quería seducirla. Quería rendir homenaje a su cuerpo hasta que gritara mi nombre, como la primera noche, pero me obligué a tomármelo con calma y a mantener los latidos de mi corazón firmes.

Con cuidado, me puse detrás de ella y me incliné para besarle el hombro desnudo. Tembló bajo mis labios. Luego le quité el pañuelo y lo sostuve en la mano. Mis dedos encontraron el cierre de su vestido y tiré lentamente de él hacia abajo para descubrir la parte superior de un tanga de encaje negro. Le pasé los dedos por la espalda y ella se arqueó en respuesta. La longitud de su piel me excitaba y me hacía desear mucho más.

Pero mantuve mi ritmo lento, casi burlón. La vi temblar a pesar del calor de la chimenea. Tenía que ser pura excitación.

"Daniel", susurró mi nombre.

"Sólo esta vez", me dijo. "No podemos... no podemos seguir así y arriesgarnos a todo".

"Entonces será mejor que lo haga bien", respondí, y tenía intención de hacerlo. Ella tuvo que tragar saliva, pero no respondió.

Los tirantes de su vestido se deslizaron por sus hombros hasta caer de su cuerpo y juntarse alrededor de sus pies sobre la alfombra. Desnuda salvo por el tanga y el sujetador a juego, se giró hacia mí y la levanté, acariciándole el trasero con las manos mientras ella me rodeaba la cintura con las piernas. Sus dedos trazaron círculos en mi cuello.

"No tienes que levantarme", me dijo.

Sonreí porque incluso ahora, al sentir el calor de su lujuria, su lado médico no había desaparecido por completo. En el pasado, rara vez compartí mi condición médica con mis parejas románticas. En parte porque pocas de mis relaciones fueron serias, pero también porque temía su reacción. ¿Tenían miedo de hacerme daño? ¿De matarme? ¿Se contendrían y me tratarían como a un hombre roto?

Pero ninguno de estos temores surgió en mí con Mia. No estaba siendo precavida porque tuviera miedo de hacerme daño. Era más profundo que eso. Se preocupaba de verdad por mí y por mi bienestar. Por primera vez, sentí que el comportamiento de alguien no era falso o egoísta. Era auténtica y veía en mí al ser humano, no sólo al paciente.

Cuando llegué a la cama, la cogí en brazos y luego me arrodillé para tumbarla boca arriba. Su pelo descansaba sobre la suave colcha y sus ojos brillaban a la luz del fuego vacilante. Besé su

cuerpo y dejé que mis labios se detuvieran en la suave y cálida piel de su vientre, disfrutando de la forma en que su cuerpo se arqueaba hacia el mío. Intentó alcanzarme con los dedos enredados en mi pelo, pero los solté, le cogí las muñecas con una mano y las coloqué sobre las almohadas, encima de su cabeza.

Con el pañuelo aún en una mano, le até las muñecas, asegurándome de que el nudo no estuviera demasiado apretado. Mia respiraba con rapidez y tenía los ojos fijos en los míos. No se revolvió debajo de mí para escapar, sino con deseo y pasión. Estaba excitada y yo quería entregarme por completo a su deseo.

Sujeté el otro extremo del pañuelo al cabecero de la cama para que sólo pudiera mover las manos y los brazos de forma restringida. Quería tener el control total de su placer.

Con un dedo, le bajé el tanga. Ella levantó las caderas para que yo pudiera quitárselo más cómodamente. Luego lo deslicé por sus piernas hasta los dedos de los pies. Al momento siguiente me coloqué entre sus piernas. Dobló las rodillas y abrió las piernas para mostrarse ante mí. Su entrada húmeda atrajo mi mirada y la deseé. Incliné la cabeza hacia su hendidura y dejé que el calor de mi aliento la golpeará primero. Entonces la oí jadear y sentí que sus caderas subían y bajaban ligeramente a mi alrededor. Cuando volví a agarrarle las caderas y el culo con las manos, se apretó contra mí como si me rogara que le diera placer y no perdí ni un instante más.

Con mi lengua lamí su perfecto clítoris rosado y ella sintió una intensa oleada de placer que la hizo gritar. Cuando la penetré con la lengua, volvió a jadear intensamente y exploré aún más sus húmedos labios vaginales con la boca. Se estremeció bajo mi agarre y echó la cabeza hacia atrás extasiada. Era la Mia que más había echado de menos. Entonces volví a hundir la boca, encontré su clítoris con los labios y pasé la lengua por él, primero despacio y luego más deprisa, rodeándolo una y otra vez con la punta de la lengua. Sus gemidos me indicaron que lo estaba haciendo bien.

Esperé a que sus sacudidas aumentaran y su respiración se volviera cada vez más rápida y su placer cada vez más intenso, mientras yo intentaba mantener el mío al mínimo.

"Daniel...", gimió. El corazón me dio un vuelco al oír mi nombre, pero me mantuve relajado, echándome hacia atrás y dejando que mi lengua se deslizara fuera de ella.

"¿Por qué has parado?", preguntó con voz apasionada.

Le respondí metiéndole los dedos más de lo que mi lengua podía. Su calentura aumentó, echó la cabeza hacia atrás y se mordió el labio inferior. Sus caderas se apretaron contra mi mano, empujándome cada vez más adentro.

Dentro de ella, empujé mis dedos hacia su vientre, buscando su punto G. Lo encontré y fui recompensado con una aguda inspiración.

"Sí... Sí... Sí", repitió esta palabra como si temiera que me detuviera.

Mi pulgar encontró su clítoris húmedo y empecé a masajearlo, cambiando la presión hasta que ella no pudo evitar erguirse para sentir mi mano aún más intensamente. Al mismo tiempo, jadeaba, gemía y empujaba su pelvis contra mi mano para aumentar la presión.

"Oh, no pares", susurró Mia, con la voz casi ahogada por la felicidad. "Estoy tan, tan cerca. No pares...".

Sus súplicas aumentaron inmensamente mi deseo de satisfacerla. La vi tirar del pañuelo y sacudir el cabecero mientras se acercaba cada vez más al éxtasis.

"Oh, oh...". Los gritos de Mia eran cada vez más fuertes. Estaba completamente atrapada en el placer del momento.

Esta vez se mordió los labios con tanta fuerza que pude ver cómo se ponían totalmente rojos. Su suave vagina palpitaba alrededor de mis dedos y se contraía rítmicamente en el orgasmo. Lentamente salí de ella y la vi rendirse a las supremas delicias del placer. Era tan hermosa. Su cuerpo esbelto y pálido retorciéndose en éxtasis ante mí me hizo desear complacerla de nuevo. Deseaba tanto estar dentro de ella, hacerle sentir la erección que se había endurecido aún más mientras la había estado complaciendo.

Entonces sus músculos se relajaron y sus piernas cayeron sobre la cama. Me miró y sonrió.

"Desátame", dijo, y yo accedí.

Capítulo 11

Mia

Todo mi cuerpo estaba inundado de sensaciones. La piel de gallina me atacaba mientras yacía desnuda, pero al mismo tiempo me recorría un calor que nada podía enfriar. El orgasmo había remitido, pero aún me temblaban los muslos por sus efectos e intenté en vano calmarme.

Sentí el calor del cuerpo de Daniel cuando se inclinó sobre mí para desatarme las muñecas. Cuando tuve las manos libres, levanté inmediatamente la mano, desabroché los botones de su camisa y se la quité, porque lo único que deseaba era sentir su piel. Me miró y sonrió.

"¿Qué haces?", preguntó con palabras inocentes, pero sus ojos brillaban de deseo.

"Yo...", empecé y dudé.

¿Qué estaba haciendo?

Quería que él estuviera a salvo, pero también lo deseaba. Más que cualquier otra cosa.

"Déjame sentarme arriba", sugerí. "Así no te cansarás tanto y podrás mantener tus pulsaciones bajas".

Puso los ojos muy abiertos y luego frunció el ceño. Al parecer iba a hacerme una pregunta, pero debió de cambiar de opinión y se levantó. Le observé con fruición mientras se quitaba la camisa y los pantalones. Su torneado pecho y sus brazos eran un espectáculo glorioso. El fuego parpadeante dejaba ver su piel bronceada. Cuando se quitó los pantalones, el fascinante tamaño de su miembro erecto me dejó sin aliento. Sólo de pensar que me daría placer con él me derretía de deseo.

Rápidamente me eché la mano a la espalda, me desabroché el sujetador y lo tiré al suelo. Mis pezones erectos suplicaban ser besados de nuevo y me deslicé a un lado para que Daniel pudiera tumbarse en medio de la cama.

Antes de tumbarse, me cogió la cara con las manos y me besó. Su lengua presionó contra la mía con la misma urgencia y pasión que lo había hecho un piso más abajo. Gemí contra su boca, deseando más de él. Luego se retiró, pero no apartó las manos de mis mejillas.

Me miró apasionada e intensamente. Nunca había sentido tanto deseo con ningún amante. A pesar del riesgo para la salud, me sentí capaz de mantener relaciones sexuales con él y volver a tenerlo dentro de mí. Pero tenía que tener cuidado. Teníamos que tener cuidado porque no podía alejarme de él para siempre. Sanaría su corazón y, mientras tanto, tendría que amarlo con delicadeza.

"Te deseo", le confesé. Él sonrió.

"Yo también te deseo". Luego se tumbó en la cama y se apoyó en las mullidas almohadas blancas. Lentamente, sin romper el contacto visual, me arrodillé sobre él, con su polla justo debajo de mí. El corazón me latía con fuerza hasta la garganta y tenía que asegurarme de que él no sintiera lo mismo.

"Voy a darte placer con suavidad y ternura, y necesito que mantengas la respiración bajo control en la medida de lo posible", le dije, demasiado consciente de que mis propios latidos seguían acelerándose por el orgasmo que me había provocado.

Debía ser capaz de controlar mejor su ritmo.

"Voy a comprarte un reloj con pulsómetro", le susurré sonriéndole. Mi mirada recorrió su cuerpo y volvió a su cara. "Así podremos prestar más atención la próxima vez".

Daniel sonrió. "¿La próxima vez?".

Maldita sea. ¿Había dicho 'la próxima vez'?

"Tal vez", respondí crípticamente, pero sabía que definitivamente habría una próxima vez. Habíamos cruzado una línea esta noche y no habría vuelta atrás. Acepté esa relación en ciernes y estaba de acuerdo con tener sexo. Hacerlo una sola vez habría sido arbitrario y sólo revelaría los temores que aún tenía sobre su salud.

Estaba decidida. Pero no necesitaba decírselo todavía, dejándole creer que tal vez ésta sería la única vez hasta que estuviera mejor. Era más prudente dejarle disfrutar como es debido.

Bajé hasta su erección y disfruté de su tamaño. La sensación era exquisita. La gruesa polla de Daniel se deslizó dentro de mí y me llenó.

"Sí", respiré, mis manos acariciaron su pecho mientras nuestros cuerpos se fundían.

Durante un rato disfruté de la sensación, inclinando la barbilla hacia el techo y dejando que el pelo me cayera por la espalda. Luego arqueé la espalda, dejándole ver mis pechos. Me subió las manos por los muslos y, poco a poco, sus dedos se fueron apretando con más fuerza a medida que él también empezaba a sumergirse en las profundidades de nuestro placer compartido.

Muy despacio, empecé a follarle, moviendo las caderas de un lado a otro. Sus manos me agarraban con más fuerza y podía ver cómo apretaba la boca. Cerré los ojos y disfruté de la sensación de su polla dentro de mí, rozando mis partes más sensibles. Agradecí el hecho de tener que ir despacio. No era como nuestro primer encuentro salvaje cuando éramos desconocidos, embriagados por unas copas y el provocativo baile en el bar. Esta vez no había música que nos acompañara placenteramente, sólo el sonido de nuestra respiración acompañándose al ritmo de nuestro hacer el amor.

Sus caderas se empujaron contra las mías y me penetró profundamente. Satisfecha, gemí y pasé las manos por su torneado pecho. Tomó una de mis manos entre las suyas, acercó la palma a sus labios y la besó. Volví a gemir de satisfacción. Parecía tan contento como yo con nuestro ritmo pausado. Tenía los ojos cerrados, echó la cabeza hacia atrás y gimió también. Entonces sus manos volvieron a mis caderas y empezó a tirar de mí hacia delante y hacia atrás, moviéndome suavemente sobre él a su antojo.

Le permití que me llevara donde quisiera, porque quería darle tanto placer como él me había dado a mí, aunque yo también tenía mi placer. Mi cuerpo ansiaba otra oleada de éxtasis. Absolutamente, tuve que luchar contra mi impulsividad y minimizar mis movimientos.

Pero entonces empecé a girar las caderas primero a la izquierda, luego a la derecha, moviéndome de un lado a otro sobre él, cambiando nuestro ritmo.

Sonrió y me clavó los dedos en las piernas con más fuerza.

"Sigue así, Mia". Era una instrucción, no una petición, y me estremecí ante el grado de su control. Incluso cuando yo estaba encima, Daniel mandaba.

Era maravilloso que un hombre dijera mi nombre durante el sexo. Hacía que las cosas fueran íntimas y personales. Me quería a *mí*, no sólo a mi cuerpo.

Me incliné hacia delante, empujé de nuevo y lo metí más dentro de mí. Apretó los labios y todo su cuerpo empezó a tensarse a medida que se acercaba su clímax.

Mi cuerpo respondió al suyo y volví a echar la cabeza hacia atrás con un suspiro de placer. La virilidad de Daniel parecía hecha para mí. Antes me había preocupado de que no cupiera dentro de mí, pero sabía que precisamente por eso el sexo con él era tan sensacional.

Nuestro ritmo se aceleró un poco a pesar de mi cautela. Nuestros cuerpos tenían más control que nuestras mentes.

Daniel soltó un gemido ahogado y supe que estaba a punto. Me agaché, me toqué y me masajeeé. Quería correrme con él al mismo tiempo. Nuestras caderas golpearon la una contra la otra mientras llegábamos juntos al clímax, un último empujón que nos conectó tan fuertemente que, por un momento, sentí como si nunca más pudiéramos separarnos.

Me agarré a sus hombros, intentando no usar las uñas con demasiada fuerza, y jadeé mientras las oleadas de satisfacción me recorrían. Mi cuerpo se estremeció y sentí su polla palpitando dentro de mí mientras ambos temblábamos de éxtasis.

Daniel aflojó el agarre de mis muslos y finalmente nos separamos. Me separé de él y me tumbé en la cama a su lado. Inmediatamente me atrajo hacia sí y me apretó contra su costado. Apoyé la cabeza en su pecho, aún respirando agitadamente.

Su piel estaba caliente contra mi cara y podía oír los latidos de su corazón. Era rápido, pero constante. No pude evitar escucharlo. Apoyé la oreja en su pecho mientras yacíamos juntos, recuperándonos de nuestro clímax compartido. Nuestros cuerpos se relajaron en la suave colcha y el fuego calentó nuestra piel desnuda.

"¿Todo bien, doctora?", quiso saber. Su tono era desenfadado y divertido. Por desgracia, no pude evitar una risita.

"Eso parece, señor Fielding", respondí. Se rio entre dientes.

"Tiene usted un trato increíble", me dijo. "Una forma extraordinaria de atender a sus pacientes". Esta vez tuve que reírme a carcajadas.

En un momento dado, Daniel se inclinó hacia delante, me besó en la frente y me acarició el pelo con los dedos. Con los ojos cerrados, puse una mano sobre su pecho y lo observé subir y bajar.

Su presencia me daba seguridad y una paz que no había sentido en mucho tiempo. El sexo con mi ex me parecía una tarea. Como si mi cuerpo estuviera allí, pero mi mente y mi pasión no estuvieran involucradas. Con Daniel, *me* sentía viva y no sólo con mi cuerpo. Sus suaves caricias y su rápido ingenio me mantenían alerta y tenía curiosidad por ver qué vendría después, qué diría o haría que me dejaría sin aliento.

* * *

No recordaba haberme dormido, así que me sorprendió despertarme aún acurrucada contra el costado de Daniel. Nuestra piel estaba cálida y húmeda por haber estado toda la noche apretados el uno contra el otro. Levanté la vista hacia él y vi cómo sus ojos se movían bajo los párpados. Su pecho seguía subiendo y bajando al lento ritmo del sueño. No quería que este momento terminara.

Estar tumbada así me hacía increíblemente feliz, inquieta y ansiosa. Nuestro sexo de la noche anterior me permitió olvidarme de su débil corazón. Pero ahora, con la luz del sol entrando en la habitación, esas preocupaciones se despertaban de nuevo.

Me aparté de él y salí de la cama. Lo primero que encontré fue su camisa, así que me la puse y la abotoné hasta arriba. La habitación aún estaba caliente porque habíamos dejado el fuego encendido toda la noche.

Con el pelo revuelto, me senté en el pequeño escritorio que había en un rincón de la habitación. Había un ordenador y lo encendí.

Para averiguar todo lo necesario para la aprobación de un medicamento, investigué los protocolos farmacéuticos en Estados Unidos. Hasta ahora sólo había participado de forma

marginal en este proceso. Pero ahora quería asegurarme de que, por el bien de Daniel, había agotado todas las opciones disponibles.

Una mano cálida se posó en mi hombro y luego sentí los labios de Daniel en mi cuello. Sentí un hormigueo en la piel y se me contrajeron los pezones. Giré la cabeza hacia un lado y dejé que me besara. El calor de la noche anterior volvió a subir dentro de mí.

"Buenos días", me saludó Daniel en calzoncillos. "¿Estás trabajando ya?".

"En realidad no, sólo investigo esa droga de la que te hablé", le expliqué.

Asintió con la cabeza y sacó el móvil de la chaqueta, que llevaba en la silla desde la noche anterior. Estaba tecleando, desplazándose y leyendo algo. Mientras escuchaba un mensaje de voz de su asistente con instrucciones para un pago, giré mi silla para quedar frente a él.

"Ahora eres tú quien trabaja", le dije con una sonrisa. Él sonrió.

"Estaba mirando el calendario", me dijo. "Hay una conferencia farmacéutica en un par de semanas. Si crees que has reunido suficiente información sobre este fármaco, quizá podría conseguirte una charla en la conferencia".

"¿En serio?", dije, animándome. "Sí, si puedes conseguirlo, me encantaría".

Asintió y volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo de la chaqueta.

"Genial, lo prepararé", dijo. "Entonces, no hablemos más de trabajo hasta después del desayuno. He reservado mesa".

"Tengo que volver a la oficina", dije, ya buscando en el suelo mi ropa interior y mi sujetador.

"No, no tienes que hacerlo", dijo Daniel con una sonrisa. "He llamado a tu despacho. Tu secretaria me ha asegurado que no tienes ninguna cita hasta esta tarde".

"¡Daniel!", exclamé, levantando la cabeza para mirarle.

¿De verdad llamó a mi secretaria?

"Regáñame todo lo que quieras", dijo, sonriendo. "Ya está hecho".

"Hablaré con mi secretaria", le dije. "Ella no debería dar información así, aunque sé lo encantador que puedes ser cuando preguntas".

Intenté parecer enfadada, pero no pude ocultar mi sonrisa. Me alegraba poder pasar un poco más de tiempo con él antes de tener que separarnos de nuevo.

"Bueno, todavía tengo que encontrar mis bragas", dije. Volví a buscar en la habitación. Sonrió y sacó mi tanga negro de detrás de la espalda.

"¿Este?", preguntó despreocupadamente.

"Sí, ése". Pero cuando lo cogí, me lo quitó de las narices. Sacudió la cabeza y sonrió perversamente.

"Todavía no", dijo. Me puse de pie junto a la cama y lo miré mientras se acomodaba en la alfombra entre mis rodillas y me separaba las piernas con suavidad. Se me cortó la respiración.

"Daniel", empecé. Pero la protesta murió en mis labios cuando volvió a deslizar su lengua dentro de mí. Eché la cabeza hacia atrás y suspiré de placer. Definitivamente iba a ser una reserva de habitación demasiado larga.

Más tarde, mientras me ponía los zapatos, oí a Daniel aclararse la garganta. Estaba de pie junto a la puerta, mirándome.

"¿Sí?", pregunté, sonriéndole.

"Acompáñame a comer algo más", dijo simplemente, acercándose a mí e inclinándose para darme un beso en la frente. Le miré y observé el rápido subir y bajar de su pecho. Lo que me cautivó fue la expresión de su rostro. La mirada que me decía que todo iba a salir bien.

"De acuerdo", acepté. La sonrisa que me dio me hizo entrar en calor.

"Bien", respondió y acercó sus labios a los míos para besarlos de nuevo.

Capítulo 12

Daniel

Después de dejar a Mia en su oficina, volé a mi despacho de Nueva York. Cogí una pila de documentos y un papelito azul con llamadas perdidas de mi secretaria y desaparecí en mi despacho.

Las paredes eran de cristal, así que siempre intentaba parecer profesional y alegre mientras trabajaba. Quería que mis compañeros vieran que me gustaba estar ahí. Pero hoy era más que eso. Estaba radiante y nada podía detenerme. Me sentía genial, como en la cima del mundo.

Tuve unas cuantas relaciones y muchas más de una sola noche, pero Mia era diferente a todas ellas. Teníamos una relación única.

Aunque siempre quise ser optimista, ese era el momento en el que solía tener pensamientos sombríos. Tales como: ¿Por qué no la conocí antes? ¿Por qué tuvimos que conocernos justo cuando mi corazón está en su peor momento? ¿Y si no podía estar con ella mucho tiempo?

Pero esos pensamientos estaban muy lejos. Sólo estaba feliz de tenerla en mi vida y encantado de que hubiera dicho "sí" a una relación conmigo a pesar de las complicaciones que había entre nosotros.

Me senté en mi escritorio y respondí a los correos electrónicos. Quería enviar un mensaje más a los organizadores de la conferencia farmacéutica antes de ponerme manos a la obra. En la bandeja de entrada me esperaban los documentos de Mia sobre su medicamento. Se llamaba Dexonapril y, tras leer sus papeles, parecía ser una combinación de varios medicamentos diferentes que yo había tomado a lo largo de mi enfermedad. Todavía tenía pastillas parecidas que me había dado mi último médico. Estaban en el cajón de mi escritorio, pero procuraba no usarlas.

Sólo debía tomarlas en caso de ataque, que solía desencadenarse por un exceso de estrés. Siempre me ayudaban cuando las necesitaba. Le devolvieron el ritmo normal a mi corazón con bastante rapidez y me salvaron de un infarto. Sin embargo, la medicación también debilitaba mi corazón.

Las pastillas podían salvarme la vida en ese momento, pero acortarla en general. Así que tuve mucho cuidado de tomarlas sólo cuando era absolutamente necesario. Esperaba que esta nueva medicación estuviera compuesta de tal manera que ya no tuviera que preocuparme por ese dilema.

Escribí un nuevo mensaje sobre sus credenciales y sus esfuerzos por conseguir la aprobación del nuevo medicamento. Adjunté los documentos de Mia al correo electrónico. Por supuesto, omití nuestra relación personal y mi enfermedad cardíaca. Yo tampoco invertí dinero en el fármaco, así que no tendría por qué haber conflicto de intereses. Aun así no quería que mi enfermedad cardíaca se hiciera pública. Eso no sería beneficioso para mi negocio y haría que mis esfuerzos por ayudar parecieran sospechosos.

Después de enviar el correo electrónico, me dediqué a mis tareas cotidianas de oficina y quise poner orden en mi despacho. Normalmente, no me gustaba llegar tarde y perderme la mañana. Era el momento de organizar mi agenda y ocuparme de la administración, o mejor aún, de adelantarme en las tareas del día. Me entristeció un poco haberme perdido esta parte de mi rutina diaria, pero lo que hice en su lugar lo compensaba con creces.

De nuevo, no pude evitar sonreír al pensar en Mia. El aroma de su piel volvió de repente a mi memoria con tanta claridad que me costaba creer que no estuviera a mi lado. Fue mi aperitivo matutino. Todavía sentía su sabor en la lengua. Después disfrutamos de un maravilloso brunch en una cafetería en la que nunca había estado. Deliberadamente no quise llevarla a algún sitio al que hubiera ido con otras mujeres. Ella me hizo ver el mundo con otros ojos y quise conservar esa sensación.

No se trataba sólo de quién era en privado, sino también de su trabajo. Quería que la gente estuviera bien. Gente como yo. Ella era la esperanza personificada. Tenía un efecto en mí como el de una droga que nunca había tomado antes, que era adictiva desde la primera vez.

Si ella estaba teniendo una experiencia nueva, yo también quería tenerla. Me di cuenta de que sentía lo mismo por mi sobrina. Se trataba de ver el mundo con otros ojos y necesitaba a alguien que me recordara que aún me quedaba mucho por experimentar.

Después de una tarde de papeleo, miré el móvil y encontré un mensaje de Mia.

Mia: Anoche fue perfecto. Me alegro de haber dicho que sí.

No sabía qué responderle. En realidad, quería decirle que disfruté igual, que ella me hizo sentir vivo de nuevo. Me había recordado que la pasión no era sólo una palabra. Que ella despertó en mí algo primario que había permanecido oculto durante mucho tiempo. Pero todo me sonaba demasiado banal y nada parecía describir mis verdaderos sentimientos por ella.

Yo: También me alegro de que dijeras que sí.

Me envió un corazón y dejé el teléfono a un lado. Cuanto antes terminara el trabajo, antes podría volver a verla. Tuve que hacer un esfuerzo para verla fuera de nuestras citas médicas porque no quería mezclar las dos cosas. Ella seguía marcando la línea entre nuestra relación profesional y romántica, y yo lo respetaba. También significaba que tenía menos tiempo para trabajar debido a mis citas con ella. Pero eso estaba bien. Ella lo valía al cien por cien.

Encontré la nota adhesiva azul que mi secretaria me había dado aquella mañana. La lista de llamadas perdidas era lo último que quería hacer ese día. Suspirando, cogí el teléfono y estaba a punto de marcar el primer número cuando la puerta de mi despacho se abrió de golpe.

Sorprendido, levanté la vista. Normalmente, mi secretaria llamaba para avisarme de que había alguien en mi despacho antes de dejarle entrar, pero era Chad McMasters quien irrumpió, probablemente pasando por alto a mi ayudante. Eso era lo último que necesitaba. Tenía que concentrarme en mi trabajo, no en este imbécil.

Volví a colgar el teléfono.

"¿Cómo te atreves?", me espetó Chad. "¿Crees que puedes tirar el dinero por ahí y que todo el mundo tiene que plegarse a tus caprichos?"

Era propietario de una competitiva empresa farmacéutica y sus oficinas estaban unas plantas más abajo de las mías. Durante mucho tiempo fue una espina clavada en mi costado. Tenía muchos competidores en el mercado, pero Chad creó una rivalidad entre nosotros y siempre intentaba perjudicarme a mí en particular. Lo mejor era ignorarle en la medida de lo posible, pero el hombre siempre volvía y aparecía en mi vida cuando menos me lo esperaba.

Chad era un hombre alto y delgado, de bigote estrecho y pelo castaño brillante. Siempre llevaba trajes demasiado ajustados, probablemente para dar una impresión de buen tono. Tenía buen gusto para vestir y conseguía impresionar a la mayoría de la gente con su aspecto seguro y presumido. Si eso no funcionaba, se apresuraba a utilizar su dinero.

"¿De qué demonios estás hablando, Chad?", quise saber. Me eché deliberadamente hacia atrás en la silla, sin hacer ningún esfuerzo por levantarme y crucé los brazos delante del pecho. Mi

secretaria estaba fuera, con cara de disculpa y un poco de pánico. Inmediatamente le hice señas para que volviera a su escritorio y le hice saber que me estaba ocupando de la situación.

"La conferencia", dijo Chad. Tenía la cara roja. Interrogante, le miré.

"¿Qué pasa con eso?", quise saber y me quedé realmente sorprendido. Respiró hondo y supe que a continuación daría una larga explicación.

"Me acaban de informar que una conferencia de mi asesor farmacéutico ha sido aplazada en favor de una conferencia de otro médico", se lamentó con la voz más alta de lo que debería, dado el ambiente profesional. "Por supuesto, llamé para aclarar el asunto y me sorprendió bastante saber que ese cambio de horario era petición suya".

Incrédulo, volví a abrir mis correos. Me esperaba un mensaje de los organizadores de la conferencia en el cuál confirmarían la asistencia de Mia y en el cuál dirían que estaban encantados de contar con una doctora de su calibre como ponente.

"No sé qué esperas que haga, Chad", le dije. "No es como que yo hubiera pedido que sacaran a tu representante para esto. Nunca pedí que sacaran a nadie".

"Sin embargo, está perjudicando *un poco* a mi empresa", dijo Chad. "Las charlas de esta conferencia están muy solicitadas y es difícil que te acepten. Lo sabes perfectamente y, sin embargo, ¿quieres hacerme creer que no has aprovechado esta oportunidad para interponerte en mi camino?".

"No, Chad. No lo hice. Porque, sinceramente, no pienso en ti para nada", dije con sinceridad.

Mi comentario frívolo le hizo estallar. Sus ojos se entrecerraron y su cara se tiñó de un rojo furioso. Se acercó unos pasos y me señaló con el dedo.

"Estás mintiendo", se quejó y gimoteó. "Sólo lo has hecho para poder joderme mientras le haces un favor a una tía que seguro que te estás tirando".

Fue entonces cuando mi cara se puso roja de ira. No tenía derecho a hablar así de Mia. Me dio en el clavo.

Me levanté bruscamente, mi silla rodó hacia atrás y golpeó la pared detrás de mí con un ruido sordo. Apresuradamente, rodeé el escritorio en dirección a Chad. Sólo había dado un pequeño paso hacia atrás y dejó de moverse. Sólo había un metro entre nosotros.

"No me importa que tu representante quede excluido de la conferencia", le dejé claro. Hablé en voz baja, sabiendo que mi enfado era claro y evidente. "No me importan tus problemillas, Chad. Ahora lárgate".

No había necesidad de amenazarle. Yo era media cabeza más alto, lo suficiente para mirarle por encima del hombro. Parecía que quería causar más problemas, pero debió notar que hervía de ira y decidió lo contrario. Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta de mi despacho. A mitad de camino, se volvió de nuevo y me miró con los ojos entrecerrados.

"He buscado la droga de la que habla y no es una de las tuyas", comentó Chad con conocimiento de causa. "No me explico por qué la quieres tanto en esta conferencia, pero voy a averiguarlo".

Salió del despacho y cerró la puerta tras de sí. Nervioso, caminé de un lado a otro. Estaba furioso. Este hombre, por mucho que intentara ignorarlo, siempre encontraba la forma de sacarme de quicio. Insólito para alguien que dirigía un negocio como el suyo. Esta vez, sin embargo, se trataba de algo más que eso. Lo que dijo me molestó más que cualquier otra discusión o desacuerdo hasta el momento. No se trataba sólo de lo que insinuó sobre Mia. También se trataba de mis propias motivaciones.

¿Y si se enteraba de mi enfermedad cardíaca o de mi relación con Mia?

Estaba seguro de que ciento por ciento usaría una de las dos cosas contra mí. Si el conocimiento de mi condición saliera a la luz, podría perjudicarme a mí y a mi empresa. La competencia me vería débil, se esforzaría aún más por trabajar contra mí y forzaría su entrada en mi negocio y mi empresa.

Y si se enteraban de lo de Mia, podría perjudicarla igualmente.

Mi corazón latía acelerado por la emoción mientras me preguntaba cómo podría evitar que Chad interfiriera en mi vida. Unos instantes después, comenzaron los escalofríos por todo mi cuerpo, las palmas sudorosas, los temblores. El aire se me atascó en la garganta y respirar se volvió de repente increíblemente difícil.

Estaba sufriendo un ataque.

Apoyé una mano en el escritorio y busqué en el cajón. Salió el frasquito de pastillas naranjas. Me lo pensé un momento y me quedé mirando el frasco. No quería tomarme la pastilla. No quería hacer nada que pudiera acortar el tiempo que tenía para curar mi corazón. Mia me dijo con bastante claridad lo que debía y lo que no debía tomar a menos que fuera absolutamente necesario. Esto podría pasar. Si sólo esperaba...

Me imaginé a mi secretaria entrando y viéndome muerto en el suelo. Llamaría a mi hermana, que vendría enseguida y exigiría verme antes de que los paramédicos se llevaran mi cuerpo. Lloraría. Mi sobrina lloraría. ¿Alguien contaría las pastillas? ¿Sabría alguien que ni siquiera me había tomado una, que no había intentado salvarme la vida?

¿Me perdonaría alguna vez mi hermana? ¿Lo haría Mia?

Todavía sin aliento y con un latido que sonaba como un trueno en mis oídos, alcancé el frasco y lo abrí. Tomé dos como me indicaron y me desplomé en mi silla giratoria.

Durante unos horribles minutos más sentí que el corazón me iba a estallar. Se me agitaba el pecho y jadeaba. Ya me había desabrochado los botones superiores de la camisa para sentirme menos oprimido. El sudor frío se me pegaba a todo el cuerpo. Entonces las pastillas por fin empezaron a hacer efecto. Empezaron a quitarme los síntomas que sentía, pero no la ansiedad. Los latidos de mi corazón volvieron a un nivel seminormal y pude respirar hondo unas cuantas veces.

Llamaron suavemente a la puerta de mi despacho. Levanté la vista y vi a mi secretaria asomando la cabeza. Me incorporé, me ajusté la camisa para disimular que no estaba angustiado y le hice señas para que entrara. Se acercó a mi mesa con una cajita de regalo en la mano. Era una cajita negra con un lazo oscuro alrededor.

"Un mensajero ha entregado esto para ti", me explicó mientras colocaba la caja sobre el escritorio. "No dijo de quién era, así que no pudo ser tu hermana, ella siempre deja una nota".

Fruncí el ceño y quité la cinta. Dentro había un sencillo reloj plateado con esfera electrónica. Pulsé un botón lateral y la pantalla se iluminó. Mostraba la fecha y la hora, y en la esquina superior derecha había un pequeño corazón. Cuando me coloqué el reloj en la muñeca, el corazón aumentó de tamaño y mostró mi frecuencia cardíaca. Era un poco alta, pero tras un suave pitido volvió a mostrar la hora.

"¿De una mujer que conociste?", preguntó mi secretaria con curiosidad. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba sonriendo.

"Tal vez", respondí.

Sonrió con complicidad y se dio la vuelta para marcharse. Al igual que Chad, se detuvo antes de llegar a la puerta.

"¿Estás bien?", me preguntó. Había empatía en sus ojos, o quizá lástima. Era la única de todos

los empleados que conocía mi estado. Desde que la contraté, sabía que debía llamar a mi hermana si ocurría algo. Le expliqué dónde estaban los formularios de mi testamento y le informé de todos los preparativos que hice para tal eventualidad. Se tomó esa petición con una facilidad sorprendente, pero yo sabía que podía ser una gran presión para una persona.

"Estoy bien, gracias", le dije, sonriendo para tranquilizarla.

Ella también sonrió y volvió a su mesa.

Ahora podía volver a relajarme. Miré el reloj que Mia me envió. Era un regalo muy considerado. Yo solía ser el primero en hacer regalos en una relación. Rara vez recibí alguno. No me molestaba. Era un hombre de negocios adinerado y era natural que hacer regalos formara parte de mi papel.

Pero era agradable recibir algo tan considerado, personal e íntimo. Sabía que había comprado el reloj para que pudiera controlar mi ritmo cardíaco cuando hacíamos el amor.

Sonreí al pensar no sólo en volver a acostarme con ella, sino en volver a verla, en tenerla cerca.

Sabía que tenía que contarle lo del ataque y lo de las pastillas. Necesitaba esa información para poder introducirla en mi historial médico, pero sería mejor que omitiera la parte de mi pelea con Chad. No necesitaba saber que los infartos se provocan con tanta facilidad.

Decidí que ya tenía suficiente estrés por ese día y que la lista de llamadas podría esperar hasta el siguiente. Saqué mi teléfono y le envié un mensaje a Mia.

Yo: Me encanta el reloj.

Pulsé enviar y recogí mis cosas para el día siguiente. Cuando salía de la oficina, mi teléfono emitió un pitido.

Mia: Me alegro. Póntelo.

Con una sonrisa en la cara, salí de la oficina para descansar un poco.

Capítulo 13

Mia

Era fin de semana. Estaba sentada en la sala de estar de nuestra consulta porque tenía programada una operación en el hospital y quería prepararme. Mis leggings floreados y mi top de crepé morado eran ropa informal cómoda, y estaba masticando una barrita energética cuando unos golpes en la puerta me sobresaltaron tanto que el portátil casi sale volando de mi regazo y cae al suelo.

Tina entró riendo y se sentó frente a mí en el sofá.

"Dios mío, Tina, me vas a dar un infarto", exageré un poco y puse el portátil en la mesita que tenía delante. "¿Qué haces aquí?".

"Supuse que estarías aquí para la próxima cirugía", explicó. "Y no quiero perder la oportunidad de interrogarte un poco sobre los detalles de tu cita con Daniel".

Me guiñó un ojo, se echó hacia atrás y cruzó una rodilla sobre la otra.

Puse los ojos en blanco. "Eres tan infantil".

"Pero lo has estado evitando. Así que dime, ¿cómo fue?". Se quedó totalmente expectante y no pude evitar sonreír.

"Bueno, empezó con un helicóptero...", empecé a contar. Tina se incorporó y puso cara de sorpresa.

"¡Dios mío!", se maravilló, dándose una palmada en el muslo. "¿Lo hiciste en un helicóptero?".

"¿Qué? No, Tina, de verdad", me reí indignada ante su euforia.

"¿Y qué? Podría haber sido", insistió.

"No pudo ser", volví a rebatir. "Bueno, me ha llevado en helicóptero y hemos volado por toda la ciudad. Vaya, ha sido muy bonito, Tina. ¡Y fue al atardecer! Luego me llevó a un restaurante muy elegante...".

"¿Y te pusiste el vestido? ¿Verdad?", me interrumpió Tina y una vez más tuve que poner los ojos en blanco.

"Sí, me puse el vestido, pequeña ladrona". Ella sabía que no hablaba en serio y me hizo un gesto con la mano para que continuara.

"En la cena estuvimos hablando y me preguntó si quería pasar más tiempo con él". Mi cara se calentó al recordarlo. Hubo tantas emociones en juego aquella noche y volvían a hacerse palpables. Duda, anhelo, vergüenza, felicidad... me pregunté tantas veces si tomé la decisión correcta o no. Pero en retrospectiva, los sentimientos de felicidad definitivamente superaban a los de duda.

Desde nuestra cita, no dejé de pensar en él. Nos enviamos más mensajes y hablamos más que nunca, pero ahora me sentía frustrada porque no me sentía tan bien a solas como estando con él en persona. Me moría de ganas de volver a tenerlo entre mis brazos. Tina se inclinó hacia delante. "¿Y qué le dijiste?", preguntó en voz baja. Sonreí.

"Le dije que sí". Sonrió.

"¿Y el hecho de que sea tu paciente y tú su médico?", preguntó. "¿Te parece bien ahora?". Me encogí de hombros.

"No del todo", admití. "Ciertamente complica las cosas. Pero me gusta como novio y sé que puedo curar su corazón, así que no hay razón para que no tenga una relación con él. Después de

su operación, no me necesitará como médico".

¿Eso era lo que éramos? ¿Novio y novia?

Era la primera vez que usaba esa palabra para nuestra relación. La idea me dio vértigo de emoción. Me parecía ridículo estar tan emocionada por estar con este hombre increíble, pero las mariposas en mi estómago eran la prueba definitiva.

"¿Vas a operarle?", preguntó Tina con cara de preocupación. Moviendo la cabeza, respondí negativamente. "Le dije que no he cambiado de opinión y no lo haré", expliqué. "Me ocuparé de su tratamiento, pero cuando llegue el momento de la operación en sí, se lo pediré a otro cirujano". Aun así, tenía algunas reservas. A Daniel no le hacía ninguna gracia, pero se trataba de protegernos a los dos.

"No podría soportar perderlo en la camilla, Tina", le susurré. Era tan difícil decirlo en voz alta. "Cuando mi padre murió delante de mí... no puedo imaginar cuánto más dura sería esa pérdida si fueran mis manos las que no pudieran salvar a Daniel".

De repente una lágrima corrió por mi mejilla. No era sólo por Daniel, sino también por mi padre y por todos los años que había tenido que vivir sin él. No quería volver a sufrir una pérdida tan dura, porque no sabía si podría vivir con ella. Tina se inclinó hacia delante y tomó mi mano entre las suyas.

"No lo perderás, cariño", me consoló. "Eres un gran médica y encontrarás un gran cirujano que lo opere. Todo saldrá bien".

Asentí con la cabeza y me limpié la mejilla. Estábamos tan unidas que no me daba vergüenza llorar delante de ella. Ella era mi roca. Me mantenía con los pies en la tierra.

El suave timbre de mi portátil me avisó de un correo electrónico. Tenía muchas ganas de que fuera de Daniel. Mi corazón dio un pequeño salto de alegría por pensar que volvería a saber de él, pero era un correo electrónico de la conferencia.

Lo hojeé rápidamente y tardé en darme cuenta del contenido. Daniel me había conseguido una plaza para hablar en la conferencia farmacéutica. Sabía lo competitivas que eran estas plazas y lo difícil que era ser invitado como ponente. Pero las posibilidades de recibir ayuda económica y de establecer contactos con otros investigadores pioneros eran fenomenales.

¿Era eso cierto?

Había asistido a innumerables actos, pero cada vez como espectadora entre el público. Su intervención nos benefició a los dos. Aun así me sentí halagada por su gesto. Para mí, no tenía que tomarse tantas molestias.

¿Es por él? ¿Por salvarle? ¿O es por mí?

No podía precisarlo y en realidad no importaba. Lo que había hecho por mí era importante y se lo agradecía. Tina también hojeó el correo electrónico y no pudo más que maravillarse.

"Vaya", comentó, "¿Daniel lo ha conseguido?". Asentí con la cabeza.

"¡Es increíble, Mia! Me alegro mucho por ti", exclamó Tina. "Es una oportunidad súper grande para ti".

"Sí claro, no me puedo creer que lo haya conseguido", dije, radiante.

"Es un hombre poderoso", dijo Tina con admiración y guiñó un ojo.

"Puede ser", asentí.

Tina me devolvió el portátil y yo escribí un breve correo electrónico a Daniel, prometiéndole que le daría las gracias la próxima vez que nos viéramos. Añadí un guiño y me sonrojé por mi tontería. Tina no pareció darse cuenta.

A continuación, confirmé la invitación a la conferencia e intenté reprimir mi emoción en el

correo.

"Dios mío", dije, leyendo de nuevo el correo. "¡La conferencia es este fin de semana! ¡Tengo que hacer las maletas! Tengo que preparar una presentación".

"Te ayudaré", aceptó inmediatamente Tina. Me cogió el portátil. "Empezaré con un borrador, pero tienes que darme más detalles sobre tu cita".

"Bueno, hablamos y tuvimos una buena charla. Luego pensé que me llevaría en helicóptero a casa, pero en lugar de eso me llevó a una habitación de hotel", empecé. "Y nosotros... ¡Oh Dios! Mi operación. Tengo que irme". Me levanté de un salto y busqué mi abrigo.

"¿Qué?", exclamó Tina. "¡Aún no has llegado a la parte interesante!".

"¡Lo siento!", exclamé, recogiendo apresuradamente mis cosas. "Hablares más esta noche. Te lo prometo".

* * *

Me sentí aliviada cuando por fin pude hundirme en mi sofá aquella noche. Fue un día bueno pero agotador. La operación fue larga. Todavía tenía que hacer las maletas y escribir una presentación. Mi noche estaba lejos de terminar.

Saqué de debajo de la cama la maleta de lunares y la dejé abierta sobre la colcha. Luego puse el teléfono en altavoz, lo coloqué en la mesita auxiliar y llamé a Tina.

"¡Hola!", dijo al descolgar. "¿Cómo ha ido la operación?".

"Sin problemas", fue mi respuesta.

"Excelente. ¿Significa eso que llamas porque tienes tiempo para hablarme del príncipe azul?". Me encogí. Siempre odié esa analogía. No porque la vida no fuera un cuento de hadas, sino porque es mucho más fácil que los hombres te decepcionen cuando empiezas a imaginarlos como salvadores en apuros o caballeros de brillante armadura. Así que siempre intenté ser realista con mis parejas.

Pero era difícil encontrar algo negativo en Daniel. Trabajaba mucho y hacía las cosas a su manera. Yo también, así que no podía reprochárselo. Cuanto más pensaba en ello, más claras me parecían nuestras similitudes. Siempre creí en el dicho de que los polos opuestos se atraen y suponía que por eso había salido con hombres que no llevaban ni de lejos el mismo estilo de vida que yo, pero tal vez ese dicho no se aplicaba a mí y yo estaba buscando a alguien que me entendiera y quisiera las mismas cosas que yo desde el principio.

Le conté algunos detalles de nuestra noche juntos a Tina para apaciguar a mi amiga, pero muchos otros me los guardé para mí. No solía ser tímida con Tina. Las dos nos contábamos todos los detalles horribles o locos de nuestras vidas y nos reíamos o llorábamos por ello, según lo que necesitáramos en cada momento. Pero esta vez era diferente. No quería ocultarle nada, pero quería reservarme la intimidad entre Daniel y yo. Sólo así se sentía especial. Sentía que quería guardar este recuerdo sólo para nosotros dos.

Tina gimió y gimió, gimió y tartamudeó, y dependiendo de cómo lo requiriera la historia en ese momento, también nos reímos a carcajadas. Me tumbé en la cama -tenía la maleta a medio hacer- y me reí al teléfono.

Poco a poco nuestras risas se fueron apagando y se hizo el silencio entre nosotros, porque tenía que pensar en el fin de semana que se avecinaba, en la conferencia y en volver a ver a Daniel.

Estaba contenta, pero bajo esa felicidad se escondía cierta inseguridad.

"¿Tina?", le pregunté,

"¿Sí?", respondió.

"Tengo miedo", confesé. "Miedo de perderlo".

Tina no dijo nada durante unos instantes. Me había consolado antes con la típica frase: "*Todo saldrá bien*", y en aquel momento era cierto, pero ahora no era suficiente.

"Cuando llegue el momento, estaré aquí. Y estarás bien porque eres fuerte". Su voz era seria. El tono alegre de antes desapareció.

Más lágrimas corrieron por mi cara. ¿Por qué me metí en una relación tan complicada? Esta misma mañana me había dado vértigo. Había sentido todas las sensaciones de hormigueo que acompañan a cualquier romance nuevo y apasionado. Pero ahora, ese mismo día, pensar en él me provocaba miedo y nerviosismo. Me encantaba estar segura de mi vida, pero él me hacía sentir insegura. Lo único cierto era que me gustaba sin medida. Pero no estaba segura de cuánto tiempo podría estar en mi vida y qué papel desempeñaría en ella.

"¿Y si le curo el corazón y luego decide que no quiere estar conmigo?", era mi pregunta. "Quiero decir, sé que no se está aprovechando de mí ni nada por el estilo, pero ¿y si se ha quedado atrapado en la idea de que yo le salve y por eso tiene esos sentimientos hacia mí?". Hice una pausa, mi mente corriendo con todas las alternativas que iban con él.

"¿Y si me someto a todo este estrés y después todo el sueño se hace añicos?". Oí suspirar a Tina.

"No puedes pensar así", dijo suavemente. "No puedes vivir con el miedo constante a que te hagan daño. Ya sea por la gente o por el universo. Tenemos que correr riesgos, Mia. Al fin y al cabo, ¿no es por eso por lo que hacemos exactamente lo que nos gusta?".

Sonreí. Tenía razón. Como médicos, nos arriesgamos cada día para ayudar a la gente. Las decisiones que tomábamos no siempre eran fáciles ni estaban exentas de riesgos.

"Tienes toda la razón", dije. "Gracias, Tina, es lo que necesitaba oír".

"Para eso estoy aquí", dijo ella, "Ahora duerme un poco. Te espera un fin de semana ajetreado".

Capítulo 14

Daniel

Los papeles se amontonaron delante de mí. Los aparté a un lado de la mesa. Todo lo que había que hacer estaba hecho, incluyendo los asuntos que mi secretaria me había dejado para que hiciera. Aunque me sentía satisfecho, algo no encajaba. Mis ojos se desviaron hacia el reloj situado a la izquierda de mi escritorio. Sólo eran las dos de la tarde.

Aún era demasiado pronto.

Y así era. Nunca había salido de la oficina a esa hora. Siempre me había quedado. Siempre había llenado el día entero de trabajo, asegurándome de que tenía todo lo que necesitaba hacer. Yo era ese tipo que quería tenerlo todo hecho. El último de la oficina. ¿Sólo hoy? Hoy de repente sentí la necesidad de irme. De escapar. De alejarme de ahí.

¿Por qué?

Sabía por qué incluso antes de haber terminado los pensamientos en mi cabeza.

Mia.

Todo era por Mia. Ella era la fuerza que me impulsaba a dejar el trabajo que tenía por delante y a salir del mundo que me era tan familiar. Con ella estaba vivo, realmente vivo. No había podido sentirlo con este trabajo tan exigente y cargado de números durante todos estos años. Pero antes no conocía a Mia.

Ahora la Dra. Mia Larson dominaba mis pensamientos y mis esperanzas. No se trataba sólo de mi salud. También se trataba del futuro. Por primera vez, sentí que había un futuro para mí. El pensamiento me inquietó por completo y sentí la piel de gallina en los brazos. ¿Lo que estaba pensando tenía realmente sentido? ¿Llegaría a ver crecer a Bella? ¿Sería testigo de cómo Caroline se enamoraba de otra persona?

Me detuve y giré la silla de mi despacho hacia la ventana. El edificio de enfrente tenía cristales tintados. Todo el complejo parecía un reflejo azul y metálico del cielo. Mi mirada se desvió hacia abajo y volví a ver los pequeños contornos de los coches y los contornos aún más pequeños de la gente que caminaba por las aceras.

Todo estaba muy lejos de mí. Para ser sincero, estuve alejado de la vida más tiempo del que me hubiera gustado. Era difícil construir algo cuando sabías que no te quedaba nada por experimentar. Pero ahora sentía como si el mundo se me hubiera abierto de repente.

Ya era suficiente.

De un tirón, eché la silla hacia atrás, me levanté y me alisé la camisa, que sentía arrugada. Eché un vistazo al vestidor que había a la derecha de mi escritorio. Allí tenía ropa de recambio. Me cambiaría. Me aseguraría de tener buen aspecto. A ella no le importaría. Me acerqué y pulsé el botón del interfono del teléfono.

"Me voy", fue todo lo que dije. Se hizo el silencio. Sabía que mi secretaria probablemente estaba intentando entender lo que acababa de decir. Finalmente, la oí aclararse la garganta.

"Señor", dijo, "¿está todo bien?". Las palabras no pronunciadas estaban en la habitación.

¿Está todo bien con tu corazón?

"Sí", respondí con demasiada rapidez y respiré hondo. "No. Estoy bien. Tengo que recoger a alguien en el aeropuerto". Hubo un pequeño momento de silencio.

"El coche bajará en dos minutos", me informó. Mientras salía de mi oficina, no pude evitar

pensar en cómo quería pasar mi tiempo con Mia. Quería dejarla boquiabierta, que su cabeza explotara. Hacerla sentir como si fuera la única mujer en todo el mundo. Tuve una idea y sonriendo, saqué mi teléfono.

Esa iba a ser una noche que nunca olvidaría.

Mi mirada recorrió la sala de llegadas. La multitud de viajeros a mi alrededor junto con amigos, familiares y taxistas hacían que el lugar pareciera más un zoo que un aeropuerto. Observé cómo los cansados viajeros entraban por las puertas y miraban a la gente que tenían delante. Mi mirada buscó el esplendor arremolinado del pelo castaño y su maletín de médico. La buscaba a *ella*.

Entonces apareció. Con unos vaqueros azul marino, entró en la sala de llegadas. Llevaba el pelo suelto, que le caía en rizos sobre los hombros. Llevaba un ordenador portátil colgado de un brazo y arrastraba una elegante maleta negra. Por un instante, se me cortó la respiración.

Era tan guapa.

Levanté la mano para llamar su atención y al instante sus ojos se cruzaron con los míos. Sonriendo, me di cuenta de que ella también se sorprendió y levantó la mano. Finalmente caminamos el uno hacia el otro y nos encontramos en medio del pasillo.

"Mia", le dije cariñosamente.

"Daniel", fue su respuesta. Nos quedamos absortos el uno en el otro hasta que Mia se aclaró la garganta.

"¿Qué haces aquí?", preguntó, mirando a su alrededor como para asegurarse de que nadie nos escuchaba.

"Tengo una sorpresa", le expliqué. Cogí su maleta negra. "El Metropolitan". Mia frunció el ceño.

"¿El Metropolitan?", preguntó, "¿Qué pasa con él?". Por fin me permití una sonrisa descarada.

"Lo alquilé", le informé con orgullo. "O lo reservé. No sé cuál es la palabra correcta". Los preciosos ojos de Mia se abrieron de par en par.

"¿Cómo lo sabías? Que era mi museo favorito, quiero decir". Me miró fijamente.

"Leí una entrevista tuya", admití. Mia se mordió el labio, pero estaba impresionada. De repente, pareció darse cuenta de que yo estaba allí de pie con mi traje gris marengo y mi corbata negra. Bajó la mirada hacia su propia ropa, pero antes de que pudiera expresar su evidente inseguridad acerca de su atuendo, la tranquilicé rápidamente.

"Tengo varios vestidos a mano", le dije. "Y un peluquero". Mia exhaló profundamente y poco a poco empezó a darse cuenta de todo.

"¿Hablas en serio?", preguntó incrédula, con la boca ligeramente abierta. Por un momento pensé que tal vez iba a decir que no cuando asentí con la cabeza. Pero para mi sorpresa, Mia sólo asintió una vez.

"Vamos a hacerlo entonces".

"Vamos", dije rápidamente, antes de que cambiara de opinión.

El guía del museo nos esperaba en la puerta mientras Mia y yo caminábamos hacia la entrada. Miró dubitativo los zapatos de tacón que llevaba. Mia hizo lo mismo.

"¿Hay algún problema?", quiso saber. El hombre parecía avergonzado.

"Es que el museo es bastante grande", explicó. "Dos millones de metros cuadrados".

Mia se rio. "Es imposible que podamos hacer todo eso", dijo sonriéndole al hombre. "Pero tengo varias exposiciones que me gustaría ver". Enumeró una lista de nombres y el hombre asintió con la cabeza.

"Creo que podemos arreglarlo", dijo, haciéndose a un lado e indicándonos que entráramos. Los ojos de Mia se abrieron de par en par al mirar a su alrededor. Durante el día, cuando el Met estaba lleno de turistas, tenía un aire impresionante. Pero ahora, completamente desierto, el ambiente era profundamente conmovedor.

"Esto es increíble", exclamó Mia, girándose hacia mí. "Gracias". Luego siguió a la guía del museo y yo respiré aliviado. Corría el riesgo de que fuera demasiado agotador para mí. Pero a juzgar por su cara, estaba permitido.

* * *

"No puedo creer que tengan trescientas obras de Picasso", exclamó Mia cuando el coche aceleró frente al Museo Metropolitano de Arte. Estaba radiante de felicidad. Su pelo brillaba y el recogido desenfadado dejaba ver su elegante cuello. Había elegido un sencillo vestido plateado brillante que se ceñía a su cuerpo y los zapatos plateados enjorados a juego combinaban a la perfección con él.

"Por desgracia, no suelo ir a museos", le confesé. Mia se giró hacia mí.

"Creo que sólo podemos entender el presente si entendemos nuestro pasado", dijo sencillamente. "Eso significa historia y arte".

No pude evitar asentir. Nunca lo había pensado así. Una vez más, descubrí que la presencia de Mia me abría la mente. Mi mundo estaba tan aislado. Sólo existían el trabajo, mi hermana y Bella. Pero de repente fue como si un mundo sin anteojeras se abriera ante mí.

"Sé exactamente lo que te gustaría", dijo Mia, interrumpiendo mi ensoñación. "Los Uffizi. Están en Firenze... Florencia". Sonaba tan segura.

"¿Y por qué me gustaría?", le pregunté. Realmente quería saberlo.

"La estatua del David de Miguel Ángel está allí", me explicó, "Es increíble. Me encantaría verla... quiero decir, te encantaría". Vi florecer la sorpresa en su rostro y se interrumpió. Las palabras tácitas estaban ahí.

Se alegraría si pudiéramos maravillarnos juntos.

Como no quería agobiarla, cambié rápidamente de tema.

"Ahora vamos a un musical de Broadway", dije rápidamente. "En el teatro Richard Rodgers, para ser exactos. A menos de tres kilómetros. Habrá canapés antes y una cena tardía después. ¿Te parece bien?". Mia negó con la cabeza.

"Me estás malcriando", susurró. Miró el vestido. "Me mimas de *verdad*". Cogí la mano de Mia y la estreché suavemente entre las mías.

"Te mereces que te mimen", le dije. Mia dejó que mis palabras calaran hondo y se recostó en el asiento del Range Rover mientras el conductor se abría paso entre el tráfico nocturno en dirección a Broadway.

El coche se detuvo delante del teatro y yo salí rápidamente y rodeé el coche para abrirle la puerta a Mia. Salió sonriendo, pero se quedó paralizada de asombro cuando vio el nombre del espectáculo en la fachada del teatro.

"¿*Hamilton*?", preguntó, totalmente estupefacta, mientras volvía a hojear el nombre antes de mirarme. Asentí con la cabeza, la cogí de la mano y la llevé hasta la puerta principal.

Tras un colorido revoltijo de champán, conversaciones amables con desconocidos y algunos de los aperitivos más deliciosos que jamás había comido, un acomodador nos condujo a nuestro palco privado. Cuando entramos en el espacio cerrado, ella se acercó inmediatamente al parapeto del palco y miró hacia abajo. La sonrisa que se dibujó en su rostro valió la pena. Nunca había

visto a Mia así. Era como si se hubiera quitado de encima la pesadez que arrastraba consigo, su responsabilidad siempre presente por sus pacientes. Parecía totalmente aliviada y contenta.

"Vaya", dijo en voz baja. "Mira. Se giró y me tendió la mano. Me quedé mirándola un momento y luego di un paso adelante. Coger la mano de Mia era tan natural como respirar. Nos quedamos mirando el teatro mientras los invitados tomaban asiento.

Hamilton era el musical mejor valorado de Broadway, si no el mejor de la historia, y yo esperaba que a Mia le gustara. Y así fue. Durante todo el espectáculo, Mia miró embelesada al escenario. Durante el descanso, tomamos un sorbo de champán y se deshizo en elogios hacia la música y el colorido del escenario. Luego, al bajar el telón, se volvió hacia mí con ojos brillantes.

"Gracias, Daniel", fueron sus sencillas palabras. Pero había algo en sus ojos que yo aún no sabía. Mia parecía tan viva, más viva que nunca.

"Nunca lo había experimentado", dijo en voz baja. "Nunca había visto un musical de Broadway en directo, ni siquiera me había planteado comprar entradas. Ni siquiera para una gira. El precio de las entradas...". Su voz se entrecortaba y parecía un poco avergonzada. Rápidamente cambié de tema.

"¿Lista para cenar?", quise saber. "¿O prefieres volver al hotel? Sé que tienes que prepararte para la conferencia...". Mi voz se entrecortó y esperé. Mia respiró hondo y mi incertidumbre me pesó. En todos los demás aspectos de mi vida tenía el control y me sentía seguro. Pero cuando estaba con Mia, o incluso cerca de ella, me sentía más a su merced que nunca. Desesperado por evitar un rechazo seguro, cambié de tema y levanté la muñeca. Mia miró el reloj que llevaba.

"Olvidé enseñártelo", le dije, "no me lo he quitado". Mia sonrió.

"¿Sabes lo que quiero?", preguntó lentamente. Negué con la cabeza. "Pedir comida al servicio de habitaciones". Mi decepción fue abrumadora.

"Contigo". Ahora mi corazón saltaba de alegría. No era un ataque al corazón. Era alivio o excitación o tal vez sólo la certeza de que Mia y yo estábamos finalmente en la misma onda.

"Yo también puedo hacer el servicio de habitaciones", respondí despreocupadamente. Le apreté la mano. "Puedo hacerlo sin problemas".

Capítulo 15

Mia

El trayecto en coche del teatro al hotel fue tranquilo pero agradable. Daniel se sentó a mi lado y me cogió suavemente de la mano. El conductor, consciente de nuestro estado de ánimo, no intentó entablar conversación con nosotros. Llegamos al hotel y caminamos de la mano por el vestíbulo hasta la recepción. Cuando me entregaron la llave de la habitación, había algo diferente.

"El ático está listo para usted, señora Larson", dijo la recepcionista. Solté la mano.

"Lo siento", le dije, sintiéndome más nerviosa de lo que me hubiera gustado. "Debe de haber algún error". El recepcionista me sonrió amablemente.

"Su habitación ha sido mejorada", me explicó.

"¿Por quién?", pregunté más alto de lo que pretendía y rápidamente bajé la voz. "Lo siento, ¿por quién?".

"Por mí". Era Daniel, quién sí no. Se tiró de la corbata un poco avergonzado y se la aflojó con cuidado, sin apartar los ojos de mí.

"Quiero que te sientas cómoda", dijo suavemente. "Esta conferencia significa mucho para ti. Así que también significa mucho para mí". Se me pasaron por la cabeza tantas posibilidades. Tantas respuestas diferentes. Estuve tentada de rechazar este lujo. Él me había invitado a la mejor cita de mi vida. No conocía a *nadie* a quien le permitieran ir solo al Met. ¿Y ahora también el ático del hotel?

"Uh", fue todo lo que me atreví a decir mientras mi mente daba tumbos sobre todo esto.

"Di que sí, Mia", dijo Daniel con paciencia. Su voz no dejaba lugar a dudas y sus increíbles ojos brillaban.

"Sí", acepté, sorprendiéndome a mí misma. "Gracias". Esta vez cogí la llave de la habitación que me entregó la recepcionista.

La puerta parpadeó en verde y la abrí. Ante nosotros había un pasillo de mármol que conducía a una escalera que bajaba y abría una enorme sala de estar. No era una habitación de hotel, tenía las dimensiones de un piso entero. Intenté controlar mis emociones porque no quería que Daniel viera lo abrumada que estaba. Toda la suite estaba rodeada de ventanales que iban del suelo al techo y el horizonte de Nueva York estaba brillantemente iluminado tras ellos. Había un bar y una mesa de comedor a la izquierda del salón y dos puertas a la derecha.

Daniel me siguió por la puerta principal, tirando de mi equipaje tras él después de rechazar la ayuda del personal. Cuando cerró la puerta, se volvió hacia mí.

"¿Pido algo de comer?", preguntó. Volvía a ser el Daniel que yo conocía. El hombre que tomaba la iniciativa. El hombre seguro de sí mismo. Asentí con la cabeza. "¿Te apetece algo en particular?". Sonreí.

"Hasta ahora", dije, dejando caer el bolso sobre la mesa del recibidor, "lo has hecho todo bien hoy. ¿Por qué no me sorprendes otra vez?". Sonrió y enseñó sus dientes perfectos. Sin replicar, pasó junto a mí y llevó el equipaje a lo que supuse que era el dormitorio. Cuando volvió, se acercó a la mesa que había junto al salón y cogió el teléfono del hotel.

"Servicio de habitaciones para el ático, por favor", me dijo. Me miró con una sonrisa pícaro y continuó. "Champán Moët, si es posible. De entrante, una ración de sashimi de salmón, otra de

gambas en tempura y seis ostras. De plato principal, por favor, un filete de Wagyu, poco hecho con guarnición de verduras y un Beef Wellington y una selección de postres para acompañar, gracias". Daniel asintió una vez y colgó el teléfono. Me quedé con la boca abierta.

"¿Viene un ejército a cenar y yo no lo sé?", pregunté incrédula. Se rio y negó con la cabeza.

"No", me aseguró, y se quitó la chaqueta. La colgó sobre una silla de la mesa del comedor mientras parecía meditar sus palabras. "Pero quería que pudieras elegir". Se volvió hacia mí. Estaba de pie, despreocupado, con las manos a los lados, pero pude ver cómo apretaba los puños mientras respiraba hondo.

"Pase lo que pase", dijo Daniel con cuidado. "Quiero que puedas elegir". Se me erizó la piel y me di cuenta de que ya no hablaba de nuestra cena. No tenía ni idea de cómo responder a eso, así que me senté en el último escalón y me aflojé las correas de los zapatos, apartándolos inmediatamente. Suspirando aliviada, me levanté y me acerqué lentamente a Daniel. Una chispa de deseo se había encendido en algún lugar profundo de mí.

"Pregúntame qué quiero hacer ahora mismo", murmuré. Los ojos de Daniel se entrecerraron y su mirada se oscureció.

"¿Qué quieres hacer?", quiso saber. Tenía la voz ronca. Sonreí.

"Quiero besarte", respondí. Eso era todo, eso era todo lo que Daniel necesitaba. De repente cambió y cobró vida. Entonces dio un paso adelante, me rodeó la cintura con las manos y me apretó contra su cuerpo bien tonificado. Sus labios me besaron con exigencia y me sentí arrebatada.

No era un beso casto y tierno. Hablaba de anhelo y pasión. Prometía falta de aliento y sudor. Este beso no dejaba lugar a dudas de que Daniel Fielding me deseaba. Cuando nos separamos, nos quedamos mirándonos fijamente. Sin decir palabra, Daniel se quitó la corbata y la tiró sobre la mesa, a mi lado. Luego alargó una mano y deslizó el fino tirante del vestido por mi hombro. Esperando, me quedé allí de pie, Daniel siguió tirando de mi vestido hasta que un lado se deslizó fuera de mi pecho. Podía sentir cómo mi pezón reaccionaba y se endurecía.

Con infinita suavidad, Daniel bajó la cabeza hasta que su boca encerró mi pezón. Lo chupó suavemente y el calor de su boca me hizo estremecer. Cuando sentí un cosquilleo en el centro, gemí con fuerza. No podía parar. Mis manos buscaron su cabeza y mis dedos recorrieron su cabello oscuro. Daniel se detuvo y me miró brevemente antes de bajar el otro tirante del vestido. Acercó la boca al pecho que acababa de liberar y lo besó suavemente. Arqueé la espalda. Sabiendo exactamente lo que necesitaba, besó mi segundo pezón y, como antes, gemí de placer. Mis manos se aferraron a su cabeza mientras su lengua giraba y chupaba.

Cuando por fin levantó la vista, los ojos azules de Daniel me miraban como si estuviera absorbiendo mis rasgos.

"Mia", dijo en voz baja. "Te deseo". Volvió a acercarme a él y me abrazó. Sentí su dureza, otro indicio del alcance de su deseo. Mis pechos se apretaron contra el frío de su camisa. No deseaba nada más que piel sobre piel. Retrocedí y busqué los botones de su camisa, pero sus manos me sujetaron con fuerza y negó con la cabeza.

"Espera", me amonestó. Llegó en el momento justo. Sonó el timbre: "Servicio de habitaciones".

Riéndome, volví a ponerme los tirantes sobre los hombros mientras Daniel se dirigía a la puerta para abrirla. Para cuando el botones la empujó, yo estaba de pie, recatada, junto a la mesa. Los ojos de Daniel se cruzaron con los míos y reprimí una sonrisa.

"Gracias por venir tan rápido", dijo, sacando la cartera del bolsillo y dándole al hombre una

generosa propina. Cinco minutos más tarde estábamos sentados frente a frente en la mesa del comedor.

"Esto tiene una pinta increíble", dije. Daniel estaba ocupado abriendo el champán y asintió.

"Sí", asintió. "Por favor, sírvete". Así lo hice. Pasamos los siguientes treinta minutos disfrutando de cada delicioso bocado. Nos divertimos mucho e intercambiamos miradas profundas y significativas.

Entonces me encontré mirándole fijamente. Mis ojos se fijaron en sus labios y pensé en su boca sobre mi pecho. Al mismo tiempo, me di cuenta de que él hacía lo mismo, deslizando su mirada por mi cuerpo de una forma que me excitaba. Ninguno de los dos se movió, pero sentí que el aire crepitaba de energía.

¿Cuándo había disfrutado tanto? Esto era más que atracción y más que buen sexo. Daniel y yo estábamos disfrutando el uno del otro en todos los sentidos y eso me estaba dando más dolores de cabeza de los que quería admitir.

Tomé una última cucharada de tiramisú y me recosté en la silla.

"He terminado", dije. "No puedo comer ni un bocado más. Y tú no puedes obligarme". Señalé a Daniel y se rio a carcajadas.

"De acuerdo", dijo, "tengo otra idea..."

Sería mejor que no sugiriera que nos quitáramos la ropa. Estaba tan llena que podría reventar.

Daniel me tendió una mano y tiró de mí por la habitación hasta que llegamos a una enorme terraza detrás de las puertas correderas del salón. En una esquina había un burbujeante jacuzzi y me acerqué con Daniel.

"No puedes hablar en serio", le dije, y él me soltó la mano y se acercó al agua humeante.

"Oh, pero lo es", contestó y empezó a desabrocharse la camisa, sin dejar de mirarme. Se me secó la boca. Miré a mi alrededor: No se nos veía ni por los lados ni por detrás, pero había un edificio alto justo delante de nosotros.

"No puedes", dije, señalando. "Nos verán". Daniel sonrió, con expresión impasible, y alcanzó el último botón. La lujuria me invadió cuando se quitó la camisa de los hombros, dejando al descubierto sus torneados músculos y su piel bronceada.

"¿No puedo?", preguntó, enarcando una ceja mientras se llevaba las manos a la hebilla del cinturón. Alargué la mano hacia él, deseando acariciar su suave piel.

"Eh, eh", dijo rápidamente, moviendo un dedo en mi dirección. "Ahora te toca a ti". Pensé brevemente en sus palabras.

Maldita sea.

Lentamente, me bajé un tirante del vestido. Daniel me observaba atentamente. Cuando expuse mi pecho al aire nocturno, me estremecí. No porque tuviera frío, sino porque no podía creer que estuviera haciendo esto.

"Eres preciosa", dijo Daniel en voz baja. Cuando levanté la vista, pude ver mi propio deseo en su rostro. Se desabrochó el cinturón. Yo me quité la otra correa. Daniel se desabrochó los pantalones y yo me bajé el vestido hasta la cintura. Luego nos pasamos la ropa por las caderas y la tiramos al suelo al mismo tiempo, de modo que Daniel sólo llevaba bóxers y yo un pequeño calzoncillo sexy.

Daniel se volvió hacia el jacuzzi. Por un momento pensé que iba a meterse con los pantalones puestos, pero se los quitó rápidamente antes de meterse en el agua burbujeante. Como un caballero, Daniel se sentó dándome la espalda para que yo tuviera tiempo de pensar en mi

siguiente movimiento. Él ya estaba desnudo, así que no tuve más remedio que tirar toda la cautela al viento y quitarme también las bragas. Metí el primer pie en el agua caliente y gemí.

Eso era justo lo que necesitaba.

"Ah, esto es celestial". No fue hasta que me hube sentado y mis pechos estuvieron bajo el agua caliente que Daniel volvió a mirarme. El vapor se elevó a nuestro alrededor y se disipó en el aire nocturno. Las burbujas me hacían cosquillas en la piel y no pude evitar sonreír.

"Quiero besarte", dijo simplemente. Me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración. "Y luego quiero volver a sentir tus pechos con mi boca". Fue tan directo con sus deseos que no los registré por un momento. Y entonces solté el aliento con un silbido.

"Después de chuparte los pezones, exploraré tu lugar más íntimo con los dedos", continuó. "Aquí mismo, en este jacuzzi". Sentí que mis entrañas se volvían líquidas. Lo deseaba.

"Si me lo suplicas, te llevaré a la cama", dijo finalmente Daniel después de observarme un momento. Se había acercado a mí y sentí que me tocaba con el hombro. Sin palabras y simultáneamente, ambos nos inclinamos hacia delante para encontrarnos en un beso.

Ahora estaba encima de mí. Algo dentro de mí me llenó profundamente. Dentro de mí ahora todos los sentimientos que había reprimido, todas las alegrías de aquella tarde y noche, todo se reunía y palpitaba en mi pecho. Devolví el beso de Daniel con todo lo que tenía y abrí la boca para recibir su lengua.

Una de sus manos tocó mi pecho y apretó suavemente mi pezón, haciéndome jadear. Eché la cabeza hacia atrás y me senté más erguida. Con mis pechos expuestos de nuevo al aire, le ofrecí a Daniel la oportunidad de cumplir su promesa. Y lo hizo.

Se dio un festín con mis pechos y su lengua se arremolinó alrededor de mis yemas, ahora firmes. De repente, sentí su mano entre mis piernas mientras un dedo exploraba mis partes más íntimas.

"Dios mío, estás mojada", observó.

"Estamos en un jacuzzi", le recordé, haciéndole soltar una risita.

"Así no", se apresuró a decir Daniel. "Y lo sabes". Su dedo entró en mí y gemí. Quería más y, como si lo hubiera entendido, deslizó un segundo dedo dentro de mí y me estremecí.

"No puedo hacerlo", dijo de repente. Salió del agua y vi que tenía la polla dura. Lo deseaba más que a nadie.

Lo quería dentro de mí.

"Ven conmigo", dijo Daniel y salió del jacuzzi, con una mano extendida. Le seguí y cuando tuve los dos pies en el suelo, me arrastró con él.

"Tu corazón", le dije, pero le seguí de todos modos. Levantó el brazo izquierdo mientras caminaba y vi que aún llevaba el reloj.

"Gracias, doctora", respondió sin darse la vuelta. "Es usted multitarea. Puede vigilarme en la cama". Daniel no se detuvo mientras atravesábamos la puerta corredera y tampoco se detuvo en el salón. No fue hasta que me metió en el dormitorio que por fin se dio la vuelta. Me apretó contra él y sentí la dureza de su miembro presionándome.

"Por favor", dije, sabiendo que estaba suplicando pero sin importarme. Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro y, tras besarme una vez muy brevemente, Daniel se apartó y me permitió tumbarme. El frescor de las sábanas blancas y sedosas contrastaba con mi piel aún caliente.

Cuando mi cabeza tocó la almohada, Daniel bajó a la cama y se acercó a mí hasta que su cuerpo quedó sobre el mío.

"¿Estás segura?", quiso saber de mí. Su voz era suave, pero me miró en busca de una señal.

Asentí y, sin saber qué hacer, tiré de sus caderas hasta que bajó su cuerpo sobre el mío. Con una mano, Daniel colocó su virilidad en mi entrada. Me miró mientras se deslizaba lentamente dentro de mí.

Había olvidado lo grande que era. El sublime placer de sentir su polla dentro de mí me hizo cerrar los ojos y gritar.

"Dios mío", gemí. "¡Más, por favor!".

"Por ti, haré lo que sea", respondió. Con un movimiento de sus caderas, salió de mí para volver a entrar. Empezó a moverse, con un ritmo lento pero acompasado, y sentí una presión increíble en mi interior. Daniel bajó la cabeza y me besó, y mis manos buscaron su trasero para empujarlo aún más adentro. Jadeando y gimiendo, le besé.

Entonces me detuve y miré fijamente el atractivo rostro del hombre del que estaba cada vez más enamorada. Mi cuerpo estaba vivo bajo el suyo y empujé mis caderas hacia arriba para encontrarme con las suyas. Mientras nos mecíamos de un lado a otro, sentí que me acercaba al umbral del desmayo y estaba a punto de dejarme llevar cuando, de repente, volví a ser consciente de su corazón.

"Espera", le dije. Alargué una mano para tocarle el pecho. Daniel se quedó inmóvil, con preocupación en los ojos. "Tumbate". Al oír mis palabras, se relajó. Sin salirse de mí, Daniel me agarró y me hizo girar. Me encontré sobre él, con su pene aún llenándome.

"Mi turno", susurré y empecé a moverme, moviendo las caderas adelante y atrás, sintiendo su polla muy dentro de mí mientras frotaba mi clitoris contra él. Estaba a punto. Instintivamente, levanté las manos y me las pasé por el pelo mientras las manos de Daniel se posaban en mis pechos.

"Sí", exhalé.

"Ven por mí", susurró Daniel. "Ven encima de mí". Eso fue todo. Empecé a empujar con más fuerza. Con cada movimiento, sentía que el orgasmo se acercaba. Entonces Daniel se puso más duro y más grande dentro de mí y yo sabía que estaba tan cerca de su clímax.

Entonces ambos llegamos al clímax juntos. Lo sentí retorcerse mientras explotaba dentro de mí. Mi vagina se estrechó en torno a él y caí sobre las olas del orgasmo más potente que jamás había tenido. Inundó mi cuerpo y mis sentidos y me dejó sin aliento.

"Mia", gritó Daniel mientras yo seguía moviéndome encima de él. El placer tardó minutos en remitir y sentí que los muslos me temblaban de excitación. Lentamente, me incliné hacia delante hasta que mis pechos se apoyaron en los suyos y lo besé sin aliento, pues deseaba y necesitaba su boca en la mía. Los dos respirábamos con dificultad y nuestros cuerpos estaban empapados en sudor.

Me quedé así durante lo que me pareció una eternidad y cuando por fin me bajé de Daniel y me tumbé a su lado, gimió desesperado.

"Quiero quedarme así para siempre", susurró. "Me encanta estar dentro de ti".

Me enrollé contra él y apoyé la cabeza en su pecho.

"A mí también me encanta cuando estás dentro de mí", le confesé. Exhalé sonoramente mientras él me rodeaba con un brazo.

"Tienes que dormir", susurró. Y así lo hice.

* * *

El seductor olor a café me llegó a la nariz. Cuando mis ojos se adaptaron a la luz, miré a mi

alrededor. Daniel estaba a mi lado con una taza humeante.

"¿Puedes ser un poco más perfecta?". Las palabras se me habían escapado antes de que pudiera formar otro pensamiento claro y cerré los ojos.

Contrólate, Mia.

Me sonrió. Daniel ya estaba vestido y aún tenía el pelo mojado de la ducha.

"Me encanta despertarme a tu lado", me hizo saber.

"Me encanta despertarme contigo... y café para mí", bromeé y sonreímos juntos. Daniel se aclaró la garganta.

"Hoy estamos en eventos diferentes", empezó.

Por un momento había olvidado de qué estaba hablando. Y entonces lo recordé.

Ah. La conferencia. Cierto.

Me pasó el café mientras me sentaba en la cama y me tapaba el pecho con las sábanas. "Y si te parece en algo a mí, probablemente también querrás revisar tus papeles...". Era más una afirmación que una pregunta, pero me di cuenta de que quería preguntarme algo.

"Sí, quiero", admití. "Preferiría desayunar tranquilamente contigo...".

"Pero no puedes", terminó por mí y yo asentí.

"Eres tan comprensivo", expresé con aprecio. Otros hombres carecían de esa cualidad, Joey incluido. Mi trabajo, con el que me identificaba, y el hecho de que Daniel me diera el espacio para hacerlo, significaban para mí más de lo que podía expresar con palabras.

"¿Qué te parece?", dijo Daniel lentamente. "Salimos los dos ahora y trabajamos cada uno en su día. Luego nos volvemos a ver esta noche". Asentí con entusiasmo. Era tan refrescante que no hubiera fingimiento. Ninguna duda sobre si quería verme. Sabía que quería verle. Después de todas mis reticencias, algo había cambiado desde la noche anterior. Sentí que mi corazón se abría hacia él y que Daniel se acercaba lenta pero inexorablemente.

"Me encantaría", respondí con una sonrisa y Daniel se inclinó para besarme.

"Hasta luego", se despidió y se enderezó. Salió de la habitación y oí la puerta abrirse y cerrarse un momento después. Entonces me apoyé en el cabecero y di un sorbo a mi café, cerrando los ojos y disfrutando de su sabor.

Ahora tenía que concentrarme. Tenía una presentación pendiente. Pero los recuerdos de la noche anterior aún estaban demasiado frescos. Las imágenes de Daniel moviéndose sobre mí y tumbado debajo de mí me cautivaron.

Contrólate, Mia.

A pesar de esta voz interior y de mi buena concentración, seguía muy animada. La noche que acabábamos de pasar fue la mejor cita de mi vida. No sólo por el Met o por Hamilton, sino porque pude vivir ese momento junto a Daniel. Había algo en él que me tranquilizaba y me daba equilibrio y seguridad.

Me recosté en las almohadas y tuve que sacudir la cabeza.

Vaya.

Capítulo 16

Daniel

Me puse rápidamente la chaqueta mientras caminaba hacia el ascensor. La sonrisa en mi cara era inusualmente nueva y no podía recordar la última vez que me sentí así.

Tan contento.

Desde el momento en el que Mia se me acercó en el aeropuerto, algo hizo 'clic'. Resultaba cursi pensarlo, pero nunca me sentí tan a gusto como en su presencia. Era como si todo lo demás se desvaneciera y dejara de importarme. La duda, el miedo, la necesidad constante de probarme a mí mismo antes de que todo acabara. La vida se convirtió en el aquí y ahora, en el momento en que estaba cerca de ella y quería más. Ella era como una droga para mí.

Si se lo hubiera dicho, la habría intimidado. Aún no quería admitirlo, pero de algún modo tenía que hacérselo entender. Éramos la pareja perfecta y sabía que estaba empezando a aceptarlo.

Al menos eso esperaba.

Me detuve frente al ascensor, me ajusté la corbata y me abroché la chaqueta. Luego apreté el botón y esperé, intentando concentrarme en la conferencia que me esperaba abajo. Ese era mi trabajo como experto en las reglas de este mundo de los negocios. En los apretones de manos, las discusiones y los intercambios, yo era igual a los hombres más poderosos del mundo farmacéutico. Nada me intimidaba. Pero tenía que hacer un cambio mental: de Mia al trabajo.

Llegó el ascensor y las puertas se abrieron suavemente. Tenía veinte pisos para concentrarme en lo que me esperaba. La bajada fue justo lo que necesitaba. Mientras la gente embarcaba en algunas plantas, repasé en mi teléfono los distintos paneles en los que participaba. Una vez abajo, me sentí bien preparado y, cuando se abrieron las puertas, respiré hondo.

Podía empezar. Entré en el vestíbulo.

"¡Daniel!". Me di la vuelta y vi a mi director financiero caminando hacia mí. Estaba claro que me estuvo esperando. Llevaba un montón de maletines. Bob siempre parecía un poco nervioso, pero lo que le faltaba de calma y compostura lo compensaba como un absoluto genio de las finanzas.

"¿Cómo estás?", le pregunté en voz baja cuando se puso delante de mí. Se apartó el pelo canoso de la frente con la mano libre y me miró.

"El primer panel empieza dentro de treinta minutos", me dijo en voz baja. "Y acabo de enterarme de que la estrella fugaz de Bennet y Bennet participa en él". Fruncí el ceño y me encogí de hombros. No solía sentirme intimidado y, por supuesto, esta vez no lo estaba.

"Y, ¿cuál es el problema?", quise saber. Bob me miró irritado.

"El problema es que su enfoque es muy similar al nuestro, así que tienes que encontrar algo que nos diferencie de los demás". Me entregó las carpetas. "He resumido nuestras últimas finanzas y creo que deberías echarles un vistazo rápido". Miré con escepticismo la pila que tenía en la mano. Tardaría mucho más de treinta minutos en entender esta montaña.

"Lo miraré", le dije, esperando que eso le tranquilizara. "Ve a tomarte un café y luego vuelve aquí". Bob asintió y desapareció. Bajé aquí y me concentré en el trabajo. Pensé en Mia sorbiendo su café arriba en la enorme cama. Inmediatamente me tranquilicé. Nada podría destruir mi mundo de ensueño. Ni Bob, ni Bennet y Bennet, ni ningún vendedor, por ambicioso que fuera. Al fin y al cabo, yo mismo lo fui y dominaba este idioma mejor que nadie.

En la sala de estar me acomodé en un sillón y hojeé rápidamente las páginas generales de las carpetas individuales. Las notas de Bob eran meticulosas, pero en realidad yo ya conocía toda esa información. Nunca había sido el tipo de empresario que deja que los departamentos funcionen sin supervisión. Es cierto que delegaba tareas y confiaba en mi personal, pero cuando se trataba de nuestras finanzas, yo estaba al tanto de todo. El hecho de que ahora hubiera refrescado mi memoria sólo podía ayudar. Cuando cerré la página de la última carpeta, Bob regresó.

"Gracias", le dije sencillamente mientras me miraba. "Me ha ayudado". Asintió y dejó la taza de café vacía sobre la mesa.

"Te ves diferente", comentó, estudiando mi cara con interés. Pero me limité a encogerme de hombros, esperando que pareciera casual. Bob no parecía convencido.

"Claro que sí", protestó. "Un poco optimista". Eso me hizo pensar en Mia, pero no estaba preparado para hablar de ello. Cuando Bob se dio cuenta de mi vacilación, cambió de tema con mucho tacto.

"¿Estás listo?", preguntó. Señaló con la cabeza la pila de papeles.

Lo estoy.

"¿Sabes qué?", respondí. "Por mí, Bennet y Bennet puede ser una empresa en crecimiento. E incluso pueden tener un nuevo tipo prometedor. Pero *nosotros* tenemos algo que ellos no tienen". Bob enarcó las cejas mientras me miraba fijamente.

"Nuestro equipo, Bob", le expliqué pacientemente, "no es *una* sola persona la que nos lleva al éxito. Somos todos nosotros y si hay algo en lo que he acertado, es en construir este equipo que tenemos. Nada nos impedirá sacar al mercado medicamentos que cambien vidas y salvarlas. No se trata de finanzas. Se trata de desarrollo, progreso y *personas*". Bob respiró hondo y se le hinchó el pecho. El orgullo en su rostro era evidente. Yo también lo sentí. El orgullo estaba en todo el personal y en las maneras que valoraba en mi empresa. Las personas que tomaban nuestros medicamentos no eran simples números en columnas. Tenían importancia para cada uno de nosotros. Eso era lo que nos diferenciaba y nos motivaba a seguir luchando por la excelencia.

"Di eso", me indicó y fruncí el ceño. Se aclaró la garganta y señaló la sala de conferencias. "Di eso... ahí dentro".

* * *

Cuando terminó el primer panel, salí de la sala de conferencias aliviado. Y ese alivio se convirtió inmediatamente en alegría cuando vi a Mia sentada exactamente donde yo estuve sentado noventa minutos antes. Llevaba un traje pantalón negro hecho a medida. Llevaba el pelo ligeramente rizado y medio recogido en un moño sencillo, mientras que la otra mitad le caía sobre los hombros. Esa mañana había estado igual de guapa desnuda en la cama, sin maquillaje y despeinada, pero esta Mia era la versión profesional.

"Mia", la llamé suavemente por su nombre. Levantó la cabeza de su carpeta y me sonrió.

"Daniel", murmuró. Luego se enderezó y me miró.

"Nadie lo sabe", le aseguré. Me miró con los ojos entrecerrados y pude adivinar lo que pasaba por su cabeza.

"¿Qué quieres decir?", preguntó, pero los dos sabíamos lo que quería decir.

"Nadie sabe que estamos juntos", le dije. Conteniendo las ganas de tocarla, me senté en el asiento de enfrente. Al menos ahora había una mesa entre nosotros. Mia quería decir algo, pero

se tomó su tiempo para contestar al momento siguiente.

"No es que me avergüence...", empezó, apartando la mirada como si estuviera indecisa sobre cómo formular sus siguientes palabras.

"Pero tienes que seguir siendo profesional", terminé la frase por ella. Mia asintió rápidamente y pareció aliviada.

"En ningún caso se me debe considerar parcial con respecto a ninguna empresa farmacéutica en particular", dijo, pasándose un mechón de pelo por detrás de la oreja.

"Me alegro de verte", respondí, aún en voz baja. "Y si pudieras retirarte a la suite después de comer, me encantaría demostrarte cuánto". Guiñando un ojo, me levanté y miré mi reloj, luego de nuevo a Mia.

"Tu presentación es dentro de diez minutos", le dije, deseándole lo mejor. Preferí no decir nada sobre el hecho de que iba a estar sentado entre el público escuchándola. Podría ponerla nerviosa. En lugar de eso, salí a la terraza y me tomé un breve descanso antes de dirigirme a la sala donde iba a hablar.

No le dije lo mucho que me apetecía estar allí. Además, aún tenía que hacerle saber que no era sólo su cuerpo lo que me atraía, sino también su increíble inteligencia. Verla en su elemento me resultaba tan excitante como si gimiera bajo mis manos.

La sala de conferencias ya estaba bastante llena y vi a la gente empujando a través de las puertas para encontrar sus asientos. Cuesta creerlo, pero estaba nervioso por ella. No porque pensara que no lo conseguiría, sino porque me preocupaba por ella y me importaba de verdad. Estaba claro que sentía algo por ella. Su profundidad siempre me sorprendía.

Ella me hacía feliz.

Capítulo 17

Mia

Me encontraba en el escenario y tenía mariposas en el estómago. Estaba oculta en el telón lateral. El murmullo constante y sordo del otro lado me indicó que la sala se había llenado.

Hablar en público no era un problema para mí. Pero no hablaba a menudo delante de tanta gente. Además, este tema me tocaba muy de cerca, como a Daniel. Al fin y al cabo, fue su corazón el que me inspiró a dar esta charla. Aunque el Paciente X permanecería en el anonimato para la gente de ahí fuera, para mí era más que real. Fue difícil escribir el análisis y considerar todo lo que podía salir mal o fallar. Tampoco quería analizar su esperanza de vida ni ocuparme de las distintas formas en que podía morir.

Quería tumbarme en la cama y perderme en sus ojos. Flotar en una nube de placer y seguridad, planear vacaciones y soñar con nuestro futuro.

Nada de eso. ¿El futuro?

Se me escapó sin querer un sonido de fastidio y respiré hondo. No era el momento de dejarse llevar por la fantasía. Había que concentrarse. El romance podía esperar.

Esa presentación trataba de algo totalmente distinto. Estaba presentando mis avances a algunos de los mayores expertos del mundo de la medicina actual y podía que a alguno de ellos se le ocurriera una idea que a mí aún no se me había ocurrido. Y lo que era más importante, podría llamar la atención sobre los resultados concretos de mis investigaciones para conseguir la legalización de la droga. Podría ayudar a miles de personas a tratar sus síntomas o incluso a recuperarse por completo.

No se trataba de mis sentimientos.

Se trataba de salvar vidas. Tras concentrarme, volví a mirar los papeles que tenía en la mano y los cerré. Los conocía al dedillo. Cada pequeño detalle relacionado con Daniel y su corazón me resultaba familiar. Pero todo lo que hacía contribuía a ponerme aún más nerviosa. Cautelosamente, me asomé por el telón y miré al público. Fue un error. El auditorio estaba lleno y la gente del fondo estaba de pie porque ya no había sitio. Me agaché para volver a mi posición original, cuando vi que una de las organizadoras se me acercaba.

"Sólo hay sitio de pie", anunció alegremente. Por un momento me pregunté si realmente pensaba que eso me ayudaría, pero preferí no decir nada. En lugar de eso, le dediqué mi sonrisa más profesional.

"Estupendo", respondí con la misma alegría. "Me muero de ganas". Era mentira. De hecho, podría esperar mucho tiempo para empezar. Prefería encontrar un lugar tranquilo para tomar un café que subir a ese escenario.

"Dos minutos más", dijo la mujer, mirando su reloj. "Entonces deberías empezar". Me concentré en mi respiración y pensé en mis primeras palabras. Un minuto después, la música de fondo se silenció y se apagó por completo cuando se oyó una voz en el micrófono.

"Señoras y señores", dijo, y desde mi posición sonaba metálica y distorsionada. "Den la bienvenida a la Dra. Mia Larson".

Mi señal. La conferencia de esa mañana fue un simple calentamiento. Ese era mi evento principal. Tragándome el nudo que tenía en la garganta, subí al escenario, sonreí y di las gracias con la mano.

Me detuve frente al micrófono y miré al mar de caras que tenía delante. Las luces tenues parecían menos intimidantes. Mis palabras estaban en el teleprompter que tenía delante.

"Buenas tardes", empecé. Pero no ocurrió nada. En lugar de mi voz, que debería haberse oído en la sala, se hizo el silencio. Golpeé el micrófono. No se oía ni el golpecito ni la respuesta. Miré hacia las cortinas, donde la organizadora me estuvo esperando momentos antes. Se llevó una mano a los auriculares y habló con fuerza. Al mismo tiempo, levantó la otra mano en mi dirección para indicarme que esperara.

¿Qué otra cosa podía hacer?

Era una situación incómoda para mí. Se hizo el silencio en la sala y miré sonriente a los rostros expectantes antes de volver a mirar a la organizadora. Esta vez me hizo un gesto de aprobación. Me dirigí hacia el público y golpeé ligeramente el micrófono. Esta vez oí el tono adecuado y respiré aliviada.

"Señoras y señores", empecé de nuevo. "Gracias por su paciencia. Después de este pequeño problema técnico, podemos empezar". Brevemente, volví a comprobar el teleprompter y vi que estaba listo.

"Hoy estoy aquí con ustedes para hablar del paciente X", empecé, sintiendo que la tensión se relajaba poco a poco. "El paciente X es un hombre de treinta y seis años que presenta insuficiencia cardíaca congestiva...". Mi charla duró casi cuarenta minutos, durante los cuales utilicé varias diapositivas para presentar mis conclusiones sobre Daniel. Aunque permaneció en el anonimato, se mostraron sus escáneres y análisis de sangre. Podría haber hablado de él durante horas, pero tenía que llegar al final.

"Con esto concluye mi presentación", informé a los presentes. Habían estado escuchando atentamente todo el tiempo, porque el caso de Daniel era fascinante.

"Si alguien tiene alguna pregunta", informé al público, "la responderé ahora". Inmediatamente se levantaron muchas manos, pero el más rápido fue un hombre de la primera fila. Me puse completamente nervioso cuando vi de quién se trataba.

Chad.

Chad McMaster era una persona desagradable. Nuestros caminos se habían cruzado muchas veces durante mi carrera profesional y ninguna de esas ocasiones fue agradable. Como médico, formaba parte de mi trabajo reunirme con representantes de la industria farmacéutica y, para evitar cualquier mala conducta, me reunía con personas de muchas empresas farmacéuticas diferentes.

Bastantes fueron antipáticos conmigo. Yo tampoco hice pedidos con todos con los que me reuní. Chad era el propietario de una empresa farmacéutica y cuando no pedí medicamentos a sus representantes, se presentó en mi casa en persona. Desde el principio me pareció una persona con una total falta de integridad.

Conocía mi especialidad y las enfermedades que trataba, pero aun así, en cada uno de nuestros encuentros, intentó venderme medicamentos inadecuados sólo por dinero. En todas las ocasiones me negué a comprármelos y también me negué a recomendarle nada. Había sido decisión mía. Chad no ocultaba que yo no le gustaba. Levantó la mano de primero, por lo que me vi obligada a señalarle. Se levantó y sonrió.

"Chad McMaster", dijo en el micrófono que le acababa de traer un corredor. "Gracias, Dra. Larson". Sonaba de todo menos agradecido y me preparé para su pregunta.

"El paciente X es un caso interesante", continuó. "¿Puede explicar por qué usted, como especialista, no lo ha operado todavía?".

Maldita sea.

Esa era exactamente la pregunta que esperaba evitar.

Pues sí, Chad. Sí, podía explicarlo, porque estaba enamorada del paciente X y pasaba mi tiempo libre en la cama con él.

Claro, no podía dar respuestas así.

"Gracias", dije en su lugar. "Sí. Debido a la complejidad del caso, he dedicado mucho tiempo a hacer pruebas para asegurarme de que encontraremos al mejor cirujano posible para el paciente". Era una respuesta poco convincente. Peor aún, sonaba como si estuviera cuestionando mis propias habilidades quirúrgicas, lo cual estaba muy lejos de la verdad. Chad enarcó una ceja como si hubiera recibido la respuesta prevista, volvió a sentarse y devolvió el micrófono al corredor.

El interesado público formuló al menos diez preguntas más. Cada vez di una respuesta clara y concisa, esforzándome por decir la verdad. Pero apenas podía calmarme. Tenía sudor en la frente y esperaba que no fuera visible para los demás. Ni visible tampoco que la pregunta de Chad me avergonzó. Me había avergonzado deliberadamente.

Cuando sonó un fuerte gong, indicando el final de mi presentación, sentí un gran alivio.

"Queremos dar las gracias a la Dra. Mia Larson por su tiempo", sonó la voz del orador, "e invitar a todos los participantes a almorzar en el comedor". Las luces se encendieron y vi cómo el público se levantaba y abandonaba la sala.

Protegida por el telón, me quedé de pie, respirando agitadamente. Necesitaba desesperadamente calmarme.

Inspiraba por la nariz y soltaba el aire por la boca.

Tras diez respiraciones profundas recuperé la compostura y salí del escenario por la puerta lateral con mis papeles. El largo pasillo me dio otra oportunidad para recomponerme y, cuando abrí la puerta del vestíbulo, estaba relajada.

Inmediatamente me vi rodeada por una multitud de gente. Todos querían felicitarme porque estaban muy emocionados. Encantada, les estreché la mano y les di las gracias. Luego me di la vuelta para irme.

"¡Mia!". Me di la vuelta y sentí que se me hacía un nudo en el estómago. Chad apareció detrás de mí con una sonrisa falsa. Parecía que estaba enseñando sus dientes demasiado blancos en lugar de sonreír.

"Me llamo Dra. Larson", respondí fríamente. Ahora que ya no estaba rodeada de gente, no tenía que fingir.

"Lo siento, Dra. Larson", respondió, aunque no sonaba nada compasivo. Me miró un momento antes de continuar. "Tengo la sensación de que el paciente X es alguien muy especial". Me quedé clavada en el sitio. Chad podía ser un asqueroso, pero no era estúpido. Ya me había oído dar una presentación antes. ¿Acaso la forma en que hablé de Daniel me delató?

"¿Perdón?", pregunté. Chad tuvo el descaro de poner los ojos en blanco.

"¿Es de la familia?", quiso saber, una pregunta demasiado directa dada nuestra falta de conexión personal. Estaba a punto de responder así como de negar cualquier relación cuando de repente Daniel estaba a mi lado.

"Dra. Larson", me saludó amablemente y se me quitó un peso de encima.

"Señor Fielding", respondí, girándome y señalando a Chad. "Este es el señor McMaster". Daniel se quedó pensativo, pero le tendió amablemente la mano a Chad para que se la estrechara. Chad lo miró con los ojos muy abiertos. La compañía de Daniel era mucho más importante que

la suya y supuse que quería causar una buena impresión.

"Señor Fielding", dijo rápidamente. "Esperaba hablar con usted porque tengo algunas ideas que me gustaría discutir". Respiró hondo para continuar, pero Daniel le interrumpió, al ver que me sentía incómoda.

"Desgraciadamente", dijo antes de que Chad pudiera decir nada más, "ahora tengo una cita con la doctora Larson. Quizá en otra ocasión. Ha sido un placer". Señaló hacia la puerta del porche y yo asentí.

"Con permiso". Aliviada, le solté las palabras a Chad. Luego seguí a Daniel, esforzándome por no correr en mi afán por alejarme de Chad. Decidí rechazar más citas con él. No quería volver a perder tiempo precioso con ese hombre. Cuando sentí que los ojos de Chad me quemaban la espalda, me di cuenta de que Daniel acababa de ser completamente protector conmigo. Joey nunca habría hecho eso.

¿Se suponía que era eso? ¿Las miradas tácitas? ¿La comprensión? Daniel me echó un vistazo y supo que yo quería escapar de la situación... y lo hizo posible. Si no hubiéramos estado rodeados de colegas y competidores, le habría besado.

Aminoró la marcha y se dio la vuelta.

"¿Quieres salir de aquí?", quiso saber. "¿Después de mi próxima presentación en el podio? ¿Ir a un restaurante? ¿O arriba?". No era una insinuación, sólo intentaba averiguar qué quería hacer exactamente después de todo esto.

"Sólo quiero estar contigo", le respondí con sinceridad.

Sólo quería estar con él.

Capítulo 18

Daniel

Me alegré de haber asistido a la conferencia de Mia. Poco después de sentarme, las luces se atenuaron y el escenario se iluminó. La presentadora dio la bienvenida a Mia y la vi caminar decidida hacia el atril. Era una Mia diferente. Mientras hablaba, no pude evitar maravillarme ante su profesionalidad. Era increíble ver la pasión con la que describía su trabajo y a sus pacientes. La hora que duró su charla se me pasó volando. Conocía los fundamentos del medicamento que defendía, pero cuanto más hablaba, más claro lo veía. Mia hablaba de un medicamento que podría cambiar el curso no sólo de mi enfermedad, sino también de mi vida. Intentaba ayudar a otras personas como yo a vivir más tiempo y mejorar su calidad de vida.

Era increíble.

A juzgar por las caras de emoción de la gente que me rodeaba, su charla les había fascinado tanto como a mí. Cuando terminó la última diapositiva y dio las gracias al público, todos se pusieron en pie y la ovacionaron. Se lo tenía bien merecido. Su investigación era sólida y exhaustiva, y sus motivos, sin duda, los correctos. Fue capaz de transmitir a todo el mundo que iba por buen camino. Sabía que el teléfono de su consulta no dejaría de sonar después de este acontecimiento.

* * *

Cuando terminé mi segundo panel, me dirigí hacia donde vi a Mia por última vez en el vestíbulo. Mi único pensamiento era estar con ella lo antes posible. La emoción casi me mareaba y no quería irme tan pronto.

Para mi decepción, no pude verla por ninguna parte. Tampoco estaba en el bar del hotel. Probé en el porche y, al salir a la sala, la vi enfrascada en una conversación con el recién llegado de Bennet y Bennet.

Me quedé clavado en el sitio, me detuve y sentí una repentina opresión en el pecho. Todo en mí se tensó porque justo entonces vi cómo el hombre extendía una mano y tocaba muy ligeramente el brazo de Mia. Ella estaba tan absorta en la conversación que probablemente no se dio cuenta, pero yo sabía exactamente lo que él pretendía y ni siquiera podía culparle. Mia era una mujer muy inteligente y exitosa. También era impresionantemente atractiva. Cualquier hombre con ojos en la cabeza y sinapsis en funcionamiento intentaría ligar con ella.

Ella era mía.

Aquel pensamiento me sorprendió un poco. No podía poseer a Mia y me di cuenta de que era un sentimiento completamente nuevo. Celos podría llamarse, pero era algo que nunca había sentido por una mujer. Así que me acerqué directamente a los dos. Sonriendo, me detuve junto a ellos y me giré hacia Mia.

"Dra. Larson", le dije en voz baja. "He estado en su charla".

"¿En serio?", preguntó ella, sonrojándose de verdad.

"Sí, claro", continué. "Fue fenomenal. ¿Quizá podría charlar con usted sobre algunos detalles?". No pudo evitar sonreír. Sin mediar palabra, se giró hacia el hombre que tenía enfrente y le dijo: "Si me disculpa. ¿Vamos?". La última parte iba dirigida a mí, asentí y me volví para

regresar al hotel con Mia. Cuando entramos en el fresco vestíbulo, Mia se detuvo.

"Aunque me gustaría hacer algo más que", se aclaró la garganta y levantó la vista, "discutir algunos detalles, tengo otro panel". La decepción me invadió, pero tuve cuidado de no mostrarla. Al fin y al cabo, para eso estábamos los dos aquí. Además, los celos no me sentaban bien.

"Buena suerte", le deseé. Antes de que pudiera decir nada más, Mia se dio la vuelta y se dirigió hacia el salón de actos donde habló por primera vez esta mañana.

Mientras la vi cruzar el vestíbulo, con su traje mostrando perfectamente su esbelta cintura y su culo prieto, nada me apetecía más que quitárselo y prodigar mi lengua por su cuerpo. La deseaba.

No sé de dónde venía ese deseo, pero me asustaba. Preocuparme tanto significaba que tenía algo que perder. Durante mucho tiempo, ese algo dominó mi vida. Mia empezaba a significar más para mí que todo lo demás junto. Recordé lo que dijo antes.

"Yo también quiero estar contigo", afirmó. Arrastré a Mia a un rincón cerca de los ascensores. Lejos de miradas indiscretas, especialmente de Chad McMaster y sus preguntas difamatorias. Se calmó un poco y parecía estar pensando en mi oferta. Con una mirada a la maceta que nos había servido de pantalla de privacidad, Mia se giró hacia mí.

"Así que", empezó. "Si digo que sí a comer, estoy segura de que me llevarás a un restaurante con estrellas Michelin". Quise contradecirla, pero cerré la boca. Al fin y al cabo, tenía razón.

"Y si subimos", continuó, "no creo que podamos quitarnos las manos de encima". De nuevo, estuve a punto de decir algo en contra, pero sabía que tenía razón. ¿A solas con Mia, cerca de una cama?

Sí. Nuestras ropas no permanecerían en nuestros cuerpos por mucho tiempo.

"Entonces", preguntó, "¿qué quieres hacer?". Todo lo que quería era estar ahí para ella. Ella me había necesitado, lo sentí claramente.

"Sólo quiero ser normal", dijo Mia. "Y no tengo ni idea de cómo eso es posible en un hotel". Seguía bastante frustrada, aunque se había calmado hasta cierto punto.

"Lo sé", dije, porque había tenido una buena idea. "Sé exactamente lo que vamos a hacer". Cogí la carpeta de la mano de Mia y señalé los ascensores. "Primero, vamos a llevarnos esto y coger tu bolso y tu teléfono. Y luego vamos a visitar a mi hermana". Mia me miró asombrada. Yo me rei.

"¿Tu hermana?", preguntó incrédula, aparentemente esperando el remate.

"Crees que estoy de broma".

No fue una broma y no me habría imaginado nada mejor. Tenerla a ella, a Bella y a Caroline en la misma habitación habría sido especial para mí. Pero temía decirle a Mia que significaba tanto para mí. La desanimaría.

Era una de mis tres personas favoritas de todos los tiempos...

Habría salido corriendo si le hubiera dicho eso.

"Sí", respondió con ligereza, optando por un tono desenfadado. "Te va a encantar. Y no se me ocurre un lugar mejor para relajarse".

"De acuerdo", dijo ella con una sonrisa y sin discutir, asintiendo con la cabeza. "Después de este panel, iremos a casa de tu hermana. Me apunto".

* * *

"¿Sin conductor?", se preguntó Mia.

Mis ojos se desviaron hacia el asiento del copiloto. Se había cambiado rápidamente y llevaba

vaqueros, botines y una sencilla camiseta negra. Con la chaqueta de cuero tan chula que llevaba, sin duda causaría una buena impresión a Caroline.

"Pensé que si conducíamos nosotros te sentirías más 'normal'", respondí, concentrándome en la carretera mientras dirigía con cuidado el Range Rover hacia el otro carril. Sus labios se torcieron lentamente en una sonrisa.

"Gracias", dijo en voz baja. Reduje la velocidad en el semáforo y miré a Mia. Se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja y miró por la ventanilla.

"De nada", respondí. No era eso lo que quería decir. Lo que quería decir era que cuidaría de ella mientras me dejara.

Mientras viviera.

El pensamiento fue completamente inesperado. Había estado distraído y no había lidiado con mi destino en días, al menos no apropiadamente. Ahora, con la luz del sol calentándome a través del parabrisas y Mia sentada a mi lado, deseaba más días como este. El día anterior había sido arte, glamour, romance y sexo en exceso. En ese momento, en ese coche, era estaba igual de feliz.

"Háblame de tu hermana", me dijo Mia mientras me alejaba del cruce.

"Caroline", empecé a describir, "es estupenda. Tiene una hija que se llama Bella. Te va a encantar. Es una pequeña loquilla. Se parece a su madre en eso. Cabezota, inteligente, creativa. El marido de Caroline desgraciadamente murió...". Se me cortó la voz. ¿Me ponía así por mi hermana? ¿Por el hecho de que fuera viuda?

"Caroline cuida de mí", continué. "Ella me empuja. Me anima".

"Estoy dispuesta a apostar", dijo Mia, "que lo contrario también es cierto". Sonreí. ¿Lo era?

"Podría decirse que nos cuidamos mutuamente", coincidí. "Supongo que pronto lo descubrirás".

"¿Adónde vamos exactamente?", quiso saber Mia. Se dio la vuelta y tiró su chaqueta de cuero en el asiento trasero.

"A Staten Island", fue mi respuesta, "porque Caroline no quería que Bella creciera rodeada de rascacielos".

"Y Staten Island es conocida por sus enormes parques", comentó Mia y yo asentí.

"Exactamente. Cuando murió su marido, intenté conseguirle un piso a Caroline. Por lo visto Manhattan y Tribeca no son amigas de los niños". Mi tono era seco y, cuando miré a Mia, sonrió.

"Déjame adivinar", dijo, "¿querías un piso caro y enorme en Central Park West?". Ahora no pude evitar reírme. "¿Y qué eligió Caroline en su lugar?".

"Una casa en las afueras", respondí. "Es preciosa. Con un gran jardín para Bella. Tenía razón, ahora lo sé. Y apenas se tarda una hora en coche, así que no está tan mal". Nos sumimos en un cómodo silencio, pero no dejaba de pensar en la expresión de su cara cuando Chad había estado a su lado.

"¿Puedo preguntarte algo?" Nos habíamos detenido en otro semáforo y miré a Mia. Ella me sonrió.

"Cualquier cosa", fue su sencilla respuesta.

"Parecía que Chad y tú teníais una historia juntos...", empecé. "¿Salieron juntos o algo así?". Mia resopló.

"Dios, no, por el amor de Dios", dijo rápidamente. "Es un imbécil". Me sentí aliviado, aunque no tenía derecho a sentir celos de los hombres que tenía delante. Mia suspiró.

"Conozco a Chad puramente desde lo profesional", explicó. "He tratado con su empresa como

trato con todas las demás empresas farmacéuticas, pero cuando me negué a respaldar o encargar sus productos, se cabreó".

"Ah", dije. "Tiene fama de ser un mal perdedor. Su reputación le precede en ese sentido".

"¿En serio?", preguntó Mia. "Bueno, yo tenía la impresión de que sólo era yo. Y en mi defensa, las drogas en cuestión son basura. Nunca podría respaldar un producto inferior". Podía afirmar todo eso al ciento por ciento.

"Algunos de mis propios representantes tuvieron problemas con él", le dije. "Al final, uno de nuestros directores llamó allí y se quejó. Desde entonces se ha portado bien. Pero entre tú y yo, está en la cuerda floja con su empresa".

"¿En serio? Me sorprende", dijo Mia rápidamente. "Pero el tipo es infame. Es sólo cuestión de tiempo que todos los implicados se enteren". Tranquilizado, noté que el nerviosismo de Mia se había calmado, ya fuera por el viaje en coche o por la conversación.

"¿Qué te hizo querer ser médico?", quise saber por intuición. "Lo siento, no quería preguntarte eso de sopetón". Quería saberlo todo de ella y ahora que hablaba de otra cosa que no fuera mi corazón, quería aprovechar el momento.

"Las razones de siempre", dijo Mia. Pero su respuesta había sido demasiado rápida. Se quedó callada y, cuando la miré, vi que fruncía ligeramente el ceño. Luego se pasó la mano por el pelo y se quedó pensativa.

"No me suele gustar hablar de ello", me hizo una seña y suspiró, "pero lo intentaré". En silencio, le di el tiempo que necesitaba para serenarse. No era en absoluto la reacción que esperaba.

"Mi padre murió de un ataque al corazón", dijo lentamente. "Éramos muy unidos. Ocurrió delante de mí y no pude hacer nada para ayudarlo. Más tarde me informé sobre las cardiopatías y sus causas. Entonces decidí hacer todo lo posible para salvar a otras familias de mi destino de perder a seres queridos". El dolor en su voz era evidente, así que aparté una mano del volante y apreté la suya.

"Estoy bien", respondió Mia rápidamente, esforzándose por mantener un tono ligero.

"¿Por eso tu trabajo significa tanto para ti?", quise saber de ella, aunque ya conocía la respuesta.

"Sí", susurró Mia, "Ese dolor: quería mucho a mi padre. Su trágica muerte me ha cambiado para siempre".

En ese momento, me di cuenta de todo y pisé el freno instintivamente. Me excusé rápidamente y seguí conduciendo, pero los pensamientos se arremolinaban en mi cabeza.

Por eso no quería operarme. No quería tener que soportar este dolor otra vez.

Mi sentimiento de culpa se hizo oír. Pero también había un segundo lado. Si Mia pensaba que ser mi cirujana podía perjudicarla, significaba que estaba realmente preocupada por mí. Eso, a su vez, significaba todo para mí.

"Sobre mi propio corazón", empecé, "he estado pensando". Mientras hablaba, giré hacia el puente Verrazano. A veces prefería el transbordador, pero como tenía poco tiempo, había decidido no hacerlo.

"Iré al que me recomiendes", le prometí a Mia y tuve que sonreír en secreto cuando exhaló audiblemente. Estaba aliviada. Si eso era lo que hacía falta para librar a Mia de más culpa y dolor, entonces seguiría su consejo con mucho gusto.

"Perdí a mis padres cuando tenía veinte años", dije casi inconscientemente. La información se me escapó y me sorprendí. Nunca había hablado de ello, ni siquiera con Caroline. Ahora no me

atrevía a decir ni una palabra. Como si percibiera mi incomodidad, Mia empezó a narrar.

"Mi madre nos abandonó cuando yo tenía seis años", dijo, con apenas un susurro en la voz. Se notaba que a ella también le costaba encontrar las palabras adecuadas. Era un gran paso para los dos. "No la he visto desde entonces. A veces me pregunto dónde estará, sueño con encontrármela en la acera. Una vez soñé que estaba sentada en un banco de Central Park mientras yo pasaba".

"¿Has intentado encontrarla?", inquirí, pensando inmediatamente en un detective privado que podría ayudarla. Pero la respuesta de Mia dejaba poco lugar a la discusión.

"Nunca", dijo rápidamente. Hubo una pausa y luego cambió de tema. "¿Utilizaste alguna vez el transbordador?".

Capítulo 19

Mia

Mientras Daniel conducía por una calle arbolada, yo contemplaba el entorno. El contraste entre el suburbio y el ajetreo de Manhattan era asombroso. Era obvio por qué una joven madre elegiría esta zona en lugar de los rascacielos y el constante caos del tráfico.

Cuando Daniel entró en un camino de entrada, no pude evitar sonreír. La casa era preciosa. Clásica, con paredes blancas y tejado gris, en el jardín delantero un colorido mar de flores y el verde césped completaban el idilio perfecto. Había un todoterreno delante del garaje y una bicicleta rosa tumbada a su lado. Llegamos a casa.

Antes de que pudiéramos salir, la puerta principal se abrió de golpe y una niña rubia salió corriendo.

Daniel salió rápidamente y corrió hacia ella para balancearla en el aire y yo le seguí.

"¡Ya estás aquí!", gritó ella, "¿Quieres ver lo que he hecho?". Daniel sonrió y vi cómo la abrazaba contra sí y le daba un suave beso en la mejilla.

"Claro, Bella-Boo", dijo. "Pero antes, quiero que conozcas a una buena amiga mía". Se giró hacia mí.

"Bella, ésta es Mia". Dijo nuestros nombres y me sonrió. "Mia, esta es Bella, la futura astronauta". Al oír sus palabras, la niña empezó a reírse. Mi mirada se desvió por un movimiento junto a la casa. Era su madre, que nos sonreía desde el porche. Bella era su viva imagen, con el pelo rubio y los ojos azules.

"Lo habéis conseguido", exclamó encantada. Daniel me saludó con la mano y subió las escaleras para dar un beso rápido en la mejilla de su hermana.

"Hola", le dijo cariñosamente. "Gracias por dejarnos visitaros". Su hermana le dio una palmada en el hombro.

"¡Como si alguna vez te lo hubiera impedido!", exclamó. Luego ambos se volvieron hacia mí.

"Caroline, esta es Mia", dijo él. Antes de que pudiera continuar, Caroline se acercó a mí y me abrazó. Al cabo de un momento le devolví el abrazo y cuando se separó me sonrió cariñosamente.

"Mia, hace mucho tiempo que quería conocerte", me reveló con sinceridad. Llevaba un bonito vestido de verano y el algodón azul le hacía brillar los ojos. Después de tan poco tiempo, ya sabía que a Caroline no le quedaba nada para los tacones altos y el maquillaje.

"Hemos hecho la comida", anunció Bella, zafándose de los brazos de Daniel. En cuanto sus piecitos tocaron el porche, desapareció, deteniéndose justo delante de la puerta principal. "¡Vamos!". Caroline rio con indulgencia y la siguió. Daniel me tendió la mano y después de que sus dedos se entrelazaran con los míos, entramos en la casa.

Mi hogar había sido una casa sencilla. Mi padre la había amueblado cómodamente, pero después de su muerte, mi vida había girado en torno a la supervivencia. Los pisos en los que viví no tenían nada de la seguridad de nuestro hogar y no recordaba la última vez que entré en una casa tan acogedora como la de Caroline. El olor de las hamburguesas llenaba el aire y se mezclaba con el de las galletas recién horneadas.

"Dejé que Bella eligiera el almuerzo", intervino Caroline con tono pesaroso. Daniel y yo la seguimos por el pasillo hasta una cocina luminosa y colorida. Su tono parecía de disculpa, pero

se me hizo la boca agua al mirar hacia la encimera. En el centro había un plato de jugosas hamburguesas y a su alrededor todas las guarniciones imaginables, desde pepinillos a salsas, cebolla y queso o ensalada. Al otro lado de la mesa, unas galletas recién horneadas seguían humeando en una mesa auxiliar.

"Ha elegido perfectamente", dije con una sonrisa. "Bien hecho, Bella". La niña se detuvo junto a la mesa y me reí cuando acercó una mano a las galletas.

"Son para después", dijo Caroline, aunque estaba de espaldas a Bella y no tenía ni idea de cómo lo había visto.

"Mi hermana también tiene ojos en la espalda", dijo Daniel a modo de explicación. Caroline rio entre dientes y se giró hacia nosotros.

"Se instalarán en cuanto tengáis un bebé", bromeó. "Por favor, servíos vosotros mismos. Podríamos sentarnos en el patio trasero, y luego vigilar a Bella si quiere nadar". Daniel no necesitó más estímulo. Cogió los platos, me dio uno a mí e hizo un gesto con la cabeza hacia la comida.

"Será mejor que cargues bien", me dijo en un susurro. "O lo hará Caroline". Me moría de hambre, así que yo también lo hice. Mi cabeza estaba llena de preguntas, pero ninguna que pudiera formular delante de Caroline y su hija.

¿Por qué estaba ahí?

No podía explicar lo que eso significaba. Daniel me había presentado a su pequeña familia. Ayer... todos esos mimos eran romanticismo. *Eso era* algo totalmente distinto. Un extraño pensamiento cruzó mi mente mientras apilaba pepinillos y queso en mi hamburguesa.

¿Teníamos futuro?

Daniel era diferente aquí. Ya no quedaba nada de la segura convicción que mostraba en los negocios y había sacado a relucir una ternura que sólo había mostrado conmigo a solas. Me trajo aquí, a un lugar que obviamente era su refugio seguro. Y de repente pensé en el futuro. Si la operación de Daniel tenía éxito, ¿tendríamos una vida juntos por delante? ¿Podría averiguarlo algún día? La idea de que Daniel no formara parte de mi vida me ahogaba literalmente la garganta, así de mucho lo quería cerca.

En ese momento levantó la vista y me vio observándole.

"Pagaría por saber qué piensas", susurró. Pero en ese momento Caroline cogió un plato y se dirigió al otro lado de la isla de la cocina. Era increíble lo empático que era Daniel conmigo y permaneció en silencio.

"¿Bella?", preguntó Caroline, "¿Qué quieres en tu hamburguesa?". Fue entonces cuando Bella se unió a su madre, echó un vistazo al mostrador y luego recitó sus peticiones. Daniel y yo terminamos de cargar y salimos al patio. El jardín era aún más bonito. En una esquina había un enorme parque infantil de madera. Entre ésta y la terraza había una piscina azul resplandeciente con tumbonas a los lados. Las flores de colores continuaban desde el lateral de la casa hasta el borde del césped. Caroline era una jardinera increíble.

Daniel dejó su plato en la mesa de madera junto a nosotras y esperaba de pie detrás de una silla.

"La señora quiere sentarse", bromeó, y yo me reí, pero no me senté hasta que Caroline y Bella se unieron a nosotras. Caroline se sentó frente a mí después de ayudar a Bella en su trona.

"¡Por favor, disfrutad!".

* * *

"Qué bien le sienta", comentó Caroline mientras se ponía a mi lado con una bandeja llena de tazas y una cafetera en la mano. Después de comer recogimos todo y luego Daniel había ido al jardín con Bella mientras Caroline preparaba café. Me divertía verlos jugar.

"Se nota", coincidí, viendo cómo Daniel empujaba a Bella en el columpio del parque infantil. Por desgracia, no podía oír de qué hablaban, pero sus risas se oían desde lejos.

"No sé qué haría sin él", dijo Caroline en voz baja mientras dejaba la bandeja entre nosotros y se sentaba. Justo entonces noté que una gran tristeza se apoderaba de sus hermosas facciones.

"Te estoy muy agradecida", me aseguró de repente, extendiendo la mano por encima de la mesa para coger la mía.

"No he hecho nada", dije inmediatamente. Estuve a punto de añadir la palabra "todavía", pero algo me detuvo.

"No se trata sólo de lo que haces como su médica", siguió confiándome Caroline, "sino de que se ha vuelto tan diferente". Se volvió para mirar hacia donde jugaban su hermano y su hija.

"Hacía mucho tiempo que no le veía así", continuó. "En realidad, nunca".

¿Cómo?

"Es feliz", Caroline adivinó mis pensamientos. "Toda su vida le han dicho lo que *no* debe hacer. Desde los deportes hasta el estrés, todo lo que le han dicho que evite. Pero ha demostrado que estaban equivocados y ha resistido a su destino". Se había dado la vuelta y me miraba como si encontrara algún tipo de respuesta en mis ojos.

"Siempre creí en él", me hizo saber más adelante, "pero ahora más que nunca debe creer y confiar en sí mismo". Mientras el rico aroma del café llegaba a mi nariz, medité sobre sus palabras. Me serví distraídamente una de las galletas y volví a mirar a Daniel.

Yo también creía en él.

"Me identifico con él", dije finalmente. "En la facultad me preguntaban constantemente si quería ser dermatóloga o ginecóloga. Son opciones comprensibles para una mujer. Pero yo estaba ciento por ciento a favor de la cardiología. Tuve que luchar el doble por ello que los hombres y había pocos que estuvieran de mi lado".

"Y ahora mírate", dijo Caroline con respeto. Ante sus palabras me sentí como una mentirosa, ya que no tenía ninguna intención de operar a su hermano. Había demasiado miedo de por medio.

"Caroline", me dirigí a ella, porque cuándo se lo iba a decir si no ahora, "hay algo de lo que tengo que hablarte". En su mirada vi que temía que se tratara de la salud de Daniel.

"No voy a operarlo yo". Se quedó inmóvil y sus ojos azules se abrieron de par en par. Luego abrió la boca como si fuera a preguntar algo, y volvió a cerrarla, esperando a que yo continuara.

"No es ético", le expliqué, mirándome las manos, buscando las palabras adecuadas. "Cuando nos conocimos, no se hizo en las circunstancias adecuadas. No ha sido una relación médico-paciente. No sería correcto operarle". Sentí entonces que me ponía totalmente colorada, pero Caroline no pareció darse cuenta.

"Pero eres la mejor en este campo", argumentó. Tenía la taza de café en la mano, pero no había apartado la mirada de mí. La culpa me atenazaba, pero por muy culpable que me sintiera, sabía que era lo mejor para Daniel.

Capítulo 20

Daniel

La luz del sol brillaba a través del gran roble que había sobre mí, coloreando las hojas de distintos tonos de verde. Bella reía de alegría cuando la empujaba en el columpio. El calor me sentó bien.

"¡Más alto!", me gritaba, empujando sus piecitos hacia delante mientras intentaba alcanzar el cielo con el columpio. Cada vez le daba un empujón más fuerte y oía su grito de emoción mientras volaba hacia delante.

Mi mirada se desvió hacia la terraza, donde vi a Caroline de pie junto a Mia. Estaba poniendo una bandeja de café sobre la mesa.

Mia.

Aún no estaba seguro de qué me había impulsado a traerla aquí. Fue una decisión espontánea. Cuando me acerqué a ella en el vestíbulo del hotel, me di cuenta de que algo había cambiado. El brillo de sus ojos había desaparecido. Parecía agotada al estar junto a Chad. Dudó cuando le ofrecí almorzar con ella. La casa de Caroline era lo más parecido a la normalidad y en aquel momento habría hecho cualquier cosa para que Mia se sintiera cómoda.

Se le había pasado la tensión desde que llegó. Parecía más ligera y feliz que en todo el día. Aun así, era consciente de que estaba preocupada. Me di cuenta poco a poco en las últimas semanas. Tenía claro que no sólo quería desahogarme físicamente con Mia. Había una razón por la que quería más y por la que quería hacerla feliz. ¿Sería más de lo que pensaba?

Nunca había traído mujeres aquí. No dejé entrar en esa casa a nadie. No quería herir a Bella o Caroline permitiéndome un vínculo más estrecho. Pero por alguna razón, *a mí* eso no me preocupaba con Mia. Era el hecho de que yo podría no estar aquí lo que me asustaba. No poder disfrutar más de tardes como esta, eso era lo que me daba miedo.

Estar con Mia no me ponía ansioso.

Nunca nada se sintió tan bien.

"¿Podemos jugar al doctor?". La pregunta de Bella me devolvió al presente. Agarré el columpio y lo detuve para que Bella pudiera bajarse. Se giró y me miró con sus ojos centelleantes en busca de aprobación. Sonreí a mi sobrina y mi corazón se llenó de amor por ella.

"Tengo que preguntarte algo", respondí, "porque quiero tomar un café con tu madre y Mia. ¿Puedes jugar al doctor junto a nosotros?". Bella asintió.

"Mia es médica de verdad, así que puede darte algunos consejos", continué. Bella emitió un sonido y se giró para caminar hacia la terraza. Mi mirada la siguió, deteniéndose en el pelo castaño de Mia mientras se inclinaba hacia Caroline, absorta en la conversación.

"¿Os molesto?", pregunté bromeando, dirigiéndome a lo alto de la escalera antes de sentarme junto a Mia. Tanto ella como Caroline se miraron y supe que mi broma dio en el blanco. Caroline trató de aligerar el ambiente pasándome el plato de galletas.

"¿Te sirvo una taza?", preguntó.

"Tendrás que preguntarle a mi médica", dije, girando mi cabeza hacia Mia, "puede que tenga un problema con la cafeína". Mia me golpeó suavemente en el brazo y puso los ojos en blanco.

"Una taza no te matará", replicó. Antes de que pudiera decir nada, Bella entró por la puerta del patio, abrazando contra su pecho un maletín de médico de juguete con expresión seria.

"Voy a ser médica", anunció con la mirada fija en Mia. Mia se inclinó hacia ella, sonriendo.

"El tío Daniel dijo que ibas a ser astronauta", le recordó, pero Bella negó con la cabeza.

"Pero eso fue la semana pasada", comentó con indiferencia, como si Mia debiera haberlo sabido. Empezó a deshacer la maleta, colocando todos sus juguetes de médico en círculo a su alrededor. Caroline la observó con interés y el orgullo maternal se extendió por su rostro.

"¿Me vas a decir de qué estabas hablando?", le pregunté. Caroline consiguió parecer sorprendida y culpable a la vez. Mia suspiró y cambió el peso de la silla mientras cruzaba sus largas piernas.

"De ti", susurró. Sabía que sería sincera y también que se trataba de mi salud.

"¿Podrías ser un poco más específica?", inquirí. Esta vez fue Caroline la que respondió.

"Mia me ha explicado por qué no quiere operarte", dijo en voz baja. Miré a Mia. Ahora le tocaba a ella parecer culpable y de repente parecía que le costaba.

"Estoy de acuerdo con ella", contesté rápidamente, apretando la mano de Mia antes de girarme hacia mi hermana. "Lo hemos hablado. Y es la decisión correcta por dos razones. Primero, porque nos conocimos en circunstancias poco habituales. Y dos, porque las emociones de Mia están en juego. Ninguno de los dos quiere que esto afecte a la operación en modo alguno".

"Entiendo", dijo Caroline. Suspiró y nos miró a Mia y a mí. "Me sorprendió. Pero ahora lo entiendo. Gracias por explicármelo". Parecía pensativa, pero estaba ocupada sirviéndome café.

"¿Otro?", le preguntó a Mia, que asintió. Una galleta era para mí y luego le pasé el plato a Mia, que inmediatamente le ofreció una a Bella. Bella no perdió el tiempo y cogió una de las más grandes.

"No he oído ni un gracias", la reprendió Caroline.

"Gracias, Mia", dijo Bella, mientras se le caían las migas de la boca al hablar. De algún modo, Mia consiguió mantener el rostro serio.

"De nada, Bella", contestó. "Las has hecho con tu madre, ¿verdad? Están deliciosas".

"Las mejores galletas que he comido nunca", coincidí, cogiendo otra galleta al mismo tiempo que Mia.

"A juzgar por lo bien que están cayendo, será mejor que coja más", dijo Caroline. Estaba a punto de levantarse cuando Mia la detuvo.

"Voy a por ellas", dijo rápidamente. Antes de que Caroline pudiera responder, ya se había levantado y alejado. Miré a Caroline, me levanté y seguí a Mia por la puerta de la cocina mientras ella empezaba a poner las galletas de la rejilla de enfriamiento en el plato.

"¿Estás bien?", quise saber de Mia. Ella se volvió y asintió, pero yo no estaba convencido, así que abrí los brazos y la abracé con fuerza.

Eso estaba muy bien.

Mientras estaba allí con Mia abrazada tan fuerte, me di cuenta de que me había equivocado. Pensaba que ese día no podría haber sido mejor, pero lo fue. Mia levantó la cabeza y, sin pensarlo, me incliné y la besé. Inmediatamente todos los pensamientos racionales desaparecieron de mi mente. Cuando nuestros labios se juntaron, sentí un torrente de deseo surgir dentro de mí. Y cuando Mia abrió la boca, la apoyé de espaldas contra la mesa de la cocina, mis manos fueron a su culo y la atraje contra mí.

Gimió suavemente y se acurrucó contra mí. Pero luego se apartó.

"Tu hermana", susurró. Me reí reprimidamente, pero tenía razón. Además, Bella podía entrar en cualquier momento, así que no podía subir a Mia a la mesa y acariciarle los pechos, por mucho que lo deseara.

"Tienes razón", acepté, dando un paso atrás y aclarándome la garganta. Mia se giró y cogió más galletas.

"Eres imposible", afirmó, pero pude oír la diversión en su voz. Cuando salimos, mi hermana nos miró con complicidad, pero no dijo nada.

"¿Puedo tomar otra?", preguntó Bella. Señaló el plato que Mia tenía en las manos. Mia miró a Caroline en busca de aprobación y cuando ella asintió, Mia se arrodilló junto a Bella.

"Te diré una cosa", dijo en voz baja. "Si me enseñas cuál de estas cosas puedes usar para escuchar mi corazón, te daré otra galleta". Una sonrisa confiada apareció en el rostro de Bella y se apartó el pelo rubio de los ojos antes de coger el estetoscopio de plástico del botiquín que tenía a sus pies.

"Bueno, eso es fácil", observó, poniéndoselo con dificultad y empujando los tapones para los oídos con sus diminutos dedos. Luego empezó a escuchar el corazón de Mia.

"Estás viva", dijo por fin. Caroline, Mia y yo nos echamos a reír, pero Bella cogió la galleta que se ganó y la masticó con fruición.

"Me alegro de oírlo", comentó Mia. Volvió a sentarse a mi lado y me dio las galletas.

No hacía falta tener mucho don de gentes para darse cuenta de que a Mia se le daban bien los niños. Estaba relajada y Bella, al notarlo, estaba igual de relajada. En silencio, vi cómo Bella empezaba a preguntar con curiosidad.

"¿Escuchas el corazón a menudo?", preguntó con expresión seria. Mia asintió. Giró ligeramente su silla hacia Bella para prestar toda su atención a la niña. Miré a Caroline, que me guiñó un ojo.

"Sí, muy a menudo escucho corazones", dijo Mia lentamente. "Y luego doy medicinas a la gente cuando las necesita". Bella se quedó pensativa. Miró los juguetes que tenía a su alrededor.

"¿Vas a medicar al tío Daniel?", preguntó. La pregunta me sorprendió y, cuando Mia se giró para mirarme, vi que pensaba lo mismo. Mia miró a Bella, respiró hondo y se inclinó para estar más cerca de ella.

"Sí, así es", asintió, "¿y sabes qué? Tu tío está bien".

"¿Está bien?". Los niños rara vez tienen los filtros que tienen los adultos y sus preguntas son desconcertantes. De nuevo, Mia respiró hondo antes de contestar.

"Tu tío es fuerte y valiente. No te preocupes, pequeña, ¿vale?". Bella asintió, pues la respuesta de Mia parecía satisfacerla, y empezó a jugar de nuevo con sus juguetes. Mia se enderezó de nuevo y miró a Caroline.

"¿Estuvo bien?", quiso saber. "No estaba segura de cuántos detalles darle".

"Perfecto. Ni yo lo habría hecho mejor". Mia se sonrojó ante la sincera respuesta de Caroline y pude notar que estaba orgullosa. Se sintió un poco incómoda cuando llegamos, pero ya se había acostumbrado a mi familia. Fue revelador verla con Bella y me di cuenta de que Mia sería una madre increíble. Pero ni siquiera sabía si quería tener hijos. Nunca habíamos hablado de ello. Pensar en Mia con un bebé en brazos era algo hermoso.

La quería.

El pensamiento no era más que un suspiro. Pero estaba dentro de mí. Estaba ahí. Y no podía ser borrado. Yo amaba a Mia. La Dra. Mia Larson era mi amor. Era más verdadero que cualquier cosa que hubiera experimentado. Pero no tenía ni idea de qué hacer a continuación.

Capítulo 21

Mia

"¿Lo has traído todo?". Daniel estaba apoyado en el marco de la puerta de la habitación de nuestro hotel con los brazos cruzados. Llevaba unos vaqueros desteñidos y una camiseta blanca lisa. Estaba tan guapo que se me aceleró el pulso.

"Casi termino", le contesté, señalando la maleta abierta sobre la cama. El aire estaba un poco húmedo porque acababa de salir de la ducha. Y tardé más de lo habitual porque estuve pensando en los últimos días bajo el agua.

Estaba concentrada en el trabajo, sobre todo en las reuniones. Cuando no tuve una conferencia o una charla a las que asistir, mis pensamientos estuvieron con Daniel... y seguían estando. Ese día me iba. La anterior yo habría volado a casa aliviada. Era bueno dormir en mi propia cama y podría descansar mejor, además prefería la familiaridad de mi consulta médica.

En ese momento, sin embargo, miraba a Daniel y sólo sentía tristeza.

No quería dejarle.

Dormirme a su lado me había parecido tan natural como respirar. Las pesadillas me atormentaban con bastante frecuencia, pero cuando me dormí junto a Daniel, no tuve ni una sola. Dormí plácidamente con la cabeza apoyada en su pecho y su brazo rodeándome. Cuando me desperté a su lado, me sentí perfecta. Pero la mañana siguiente me despertaría sola y no sabía qué pensar.

"¿Puedo ayudar?". Sacudiendo la cabeza, dije que no. Cogí un par de zapatos y los metí en la maleta. "No, a menos que quieras prepararme una taza de café". Daniel sonrió con satisfacción y desapareció en la parte acogedora de la suite, donde estaban el té y el café. Escuché el zumbido de la cafetera mientras molía los granos. Nunca me había alojado en una suite tan lujosa, pero me gustó. Daniel y yo pasamos las dos últimas noches en nuestro trozo de cielo privado. El ático era tan grande como todo mi piso. No me invadió esa sensación de estrechez que suelo sentir en los hoteles.

En realidad, no quería café en absoluto, porque ya me sentía inquieta y más cafeína sólo lo empeoraría. Pero necesitaba un momento para respirar, espacio para serenarme y un momento a solas para prepararme para la despedida que se avecinaba.

No se trataba sólo de la despedida. La siguiente vez que vería a Daniel sería cuando viniera a San Francisco para operarse. Sería el momento del todo o nada para él, para nosotros dos y para su familia. Esta certeza me pesaba y amenazaba con deshacer la felicidad de los dos últimos días. Tenía menos de una semana para encontrar al mejor cirujano, prepararlo adecuadamente y ver cómo Daniel entraba en el quirófano de otra persona.

Estaba haciendo lo correcto.

Me lo estuve diciendo constantemente desde que dejamos a Caroline y Bella el día anterior. La luz de la tarde se desvaneció en el crepúsculo y Bella apoyó la cabeza somnolienta en el hombro de su madre. La tarde fue perfecta. Me recordó lo que realmente significaba la familia después de vivir sola durante tantos años.

Cuando volvimos al hotel, Daniel me preparó un baño completo. Para mi sorpresa, se unió a mí. Nos tumbamos cubiertos de espuma y yo me apoyé en su pecho mientras él me rodeaba con los brazos. Al principio estuvimos muy callados, cada uno preocupado con sus propios

pensamientos. Pero al cabo de unos diez minutos Daniel empezó a hablar.

"Cítricos", dijo. Yo esperé a que me explicara.

"¿Qué pasa con ellos?", quise saber.

"Siempre me han gustado", respondió. "Huelen a verano, aunque las naranjas son frutas de invierno. Ahora tu perfume huele como ellas".

"¿Mi perfume?". Sus palabras me sorprendieron.

"Sí", dijo. Sus manos rozaron lascivamente las burbujas de mis pechos y rodaron suavemente sobre uno de mis pezones entre el pulgar y el índice. Aún recordaba cómo se me entrecortó la respiración mientras el deseo crecía en mi interior. "Ahora tu perfume avanza hacia mi aroma favorito".

Daniel no lo vio, pero sonreí. No era de esas mujeres que tenían montones de frascos de perfume en la estantería. Dolce & Gabbana Light Blue era el único que me ponía y el único que me gustaba. No soportaba los florales ni el almizcle. Pero Light Blue era el verano en un frasco y el aroma perfecto de naranjas, limas y piñas.

En ese momento, debí haberle dicho a Daniel que yo sentía lo mismo. Que me encantaba cómo olía cuando se echaba colonia y salía de la ducha. Y que también me encantaba su olor cuando se tumbaba a mi lado, sudoroso por el sexo. En cambio, le besé. Quizá él se dio cuenta por ese beso, porque me miró con mucha complicidad.

Me aparté de mis recuerdos y cogí mis cosméticos del cuarto de baño, los metí en la maleta y la cerré. En lugar de oír a Daniel regresar, pude sentirlo literalmente.

"Ahora estoy lista", dije mientras levantaba la maleta de la cama. Antes de que tocara el suelo, él estaba a mi lado.

"Déjame", dijo suavemente. Le dejé y vi a mi apuesto marido sacar el equipaje de la habitación.

No era mi marido.

¿O lo era? Dejé a un lado ese pensamiento y en su lugar cogí mi chaqueta y mi bolso y le seguí. Teníamos que llegar al aeropuerto.

Me había tomado el café en dos minutos y el trayecto de Manhattan al aeropuerto JFK sólo había durado media hora. Daniel eligió conductor esta vez, prefiriendo sentarse a mi lado en el asiento trasero y cogerme de la mano. Cuando nos acercamos al aeropuerto, sentí un nudo en la garganta. La sonrisa radiante que puse no era más que una fachada, pues ya me sentía sola, aunque siguiera con él.

¿Es esto lo que se supone que se debe sentir cuando rompemos con alguien?

"Te veré pronto", dijo Daniel. Intentó seguirme al aeropuerto para ayudarme a facturar, pero yo se lo impedí. Retrasar la despedida sólo empeoraría las cosas y yo estaba a punto de echarme a llorar. No quería que me viera llorar.

"Sí", le contesté. "Nos vemos pronto". Le di un último beso, cogí la maleta y me fui. Me costó mucho no darme la vuelta y mirarle por última vez. Con Daniel, me sentía viva y contenta. Sin él, de repente me sentía vacía.

* * *

Un vistazo a mi reloj me mostró que eran casi las cinco de la tarde.

Gracias a Dios.

Ese día fue una pesadilla. No es que algo hubiera ido mal. Las revisiones de mis pacientes

habían ido bien. Los postoperatorios habían ido bien. Y un artículo que escribí el mes pasado fue publicado en la revista médica más prestigiosa. Nada de eso fue el motivo, tampoco. Cada vez que me detenía -aunque sólo fuera un momento- tenía que contener las lágrimas. Por eso no me permití ni un solo descanso. Trabajé entre exámenes; me salté la comida y comí algo rápidamente en mi mesa mientras leía mi investigación. El trabajo duro me ayudó, al menos hasta cierto punto.

Pero en ese momento, mientras recogía mis cosas y me dirigía a casa, sentí unas ganas irrefrenables de llorar. Conseguí contener las lágrimas hasta llegar al aparcamiento. Cuando entré en el coche y cerré la puerta, me eché a llorar.

No sabía exactamente por qué lloraba, simplemente me abrumaba. Me puse una mano delante de la cara y con la otra intenté secarme las lágrimas, pero seguían corriendo. Entonces me incliné hacia delante, con la cabeza apoyada en el volante, y empecé a sollozar con fuerza.

Daniel.

No. No puede ser sólo por él. Son demasiados sentimientos para una sola persona. Sabiendo que no podía irme en ese estado, cogí el móvil. Tina había salido temprano para asistir a otra cita, pero sabía que ya estaría lista. Marqué su número y esperé a que contestara.

"Hola", me dijo alegremente. "¡Por favor, dime que ya no estás en la consulta!". Resoplé, tratando de calmarme.

"¿Mia?". La voz de Tina ahora ya no sonaba alegre, sino muy preocupada. "¿Qué te pasa? ¿Dónde estás?". Volví a moquear, pero esta vez pude hablar mientras lo hacía.

"Estoy bien", intenté tranquilizarla, avergonzada de lo trágico que sonaba. "Estoy en mi coche y quiero irme a casa".

"Nos vemos en tu casa", dijo Tina. Antes de que pudiera protestar, cortó la conversación.

* * *

Las puertas del ascensor se abrieron en mi piso y vi a Tina apoyada en la pared junto a mi puerta principal. En cuanto nos vimos, vino hacia mí con los brazos extendidos y me abrazó como si no nos hubiéramos visto en tres meses, no en tres horas.

Cuando por fin me soltó, abrí la puerta y me dirigí a mi dormitorio. Detrás de mí, oí a Tina abrir la nevera e instintivamente supe que estaba buscando el vino. Me puse el chándal y diez minutos después estábamos sentados en el sofá, con dos copas y la botella de vino delante.

"¿Me vas a decir qué pasa", insistió, "o tengo que adivinarlo?". Se quitó los zapatos y se sentó sobre sus pies, cogió su copa de vino y bebió un buen trago. Luego me señaló con la cabeza.

"Creo que tú lo necesitas más que yo", dijo mirándome a la cara. Las lágrimas se habían secado, pero yo seguía roja y manchada. No había forma de ocultar nada.

"No lo sé", dije con sinceridad. Luego me senté frente a ella y cogí mi vino. "Se me ha ido acumulando todo el día. Cuando llegué al coche no pude contener las lágrimas". Tina respiró hondo y miró a un lado con expresión pensativa. Tomó otro sorbo del chardonnay antes de contestar.

"No es una coincidencia", dijo finalmente. Fruncí el ceño y me pregunté a qué se refería.

"Quiero decir", dijo finalmente, "que no es una coincidencia que te sientas destruída al día siguiente de llegar a casa. Pasaste una noche sin Daniel". Inmediatamente quise defenderme, porque no era en absoluto una mujer débil que no pudiera vivir sin un hombre. *Nunca* lo fui y estaba a punto de decírselo a Tina cuando levantó una mano.

"No me malinterpretes", dijo suavemente. "No es que no puedas estar sola. Pero la próxima vez que lo veas, la operación será inminente". Asentí con la cabeza.

"Y eso te asusta", continuó Tina. "Porque le *quieres*". Moviendo la cabeza, respondí negativamente. Pero lentamente hice una pausa y tomé un gran trago de vino.

¿Amor?

¿Era amor? ¿Estaba enamorada de Daniel Fielding? Miré a Tina y me encontré con su mirada cómplice. Entonces quise dejar el vino, explicar las circunstancias y argumentar por mí misma. Pero cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta de que tenía razón.

No era un flechazo. Daniel no era sólo alguien con quien pasar un buen rato. Él significaba más para mí de lo que jamás había sentido por nadie. Ya no podía negar el sentimiento que me consumía por dentro y por fuera.

Le quería.

Fue un momento de certeza que me cambió la vida y que no busqué en absoluto. Acababa de suceder y estaba encantada. Sin embargo, el sentimiento me abandonó rápidamente y de repente me sentí desesperada y asustada. Mis pensamientos debieron leerse en mi cara, porque Tina me miró de repente con asombro.

"Nunca te había visto así", dijo sonriéndome. "No con Joey, eso seguro".

"Es diferente", respondí. "Su presencia me hace sentir que valgo más. Valgo más que Mia, la doctora. Valgo más que Mia, que perdió a su padre. Con él, estoy *completa* de una manera que nunca antes había estado. Eso me asusta". Cuando lo dije, todo tuvo sentido. Cuando estaba con Daniel, no pensaba cinco pasos adelante. De alguna manera, él me daba el espacio para vivir el momento presente. Todo era más fácil con él y me daba esperanza.

"¿Y si no lo logra?". Las palabras brotaron de mi interior y sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas otra vez. Tina se acercó a mí y se sentó. Me abrazó de nuevo y me besó la mejilla.

"No debes pensar así", intentó tranquilizarme. "Encontrarás el mejor médico para él. Y tú estarás ahí en todo momento".

"¿Pero y si no encuentro a nadie?", pregunté insegura, echándome hacia atrás para poder mirarla. "La operación es dentro de una semana. Y estoy demasiado involucrada. Emocionalmente, quiero decir".

"Díselo", sugirió Tina, "tienes que hacerlo".

"¿Qué parte?", quise saber, mi voz sonó más chillona de lo que pretendía. "¿Que estoy enamorada de él? ¿O que quizá no encuentre cirujano?".

"Las dos cosas". Tina estaba segura, sólo que por desgracia yo no lo estaba en absoluto.

Las palabras no dichas estaban en el aire entre nosotros.

Tenía que decírselo. Antes de que fuera demasiado tarde.

Capítulo 22

Daniel

Cerré y trasladé a la bandeja de salida la carpeta en la que estuve trabajando todo el día. La gran pila de trabajo que había en mi archivador era más pequeña antes, pero ese día tenía mucho trabajo que hacer. Pasé tanto tiempo con Mia que todo se acumuló y tenía que afrontar las consecuencias.

Giré mi silla hacia la ventana. El cielo estaba gris y nublado, lo que encajaba con mi estado de ánimo. Desde que vi a Mia cruzar las puertas del aeropuerto, sentí que el corazón se me encogía. Con ella, los pensamientos oscuros se mantenían a raya, pero sin ella, la realidad me abrumaba.

Cuando me desperté esa mañana, sabía lo que tenía que hacer. Durante meses lo había pospuesto, pero a una semana de la operación, no podía esperar más.

"¿Sr. Fielding?". Mi ayudante estaba en la puerta con expresión tímida. Era joven pero capaz y podía confiar en ella para mantener la oficina funcionando sin problemas en mi ausencia.

"Los abogados están en la sala", me informó. "Sólo faltas tú". Suspiré pesadamente. Era lo último que quería hacer hoy.

Cuando cerró la puerta tras de sí, me desplomé hacia delante en la silla y apoyé los brazos y la cabeza en el escritorio porque estaba cansado, quería salir e irme a casa.

Quería ver a Mia.

Pero ningún anhelo me llevaría durante la siguiente hora. Suspirando, me levanté, me alisé la chaqueta y me dirigí a la puerta. La sala de juntas estaba justo al lado de mi despacho y, cuando entré, todo el equipo jurídico me estaba esperando.

"Señoras, señores", les dije, saludando con la cabeza a cada uno de ellos mientras me sentaba a la cabecera de la gran mesa de caoba.

"Gracias por venir", continué mientras me ponía cómodo y la atención de todos se centraba en mí.

"No nos reunimos para tratar asuntos corporativos", expliqué y los presentes no pudieron ocultar su sorpresa. "Al menos no del todo".

"Señor", dijo el jefe del equipo jurídico. Jack era bueno en su trabajo y un astuto juez de carácter. Por eso dirigía este grupo y por eso tenía toda mi confianza. Se inclinó hacia delante y me miró fijamente.

"Me temo que eso requiere una explicación", comentó. Señaló con la cabeza a los que le rodeaban. "Así podremos hacer lo mejor para usted y para Dresner Holdings". Asentí con la cabeza. Jack tenía razón. No era momento para poses reservadas. Tenía que confrontarlos con la verdad.

"Estoy enfermo", dije sin rodeos. "Desde hace años". Una de las mujeres sentadas frente a mí se llevó la mano a la boca, sorprendida.

"No se lo he contado a nadie por varias razones", expliqué. "En primer lugar, es personal. En segundo lugar, cualquier debilidad percibida por mi parte afectaría a nuestro valor de mercado. Y tercero, esperaba poder hacer algo al respecto".

"Señor", dijo Jack rápidamente. "¿Está diciendo que no hay cura? ¿Es incurable?". Respiré hondo. Era una buena pregunta.

"Mire", respondí finalmente. "La verdad es que tengo una enfermedad del corazón. Es poco

frecuente. No hay muchos especialistas dispuestos a atenderme. La medicina sólo controla los síntomas, pero todavía no hay cura". Entonces hice una pausa, me puse de pie y miré a la calle a través de la ventana. Era más fácil hablar así. Así no tenía que mirar a los ojos de la gente preocupada que dependía de mí.

"Hace poco consulté a una experta en la materia", le dije. "Es una lumbrera. En su opinión, la cirugía resolvería el problema y actualmente está buscando un cirujano cualificado que acepte llevar mi caso".

"¿Ella misma lo operará?". Era Jack de nuevo y tuve que negar con la cabeza.

"No. Pero estoy seguro de que tiene a alguien en mente que hará un trabajo igual de bueno".

¿Lo estaba? ¿Realmente estaba seguro?

Por desgracia, no era el caso. En mi opinión, Mia era la mejor. No había nadie más en quien pudiera pensar que conociera mi cuerpo y mi condición tan bien como ella. Ni nadie que se preocupara tanto. Pero confiaba en ella. Y la confianza nunca puede ser exigente. Lo irónico era que tenía que confiar en ella de todo corazón.

"¿Cómo podemos ayudar?". Era Bethany, la mujer que se había tapado la boca. Me miró con seriedad y eso fue suficiente: me habría gustado salir de la habitación. La lástima era un detonante muy especial.

"Bethany piensa", explicó Jack, "¿cómo podemos ayudar como su equipo legal?". No tenía sentido andarse con rodeos.

"Necesito actualizar mi testamento", respondí. Jack se quedó helado.

"¿Tan grave es?", preguntó casi sin voz. Me pasé una mano por el pelo, me quité la chaqueta y la colgué en el respaldo de la silla antes de volver a sentarme.

"Es una operación de corazón", dije despacio, "y no sería prudente no prepararse para todas las eventualidades". Se hizo el silencio mientras mi equipo parecía digerir las palabras. Por un momento les di tiempo. Estaba claro que había hecho bien mi papel. Ninguna de las personas que me rodeaban tenía ni idea de lo que me estaba pasando o por lo que había pasado.

"Bien", dijo Jack y vi cómo se levantaba y abría su portátil. En voz baja y tranquila, empezó a dar instrucciones al equipo. Su personal siguió inmediatamente sus instrucciones y un momento después Jack se volvió hacia mí.

"¿Qué quieres?", fue su pregunta. Era simple, pero se trataba de envolver toda mi vida, cada centímetro de ella. ¿Qué quería yo? Quería ver a Bella crecer y a Caroline encontrar el amor de nuevo.

No quería morir.

Quería a Mia.

Quería formar mi propia familia, vacaciones de Navidad y un columpio en el porche. Quería una vida.

"Sólo me importan dos cosas", le expliqué. "Primero, quiero asegurarme de que a mi hermana y a mi sobrina no les falte de nada... nunca. Con eso me refiero a la escuela, la universidad y la pensión de Caroline. Además, quiero que Bella tenga un fondo fiduciario y que se ocupen de todo, desde su primer coche hasta su boda". Jack asintió y la mujer a su lado tecleó con impaciencia.

"También necesito un asesor financiero para Caroline", continué. "Y su primer trabajo es asegurarse de que su propio testamento esté redactado de la forma más segura posible para Bella". Jack se reclinó en su silla, con aire pensativo. Le vi aflojarse ligeramente la corbata.

"¿Eso es todo, en lo que respecta a la vida personal?", preguntó. En ese momento quise asentir,

pero me había olvidado de alguien, no de cualquiera.

A mi Mia.

"No", respondí. "La Dra. Mia Larson. Quiero que tenga dinero, tanto para ella personalmente como para su investigación médica. Es una genio superdotada y quiero que tenga todo el apoyo financiero que pueda necesitar. Constrúyete una clínica, o dale el dinero que necesite para construir la suya". Si Jack se sorprendió por mis instrucciones, lo ocultó muy bien.

Entregó el trabajo relativo a Bella y su educación a una mujer de pelo oscuro que inmediatamente se levantó y se marchó.

"No tenemos mucho tiempo", explicó Jack y yo asentí porque tenía razón. Hizo lo mismo con mis deseos para Caroline y vi cómo otro abogado iba a seguir sus instrucciones. Finalmente, envió a otro miembro del personal para que se ocupara de la mejor manera de expresar mis deseos para Mia. Sólo quedaban Jack y dos empleados.

"Daniel", dijo Jack. "¿Qué más hay que hacer?". Él sabía qué más había que hacer, pero yo estaba agradecido de que me permitiera dirigir el flujo.

"Esto", dije. Miré alrededor de la habitación. Cada centímetro de Dresner Holdings se había construido pensando en el futuro. Pensar que tal vez yo no estaría para verlo me hizo temblar las manos. Lo único en lo que podía pensar en ese momento era en proteger a las personas que me habían ayudado a construir esta empresa desde sus cimientos. Desde los conserjes hasta los jefes de departamento. Desde las secretarías hasta el director financiero. Tenía que asegurarme de que, pasara lo que pasara, la empresa continuaría y sus medios de vida estarían garantizados.

"En segundo lugar, quiero que te ocupes de las acciones de los empleados", les dije. "Y quiero que cada uno de ellos tenga protección financiera en caso de que pase algo, un paracaídas, por así decirlo".

En caso de que algo sucediera.

Por primera vez, el fino barniz de seguridad en mí mismo que había mostrado al mundo exterior empezó a desmoronarse. La conmoción aún se reflejaba en la cara de Jack y el simple hecho de que la oficina y todo lo que conllevaba el negocio pudieran desaparecer algún día me golpeó como un mazazo.

Me levanté, cogí mi chaqueta y me la puse. Mientras me la abrochaba, me volví hacia Jack.

"Gracias", le dije. "¿Necesitas algo más para empezar?". Jack me miró un momento antes de echar un vistazo a su portátil.

"No", me informó. "Creo que tenemos todo lo que necesitamos. Empezaremos y luego volveremos con todas las propuestas. ¿Cuánto tiempo tenemos?". Sonreí, aunque no hacía falta en absoluto.

"Me voy dentro de cinco días", le expliqué. Jack se sobresaltó, pero lo disimuló rápidamente. Se levantó y me tendió la mano. Nos despedimos y con una inclinación de cabeza salí de la sala de juntas. Una vez en mi despacho, cerré la puerta y me apoyé en ella.

Sólo me quedaba una cosa por hacer.

Caroline y Bella.

Tenía muchas ganas de verlas. Tenía que despedirme de ellas porque, por muy bueno que fuera mi cirujano, había un riesgo mucho mayor que con otras operaciones de corazón de que no me despertara. Sacudiendo la cabeza, fui a mi escritorio y cogí el teléfono. Marqué el número de mi hermana y esperé a que contestara. Cuando oí su alegre voz en la línea, no pude evitar sonreír.

"¿Caroline? ¿Puedo ir?".

Capítulo 23

Mia

El pasó volando. Como añoraba la concentración y la distracción que me proporcionaba mi trabajo, fui a la consulta muy temprano. En casa habría sido un desastre, pensando constantemente en Daniel. Estar con mis pacientes y mi investigación era un pequeño respiro de mi ahora constante ansiedad. Por suerte, fue un día ajetreado y sin interrupciones. Abrí la puerta principal y entré en mi piso. Demasiado silencioso. Quise dar media vuelta y marcharme enseguida.

Mi conversación con Tina sacó todo a la luz. No se trataba sólo de mi confianza cuando se trataba de la operación de Daniel. Era mi amor. Yo amaba a Daniel. Nada cambiaría eso. Estuviera vivo o muerto, lo amaría. Lo operara o no, estaba constantemente a punto de perderlo.

¡Dios mío! Daniel lo era. Él era mi destino.

A veces me sentía entumecida. Durante mucho tiempo me resistí a comprometerme con alguien que no fuera Tina. No era de extrañar que nunca me comprometí plenamente a Joey. ¿Pero ahora? Ahora quería estar lo más cerca posible de Daniel. Quería despertarme a su lado. Dormirme con el sonido de su respiración en mi oído. Quería ducharme con él e ir a mi brunch matutino favorito.

Dejé el bolso en la mesa del recibidor y me dirigí al sofá con el teléfono. Luego me dejé caer en los mullidos cojines, me quité los zapatos y moví los dedos de los pies aliviada. El cansancio me venció. El cansancio que uno lleva encima como un ladrillo debido a la carga emocional.

Era consciente de la ironía de mi destino. Una enfermedad cardíaca había acabado con la vida de mi padre. Y después de construir un mundo intentando luchar contra ella, me había enamorado de alguien que la padeció toda su vida.

No podía perderlo a él también.

Cogí el móvil, respiré hondo y llamé a Daniel.

"Hola", me dijo al tercer tono. El sonido de su voz me hizo sonreír de inmediato. Parecía que estaba en casa y me alegré de que se pusiera al teléfono tan rápido. No es que quisiera decírselo. Hacía más de una semana que no hablábamos. Una semana en la que había mirado el teléfono con la esperanza de que sonara.

"Hola a ti", dije en voz baja. Me senté, levanté los pies y disfruté de lo bien que me sentía después de ese simple *hola*. "¿Cómo estás?". Hizo una pequeña pausa antes de contestar.

"Estoy bien", dijo, pero había una duda en su voz. "Quiero decir, sí, estoy bien".

"¿En serio?" .

"Me he pasado todo el día poniéndome al día con asuntos pendientes", confesó. Sonaba melancólico y deseé estar a su lado para poder darle un abrazo.

"¿Cuáles?", le pregunté.

"Mi testamento", respondió. Se me encogió el corazón. Lo había llamado para animarlo, pero su respuesta no me lo permitió. Daniel acababa de asumir su propia mortalidad y yo no tenía ni idea de cómo quitársela de la cabeza.

"Mi voluntad", repitió. "Y que alguien se ocupe del negocio si yo no estoy". La ira aumentó en mí y me puse de pie, tratando de sacudirme la energía negativa que sus palabras desencadenaron en mí.

"No te vas a morir", dije enérgicamente. Él suspiró.

"Mia", dijo en voz baja. "Sabes tan bien como yo que no hay garantías. Tengo la responsabilidad de cuidar de mis empleados y accionistas". Hizo una pausa. "Y, lo que es más importante, con Bella y Caroline. Tengo que asegurarme de que las cuiden, pase lo que pase". No podía discutir eso. Era un buen hombre y estaba haciendo lo correcto.

"Lo siento", susurré. Tenía lágrimas en los ojos mientras miraba por la ventana. El atardecer estaba cambiando la ciudad de gris a brillante a medida que se encendían las luces en los pisos a mi alrededor.

"No lo estés", me dijo. "Si te precucas, debería agradecértelo". No tuve respuesta. Ante sus palabras, afloraron en mí sentimientos de amor, dolor y culpa. ¿Qué otra cosa había hecho sino complicarle la vida? ¿Era mejor para él conocerme? ¿Le estaba dando una oportunidad o le estaba poniendo en un peligro innecesario?

"Voy a tomarme los próximos días libres", dije de repente. "Así podré acompañarte a todas tus citas y estaré contigo en todo momento". Suspiró aliviado.

"No te imaginas lo que eso significa para mí", me respondió. "Nunca te lo pediría, pero aceptaré encantado". Sabía que a Daniel le gustaba tenerme con él. Era tan sensible conmigo como no lo era con nadie más. Por eso no me lo pidió, pero yo lo apoyaría aunque no me lo pidiera.

Le quería.

Quería decirlo en voz alta. Quería decirle lo que realmente sentía. Pero tenía que decirle palabras tan importantes en persona y por eso me las tragué. En ese momento zumbó mi móvil y en la pantalla apareció un mensaje de texto de Tina. Lo habría ignorado y contestado más tarde si no hubiera venido con una advertencia.

Tina: Mia, es urgente, tienes que ver esto.

Inmediatamente puse el teléfono en altavoz para poder hablar y leer el texto al mismo tiempo. Al hacer clic en el enlace adjunto al mensaje, me quedé paralizada.

"Daniel", susurré. "Ay, no".

"¿Mia?". Había preocupación en su voz. "¿Mia? ¿Estás bien?". Sacudiendo la cabeza, respondí negativamente antes de recordar que él no podía verme.

"Salió a la luz", dije, sintiendo que se me oprimía el pecho.

"¿Qué pasa?", preguntó. "¿Me estás asustando? ¿Qué pasa?". Se hizo el silencio en la línea.

"Espera", dijo Daniel. "Hace un momento yo...". Aparté la mirada del artículo que acababa de leer y vi mi propio reflejo en la ventana. Cansada y asustada miré y mi cara estaba pálida.

"Te llamo luego". Las palabras de Daniel llegaron bruscamente y, antes de que pudiera contestar, la línea se cortó. Medio aturdida, me senté en el sofá y volví a leer el enlace. ¿Quién demonios lo publicó? No pude hacer más que mirar el teléfono, esperando que Daniel llamara. Pero cuando sonó, no era él.

"¿Diga?", pregunté.

"¿Dra. Larson?", quiso saber una voz extraña. "Soy Mike Eckles del *Sun*. Me gustaría hacerle unas preguntas sobre Daniel Fielding".

"Sin comentarios", respondí lo más rápido que pude y terminé la llamada. El timbre volvió a sonar. Esta vez era el *Post*. Repetí mis palabras y terminé la llamada también, pero mi móvil sonó cuatro veces más. Rechacé todas las llamadas. Pasaron veinte minutos en silencio, cada minuto parecía más largo que el anterior. Sin duda, Daniel también recibía llamadas. Justo cuando iba a devolverle la llamada, se me adelantó. Aliviada, cogí el teléfono.

"¿Daniel?". Se hizo el silencio. Le oía respirar, pero el momento antes de que hablara me preocupó.

"Lo saben", dijo. Su voz era tranquila.

"He estado... todo este tiempo", quise interrumpirle, pero siguió hablando.

"Todo, Mia". Había una finalidad en su tono que me dejó sin aliento.

"Los medios de comunicación", continuó, "mi personal, mis competidores, todo el mundo lo sabe. Sobre mí y mi corazón". Sonaba triste y enfadado a la vez, y en ese momento no supe qué responder.

"Todo por lo que luché tanto para proteger", dijo. "Todo ha desaparecido. Las acciones están cayendo".

"Todo va a salir bien", empecé. Pero antes de que pudiera continuar, me interrumpió bruscamente.

"¿Cómo has podido?", exclamó. El mundo se enfrió.

"¿Perdona?", pregunté. Mi voz sonaba tan temblorosa como yo me sentía. Daniel tomó aire.

"¿Cómo has podido?", repitió. "¿Cómo has podido?". Yo temblaba, confusa, sin saber qué decir.

¿Qué había hecho?

"Lo filtraste todo", continuó. "Filtraste esta historia. Para tu beneficio personal".

"No", susurré. "Nunca lo haría ...". Pero no había terminado.

"Acabo de leerlo en tres canales de noticias, Mia", señaló. Su voz era baja, incrédula, pero la ira claramente allí.

"Daniel", empecé, pero él me interrumpió de inmediato.

"Nada", dijo enérgicamente. "Será mejor que no digas nada. Ya me has dicho suficientes mentiras. Te he creído y he confiado en ti".

Se me escapó un sollozo y reprimí otro.

"¿Sabes lo que has hecho? Las acciones de mi empresa están cayendo", repitió. "Dresner Holdings está perdiendo dinero. Pero eso no te importa, ¿verdad? Porque vas a ganar dinero con ello. Y obviamente lo necesitas, porque dicen que estás en bancarrota".

"No estoy en bancarrota...".

"¿Eso es lo que yo era para ti? ¿Un ticket de comida?", me interrumpió, sin dejarme terminar. "Pensé que teníamos algo...". Las lágrimas brotaron de mi interior y fui incapaz de detenerlas. Sus acusaciones me dolían mucho y me rompían el corazón.

"No", susurré. Me senté más erguida. "Nunca haría algo así. Jamás se me ocurriría algo así en toda mi vida". Pero Daniel no estaba escuchando.

"¿Entonces quién lo hizo?", preguntó en un tono más que acusador.

"Yo no", protesté. "Tú eres todo eso...".

Nunca debí buscar su proximidad.

Me enjuagué rápidamente las lágrimas y estuve a punto de exponer mi caso, pero entonces hice una pausa. Si creía lo que leía con tanta facilidad, ya no tenía sentido hacer nada.

"Siento mucho que me creas capaz de algo tan maligno", dije en su lugar, intentando desesperadamente sonar tranquila.

"No puedo lidiar con eso", fue todo lo que dijo antes de terminar la llamada. Sorprendida, me quedé mirando el teléfono. ¿Cómo había pasado de querer decirle que le quería a que me juzgara tan fácilmente y tan rápido?

Estaba sentada intentando procesar de alguna manera todo lo que Daniel dijo. Alguien tuvo que

filtrar la información. Lo único que sabía era que no había sido yo. También sabía que tampoco podía haber sido Tina. Aparte de su hermana, nadie sabía de nuestra conexión. Incluso en la conferencia habíamos tenido cuidado. No nos habíamos cogido de la mano delante de nadie ni habíamos salido a cenar juntos. Nadie sabía que estábamos juntos.

Chad.

Me cayó como un rayo. Chad nos vio juntos. Daniel me rescató de esa incómoda conversación. ¿Habría conectado los puntos? Necesitaba desesperadamente saberlo. Cogí el teléfono y marqué el número de su despacho, con la esperanza de que estuviera allí.

Me contestó una recepcionista que sonaba algo cansada y me dijo que el señor McMaster se había marchado ese día a San Francisco para cenar con unos clientes. Pensé rápidamente y se me escapó una mentira.

"Lo sé", dije riendo por lo bajo. "Soy la mujer de uno de los clientes y llego tarde. Pero olvidé la dirección del restaurante". Afortunadamente, la secretaria dijo una dirección antes de terminar la llamada. Era difícil de creer. El restaurante estaba a sólo seis manzanas.

Sin pensarlo, volví a ponerme los zapatos y me dirigí a la puerta.

Capítulo 24

Daniel

Iba a ir a casa de Caroline entonces volví a casa para ponerme algo más cómodo cuando Mia llamó. Estaba destrozado después de las dos llamadas con ella, los periodistas que habían intentado ponerse en contacto conmigo y todo lo que había leído en Internet.

Todo estalló. Con toda la ansiedad por mi operación, de lo único que estaba seguro era de lo mío con Mia. No sabía qué iba a pasar en la operación. Si viviría o moriría. Si amaría. Tal vez tendría un efecto positivo en mi curación. La magia y la maravilla de Mia se habían instalado en mi corazón por encima de toda la incertidumbre y el miedo.

Eso se acabó. Se volvió contra mí. Me utilizó a mí y a mi historia para su beneficio personal. Me quedé de piedra. Después de todo, siempre supe juzgar a las personas.

¿Cómo pudo engañarme tan fácilmente?

Tenía que recordar cada uno de nuestros encuentros. ¿Habría sido todo mentira? ¿Me engañó desde el principio? ¿Hasta dónde habían llegado sus cálculos? Pensé en la primera noche, cuando la descubrí en la pista de baile. ¿Se había puesto deliberadamente en mi camino? ¿O había urdido el plan cuando fui a su despacho? ¿Me conocía? ¿Conocía mi fortuna? Cuando vi el deseo en sus ojos, ¿había sido sólo el símbolo del dólar?

Caminé de un lado a otro, intentando deshacerme de la energía negativa. El timbre de mi teléfono me sobresaltó, pues había olvidado que lo sostenía con fuerza en la mano. Esperaba que apareciera el nombre de Mia, pero era uno de los accionistas de la empresa, Bob Johnson. Inmediatamente me asaltó un mal presentimiento.

Estaba preparado.

"Bob", dije, sabiendo lo que se avecinaba.

"Daniel", habló el hombre mayor. Era alguien a quien yo consideraba un sabio consejero desde hacía mucho tiempo y era una figura entre todos los implicados en Dresner Holdings. "Me acaban de informar de lo que está pasando".

"Yo también acabo de enterarme", respondí. Tenía que ser sincero con él. Hacerme el tonto o encubrir algo sólo me haría parecer deshonesto.

"¿Es cierto?". Bob nunca se había andado con rodeos. Con él, lo que veías era lo que había.

"No", le dije. "Una parte está basada en hechos, pero no toda".

"¿Así que estás enfermo?", quiso saber.

"Siempre lo he estado", respondí, las palabras sonaron como una admisión de culpa en mis oídos. "Es una enfermedad de por vida a la que puedo hacer frente y con la que puedo lidiar. Me enfrente a una operación. Pero la Dra. Larson no va a operarme". Se hizo el silencio y supuse que Bob estaba intentando procesar mi información.

"Lo siento", lamentó finalmente. "Siento mucho oír eso y también que la prensa se haya enterado".

Yo también lo sentía.

"Gracias", le contesté. "¿Has visto las acciones?". Soltó un fuerte suspiro.

"Sí, las he visto", aceptó. "Esa es una de las razones por las que te llamé. Hay que controlar los daños. ¿Tienes alguna idea?". Antes no tenía ninguna y ahora tampoco. En el poco tiempo transcurrido desde que todo se fue al garete, sólo había pensado en Mia y en su traición. Pero

Bob tenía razón. La empresa me necesitaba para salir de este lío antes de que empeorara.

"Voy a hablar ahora mismo con nuestro departamento de relaciones públicas", le anuncié mientras pensaba en lo siguiente. "Ellos nos ayudarán a desacreditar la tergiversación. El mercado habrá sufrido un revés al conocerse mi inminente operación, pero si aclaramos la desinformación, debería compensar bastante".

"Estoy de acuerdo", respondió. "Te dejaré todo eso a ti".

"Gracias", dije, exhalando sonoramente.

"Y... ¿Daniel? Aquí estoy. Para todo. No lo olvides. Ojalá me lo hubieras dicho antes". Su suave reproche me golpeó profundamente. Quizá no había hecho lo correcto. Siempre creí que mantener mi estado en secreto protegería a mi empresa y a los implicados de preocupaciones y especulaciones innecesarias. Pero quizá me equivoqué.

Cuando terminamos de hablar, me acomodé en el sofá. El subidón de adrenalina me había agotado y la idea de hacer el viaje a Staten Island de repente no me resultaba tan tentadora. Pero Caroline y Bella me estaban esperando, así que me levanté, cogí las llaves y la cartera y me dirigí al ascensor.

Normalmente, el trayecto hasta casa de mi hermana era relajante. Ponía música o escuchaba podcasts y aprovechaba el tiempo para desconectar del trabajo y de la ajetreada vida cotidiana y relajarme. Esta vez, por desgracia, fue diferente. Cuando llegué al puente, había hablado con otros tres accionistas, uno más preocupado que el otro. El primero me acusó abiertamente de haberlos engañado a todos, el segundo intentó convencerme de que fuera a ver a su cuñado, que era cirujano, y el tercero me preguntó si yo había provocado todo aquello.

Esto último me disgustó más que cualquier otra cosa. ¿Qué habría ganado yo difundiendo la noticia? Me había pasado todo el viaje intentando convencer a cada uno de ellos de que yo salvaría el día. Incluso había llegado a calificar mi operación de "rutinaria". Las conversaciones habían terminado amistosamente, pero yo estaba hecho un lío.

Cuando me detuve frente a la casa de Caroline, quise dar media vuelta y regresar. Estaba a punto de dar la vuelta con el coche cuando mi hermana abrió la puerta principal y salió al porche.

"Hola", la llamé mientras abrí la puerta del Range Rover y salí cansado. Caroline esperó hasta que subí las escaleras para darme un abrazo y yo me incorporé aliviado.

"¿Estás bien?", quiso saber de mí. Sacudiendo la cabeza, di un paso atrás y suspiré sonoramente.

"Todo salió...", dije con tristeza y Caroline asintió.

"Lo sé", me contestó. "Ya lo he visto. Entra, he preparado café. A menos que necesites algo más fuerte". De buena gana la seguí al interior de la casa.

"Las dos cosas", le dije. "Necesito café y un whisky".

Se rio, pero no había alegría en su tono. Sonaba hueca y así me sentí yo también. Su cocina era tan cálida como siempre y me senté en uno de los taburetes frente a la encimera.

"No creo que el whisky sea una buena idea", dijo Caroline vacilante. Sabía que guardaba una botella del bueno en el armario junto a la cocina y una mirada mía fue suficiente. Se dio la vuelta y cogió un vaso. Mientras Caroline me servía la bebida, percibí un intenso olor a carne y miré hacia la cocina.

"Pasta", dijo Caroline, siguiendo mi mirada. "Espaguetis a la boloñesa, para ser exactos. Bella pensó que te gustarían". Mi sobrina me conocía bien y tuve que sonreír. Era la comida reconfortante perfecta.

"Hablando de Bella", dije. "¿Dónde está?". Caroline me miró.

"Arriba", contestó. "Puede que necesite hablar un poco, pensé". Así era mi querida Caroline. Siempre sabía lo que necesitaba antes de que se me ocurriera a mí. Se había recogido el pelo rubio en un moño desordenado y llevaba puesto el delantal que Bella y yo le compramos las Navidades pasadas. Tenía las mejillas sonrojadas de tanto cocinar, pero parecía triste.

"Es difícil de creer", continué hablando. "Cuesta creer que todo pueda arruinarse tan rápido...". Luego hice una pausa, buscando las palabras.

"Es más que eso", dije finalmente. Di un gran sorbo al whisky que tenía delante. Me recordó a la cena con Mia y la bebida se volvió amarga en mi boca. "Dresner es todo por lo que he trabajado toda mi vida. Es más importante que yo. Toda la gente que trabaja para mí...". Me quedé en silencio. Las implicaciones de esta noticia podrían hacer redundantes los arreglos que hice para mi personal.

Mi patrimonio personal no se vería tan afectado y Caroline y Bella estarían a salvo, pero ¿si Dresner no se recuperaba? Entonces estaría en juego algo más que mi destino.

"Voy a decirte algo", anunció Caroline. Su tono era autoritario y, cuando la miré, estaba de pie, con las dos manos en las caderas y una mirada decidida. "Te *conozco*. Vas a *salir* de esta".

"No lo sé", dije, secándome la cara con cansancio. "Esta vez no me apetece".

"Porque es personal", rebatió ella. "Siempre tienes un plan. Pero yo creo en *tí*, aunque ahora no creas *tú* en *tí mismo*". Se giró hacia la cocina y removió la salsa boloñesa. Eso me dio un momento para ordenar mis pensamientos.

"No es todo el trabajo lo que me preocupa", comenté. "Sé que puedo minimizar los daños y recuperar la confianza. Pero no tengo ni idea de si podré hacerlo en menos de una semana". Se hizo el silencio. Entre Caroline y yo estaban las palabras que no se habían dicho.

Antes de la operación.

"La operación es importante", continué, "y necesito estar mentalmente preparado para ella".

"Estoy de acuerdo". Caroline se giró hacia mí y estaba apoyada en la encimera de la cocina con los brazos cruzados.

"¿Hay alguien que se encargue de las relaciones públicas?", quiso saber. Asentí con la cabeza.

"Informé al jefe de relaciones públicas", respondí, "e inmediatamente se reunieron y están trabajando en una respuesta". Caroline asintió.

"Bien", asintió, "porque tienes razón. Lo importante ahora es entrar en la operación con una actitud positiva y salir de ella así. Has formado un equipo increíble en Dresner. Es bueno que puedas confiar en ellos". Ella tenía razón. Mi equipo era estupendo. Estaban motivados, eran capaces y trabajadores, y se les pagaba en consecuencia porque una cosa era muy importante: eran mi inversión para el futuro de la empresa.

"Estaría muy bien que pudiera acompañarte", dijo Caroline. Fue hacia la tetera y la llenó, me la acercó y la colocó junto a dos tazas en la encimera. Después cogió leche de la nevera, se sentó en un taburete y me miró.

"Al menos tienes a Mia contigo", dijo mientras servía leche y añadía azúcar. "Sé que cuidará de ti". Me enfadé.

"¿Mia?", dije con amargura. "No. Mia no cuidará de mí". Ante mis palabras Caroline frunció el ceño, con una cucharilla en la mano mientras me miraba interrogante.

"No lo entiendo", dijo, "Mia está preocupada por ti". Antes de que terminara de hablar, negué con la cabeza.

"¿Quién crees que hizo pública la historia?", le pregunté, molesto. Caroline se echó hacia atrás, sorprendida, y yo tuve que suspirar. No podía desquitarme con ella.

"Lo siento", me disculpé y bajé la voz. "Pero es evidente que no has leído todo lo que he leído. Mia está en bancarrota. Esta operación ha puesto su nombre en los titulares. La operación de un multimillonario hará famosa su consulta". Esta vez fue Caroline la que negó con la cabeza.

"No", dijo rápidamente. "No me lo creo ni por un segundo". Su negación significó poco para mí, porque yo sabía la verdad. Los detalles que se habían revelado no podían provenir de otra que de Mia.

"Porque siempre piensas lo mejor de la gente", le reprendí. "Fue un error que me enamorara de ella. Me pilló de piedra".

"Mia es simpática", argumentó Caroline, "la he visto contigo y con Bella. No puedes fingir tanto". Tomé otro largo sorbo de whisky, dejé el vaso y me quedé mirando por la ventana de la cocina a la luz del atardecer. Las luces del jardín se habían encendido, dando a la vegetación un brillo exótico.

"Que lo haya filtrado o no es irrelevante en este momento", dije. "Ahora mismo tengo que preocuparme de superar la operación de alguna manera. Después de eso, me ocuparé de Mia".

"¿Eh?". El inquietante sonido procedía de la puerta de la cocina y vi a Bella allí de pie, con el rostro pálido por el susto. Su labio inferior empezó a temblar y tiró de su pijama de tigre con deditos nerviosos.

"¿Tío Daniel?". Empezó a llorar de nerviosismo y yo me levanté rápidamente y la cogí en brazos.

"Hola, cariño", le susurré y le di un beso en la mejilla mientras la llevaba de vuelta al mostrador y la sentaba en él. Luego cogí mi taburete y le cogí las manos.

"Siento que hayas tenido que oír eso", le dije mirándola a los ojos azules. Soltó un sonoro resoplido.

"Dijiste que lo intentarías", se quejó con una voz tan tierna y asustada que casi me rompió el corazón, "que no tenías que morir".

"No si puedo evitarlo de algún modo", la animé. "En San Francisco un médico muy bueno me reparará el corazón. Y luego volveré contigo y te abrazaré durante un año". Bella pensó en esas palabras. Tenía los ojos enrojecidos, pero había dejado de llorar.

"Pero no puedes", dijo finalmente, "porque tengo que comer y dormir y jugar y nadar e ir al colegio y comer y dormir...". Caroline se echó a reír, una risa de alivio. Yo también me uní y pronto las tres estábamos riendo.

"Bella, hablo en serio", dije cuando nuestras risas se apagaron. "Haré lo que sea para volver a casa contigo".

Si podía.

Mis palabras eran una frase vacía. De ninguna manera podía prometerles a Bella y Caroline que volvería. Pero mis palabras tuvieron el efecto deseado, ya que Bella pareció olvidar la tristeza de los últimos minutos. Se deslizó hasta el borde de la encimera, luego la levanté y la vi caminar hacia el salón y el televisor.

"Gracias", dijo Caroline con alivio. Nuestras miradas se cruzaron. "Gracias por ser tan buen tío. Sé lo difícil que debe ser para ti".

"Nada será nunca más importante para mí que vosotras dos", respondí, tendiéndole la mano a través de la mesa. "Superaremos esto".

Capítulo 25

Mia

El trayecto en taxi hasta el restaurante, a seis manzanas de distancia, se me hizo eterno. Cada dos minutos miraba el reloj, preocupada por si perdía la oportunidad. Furiosa, me puse en marcha y no había forma de perder esta oportunidad.

Para reforzar mi confianza, repasé una y otra vez en mi mente lo que iba a decir y archivé cuidadosamente las preguntas y acusaciones. Pocas veces en mi vida había llegado a este nivel de ira. De hecho, no recordaba haberme sentido *así* nunca. Las normas estaban para cumplirlas. Llegué muy lejos en mi carrera porque siempre actué con absoluta determinación y propósito. No lo habría conseguido si me hubiera dejado llevar por lo irracional. Nunca había tenido que lidiar con la ira o la rabia, ni mucho menos con el odio descarado.

Pero como amaba a Daniel, mis emociones afloraron y estaba dispuesta a romper las reglas por él.

Cuando por fin el taxi se detuvo frente a dicho restaurante, respiré hondo porque estaba inmensamente nerviosa.

Podía hacerlo. Tenía que defender a Daniel.

Con esta certeza, pagué al conductor y, nada más bajar, fui consciente de los ruidos nocturnos a mi alrededor. Las parejas pasaban a mi lado, cogidas de la mano, sus sonrisas y risas contrastaban con mi corazón acelerado y mi expresión obstinada.

Tiempo perdido. No tenía sentido que observara la vida nocturna.

Volví a concentrarme, me colgué el bolso al hombro y me dirigí hacia el restaurante, deteniéndome brevemente para abrir la puerta principal. Registré las voces apagadas de los clientes y el tintineo de los vasos en la barra, así como la cara sonriente de una camarera con un ceñido vestido negro de licra.

"¿Puedo ayudarle?", me preguntó, inclinándose sobre el mostrador tras el que se encontraba. Mi mirada buscó a Chad por todo el restaurante.

"Busco a Chad McMaster", le dije, devolviéndole la sonrisa como si fuera una invitada legítima y no estuviera dispuesta a buscar pelea. Buscó un menú encuadernado en cuero y me hizo un gesto para que la siguiera.

"Por aquí", me indicó con un gesto, y caminó entre las mesas con caderas oscilantes y algunos de los comensales masculinos lanzándole miradas de admiración. Volvió a surgir mi enfado por la inminente discusión, pero antes de que pudiera seguir pensando en ello, la camarera me señaló en dirección a una mesa grande donde estaban sentados varios hombres.

"Su mesa", me hizo saber. Por lo que parecía, los hombres trajeados que estaban frente a mí llevaban ya dos o tres copas cada uno con la cantidad de vasos que había sobre la mesa y no tenían intención de parar.

Entonces miré a Chad directamente a la cara cuando me reconoció. Me miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa e inmediatamente después, una extraña expresión cruzó su rostro. Al principio era confusión, pero fue inmediatamente sustituida por una arrogancia que le daba un aire aún más arrogante del que ya mostraba todos los días.

"Mia", me saludó jovialmente, levantándose y volviéndose hacia los demás hombres. "Esta es la doctora Mia Larson, socia y buena conocida". Luego se volvió hacia mí con el ceño

ligeramente fruncido.

"¿Le apetece tomar una copa con nosotros?". Lo había dicho en voz alta, pero luego bajó la voz. "Está claro que vendrían a verme. Sentí una conexión con ellos en la conferencia y sé que tú también". Aspiré con rabia y volví a resoplar.

"Chad", espeté, diciéndole lo que pensaba. "La única conexión que quiero es mi puño con tu cara. Eso es un no a la bebida". Dio un paso atrás, chocando con la pata de una silla.

"Para ver tu cara cuando te haga una pregunta, esa es la única razón por la que estoy aquí", dije tan tajante y ferozmente como nunca lo había hecho. Chad recuperó la compostura, retomó su sonrisa habitual y me miró desafiante.

"¿Y qué clase de pregunta es ésta?", me espetó, con la voz lo bastante alta como para que se le oyera. "Si se trata de matrimonio, la respuesta es no". Un par de los hombres de la mesa se rieron descaradamente, pero dos tuvieron la decencia de parecer avergonzados.

"¿Hiciste pública la información sobre la enfermedad de Daniel?", quise saber. Entonces me puse las manos en las caderas y de repente me di cuenta de lo agresiva que era mi postura... pero ahora me daba igual.

"¿Daniel?", preguntó Chad. "Supongo que si eres tan buena amiga del *señor Fielding*, sólo puedo suponer que *tienes* tratos con él fuera de tu consulta".

Mi cabeza se puso roja de ira. El hecho de que tuviera razón no tenía importancia. Con quién me acostara no era asunto de nadie. Pero el hecho de que se atreviera a decirlo en voz alta delante de otras personas era impertinente.

"Si crees que ese comentario me molesta", empecé, "te equivocas. Sólo demuestra lo miserable cerdo que eres. Responde a la pregunta". Ahora fue el turno de Chad de sonrojarse. Su orgullo estaba herido y yo sabía que no iba a dejar que eso se quedara así.

"¿Sabes qué?", me gruñó, con saliva formándose en sus horripilantes labios mientras gritaba en mi dirección. "Yo lo hice. ¿Y sabes por qué?". Entrecerré los ojos pero no contesté porque probablemente la pregunta era retórica.

"Porque", continuó, "la transparencia es importante, la transparencia es muy importante".

El comentario era tan poco convincente que no pude evitar sonreír. Pero no perdí la ironía. A Chad le importaba un bledo la transparencia, le importaba hacer daño a Daniel. Y lo consiguió.

"Tú", le dije, con la voz hirviendo de ira "eres un cobarde. Los dos sabemos que no es por eso. Simplemente no eres lo bastante hombre para decirlo en voz alta". Chad abrió y cerró la boca brevemente, aparentemente sin palabras, hasta que me señaló con un dedo tembloroso.

"Compórtate, Larson", dijo en voz baja y amenazadora. "Si tu querido Daniel se va, compraré su empresa". La inmoderada insensibilidad de sus palabras y la crueldad de su voz me dejaron sin habla.

"Y entonces tendrás que trabajar conmigo", continuó. Antes de que terminara la frase, negué con la cabeza.

"Eso. Nunca", le dije en voz alta. "*Nunca* trabajaré contigo. Y Daniel *estará* allí". Chad me sonrió burlonamente y volvió a enarcar una ceja.

"Si estás tan segura", preguntó, "¿por qué no lo operas tú misma?". Sus palabras me golpearon con tal fuerza que se me cortó la respiración y se me revolvió el estómago. Pero, a pesar de lo repulsiva que fue su pregunta, tenía algo a su favor.

Si creía que Daniel sobreviviría, si realmente lo creía, ¿por qué me negué? No había respuesta posible. Me quedé muda. Cada gramo de ira y rabia se convirtieron en miedo y duda. Me di la vuelta bruscamente y me alejé a toda prisa entre las mesas. La camarera me miró confundida

mientras corría a su lado, pero no pude detenerme. Mi pie golpeó la puerta y estaba en la acera justo cuando empezaban a brotar mis lágrimas.

Capítulo 26

Daniel

Las carreteras del aeropuerto estaban abarrotadas. Por el camino, en el taxi, o miraba aturdido por la ventanilla o comprobaba en mi tablet si había noticias sobre el valor de las acciones de mi empresa. El equipo de relaciones públicas había hecho maravillas. Al desacreditar a la fuente, el valor de las acciones volvió a subir. Y al hablar abiertamente de mi enfermedad y mantener una actitud positiva, las cosas iban mejor. El equipo jugó la carta de la compasión y se centró en la importancia de la empresa. Se envió un comunicado de prensa a todas las revistas especializadas sobre nuestro nuevo equipo financiero, lo que pareció animar al mercado.

En un momento en el que debería estar centrado en mi salud, estaba más preocupado por la empresa.

Y por Mia.

Quería dejar de lado lo que sentía por ella y aclarar mis ideas. Pero durante ese viaje en coche, sólo podía pensar en ella. En su cara, sus ojos, su sonrisa encantadora. Quería sentir sus manos y todo su cuerpo contra mí.

Estaba solo y miré el móvil: no había llamadas perdidas. Eso era bueno y malo a la vez. Significaba que el negocio iba bien, pero también que Mia no había llamado.

"Aquí está". La voz grave del conductor me hizo levantar la cabeza. Habíamos aparcado delante de un alto edificio de acero y hormigón.

Clínica Mayfair.

Esta era la primera de las citas de la lista de candidatos de Mia. El Dr. Jay era el primero, así que fue mi primera visita.

"Gracias", respondí, estirándome para coger la bolsa de viaje que había en el asiento de al lado. Antes de que pudiera alcanzar la puerta, el conductor saltó del coche y abrió la puerta él mismo. Le di las gracias con la cabeza y me detuve un momento en la acera.

"¿Señor?". El conductor se quedó mirándome inquisitivamente.

"Todo va bien", le dije. Pero era mentira. El corazón me latía deprisa y de pronto fui dolorosamente consciente de lo solo que estaba. Un paso, luego otro, y me obligué a caminar hacia las puertas del vestíbulo. Se abrieron en silencio y entré en la frescura del edificio. Inmediatamente me llamó la atención el mostrador de información, justo al lado de una cafetería y una farmacia.

"Dr. Jay", dije en voz baja cuando la joven que estaba sentada detrás levantó la vista.

"Consulta 204", respondió. Señaló el ascensor situado junto a la zona de información. "Segunda planta, a la derecha del ascensor".

Cinco minutos más tarde me encontraba en la consulta del Dr. Jay, mirando los grises y azules apagados y el arte abstracto de las paredes.

"El doctor está listo para usted", me hizo saber la recepcionista y me quedé muy sorprendido. Nunca antes había visto a un médico puntual. La mujer sonrió.

"La doctora Larson y el doctor Jay se conocen bien", me explicó, "la doctora Larson ha insistido en lo importante que es esta cita". De alguna manera tuve la sensación de que Mia estaba cerca, aunque no podía ser el caso. Con la mirada perdida, respiré hondo para que la recepcionista no viera la emoción en mi rostro. Sonriendo, me volví hacia ella, que me señaló la

puerta cercana.

"Sr. Fielding". El Dr. Jay se levantó cuando entré en la habitación y me saludó. Era de mediana edad, con el pelo gris acero corto y más fuerte y tonificado de lo que habría esperado de un médico. Su bata blanca dejaba ver su piel morena y su reloj era la última versión deportiva de un smartwatch.

"Dr. Jay", respondí. "Encantado de conocerle". Volvió detrás de su escritorio, tomó asiento y señaló con la cabeza la silla junto a la que yo estaba.

"No le haré perder el tiempo con charlas", dijo. "Por lo que me ha dicho la Dra. Larson, esto es serio. Y aunque he leído su historial médico, voy a hacerle algunas pruebas yo mismo antes de hablar. ¿Le parece bien?". Asentí con la cabeza. Mia me había preparado para esta situación. La puerta de al lado se abrió y entró una mujer con bata blanca.

"La doctora Vender le acompañará a la habitación de al lado y preparará todo", continuó. "Enseguida voy". Asintiendo, me levanté, sin saber si apreciar la franqueza del Dr. Jay o si estaba ocupado, juzgando su falta de modales con los pacientes. Pero seguí a la Dra. Vender de todos modos, luchando contra el impulso de pensar en la única persona que quería conmigo.

Mia.

Pasaron casi tres horas. Tres horas de pinchazos, agujas y escáneres hasta que por fin me encontré delante de la impresionante mesa de caoba del despacho del Dr. Jay. Estaba hojeando la carpeta que tenía delante. Me incliné hacia delante, apoyé los codos en las piernas y sentí cómo aumentaba la tensión en los hombros mientras esperaba su declaración.

Mis pensamientos estaban con Caroline mientras esperaba las noticias en casa. Más que mis propias esperanzas dependían de ello. Pero vi la respuesta en sus ojos incluso antes de que pronunciara una palabra.

"No tiene buena pinta", dijo finalmente, dejando la carpeta en el suelo. "El estado de su corazón y de las venas circundantes es mucho peor de lo que me dijo la doctora Larson. Sería negligente si no le dijera lo peligrosa que podría ser la cirugía para usted".

"¿Eso es un no?", pregunté. "¿No quiere operarme?". El Dr. Jay suspiró con fuerza.

"Desgraciadamente, sí", dijo. "Quiero operarle y ayudarle. Pero no sé cómo ayudarle a obtener un resultado positivo". Lo que intentaba decirme ya lo sabía. Pensaba que iba a morir en la mesa y no creía que sobreviviera. Me invadió un sentimiento de desesperanza y soledad. En vano intenté no alterarme y prepararme mentalmente en cada visita al médico y en todas las pruebas a las que me sometía.

Respirando hondo, me planteé brevemente intentar persuadirle. Pero otra mirada a su expresión decidida en sus ojos azul grisáceo me hizo ponerme en pie con resignación.

"Gracias por dedicarme tu tiempo", le dije, tendiéndole la mano para estrechársela.

"No hace falta que me lo agradezca", contestó amablemente. "Habría estado encantado de ayudarle".

No tardamos más de cinco minutos en arreglar las formalidades en la oficina de recepción. Todo el tiempo estuve callado, pero cuando volví a salir me detuve, me apoyé en la pared y cerré los ojos.

Me sentí desesperado, solo, como si no hubiera futuro para mí. Anteriormente había conseguido liberarme de nuevo, pero hoy era diferente. La vida sin Mia era mucho más dura porque sabía lo hermosa que había sido con ella.

Por un momento pensé en llamarla y saqué el móvil del bolsillo. El sonido de su voz me bastaría. Lógicamente, ella se pondría en contacto con el Dr. Jay. Era a Mia a quien necesitaba,

no a la Dra. Larson.

¿O no?

La verdad era que las necesitaba a las dos. A Mia por mí y a la Dra. Larson por mi corazón. Volví a guardar el teléfono en el bolsillo, cogí la bolsa de viaje y me dirigí a los ascensores. Una pareja de ancianos también estaba en el ascensor y me llamó la atención lo cariñosa que era la mujer con su marido, evidentemente enfermo. Le cogió del brazo, se apoyó en él y le murmuró algo que no pude entender. Con un poco de envidia, la admiré.

Era un aspecto con el que nunca había lidiado hasta que Mia entró bailando en mi vida. El amor, el matrimonio y compartir la vida con alguien nunca fueron mi intención. Pero nuestro corto tiempo juntos despertó en mí el anhelo de una relación de verdad.

En la planta baja del hospital, me dirigí a la cafetería, encontré un asiento junto a la ventana y pedí al camarero un café descafeinado y un croissant. Volví a sacar el móvil y escaneé el correo electrónico que Mia me envió con todos los datos de contacto de los médicos que me había recomendado.

Por precaución, avisé de las citas pero no las confirmé definitivamente, esperando que el Dr. Jay accediera. Para cumplir mi promesa a Caroline, ahora tenía que confirmar la cita de mañana e intentarlo de nuevo. El camarero me puso delante el café humeante y lo que olía a croissant recién horneado con mantequilla, mermelada y queso. En realidad no tenía hambre, pero sabía que tenía que comer algo.

Entre un bocado de bollería y un sorbo de lo que era el café sin cafeína, llamé al jefe de mi departamento de relaciones públicas en lugar de a Mia.

"¿Cómo van las cosas?", pregunté, sabiendo perfectamente que todo el equipo me oiría por el altavoz del despacho diáfano.

"Estamos recibiendo una respuesta muy positiva a los últimos comunicados que hemos publicado", dijo el jefe de relaciones públicas. "Sobre todo en las redes sociales. Los comentarios son más amistosos y compasivos que condenatorios".

"¿Pero qué significa eso para las acciones?", interpose con curiosidad. Las acciones eran el indicador de la confianza del público en mí y no conocía a muchos banqueros o inversores que tomaran decisiones basándose en los mensajes de las redes sociales.

"No olvides que hemos emitido un comunicado de prensa exhaustivo", continuó. "Además, hemos suministrado a todos los principales medios de noticias 'historias filtradas'. Ahora mismo es un juego de esperar y ver, pero como puede ver, las acciones han empezado a mejorar, aunque lentamente".

Tenía razón. Era lo primero que comprobé tras confirmar mi cita. Lo que hicieron funcionó y tenía que elogiarles.

"Además", continuó el jefe de equipo, "hay algo más que quizás quiera saber. Parece que la doctora Larson *no* fue la que filtró todo".

Eso llamó mi atención. "¿En serio? ¿Qué le hace pensar eso?", quise saber, esperando que tuviera razón.

"Investigamos las acusaciones de que su consulta estaba en quiebra. Resulta que era una tontería. Su consulta va muy bien".

"¿Está seguro?".

"Absolutamente", dijo convencido. "Le va muy bien".

Cuando oí esta noticia, respiré aliviado. Pero, al mismo tiempo, me invadió la culpa por haberla juzgado así y haberle hablado con maldad. Me sentí muy avergonzado por haberme enfadado

tanto con ella y haber confundido a Mia con alguien que no era. Consideré brevemente si debía llamarla para aclarar las cosas, pero luego me sentí demasiado avergonzado. ¿Y si rechazaba mi llamada y no quería volver a saber nada de mí? No podría culparla por esa reacción.

Dejé de pensar en ella y volví a centrarme en mi interlocutor. "¿Hay algún indicio de quién fue el responsable de esto?".

"Todavía no. Estamos trabajando en ello, pero te avisaremos en cuanto lo sepamos". Esa noticia me decepcionó, pero sabía que la probabilidad de averiguar algo era bastante escasa. Así que me apresuré a dar las gracias a mi equipo por la información y terminé la llamada.

Respiré hondo y miré a mi alrededor. Había estado en cafeterías de hospital lo bastante a menudo como para saber cómo evaluar a la gente que me rodeaba. La mujer con los ojos enrojecidos de enfrente esperaba a un ser querido que acababa de ser operado. La pareja con el cochecito vacío a mi derecha tenía un hijo enfermo al que estaban examinando. A mi alrededor había signos de debilidad y fortaleza humanas y me pregunté en qué categoría entraría yo ahora mismo. Dejé algo de dinero sobre la mesa, cogí mi bolsa de viaje y salí a la acera. No tenía intención de llamar al siguiente coche urbano. Ahora quería el impersonal asiento trasero de un appestoso taxi normal. Quería ser un tipo corriente en un lugar corriente. No Daniel Fielding, jefe de una empresa, que pronto podría morir. No tener que esperar a ser informado de mi destino.

Capítulo 27

Mia

Corté la película de Netflix que me puse y volví al menú. No podía soportar una historia de amor en ese momento, y menos la película navideña que seleccioné tontamente. Distraídamamente, me desplazé por las opciones disponibles y me decidí por una película que ya había visto antes. No era buena, ni siquiera regular. Pero tenía una gran ventaja: no había romance ni enfermedad de por medio, y sólo por eso me recosté y la vi.

El bol de helado que había en el sofá a mi lado era el tercero. Por alguna razón, era lo único que me apetecía comer. Me salté el desayuno, bebí una taza de té y me quedé mirando la tostada sin tocar que tenía delante. Había planeado muchas cosas. Había planeado ducharme, vestirme e ir a trabajar, pero no fue así y eso fue un error.

Uno muy grande.

Algunos considerarían decadente ponerse un pijama a las tres de la tarde. Pero mi atuendo actual era el resultado del exceso de trabajo, no del hedonismo. Me resultaba imposible pasar el día y salir del piso. Era como si me hubiera retirado de mí misma, por así decirlo. Mi fuerza, mi deseo constante de ayudar a la gente y mi energía permanente habían desaparecido. Debajo de todo el dolor que sentía, no podía volver a encontrar nada de eso.

Hice todo lo que pude para distraerme de Daniel. Siempre me fui muy reservada, con la excepción de Tina, a quien le contaba todo. Me aislé de todo el mundo. Mi vida sólo había girado en torno a mi profesión y mi trabajo, en torno a mis pacientes y al cambio que quería provocar en las enfermedades del corazón.

Y, sinceramente, no me di cuenta de lo que realmente sentía por Daniel hasta que fue demasiado tarde. Los sentimientos por él me abrumaron.

Unos golpes en la puerta del piso me sacaron de mis pensamientos. No había escuchado el interfono, así que no estaba segura de cómo la persona había accedido al edificio. Suspirando, dejé el helado, puse la película en pausa y me incorporé lentamente. Era una fiesta de desamor "para uno" y no quería hablar con nadie en pijama. Todavía llamaban a la puerta cuando me acerqué y vi a Tina a través de la mirilla, mi Tina.

Abrí inmediatamente la puerta, pero antes de que pudiera saludarla, me empujó y entró en el salón.

"Me alegro de verte", murmuré, cerré la puerta y seguí a mi mejor amiga, que se paseaba furiosamente por la alfombra entre la cocina y el salón. Llevaba su conjunto azul marino favorito, la falda ajustada acentuaba su estrecha cintura y la chaqueta entallada sus curvas.

"Hola", dije, deteniéndome en la encimera de la cocina para ver a Tina dar otra vuelta sobre la alfombra.

"¿Hola?". Tina había hecho una pausa, con las manos en las caderas y los ojos entrecerrados. Este lenguaje corporal era revelador, así que mejor esperé.

"¿Hola?", repitió, "¿Eso es todo lo que tienes para mí?". Ahora me tocaba a mí fruncir el ceño. No fui yo quien irrumpió en su piso sin saludarla. Tina se me adelantó cuando intenté decírselo.

"Me debes una explicación", me retó en voz baja.

"¿Por qué?", quise saber. Tina negó con la cabeza y, en lugar de responder, me señaló a mí y a lo que llevaba puesto y luego al helado y al televisor. Se comportaba como una madre con su

hijo travieso al que hay que castigar.

"Si...", empecé, pero Tina levantó la mano.

"Si estás intentando decirme que estás enferma", dijo, "es una pérdida de tiempo. Sé que no lo estás". Mi cara se calentó, pero no podía decir si era vergüenza o rabia. Estaba muy aturdida y lo último que necesitaba eran sermones de mi mejor amiga en mi propia casa. Los ojos empezaron a escocerme y apenas pude contener las lágrimas que inevitablemente correrían por mis mejillas en cualquier momento.

Respiraciones profundas me ayudaron a deshacerme de la opresiva sensación. Entonces volví a tomar asiento en el sofá, tal y como hice antes de que Tina llegara.

"Escucha", dije, cruzando las piernas. "No es que esté enferma".

"Ya lo veo", convino Tina, acercándose al sofá de enfrente y dejándose caer en él. De nuevo tuve que suspirar.

"Pero llamaste diciendo que estabas enferma", me rebatió, cruzando una pierna tensa sobre la otra. "Creía que nos habíamos prometido ser sinceras la una con la otra. Pero no es el caso". Lentamente asentí, porque no podía negarlo. Las lágrimas que estuve reprimiendo todo este tiempo se abrían paso inexorablemente y quería secármelas furiosamente de los ojos. El rostro de Tina se suavizó notablemente. Ella también suspiró, se inclinó hacia delante, apoyó los brazos en los muslos y me miró con seriedad.

"Lo siento", dijo por fin. "No quería hacerte llorar". Negué con la cabeza, aún incapaz de hablar. Tina esperó, observándome atentamente. Al cabo de unos minutos se levantó y fue a la cocina. Empezó a preparar té y puso las tazas, la leche y el azúcar en una bandeja. Luego rebuscó en el armario de la comida, sacó galletas y las añadió.

"Toma", me dijo, poniendo la bandeja en la mesita delante de mí. "Si esto no ayuda, usaremos las cosas duras". Movié sus cejas perfectamente peinadas y tuve que sonreír a pesar de mis lágrimas.

"Lo siento", susurré y moqueé. Tina cogió la caja de pañuelos y me los dio antes de volver a sentarse.

"¿Puedes decirme qué te pasa? ¿Es quizá por todo el asunto de los medios de comunicación?", preguntó, con los ojos muy abiertos al tener que pensar ahora en este incidente. Asentí con la cabeza y me limpié los ojos con uno de los pañuelos.

"Sí, claro. Pero Daniel...". Estaba a punto de continuar, pero Tina me interrumpió.

"¿Qué ha hecho?", quiso saber preocupada. Rápidamente levanté una mano para ayudarla a recuperar la compostura.

"No es eso", le expliqué. "Cuando me envió la nota con la urgencia, todo se filtró, todo sobre su enfermedad y sobre nuestra relación...". Tina se apoyó en el sofá y miró al techo. Se quedó pensativa. Luego volvió la mirada hacia mí.

"Mira", dijo lentamente. "Claro que no es lo ideal. Pero quizás sea lo mejor. Ahora la gente lo sabe y ya no hay necesidad de esconderse". De nuevo tuve que sacudir la cabeza.

"Sí que la hay, el precio de las acciones ha caído por ello y Daniel se ha enfadado más de la cuenta cuando no debería. Pero eso no es todo. También se ha alegado que estoy en bancarrota".

"¡¿Qué?!". El grito indignado de Tina resonó en el piso. Su rostro se enrojeció de ira. "¿Quién *demonios* ha *dicho* eso?". Estaba estupefacta y por segunda vez en quince minutos levanté la mano para tranquilizarla.

"No lo sé", dije rápidamente. "Tengo una sospecha, pero te la contaré más tarde. Daniel también lo ha visto y leído todo, por supuesto. Supuso que nuestro encuentro no fue una

coincidencia. Que yo quería ayudarle para hacerme publicidad...". Hice una pausa, aspiré con fuerza y volví a secarme los ojos.

"Ha volado hasta aquí esta mañana y yo tenía que acompañarle. Ése era el plan. Pero ahora no quiere saber nada de mí". Al decirlo en voz alta, el dolor volvió a invadirme. Intenté contener los sollozos. ¿Cómo llegué a eso? De estar enamorada a estar sola.

Por los corazones rotos.

"Oh, Mia", se compadeció Tina y se sentó a mi lado. Me rodeó con sus brazos y me abrazó con fuerza.

"Estaba tan disgustado", susurré. "Pero se supone que no debe estar molesto en absoluto y concentrarse en su operación. Todo esto es culpa mía, Tina. Le he hecho daño. Lo he estropeado todo". Tina me abrazó más fuerte y yo escuché el latido constante de su corazón, sacando fuerzas de él.

"Mia", empezó, "es imposible que sea culpa tuya. Conociste a un hombre en una pista de baile. Luego vino a tu oficina al día siguiente. No es un montaje, ¿verdad? Y Daniel lo entenderá cuando se lo expliques. *Tienes que llamarle*".

Me solté de su abrazo y me giré para sentarnos frente a frente.

"No", dije rápidamente. "Eso sólo le disgustará más". Tina se encogió de hombros.

"Es un adulto", me rebatió, "y tiene derecho a saber la verdad". Tuve que pensar en esas palabras. Quizá tuviera razón. Posiblemente tenía derecho a saber. Pero los pensamientos se agolpaban en mi cabeza y no conseguía dar sentido a ninguno de ellos.

Tenía claro que Daniel merecía sinceridad. Pero tenía que sopesar si quería asegurarme de que estuviera tranquilo por el momento. Le esperaba una operación importante. No podía entrar en ella hecho un manojo de nervios.

"Prometo que lo pensaré", le aseguré finalmente y tomé un sorbo de té. Antes de volver a dejar la taza, dije: "De verdad, algo más fuerte sería definitivamente mejor". Tina se rio y se acercó a la nevera.

"¿Quieres que te diga algo?", me dijo. "Te daré una copa si prometes pensar en lo que te he dicho". No había necesidad de responder. No había nada más que pensar de todos modos.

Daniel.

Ahora estaba allí sentada pensando en la última vez que nos vimos. En el beso que nos dimos antes de irnos. En la sensación de estar en la cama con él. No pensaba en otra cosa. Pero cuando Tina volvió con lo que parecía un gin-tonic, no estaba preparada para decidir qué hacer. Tomé un sorbo y tuve que toser.

"¿Qué demonios es eso?", quise saber. Tina se rio.

"Es un triple", contestó riéndose. "Seguro que te ayuda a pensar". Se quitó los zapatos y la chaqueta y los tiró sobre el respaldo del sofá.

"Vamos a ver algo en la tele", dijo, "y si quieres hablar, dilo". Siempre estaba ahí para mí y la quería por eso.

"Gracias", susurré con una sonrisa. Ella me hizo un gesto con la mano y luego se dejó caer de nuevo en el sofá, juntando las piernas y volviéndose hacia la televisión.

"Adelante, Larson", dijo, y yo pulsé el play, pero mi mente estaba en otra parte, no en la película. Pasaban por mi cabeza a una velocidad que parecía de cien kilómetros por hora. Recuerdos, expectativas y sueños que no sabía si quería. Mis sentimientos por Daniel fluctuaban entre lo personal y lo profesional. Pero de una cosa estaba segura...

Quería a Daniel.

Capítulo 28

Daniel

"Lo siento, Sr. Fielding". El Dr. Jason Greer se inclinó sobre su escritorio y me miró con simpatía. Pasé la mayor parte del día en una bata azul de hospital y me hicieron una serie de pruebas similares a las del día anterior.

Pasé la noche en el St. Regis de San Francisco. Al principio, Mia y yo habíamos acordado que una noche tranquila en su casa sería perfecta. Planeamos pedir algo de comida y pasar el tiempo juntos. A pesar de sus cinco estrellas y su increíble servicio de habitaciones, el St Regis había sido una decepción y sólo porque había estado solo.

Esa mañana el Dr. Greer empezó a explicarme el proceso. Al igual que el Dr. Jay, insistió en hacer sus propias investigaciones. La única diferencia era que yo llevaba una bata de hospital azul marino que casi parecía un vestido de diseño. El Dr. Greer, un hombre apuesto, dirigía un consultorio hermético y toda su clínica era de última generación. Pero a juzgar por la expresión de su cara, nada de eso ayudaba en mi caso.

Antes de que pudiera seguir hablando, tomé la palabra: "Déjeme adivinar, ¿realmente quiere ayudar, pero no cree que pueda?".

"Supongo que habrás oído más de una vez semejante resumen", respondió enarcando una ceja. Asentí con la cabeza.

"Supongo que podría decirse así", contesté, mirando fijamente a la ventana, con el horizonte de San Francisco a lo lejos.

"Puedo asegurarte una cosa", continuó el doctor. "Si de alguna manera fuera factible, lo haría", dijo y suspiró, "pero los resultados de las pruebas son, cuando menos, dramáticos. Si te operara, podría perder mi licencia para ejercer la medicina". Sus palabras me sorprendieron. Siempre supe que mi corazón estaba dañado y que las pruebas serían malas, como siempre. ¿Pero tan malas como para que le retiraran la licencia?

"¿Lo dices en serio?", quise asegurarme de nuevo. Respiró hondo y exhaló muy despacio.

"Me temo que sí", confirmó con suavidad, "y debido a los daños en las venas y arterias circundantes, tampoco eres candidato de trasplante. También lo he comprobado". Me recosté en la silla. No es que no supiera esas cosas. Pero normalmente los profesionales médicos expresan su información en términos menos drásticos.

"El pronóstico no es bueno" era una frase popular, o "Espero que encuentre un médico más adecuado para su caso" o incluso "Debería preparar a sus familiares".

Pero nadie *me* había dicho eso antes. Hasta ahora no me habían negado categóricamente el acceso a la lista de trasplantes. Nunca antes me había encontrado en semejante callejón sin salida. Como si estuviera teledirigido, me levanté y escuché al Dr. Greer seguir hablando, pero el significado de sus palabras ya no me interesaba. Salí de su despacho, pasé por delante de la sala de espera y la recepción y atravesé la puerta que daba al pasillo. Como en un trance, avancé, subí las escaleras, bajé corriendo los dos pisos hasta la planta baja y luego caminé hacia la luz que brillaba a través de la puerta principal.

Tenía que huir de aquel lugar y de las palabras que acababa de pronunciar aquel amable médico, porque necesitaba aire y quería ser libre. Este no era mi mundo, no era real. Al cruzar la puerta, el ruido de la calle me golpeó como una ola y me detuve, jadeante, mientras la gente

pasaba a toda prisa por la acera y sonaban los cláxones. Permanecí allí durante unos segundos, tal vez horas, sintiendo cómo se me humedecía la frente y se me cerraban los puños. A lo lejos, mis ojos se encontraron con la Pirámide Transamérica y me concentré en ella, notando que me balanceaba ligeramente.

"¿Daniel?". Sacudí la cabeza. La voz sonaba como la de Mia y pensé que estaba soñando.

"¿Daniel?". Esta vez las palabras fueron acompañadas de un suave toque en mi antebrazo. Estaba allí de verdad y me costaba creerlo.

Mia.

Estaba allí de pie, con la luz del sol reflejándose en los mechones dorados de su pelo castaño. Su mirada, mezcla de confusión y preocupación, se clavó en mí y me tranquilicé al instante.

¿Qué hacía ella ahí?

De algún modo, su mano se había deslizado hasta la mía y yo lo había permitido.

"Daniel", repitió por tercera vez. "¿Qué pasa?". Sacudí la cabeza y miré a mi alrededor como si intentara centrarme.

"Por favor", dijo en voz baja, mirándolos. No llevaba ropa de trabajo, sino zapatillas blancas, leggings negros y una cazadora vaquera, que la hacían parecer más joven. Pero las sombras bajo sus ojos hablaban de una noche en vela.

¿Sería yo el culpable?

Me invadió la culpa y el arrepentimiento por todas las palabras que no pude deshacer. El miedo y la preocupación en sus ojos eran casi insoportables.

"Esperaba que estuvieras en el quirófano", dijo Mia, "he venido a ver cómo estabas". Había algo en su voz que sonaba a confusión o incluso a miedo, pero no podía distinguirlo.

"¿No has hablado con el doctor Jay?", le pregunté sorprendido. Para mí había sido obvio que hablarían por teléfono en cuanto me hubiera ido.

"No", susurró Mia. Se miró los pies un momento. "Sólo pensé... bueno, pensé que después de todo lo que dijiste ya no me querrías cerca". Cerrando los ojos, recordé nuestra última llamada telefónica y comprendí que ella tuviera esa impresión. Sentí escalofríos al recordar las palabras de enfado que le dije.

"El Dr. Jay se ha negado a realizar la operación", le informé, y nunca antes había visto a alguien ponerse tan pálido ante mis ojos. Se quedó con la boca abierta, la piel blanca como la tiza y los ojos muy abiertos".

"¿El doctor Jay?", susurró, "pero es el mejor cirujano para ti, realiza las operaciones más exigentes". Serenamente, me encogí de hombros.

"No tan exigentes como la mía, parece", respondí. Ella seguía horrorizada y balanceaba la cabeza de un lado a otro mientras pensaba. Finalmente se serenó y me miró.

"No pasa nada", dijo comprometida. ¿Intentaba convencerme a mí o a sí misma? "No pasa nada. Llamaremos a Greer. Puede que sea un poco insensible, pero no es menos brillante". Ella sacó su teléfono del bolsillo y comenzó a desplazarse a través de los números. Fue entonces cuando extendí la mano y le toqué suavemente el antebrazo.

"Mia, no", le dije en voz baja, "acabo de llegar de Greer. Él tampoco estaba de acuerdo en hacer la operación". Se quedó paralizada y su mirada de dolor lo decía todo.

"¿El Dr. Greer no está de acuerdo?", repitió incrédula.

Sin palabras, respondí afirmativamente a su pregunta y me limité a asentir. Ella miró rápidamente al suelo. Cuando estaba a punto de decirle que todo iba bien, Mia dio un paso atrás. Se volvió hacia la calle como si quisiera estar sola un momento. Mis ojos siguieron los suyos y la

silueta del puente Golden Gate tomó forma. Cuando fui a tocarle el hombro para decirle que todo iría bien, se volvió hacia mí en el mismo momento. De sus labios salieron esas tres palabras que me dejaron atónito.

"Lo haré".

Por un momento, el mundo se detuvo para mí. El ruido de los coches y el bullicio de los peatones ya no existían. Sólo estábamos Mia y yo. Estábamos encerrados como en una pompa de jabón, allí de pie, mirándonos el uno al otro. Por primera vez desde que llegué a San Francisco, me sentí seguro. No, eso no era del todo correcto. No me sentí tan seguro desde la última llamada telefónica, que había terminado bruscamente.

"Mia", dije lentamente. "No puedo dejar que hagas eso". Estaba a punto de replicar, pero continué. "Que arriesgues todo por mí, simplemente no puedo". Con dulzura, quise atraerla hacia mí y decirle que todo iría bien.

"No voy a arriesgarlo todo", me replicó, mordiéndose el labio inferior y apartando la mirada un momento. En sus ojos se veía el miedo, el mismo miedo que yo tenía. Pero entonces Mia se enderezó y me miró directamente. Su expresión cambió y allí, ante mí, estaba la mujer que había disertado en la conferencia.

"¿Tú, porque", volví a intentar, "ese tal Greer tenía muy claro lo que significaban los resultados de mis pruebas y lo que una junta de revisión médica podría pensar de que un cirujano me pusiera en la mesa de operaciones". Recordar aquel momento en la consulta de su médico y la compasión en sus ojos me dejó clara una cosa: el hombre había dicho la verdad.

"Daniel". Mia pronunció mi nombre con absoluta determinación y me miró firmemente a los ojos.

"Te quiero", me confesó. Sus palabras me abrumaron por completo y mis emociones se desbordaron de emoción. Su voz era convincente y sus palabras exactamente lo que yo quería oír. Bajó la mirada hacia sus manos. Cuando volvió a mirarme a los ojos, hubo en ellos una determinación inquebrantable que yo no creía posible. "Te quiero y te operaré". Durante un buen rato más, negué con la cabeza. Mia me dio una sonrisa triste.

"Lo haré", me dijo.

"Yo también te quiero", le confesé también. Decirlo en voz alta me sentó bien e hizo que el mundo me pareciera mucho más claro. Llevaba tanto tiempo controlándome que fue una liberación maravillosa poder decirlo por fin. Sin pensarlo, alargué la mano, tiré de ella hacia mí y me incliné hacia su cara para darle un tierno beso en los labios. En ese momento tan significativo, me di cuenta de que algo había cambiado para mí. Mia correspondió a mi suave beso y, de repente, se volvió muy intenso. Cuando por fin nos separamos, tenía la cara sonrojada y los ojos brillantes.

Quería a Mia y ella me quería a mí.

"¿Así que vas a dejar que te opere?". Era más una afirmación que una pregunta. "Tenemos que darnos una oportunidad". La mujer en mis brazos era simplemente increíble.

Por nosotros, podría hacerlo.

Reafirmado por la esperanza que me daba Mia, me consideré muy afortunado, pero mi estado de ánimo empeoró al recordar todo lo que había ocurrido recientemente entre nosotros. "Siento mucho haber sido tan horrible contigo", me disculpé, sintiéndome avergonzado. "Ahora sé que todo eran mentiras e invenciones y que tú no eras responsable de ello".

Me cogió la mano. "Por desgracia, no puedo negar que heriste mis sentimientos, pero está bien. Sé sincero. Estabas desesperado y te entró el pánico. El miedo puede sacar lo peor de la gente,

especialmente en situaciones de vida o muerte".

No podía creer lo que estaba oyendo. "¿De verdad puedes perdonarme así como así?", fue mi pregunta escéptica. "¿Después de todo lo que te he acusado?".

"Todo eso está en el pasado".

"¿Pero por qué?".

Sonrió. "Ya sabes por qué".

Porque me quería.

A medida que me daba cuenta de ello, mis dudas disminuían.

"Podemos hablar de ello en otro momento", continuó, "lo más importante ahora es que te sientas mejor y te centres en mañana. Porque voy a programar la operación para mañana".

"Espera, ¿de verdad tan pronto?", inquirí.

"Teniendo en cuenta tu estado de salud, la programaría para hoy, pero no es tiempo suficiente para reunir a mi equipo, y mucho menos para prepararte. Pero sí, lo pondré todo en marcha lo antes posible. Sólo tengo que hacer algunas llamadas más".

Increíblemente, el hecho de que mañana me operaran a esta hora me puso un poco nervioso.

"Y eso significa", continuó, "que podré estar contigo esta noche". Mis ojos se posaron en la subida y bajada de su pecho y en el contorno de sus pechos bajo la camiseta. Mi nerviosismo desapareció al instante. La cogí de la mano, tiré de ella hacia la calle y llamé a un taxi.

Si podía pasar una noche más con esta mujer, con mi amor, más valía que empezara cuanto antes.

Capítulo 29

Mia

El trayecto en taxi hasta mi piso pasó volando. Daniel me cogió de la mano. Su firme agarre no me había soltado. Apoyada en sus hombros, simplemente disfruté de su cercanía. No dijimos ni una palabra, como si la confesión de nuestro amor fuera lo único que importara. Nos quedamos allí sentados y, cuando por fin el taxi se detuvo frente a mi casa, volvió a cogerme de la mano tras bajarse y nos unió con su firme agarre. Juntos caminamos hasta la puerta principal e incluso durante el trayecto en ascensor no pronunciamos palabra. Sólo cuando abrí la puerta Daniel rompió por fin el silencio.

"¿Así que ésta es tu casa?". Sonriendo, abrí la puerta, me hice a un lado y le hice una señal para que entrara. Sacudió la cabeza y me sonrió.

"Las damas primero", fue todo lo que dijo, "Ya me conoces". Le conocía. Siempre fue un perfecto caballero. Así que entré primero, eché las llaves en el cuenco de la mesa del vestíbulo y dejé el bolso a su lado. Le esperé en el pasillo, pero no vino. Se había parado y me miraba.

"¿Qué pasa?", le pregunté ansiosa. "¿Estás bien?". Asintió con la cabeza.

"Es que...", empezó, pasándose una mano por el pelo oscuro y apartando la mirada un momento. Cuando por fin sus ojos volvieron a encontrarse con los míos, parecía casi avergonzado. "Estaba pensando en lo bonito que sería poder venir a casa contigo todos los días...".

Me quedé estupefacta y sin palabras. Yo había pensado lo mismo. No era la magia del teatro o de los hoteles de cinco estrellas lo que quería compartir con Daniel. Era lo normal y cotidiano. Eran los viajes en taxi juntos y despertarme a su lado. Pero sabía que si lo decía en voz alta me flaquearían las rodillas y se me humedecerían los ojos, así que en vez de eso sonreí.

"¿Qué tal si pedimos algo para cenar? Y podemos elegir una película. Y no, no será *Jungla de Cristal*". Daniel se rio.

"¿Te gustan las películas de Navidad?", preguntó, caminando hacia mí. Recordé sus palabras de antes y asentí. Se detuvo muy cerca de mí, dejándome sin aliento como de costumbre.

"Bueno", empezó, "quiero decirte que *Jungla de Cristal* es una película de Navidad. En realidad, son las tres primeras películas". En mi mente hice una nota mental para buscarlo en Google, porque no le creí ni por un segundo. Pero me distrajo bajando la cabeza y besándome. Por un momento me perdí en la sensación de la boca de Daniel sobre la mía, en sus manos suavemente apoyadas en mi espalda. Su cercanía era tan impresionante que todos los pensamientos sobre la operación desaparecieron de mi mente. Suavemente, me apreté contra su pecho y di un paso atrás mientras me quitaba la chaqueta vaquera.

"No puedes besarme hasta que hayamos comido y visto una película *antes*", le dije sin aliento. Luego me alejé lentamente de él, casi hasta el salón. Daniel soltó una carcajada.

"¿Por qué no?", preguntó con curiosidad.

"Cuando me besas", le expliqué, "no puedo pensar con claridad. Lo único que quiero es...". Se me cortó la voz mientras buscaba las palabras adecuadas.

"¿Todo lo que quieres es qué?", Daniel se volvió hacia mí en voz baja y profunda. Tenía los ojos entrecerrados y los labios ligeramente entreabiertos. Parecía un animal dispuesto a atacar. Una vez en la cocina, me aseguré de que la encimera quedara entre nosotros. Luego abrí el cajón

inferior y busqué la pila de menús de entrega.

"Sólo te quiero a ti", le dejé claro. Daniel dio un paso hacia mí, pero rápidamente negué con la cabeza.

"Ya lo haremos", le disuadí, "pero ahora no. Si me besas, perderé todo el control sobre mí misma". Luego miré distraídamente a un lado.

"Nunca me había pasado nada parecido", admití, mirándole.

"¿Qué?", preguntó Daniel. "¿Qué no te había pasado nunca?"

¿Cuán honesta iba a ser mi respuesta ahora?

"Nunca he deseado a nadie tanto como te deseo a ti", respondí. Daniel respiró hondo.

"Yo tampoco". Nos miramos profundamente a los ojos durante un momento. Entonces Daniel pareció relajarse, porque extendió la mano por encima del mostrador y cogió los menús.

"Bien, Larson", dijo en tono despreocupado y alegre. "¿China? ¿japonesa? ¿Hamburguesas? ¿Pizza?". Me di la vuelta, abrí la nevera y saqué una cerveza y una botella de vino.

"Supongo que tomaré sushi", respondí. "¿Y cuál es tu favorito?". Daniel pensó en sus opciones.

"Yo también quiero sushi. Y primero, la cerveza...". Le entregué la botella helada. Luego llamé al restaurante y pedí una bandeja de sushi, que estaba relativamente segura de que era suficiente para cuatro personas, porque esta noche era una velada muy especial y quería que Daniel tuviera todo lo que le gustaba.

"Daniel", recordé de repente. "¿Sabes que no puedes comer ni beber nada después de las diez de la noche?"

* * *

"Estaba delicioso", observó Daniel. Dejó caer los palillos en el plato que tenía delante y se apoyó en el borde del sofá. Nos sentamos en el suelo junto a la mesa de centro, con los restos de sushi esparcidos a nuestro alrededor.

Cinco minutos antes terminamos el festín, habiendo comido lo que debía de ser la mitad de mi peso corporal en sashimi. Bebí otro largo sorbo de vino.

"Estaba perfecto", asentí. "¿Y sabes qué? Sabía aún mejor aquí contigo en el suelo". Daniel sonrió y miró a su alrededor. Los dos estábamos descalzos y nuestras chaquetas colgaban de los taburetes de la cocina. Cogió su vaso y bebió un sorbo del chardonnay que le había servido cuando llegó la cena. En la televisión, *Jungla de Cristal* estaba en pausa no pude evitar reírme cuando miré.

"Sólo nos olvidamos de una cosa", dijo Daniel de repente. "El postre". Fruncí el ceño. Tenía razón. Pensé rápidamente en el contenido de mi congelador y mi despensa. Había galletas y helado y estaba a punto de levantarme cuando me agarró la mano y me la retuvo.

"No", dijo rápidamente. "Sólo sushi y luego *tú*". Una oleada de placer me recorrió cuando Daniel extendió la otra mano y me acarició los pechos. Mis pezones se endurecieron de excitación. Se enderezó y tiró de mí.

"Esta vez", susurró, bajando la cabeza y rozando sus labios con los míos, "voy a hacerte el amor en tu propia cama". Llena de expectación, me di la vuelta y le conduje a mi habitación. Las cortinas seguían abiertas y las luces de la ciudad brillaban en la habitación. Daniel se acercó y las cerró.

"No te compartiré con nadie", dijo en voz baja. Sin mediar palabra, empezó a desnudarme. Primero me pasó la camiseta por la cabeza. Luego me desabrochó los vaqueros y me los bajó por

las caderas, ayudándome a mantener el equilibrio mientras me los quitaba. Me acaloré de deseo cuando sus ojos miraron mi cuerpo. Antes de que pudiera hacer nada, se desabrochó la camisa, que cayó al suelo mientras se desabrochaba el cinturón y se quitaba los pantalones. Mientras estábamos en ropa interior, no había la menor inseguridad. Daniel me desabrochó el sujetador y un fuego comenzó a arder en mi interior.

¿Acabaría algún día?

Una vez más me di cuenta de que tal vez nunca tendría la oportunidad de averiguarlo. Como si leyera mis pensamientos, Daniel me distrajo, bajó la cabeza hasta mi pecho y sentí cómo su boca me acariciaba un pezón. Su suave succión me arrancó un fuerte gemido. Daniel levantó la cabeza y me miró. Lentamente, sin decir palabra, deslizó los calzoncillos por mis caderas antes de hacer lo mismo con sus bóxers.

Luego me condujo a la cama y observó cómo me tumbaba antes de acomodarse a mi lado.

"Te quiero", susurró. El corazón me latía con fuerza hasta la garganta y me pregunté si alguna vez me cansaría de oír esas palabras. Me pasó los dedos por la clavícula, bajó lentamente por el pecho y luego me acarició ligeramente el torso.

"Yo también te quiero", le dije mientras sus dedos rozaban mi cadera derecha. Me observó mientras sus dedos encontraban mi clítoris y siguió mirándome atentamente mientras exploraban suavemente mi vagina, llena de placer.

"Aaahhh", respiré. Sólo entonces Daniel me besó. Me besó mientras deslizaba un dedo en mi interior y yo empujaba mis caderas hacia él. Entonces busqué su pene rígido y él gimió y se apretó aún más contra mí.

"Te deseo", le dije mientras nos separábamos del beso.

"¿Sin preliminares?", me preguntó mientras yo respiraba agitadamente.

Sin preliminares.

Negué con la cabeza y, sin decir nada más, Daniel se puso encima de mí. Se colocó entre mis piernas y me miró con las manos a ambos lados de la cabeza.

"¿Estás segura?", volvió a asegurarse. Asintiendo con la cabeza, Daniel se deslizó lentamente dentro de mí. Entonces cerré los ojos y disfruté de la exquisita presión que ejercía en mi interior.

"Mírame", me instó. Abrí los ojos y me concentré en él mientras tiraba de las caderas hacia atrás y me penetraba. Esta vez ambos gemimos. Me llenó por completo y sentí cómo me estiraba para acomodar su grosor.

"Dios mío", dijo. "Te sientes increíble". Lentamente Daniel se movió sobre mí y con cada empujón sentí que me movía hacia el cielo. Me sentía totalmente liberada y seguía persiguiendo un sueño, perdida en la sensación de tenerle encima y dentro de mí. Cerró los ojos y vi que estaba a punto de hacerlo.

"Espera", respiré y Daniel me miró. "Tumbate". Sonrió y con un suave movimiento se tumbó en la cama. Yo estaba encima de él, con su miembro duro aún dentro de mí. Esta vez fui yo quien marcó el ritmo. No había necesidad de decirle que me preocupaba su corazón o que quería ser yo la que hiciera fuerza. En ese momento, estábamos por encima de eso. Se trataba de cada movimiento de mis caderas. Levantó las manos y me apretó suavemente los pechos.

"Ya está", me hizo saber, pues había empezado a moverme intensamente. Por un lado me lo estaba follando, por el otro estaba haciendo el amor, pero nada de eso importaba realmente. Sólo estábamos Daniel y yo. El sudor se interpuso entre nosotros y me incliné para arrancarle un beso salado. El movimiento hizo que su polla presionara mi punto G y gemí con fuerza.

"Quiero eso", susurré, "todo el tiempo". Asintió con la cabeza mientras yo volvía a

enderezarme y sus manos me agarraban las caderas mientras lo cabalgaba. Estaba muy excitada y la oleada de éxtasis crecía en mi interior.

"Vamos, cariño", me instó. "Ven a por mí". Era la primera vez que me llamaba así. La expresión de afecto me llegó al corazón y lo cabalgué con más fuerza, gritando mientras el orgasmo me inundaba. Con otro empujón de mis caderas, Daniel explotó. Su semilla se derramó dentro de mí y él gimió de pasión.

Me invadió la felicidad y el orgullo, porque amarle era brillante e incomparable a cualquier otra cosa. Con mi fuerza e intuición, conseguí que se liberara. Mi Daniel, por lo demás tan controlado, se disolvió completamente bajo mí. Este era nuestro paraíso juntos.

* * *

Daniel yacía dormido a mi lado. Me había desplomado sobre él y él me había acercado aún más. Estuvimos así una hora, mi cabeza sobre su pecho mientras hablábamos y reíamos. Cuando por fin cerró los ojos, lo miré dormir, con sus pestañas oscuras moviéndose de vez en cuando. Era un intento de memorizar cada sutil matiz de su hermoso rostro, cada línea alrededor de sus maravillosos ojos y boca.

Cuando sonó su teléfono, me estremecí. Me apresuré a apagarlo para que no se despertara. Pero era Caroline y descolgué porque debía de estar preocupada.

"Hola", susurré, rodando hacia el otro lado de la cama y mirando hacia la ventana.

"¿Mia?". Caroline sonaba sorprendida. "¿Eres tú?".

"Sí", respondí. "Daniel está dormido y no quiero despertarlo".

"¿Está bien?". Pensé en sus palabras.

"Me temo que dos médicos han cancelado", le informé. No tenía sentido mentir, pero el sollozo de Caroline fue desgarrador. "Y por eso voy a hacerlo", dije rápidamente. "¿De acuerdo? Mañana voy a operarle".

"Oh - gracias a Dios", suspiró Caroline, "estaba tan preocupada".

No era la única.

Realmente no era la única. Que yo quisiera operar a Daniel no significaba que no tuviera miedo. Mi voluntad vino porque nadie más quería hacerlo, pero eso no significaba que este intento iba a terminar bien. Con el teléfono aún pegado a la oreja, me giré para mirarle de nuevo.

Le quería. ¿Y si ese amor estaba afectando a mi toma de decisiones?

"¿Mia?". preguntó Caroline, "¿sigues ahí?".

"Sí", susurré.

"Ahora te dejaré dormir", dijo ella, "pero te doy las gracias. Por amarlo. Y por intentarlo". Terminó la conversación y me dejó a solas con Daniel. Yo también tenía que dormir, pero me tomé un último momento para disfrutar y conservar la visión de él. Daniel yacía en mi cama y yo deseaba tanto que esta noche no terminara.

Capítulo 30

Daniel

Lentamente abrí los ojos y estiré las piernas bajo la suave manta. Mia dormía de lado, frente a mí, con los labios ligeramente entreabiertos mientras respiraba tranquilamente. Era lo más hermoso que había visto nunca. Estaba desmaquillada, el pelo le caía en ondas castañas alrededor de la cabeza, tenía el brazo extendido hacia mí y la sábana le cubría los dos pechos.

Me quedé mirando las pequeñas pecas de su nariz y su piel uniforme. Por un momento, el tiempo se detuvo. Aquí, en la habitación de Mia, nada ni nadie podía hacerme daño. Aunque sólo fuera por una noche, aquí un sueño se había hecho realidad.

Ya no era de noche.

El monitor de mi corazón marcaba las cinco y media de la mañana. Nuestra noche juntos había terminado. Era el día. Ese día sería la diferencia entre la vida y la muerte, literalmente. No se me ocurrían muchas posibilidades. O la operación tenía éxito y yo viviría, o fracasaría y moriría. La carrera de Mia estaba en juego. Ayer me había dicho que lo haría. Ahora deseaba haber dicho que no. Pero al hacerlo, la habría decepcionado enormemente, así como a Caroline y Bella. Les había prometido a las tres que merecía la pena intentarlo.

Entonces sentí que Mia se movió a mi lado y se puso boca arriba. Se estiró y la sábana se deslizó hacia abajo. Su pezón sonrosado quedó al descubierto y quise inclinarme y besarla, pero no era el momento.

"Buenos días", le dije suavemente. Mia abrió los ojos, me miró atentamente y una cálida sonrisa se dibujó en su rostro. Tan rápido como había aparecido, desapareció y vi miedo en ella.

Se estaba dando cuenta de lo que iba a ocurrir hoy.

"Queridísima", dije lentamente, girándome hacia ella y besándola en la mejilla. "Gracias". Mia ahogó un bostezo y se puso de lado, apoyándose en los codos para mirarme.

"¿Y por qué me das las gracias?", quiso saber.

"Por estar conmigo", dije simplemente. "A pesar de todo". Mia me miró y su rostro se suavizó.

"Hay tantas cosas que quiero decir", respondió finalmente. "Pero ahora no". Echó la sábana hacia atrás y se levantó, completamente relajada. Me senté y contemplé su hermoso cuerpo mientras se dirigía al baño. Luego se detuvo y me miró por encima del hombro.

"¿Vienes, Fielding?", me preguntó sonriéndome. No necesitó decírmelo dos veces y seguí a Mia hasta el cuarto de baño. Abrió la ducha y se metió bajo el chorro humeante. Cubrió la esponja con gel de ducha y la levantó deliberadamente.

"Ya voy", anuncié riendo, uniéndome a ella y dejando que el agua caliente cayera sobre mi cuerpo mientras Mia me lavaba la espalda. Sus acciones no tenían nada de erótico. Simplemente me estaba cuidando. Cinco minutos después, mientras nos secábamos, Mia me miró desde el baño.

"Deberíamos estar allí a las nueve", dijo en voz baja y yo asentí.

"Iré a vestirme".

De vuelta en el dormitorio, busqué mi ropa doblada en el sillón frente a la cama y me puse los pantalones. Pero cuando estaba a punto de abrocharme la camisa, me sobrevino un mareo y, tambaleándome, me agarré al brazo del sillón. Respirando hondo, intenté controlarme y luché contra las manchas negras que nublaban mi visión.

"Mia", grité entrecortadamente, pero mis rodillas cedieron y caí al suelo. Mia corrió hacia mí, pero sólo la oí mientras todo se volvía negro ante mis ojos.

"¿Daniel!". Se arrodilló a mi lado, muy preocupada. "¿Daniel?". Con la mano me señalé el pecho y toqué el lugar donde la presión era peor.

"Mia, mi corazón...". Me cogió la muñeca y la levantó para leer el monitor. Sin mediar palabra, buscó su teléfono en la mesilla de noche.

"Rápido. Una ambulancia", le dio instrucciones, "en mi casa. Es Daniel". No me importó con quién hablaba, ni pregunté. Estaba demasiado ocupada inspirando y expirando y luchando contra la creciente opresión en mi pecho.

No *podía* ser.

"¿Daniel?". Mia me sacudió suavemente. "Estoy aquí. La ambulancia llegará pronto". De algún modo me hice entender y la oí levantarse y correr hacia el dormitorio. Momentos después volví a verla completamente vestida a mi lado.

"Es ahora o nunca, querido", dijo, inclinándose sobre mí para besarme en la frente. Mantuvo los ojos fijos en el monitor de mi muñeca, con expresión inquebrantable, y cuando sonó el timbre, suspiró aliviada, se levantó de un salto y corrió hacia la puerta.

"Varón, treinta y seis años", dijo Mia, "el incidente ocurrió hace doce minutos". Anunció mi ritmo cardíaco y mi tensión arterial mientras entraba en la habitación con dos paramédicos varones. Uno llevaba una bolsa de primeros auxilios al hombro mientras el otro sujetaba la camilla.

Se arrodillaron a mi lado, me colocaron el manguito de la tensión arterial alrededor de la parte superior del brazo y me pusieron unos adhesivos en el pecho conectados a un pequeño aparato.

"Tenemos que llevarlo al hospital", dijo uno de ellos. Mia volvió a arrodillarse junto a mí.

"Daniel", dijo en voz baja, "no tienes que tener miedo, pero vamos a llevarte al hospital ahora. Mi equipo se reunirá con nosotros allí". Asentí con dificultad, aún concentrado en mi respiración.

"¿Quieres que llame a Caroline?", preguntó, pero negué con la cabeza.

"Antes de la operación", susurré. "Cuando esté más estable. No ahora". Asintió y se levantó.

* * *

"Hola, Daniel". Al darme la vuelta, vi que Tina había entrado en mi habitación. Dos enfermeras me preparaban para la operación. Ahora llevaba una bata de hospital y me habían trasladado de la camilla a una cama de hospital. Mia se quedó conmigo hasta que me estabilicé y luego fue a preparar a su equipo quirúrgico.

"Tina", dije cansado. "¿Está bien Mia?". Tina asintió.

"Te ha llamado, ¿verdad?", quise saber. Tina volvió a asentir.

"Una llamada bastó para que viniera la ambulancia y reuniera al equipo", explicó Tina. "Fue más rápido que llamar al 911 y al hospital". Me quedé sin respuesta. La compostura de Mia en medio de la conmoción era impresionante. Pero sus ojos la traicionaron y yo vi el miedo cuando reaccionó con ansiedad y me encontró acostado.

Miré alrededor de la habitación y me sorprendió lo vibrante que parecía todo. No sólo los colores parecían más vivos. El aire parecía fresco y podía oler el aroma del yodo. Me di cuenta de que podía ser mi último aliento en la Tierra. En lugar de estar de pie en la ladera de una montaña o en la playa escuchando las olas, estaba tumbado en una habitación esterilizada a punto de ser operado. No era así como quería morir. Me sentí traicionado antes de recordar por qué

había aceptado todo.

Caroline, Bella y Mia. Se los prometí.

"Está bien", dijo Tina. Sus palabras me sacaron de mis pensamientos. "Necesitas mirar por ti mismo ahora, no por Mia".

"Pero la quiero", repliqué. Antes de que Tina pudiera contestar, entró Mia. Llevaba una bata azul y el pelo recogido en un moño. Sonrió al ver a Tina.

"Gracias", dijo, dándole a su mejor amiga un rápido abrazo. "Ha sido rápido".

"Por supuesto", respondió Tina. "Cualquier cosa por ti". Se giraron hacia mí.

"Daniel", dijo Tina. "Buena suerte. Hasta luego". Se fue, dejándonos solos a Mia y a mí.

Tuve que recordar los primeros días de mi enfermedad. En cómo el médico me había dicho mi esperanza de vida. Tenía que pensar ahora en todos los momentos que había vivido desde entonces, en cada momento que había robado y que nunca debí haber tenido. Cuando llevé a Caroline al altar el día de su boda y sostuve a Bella en mis brazos el día de su nacimiento. El día en que mi empresa se hizo pública y aquella primera noche con Mia. Llegó a mi vida como un alud. Lo puso todo patas arriba, me sacudió hasta los cimientos y me obligó a replantearme todo aquello de lo que estaba tan seguro.

Ahora quería más, más momentos y más experiencias con Mia, con Caroline y con Bella. En las vacaciones familiares, quería llevarme a mí y a Mia a un lugar que la maravillara. Quería arrodillarme ante ella y pedirle que compartiera mi vida conmigo. Pero antes de poder hacerlo, tendría que asegurarme de estar vivo.

Mia se acercó a la cabecera de la cama y me cogió la mano.

"¿Estás bien?", me preguntó. Me cogió la mano con fuerza y por sus labios me di cuenta de que estaba preocupada por mí.

"Estoy un poco mejor", le dije, y lo estaba. La peligrosa opresión en el pecho había desaparecido y podía respirar con más facilidad.

"Hablé con Caroline", le dije, "no le dije que me desmayé. Sólo que me iban a operar". Mia asintió.

"Es lo mejor", contestó, "Ya está bastante conmocionada". Entraron dos camilleros y Mia los atendió.

"Es la hora", me susurró. Sacaron mi cama de la habitación y Mia estaba a mi lado. Miré alternativamente al techo y luego de nuevo a Mia y parpadearon algunas luces de neón. Luego atravesamos dos juegos de puertas dobles antes de llegar al quirófano y, mientras me empujaban a través de las puertas, me di cuenta de que podían ser mis últimos momentos en la tierra. Antes de conocer a Mia, mi destino estaba sellado en cierto modo. Pero ella me había devuelto las ganas de vivir que había perdido hacía poco y había hecho posible que volviera a tener esperanza y a soñar. Por primera vez, tenía algo que perder.

"Te quiero", dijo Mia cuando desaparecieron los camilleros. Se inclinó y me besó suavemente en los labios. Yo también la besé.

"Yo también te quiero", le dije, "con todo mi ser". Mia me dio una sonrisa cariñosa.

"Volverás a despertar", me dijo. "Vivirás. Me aseguraré de ello".

"Lo sé, porque confío en ti". No había nadie en quien pudiera confiar como en ella. Con la mano de Mia en la mía, sentí que el miedo de mi corazón se desvanecía. Sus ojos me decían que todo iría bien. Una enfermera apareció a mi lado derecho y me puso una mascarilla en la boca.

"Daniel", dijo Mia, "quiero que cuentes hacia atrás desde diez". Me sonrió por última vez.

"Diez, nueve, ocho, siete", y entonces todo se volvió negro.

Capítulo 31

Mia

Daniel cerró los ojos. Las enfermeras de quirófano hacían sus preparativos, sus acciones precisas y sus palabras amortiguadas. Tendría que hacer los últimos preparativos en la sala de desinfección. Cuando Daniel estuvo bajo los efectos de la anestesia, solté su mano con el corazón encogido. La enfermera jefe Jackie me tocó el hombro.

"Ya puedes irte", me dijo, "lo haremos nosotros". Lo miré por última vez y entré en la habitación de al lado. Tina ya estaba allí. Se había cambiado la ropa informal por el uniforme y estaba delante del lavabo limpiándose y desinfectándose las manos.

"¿Estás bien?", quiso saber. No me miró, sino que se concentró en su cepillo y me dio el tiempo que necesitaba para prepararme.

"¿Todo bien?", pregunté, abriendo el grifo y cogiendo mi propio cepillo. En ese momento no pude evitar pensar en la noche anterior, cuando Daniel se durmió y yo lo observé. Parecía tan tranquilo.

"¿Estás preparada?", preguntó Tina. "Sé que es difícil". Hizo una pausa y se volvió hacia mí mientras fregaba. "Y sé que le quieres".

Respiré hondo y volví a recordarme lo mucho que le quería, pero también que yo era su última esperanza. Era necesario quitarse el sombrero de novia y ponerse el de cirujana. Concentrada, volví a repasar mentalmente los pasos necesarios.

"El Dr. Greer mencionó su preocupación por el daño a las venas y arterias circundantes", respondí a Tina, ignorando deliberadamente su comentario sobre amarlo. "Pero sabremos más cuando lo abramos". Luego eché un vistazo por la ventana al quirófano y vi cómo Jackie extendía una sábana verde sobre Daniel mientras el ayudante le untaba el pecho con yodo.

Que cuidaría de la vida de Daniel y lucharía, se lo había prometido firmemente. Ahora, aquí de pie, lo último de mi incertidumbre se evaporó y sentí una motivación extrema. Podía hacerlo y *lo haría*. Daniel despertaría. Nunca conocí a nadie como él. Alguien que *vivió* a pesar de todos los miedos y los peores pronósticos. No sólo persistió, construyó un imperio. Era mucho más que eso. Detrás de su fachada profesional, detrás de su competente gestión y su superior perspicacia para los negocios, había un hombre cuyo corazón era más cálido y cariñoso que el de nadie que yo hubiera conocido.

"¿Mia?", se dirigió a mí Tina, poniéndose la mascarilla quirúrgica. "Podemos hacerlo". Por supuesto, sabía que tenía razón. Esto era por lo que trabajé toda mi vida. Salvar a Daniel era lo único que importaba.

Terminado el cepillado, me enjuagué y me puse la mascarilla. Una enfermera me ayudó a ponerme los guantes y un momento después entramos en el quirófano. Fue una sensación muy extraña porque todos nos vieron besarnos y decirnos que nos queríamos. Sólo podía imaginarme lo que estaría pasando por la cabeza de todo el equipo, pero no podía preocuparme por eso en ese momento. De pie junto a la mesa de operaciones, miré a Daniel. Estaba intubado y su piel estaba inquietantemente pálida.

"Bisturí".

La sala estaba en silencio, excepto por el silbido de las máquinas y los pitidos de los monitores. Había cortado muchos pechos, pero nunca el de un ser querido. Dudé: tenía la hoja sobre la piel

dorada de Daniel. Respirando hondo y rezando en silencio a todos los dioses bajo este sol, comencé el corte.

* * *

"¿Papá?". Somnoliento, con los ojos entreabiertos, abracé a mi oso favorito contra mi pecho, pero sentía el pelo pegajoso. Me había despertado de un mal sueño y en mi cabeza resonaban voces fuertes.

"Calabaza", dijo mi padre. Tenía los ojos enrojecidos. Se acercó a mí, me cogió en su cálido abrazo y me estrechó con fuerza.

"He tenido una pesadilla", susurré y pude oír su suspiro. Me abrazó con más fuerza. Nuestro perro estaba a sus pies y algo era diferente. La casa estaba silenciosa y vacía.

"¿Papá?", repetí. "Quiero ver a mamá". Mi padre pareció encogerse. Se recostó contra la pared y suspiró en mi oído.

"Pequeña", empezó, "lo siento". Esperando, le miré. ¿Quizá mi madre estaba en el baño? Quizá se estaba preparando un chocolate caliente. A lo mejor estaba viendo la televisión.

"Mamá se ha ido", dijo por fin. Su voz era diferente, casi pesada. A los seis años, no entendía por qué. "Tu mamá tuvo que irse. No va a volver".

Mi mundo se derrumbó ante sus palabras. Mi madre siempre estuvo ahí. Era consciente de que no era como otras madres. Había días en los que no se levantaba de la cama. Días en los que se había olvidado de hacer la cena. Mi padre volvía del trabajo y me encontraba junto a su cama jugando con mis muñecas. Ponía una gran sonrisa, me cogía en brazos y me llevaba a la cocina para preparar la cena como si fuera un desayuno. Tortitas, gofres, beicon y huevos... Había aprendido a amar estas tardes.

¿Pero ese día? Esa noche era diferente. La casa ya no era como antes y mi padre parecía gris. Abracé a Oso fuertemente contra mí, le di a mi padre un beso en la mejilla y me apoyé en su hombro al mismo tiempo.

* * *

"Los niveles de saturación son bajos". Nos informó el anestesista frente al monitor. Levanté la cabeza para mirar la pantalla. Habíamos abierto el pecho de Daniel y estaba a punto de operar su corazón.

"Tenemos una hemorragia". Era Tina y volví a mirar hacia abajo para verla frotándose el pecho. Todo quedó en silencio. Tina y yo trabajamos juntas para encontrar y detener la hemorragia. Respiré aliviada cuando oí que su saturación de oxígeno volvía a aumentar. Pero cuando pasé a examinar el campo quirúrgico, un escalofrío me recorrió la espalda.

"¿Tina?", pregunté, atónita. "¿Ves lo que yo veo?". Luego esperé mientras Tina examinaba el campo quirúrgico.

"Los colgajos", dije por fin. Me miró en silencio y yo esperaba que me diera una solución, pero no la tenía. Mi cerebro funcionaba a toda velocidad y empecé a dar toda una serie de instrucciones lo más rápido que pude. Se hizo el silencio.

"No puedes hacer eso", me contradijo Tina. "Nadie lo ha hecho nunca. Para eso hace falta una sustitución o un trasplante de válvula aórtica transcatóter". Moviendo la cabeza, respondí negativamente.

"Puede que sea un experimento", admití. "Pero lo haremos. No está en la lista de trasplantes. Y tampoco entrará en la lista lo bastante rápido". De nuevo se hizo el silencio en la habitación.

"Muévanse", ordené. Las enfermeras empezaron a responder, cogiendo los instrumentos que les había pedido. Una de ellas estaba al teléfono y pedía lo que yo necesitaba. Tina me miró como si estuviera loca, pero no me importó. Daniel volvería a despertarse, se lo prometí.

* * *

"¿Calabaza?".

La voz de mi padre sonó con fuerza escaleras arriba. Sentada en mi pupitre repasando los deberes de matemáticas. Hacía tiempo que superé ese apodo. A los diecisiete años, pero no me atrevía a decírselo. Durante once años, mi padre y yo estuvimos solos. El primer año, después de que mi madre nos abandonara, fue el más difícil. Pero después nos labramos una vida razonablemente cómoda. Él trabajaba y yo iba a la escuela. Cuando era más joven, contrató a una canguro para que me cuidara después de clase. A partir de los catorce años, por fin me permitió estar sola por las tardes.

Con su ayuda, fui una de las mejores de mi clase. También era capitana del equipo de voleibol y acababa de ganar la feria de ciencias. Pero no era en absoluto como si papá me presionara. Era una especie de fuerza invisible que me impulsaba. A menudo me decía que bajara el ritmo y me tomara un descanso. Pero yo no era capaz de hacerlo.

"¿Calabaza?". Suspirando, cerré mi libro de texto y empujé mi silla hacia atrás.

"Vamos", llamé un poco irritada, queriendo que oyera mi pisotón mientras salía de mi habitación y bajaba las escaleras a paso de tortuga. Abajo me esperaba con los brazos abiertos para abrazarme. Su pelo había encanecido un poco desde el año pasado y, a pesar de su sonrisa, parecía cansado.

"Hola, pequeña", susurró mientras nos abrazábamos.

"Hola, papá", le devolví el abrazo y nos separamos.

"Pensé que podríamos ir a Taco Bell", dijo. "¿Comer algo y ver una película?". Siempre se le ocurrían planes para pasar tiempo juntos y tuve que suspirar.

"Por desgracia, tengo que estudiar, papá", fue mi molesta respuesta. Mi padre suspiró. Pero de repente una extraña expresión de asombro cruzó su rostro. Se llevó la mano al pecho.

"¿Papá?", pregunté ansiosa, dando un paso hacia él. "¿Papá?". Mi padre no contestó. Vi que su boca se contraía en un espasmo de dolor. Su brazo derecho se aferró al izquierdo y luego cayó al suelo sin decir palabra.

"¡Papá!". Mi grito resonó en el piso y el perro ladró nervioso. Mi padre tenía los ojos cerrados. Preocupada hasta el extremo, me arrodillé a su lado e intenté sacudirle para despertarle. Como mis sacudidas no sirvieron de nada, llamé al 911.

"Necesito ayuda urgente", grité al teléfono. "Se trata de mi padre". Diez minutos después llegaron los paramédicos. Intentaron salvarle la vida durante otros quince minutos, pero fue en vano.

"Lo siento mucho". Cuando levanté la vista, vi a un hombre rubio frente a mí. Extendió la mano y me la puso suavemente en el hombro.

"Era su corazón", dijo. "No había nada que pudieras haber hecho".

Nada.

Me desquició y sentí un profundo cambio en mí. Primero me quedé mirando atónita a mi

*labrador, luego las fotos familiares de la pared y algo significativo se manifestó en mi interior.
Nadie volverá a decirme que no puedo hacer nada.*

* * *

"Sutura". Jackie me pasó la aguja y empecé a coser el pecho de Daniel. Habían pasado nueve horas y estaba totalmente agotada. Tina no estuvo de acuerdo conmigo y yo era consciente de que mi procedimiento fue muy inusual. Pero estaba vivo. Ahora sólo tenía que esperar a que se despertara. Hice todo lo que estaba en mis manos.

Había tantas cosas en la vida que necesitaba controlar, por ejemplo mis sentimientos y mis relaciones con otras personas. Quería separarme a toda costa, pero Daniel había derribado todas mis barreras. Mi único deseo era mirarle a los ojos abiertos y escuchar su voz.

"Vamos, amor", susurré cuando terminé. "Vuelve a mí".

Capítulo 32

Daniel

Me quedé helado. Era como si por mis venas corriera agua helada. Y entonces sentí calor. Sentí un leve hormigueo en las puntas de los dedos de las manos que viajaba hasta los dedos de los pies. Sin embargo, el intento de moverme fracasó estrepitosamente.

"¿Daniel?".

Parpadeé. Sentía como si tuviera arena en los ojos, pero los abrí de todos modos. Mia estaba de pie frente a mí. Era preciosa. Sus ojos brillaban y su pelo resplandecía a la luz del sol que entraba por la ventana de su piso. Podía ver claramente las cortinas de su dormitorio y el cuadro que colgaba sobre su cama. Llevaba un vestido naranja brillante cuyos colores cambiaban cuando se movía.

"Mia", murmuré su nombre, pero tenía la lengua espesa y la boca seca. "¿Mia?".

"Aquí estoy, cariño", respondió. Su voz sonaba melódica y, cuando se inclinó hacia mí, le tendí las manos. Sentí el frescor de sus labios contra mi piel y me atrajo hacia el abrazo que tanto esperaba.

"¿Estoy herido?", quise saber. "Algo va mal". Se oyó un pitido, como el de un despertador cuando se queda sin batería. Mi voz resonó al hablar, pero volví a intentarlo.

"¿Mia?".

El eco volvió a cortar el silencio que me rodeaba. No había paredes, ni gente. Sólo estábamos Mia y yo.

"Agua, por favor", volví a balbucear. Se inclinó sobre mí y me ofreció un vaso lleno de cubitos de hielo.

"Todavía no puedes beber nada", me dijo. Su voz sonaba como de otro mundo. Era como si me hubiera sumergido en las profundidades y tratara desesperadamente de nadar hacia la superficie. Me ardían los pulmones, se me hinchaba el pecho y sentía los brazos cansados.

"Vuelve conmigo...". La voz de Mia no era más que un susurro y giré la cabeza para oírla mejor.

"¡Daniel!".

Desesperado, intenté mirar con más claridad para verla y alcanzarla. Pero Mia empezó a deshacerse. Ahora intenté gritar, pero no pude emitir ningún sonido y el mundo empezó a oscurecerse.

Mia.

* * *

"¿Doctor?".

En el calor del momento, me obligué a abrir los ojos. Sobre mí había una mujer que no conocía. Llevaba una bata de médico y tenía la cara cubierta por una mascarilla.

"Por favor", intenté hablar, pero las palabras no salían de mis labios. Volví a intentarlo, pero la voz me falló.

"¡Le está bajando la tensión!". Había un alboroto de actividad a mi alrededor. La gente se movía y yo oía sus gritos.

Las voces de las enfermeras resonaban en mi interior e intenté en vano incorporarme.

Mia. Caroline. Bella.

"Epinefrina. ¡Ahora!".

"Comprobar signos vitales".

Intenté en vano hablar, sentarme o mover los brazos. Sentí presión en mi brazo derecho y vi a una enfermera a mi lado con una aguja.

"Mia". Aunque pensé que había hablado, mi boca permaneció en silencio.

"No". Pero ella continuó y me puso la inyección de todos modos. La oscuridad se apoderó de mis ojos.

* * *

Sonó una música estridente. Mi cuerpo se balanceó al ritmo y miré a la chica que bailaba frente a mí. Mi hermandad celebraba una fiesta y yo había ayudado a organizarla. Ninguna de nuestras familias tenía problemas económicos, era consciente de ello. Veníamos de hogares acomodados y llevábamos vidas que otros estudiantes envidiaban.

"¡Fielding!".

Mi hermano de fraternidad me llamó por mi nombre, pero le ignoré. Llevaba ya tres copas la tenía chica delante.

"¡Fielding!".

Esta vez la voz estaba más cerca y dejé de bailar. El jefe de la fraternidad estaba a mi lado con líneas de preocupación en la cara.

"¿Qué demonios está pasando?", pregunté sin ganas, señalando con la cabeza a la chica que seguía contoneando las caderas al ritmo de la música, pero él negó con la cabeza.

"Tienes que venir conmigo". Su tono no admitía discusión y, con una última mirada de disculpa a mi pareja de baile, le seguí. Atravesamos la multitud de estudiantes, subimos la amplia escalera y entramos en una sala reservada a la élite de la fraternidad. ¿En qué demonios había metido la pata?

"¿Señor Fielding?". Me detuve en seco. Dos agentes de policía estaban allí, sus uniformes azules contrastaban con el cuero marrón de los sofás y la cálida madera de las estanterías.

Mierda, ¿qué hice?

"Eh...".

El mayor de los dos se adelantó.

"Hijo mío", dijo, poniendo una mano en mi hombro. "Lo siento mucho". Completamente perplejo, me quedé allí. No se trataba de un arresto, ni del hecho de que me hubiera colado en la fraternidad vecina la semana pasada.

"Diga por favor", dije apretando los dientes. El policía tuvo que tragar saliva y miró a su colega. Se oía el estruendo de la música del piso de abajo y me resistí a marcharme.

"Tus padres".

No.

"Lo siento", continuó. Se secó la frente con la palma de la mano como si estuviera sudando. "Tuvieron un accidente".

Todo se volvió negro ante mis ojos, carraspeé y tosí y luego me desplomé. Una mano firme en mi hombro me trajo de vuelta.

"Te pondrás bien...". Me sentí miserable. No podía ser.

"Caroline...". Logré decir su nombre antes de vomitar.

* * *

"¿Daniel?". Caroline sostenía a Bella en sus brazos. Estaba envuelta en una manta color crema. La cogí con cuidado y sostuve su delicada cabecita entre mis manos. La bebé se acurrucó contra mi cálido pecho.

Miré su carita redonda con asombro. Era la vida personificada. Tenía en mis brazos a la bebé de Caroline, nuestro todo, nuestro legado.

"Es preciosa", dije, pero las palabras no podían expresarlo. La bebé en mis brazos era mucho más que eso.

"Es tu sobrina", dijo Caroline, con la cara radiante de orgullo.

"Bien hecho, hermanita", la elogí. Caroline hizo algo con lo que yo sólo podría soñar. Creó vida. El orgullo de su rostro me dejó sin palabras.

"¿No es adorable?". La pregunta de Caroline me sacó de mis pensamientos.

"Lo es", acepté. "Es impresionante". El marido de Caroline había salido a por té y café, dejándonos solos. Girándome hacia ella, noté el sudor en su frente y su expresión preocupada.

"Está en tus manos", le dije, "has nacido para ser su madre". Luego volví a mirar a la pequeña bebé que tenía en brazos.

"¿Cómo se llama?".

Caroline dudó un largo rato.

"Bella". Así se llamaba nuestra madre. No había necesidad de contradecirla, porque al mirar a la bebé en mis brazos, el nombre encajaba.

Bella.

"Hola, preciosa Bella", hablé con voz ronca. Por un momento hubiera jurado que la niña me miraba. Me volví hacia Caroline. Estaba mirando al techo.

"¿Caro?". Pero mis palabras no surtieron efecto. Caroline estaba como hecha de piedra. "¿Hermana?". Seguía sin responder.

"¡Caroline!".

El tiempo parecía haberse detenido para mi hermana. Sus labios se volvieron azules y su cara se congeló. Una mano sostenía al pequeño bebé con fuerza, la otra la extendí para agarrar a mi hermana.

* * *

"Tranquila".

No sabría decir si era la voz de Mia o la de Caroline, pero me tranquilicé. Entonces intenté moverme, abrir los ojos, pero mi cuerpo no funcionaba.

"¿Querido?".

Parpadeando, vi a Mia y Caroline encima de mí. Se abrazaban y Bella estaba a su lado. Caroline se agachó y le acarició la cabeza mientras Bella lloraba. Luego caminaron juntas hacia la puerta y el sonido de los sollozos las acompañó. Mi visión se nubló como si todo se disolviera e intenté gritar.

Ni un solo sonido salió de mi boca. En mi cabeza gritaba sus nombres, pero la habitación a mi alrededor permanecía en silencio, encerrado en mi propio cuerpo sin que nadie pudiera oírme.

Entonces desaparecieron.

Capítulo 33

Mia

Hojeé las notas que habían introducido las enfermeras durante la noche en el expediente médico de Daniel. La operación se programó dos horas antes porque Daniel se desmayó y la operación tendría que realizarse rápidamente. Como yo era la cirujana responsable, no podría supervisarlos. Por norma, tendría que descansar después. Volví cuando había amanecido sobre el horizonte de San Francisco.

La operación fue un éxito y Daniel se despertó brevemente, pero estaba tan agotado que no conseguí sacarle mucho antes de que volviera a caer en un profundo sueño. No era raro. Dada la magnitud de la operación y la duración de la anestesia, Daniel se quedaba dormido de vez en cuando a lo largo del día.

"Ha sobrevivido". Jackie estaba en la puerta y me sonrió. Luego entró y miró el monitor que estaba junto a la cama de Daniel. El pitido constante que indicaba su ritmo cardíaco era música para mis oídos y vi cómo Jackie examinaba las lecturas.

"Podría decirse que sí", dijo, volviéndose hacia mí.

"Lo que lograste ayer", empezó diciendo, "nadie más lo habría conseguido. Ha sido increíble. Todos estamos muy orgullosos de haber estado ahí". Suspirando, me quedé de pie.

"No estaba nada segura", respondí. Jackie frunció el ceño.

"¿No estabas segura? ¿De qué?", preguntó, observándome atentamente. El resto de la sala era visible a través de la ventana de cristal.

"No estaba segura de poder hacerlo", le expliqué. "Lo único que tuve claro es que no tenía elección". Jackie se acercó y me puso una mano en el hombro.

"Quizá no has estado segura", dijo con suavidad. "Pero yo sabía a ciencia cierta que podías hacerlo".

Sus palabras significaron más para mí de lo que yo hubiera podido decir. Estaba a punto de darle las gracias cuando los dispositivos conectados a Daniel se encendieron. Congelada, vi cómo su ritmo cardíaco bajaba primero y volvía a subir después. Se me quedó la respiración entrecortada y tuve que volver a verlo.

"¿Qué pasa?", me pregunté pensativa y me acerqué. Dejé caer la carpeta sobre la cama, pasé el estetoscopio desde su cuello hasta sus oídos y lo sostuve sobre su corazón para escuchar con atención.

"Algo va mal", dije girándome hacia Jackie. Luego cogí la historia clínica y, en lugar de comprobar los detalles de su funcionamiento cardíaco, esta vez comprobé la medicación.

"Maldita sea", maldije y me volví hacia Jackie, que ahora me miraba asombrada.

"¿Qué?", preguntó muy seria, con los ojos muy abiertos. De nuevo miré los papeles que tenía en la mano.

"Le dieron el medicamento de McMaster Pharmaceuticals. Aquí figura el inhibidor de la ECA", respondí consternada, negando con la cabeza.

"Nunca tomamos sus medicamentos", respondió Jackie, frunciendo el ceño. Se acercó y miró por encima de mi hombro para comprobar los registros. Todo mi cuerpo se tensó e intenté calmarme de nuevo.

"Por una buena razón", respondí. "Los resultados del estudio no fueron buenos. No sé cómo la

FDA pudo poner algo así en el mercado".

"El médico de guardia debió estar de acuerdo", dijo. Me invadió una sensación de hundimiento. Normalmente siempre me encargaba de la medicación postoperatoria, pero ayer mi alivio por que Daniel hubiera sobrevivido a la operación fue tan abrumadora que lo olvidé.

"Parece que sí", comenté. "Pero ahora tenemos que estabilizarlo desesperadamente". Jackie y yo trabajamos al unísono mientras administrábamos a Daniel la medicación necesaria para regular su ritmo cardíaco y su tensión arterial. Cuando me aseguré de que ya había pasado lo peor, salí de la habitación y dejé que Jackie lo vigilara mientras yo sacaba el móvil del bolsillo.

"¿Dr. Jay?". Mi deseado candidato contestó al tercer timbrado del teléfono. Pero cuando le expliqué que Daniel había sido operado hacía casi veinticuatro horas y que deseaba que se hiciera cargo del tratamiento, se negó.

"Escuche, Dra. Larson", dijo amablemente. "Ya conoce mi preocupación por este paciente". Estaba claro que tenía algo más que decir, así que esperé.

"Que la cirugía no era una opción en este caso era bastante obvio, ¿no es así, ya que todas las pruebas estaban en contra", continuó. "Y a juzgar por lo que está ocurriendo ahora, tenía razón". Una ira destemplada surgió en mí.

"No", le aclaré. "Se derrumbó. No tenía otra oportunidad. Además, salió bien de la operación y es difícil de creer, pero sus funciones cardíacas también han mejorado notablemente". Se hizo el silencio al otro lado de la línea y lamenté mi tono.

"Entonces, ¿cómo explica su inestabilidad actual?", preguntó finalmente el Dr. Jay.

"Medicación", repliqué. "Los medicamentos de Mc.Masters".

"De verdad, quiero ayudarle", respondió el Dr. Jay. "Pero no estoy preparado para comentar la eficacia de un medicamento aprobado. La FDA es una gran lata de gusanos en la que no quiero hurgar". En ese momento tuve que suspirar. Su tono dejaba claro que no se dejaría convencer. Antes de que dañara la buena relación de trabajo, colgué y llamé al Dr. Greer.

"¿Jason?", le pregunté cuando descolgó. "¿Cómo estás?". Resultó que el Dr. Jason Greer estaba en el campo de golf.

"Daniel Fielding", le dije cuando me preguntó qué necesitaba. "Sería beneficioso que te hicieras cargo de sus cuidados postoperatorios. Eres el mejor que hay y preferiría que llevaras su caso. Sabía de tu preocupación por la operación de antemano, pero ya está resuelta. La superó muy bien y sus constantes vitales son tan buenas como siempre".

"Entonces, ¿cuál es el problema?", preguntó el Dr. Greer. Que no aceptaría sin más sin conocer todos los hechos. Debería haberlo sabido

"Va a necesitar estabilizarse durante las próximas semanas", respondí, "y sería mejor que te hicieras cargo, porque siento que estoy demasiado involucrada en el caso". El Dr. Greer suspiró con fuerza.

"No tengo ni que decirlo, Mia", me explicó, "que no deberías haber hecho la operación si sientes algo por él". Indignada, quise replicar algo, pero pensé que sería mejor no decir nada. Al fin y al cabo, tenía razón. Pero me arrinconó y yo fui la única y última esperanza de Daniel.

"Eso no es un no", quise saber, esperando que cambiara de opinión.

"Es un no", respondió. "Es una lástima. Lo siento". Terminamos la conversación y volví a la habitación de Daniel. Justo cuando estaba a punto de tomarle las constantes vitales, entró Tina.

"¿Cómo está nuestro muchacho?", me preguntó. Tina estaba perfectamente vestida, su traje púrpura brillante contrastaba fuertemente con mi bata. Yo no había perdido el tiempo maquillándome, pero Tina estaba perfecta.

"A Daniel le administraron el inhibidor de la ECA de McMasters Meds durante la noche", dije escuetamente. Tina cerró los ojos brevemente y se acercó.

"¿Y bien?". Me cogió el historial de Daniel y lo revisó.

"Y ha tenido un efecto negativo en él exactamente en el grado que siempre supusimos. Hay una razón válida por la que no tocamos estas cosas". Tina asintió y me devolvió el expediente.

"¿Qué vas a hacer?", preguntó. Suspirando, le conté mis preocupaciones.

"Tina, estoy demasiado involucrada emocionalmente", dije en voz baja, "y me preocupa que mis sentimientos afecten a mi juicio y me hagan cometer errores. Daniel sólo se merece los mejores cuidados. Pero ni Jay ni Greer están dispuestos a aceptar este caso, aunque ya le hayan operado".

"*Todos* los pacientes merecen los mejores cuidados", corrigió Tina con suavidad, "y francamente, no culpo a Jay ni a Greer por negarse. De ninguna manera dejaría que otro médico atendiera a mi paciente después de la operación. Creo que tú tampoco lo harías. ¿Realmente querías lidiar con las posibles consecuencias de la cirugía de otra persona?". Ella tenía razón, aunque yo no quisiera admitirlo.

"Sí, lo sé", dije suavemente, tomando la mano de Daniel entre las mías. Fue genial. Deseaba tanto que sus dedos se cerraran alrededor de los míos, pero ahora que estaba entumecido de nuevo, eso no iba a suceder.

"*Tienes* que hacer esto", dijo Tina. "Lo sabes, ¿verdad?". Cerré brevemente los ojos e inspiré y espiré profundamente. Tina me observaba atentamente.

"Sí", respondí. "Lo sé". Me dio una palmada en el hombro.

"Volveré a verle más tarde", dijo Tina. "Y a ti". Se preparó y se echó el bolso al hombro. "Sabes que te quiero, ¿verdad?". Sonriendo, asentí con la cabeza.

"Yo también te quiero".

* * *

"¿Dra. Larson?". Estaba revisando correos electrónicos en mi teléfono en la estación de enfermeras, cuando entró una llamada.

"¿Sí, por favor?".

"Soy Michael Bainbridge", se presentó, "de la FDA". Me senté de repente.

"Sí", dije, "Sr. Bainbridge. ¿En qué puedo ayudarle?". Esperando, contuve la respiración.

"Adelante, llámeme Michael", corrigió, "le llamo para comunicarle que su medicamento ha sido aprobado y autorizado". Quise gritar de pura alegría, pero me contuve, suponiendo que tardaría más.

"¿Está seguro?", inquirí, poniéndome en pie y mirando a mi alrededor.

"¿Aún no lo necesita?", preguntó riendo. "Es sólo una llamada de cortesía, pensé que querría saberlo".

"Gracias", respiré. "De verdad. Muchas gracias". Terminamos la llamada y me quedé allí de pie sintiéndome débil ante esta buena noticia. Una vez que el medicamento estuviera listo, podría usarlo con Daniel. Estaba disponible en nuestra consulta y tardaría menos de una hora en administrárselo a Daniel. Era una combinación de un betabloqueante y un inhibidor de la ECA y exactamente lo que me ayudaría a estabilizar a Daniel. Corrí rápidamente, me detuve frente a los ascensores y pulsé el botón.

* * *

"¿Funciona?". Jackie había entrado en la habitación del hospital donde yo llevaba casi cuatro horas sentada junto a Daniel. Al principio, la nueva medicación parecía no haber hecho nada. Pero en la última hora, su ritmo sinusal se había normalizado y su saciedad había mejorado. Me sentí algo aliviada. Poco a poco fui recuperando la esperanza y estudié el rostro de Daniel, observando su barbilla y la longitud de sus pestañas alrededor de sus maravillosos ojos.

"Eso parece", respondí, sin apartar los ojos de Daniel. Su tez estaba mejorando.

"Mia", dijo Jackie, poniéndose a mi lado. "¿Tienes idea de lo que has hecho?". Con los años habíamos pasado de los saludos formales a los nombres de pila y, aunque eso estaba mal visto por algunos médicos, yo atesoraba mi relación con Jackie.

"¿Qué quieres decir?", quise saber. Ella sacudió la cabeza y me miró con incredulidad y asombro.

"Todavía no te das cuenta, ¿verdad? No sólo operaste con éxito a alguien a quien nadie más habría tocado", dijo, "sino que también pusiste a prueba un medicamento que salvará innumerables vidas...". Yo ya era consciente de que ese fármaco ayudaría a muchas personas y les daría esperanza. Pero últimamente, lo único que me importaba era Daniel y su operación. Jackie tenía toda la razón. Si ese fármaco funcionaba para él, por supuesto que ayudaría a otros.

"Tu modestia, aunque admirable, está fuera de lugar", continuó. "Lo que hiciste en ese quirófano...". Jackie miró a Daniel.

"No estaría aquí en esta cama ahora mismo si otra persona lo hubiera operado". Interioricé sus palabras. Daniel estaba aquí. Las cosas podrían haber sido muy distintas. Aunque no podía creer que sólo fuera yo, ahora estaba profundamente agradecida y feliz: iba a poder mirarle a los ojos y volver a oír su risa.

Pero era mucho más que eso. El día que murió mi padre, me prometí a mí misma cambiar algo, y esta medicina era el cambio.

Tras años intentando cambiar las cosas, no sólo en el quirófano, por fin alcancé mi objetivo y lo logré gracias a Jackie. Me importaba mucho la vida de Daniel. Lo conseguí y, en algún momento, eso se había convertido en algo más importante para mí que cualquier otra cosa en el mundo.

Capítulo 34

Daniel

Intenté abrir los ojos, pero la luz brillante me sobresaltó. ¿Qué día era y dónde estaba? Cuando por fin miré a mi alrededor, me di cuenta de que estaba en la misma habitación del hospital en la que había estado antes de la operación. A mi izquierda podía ver a las enfermeras a través de una ventana y oír sus voces apagadas. En la habitación, el sonido constante de las máquinas me decía que no había muerto. Todo aquello no era un sueño. Estaba vivo.

Entonces miré a mi derecha y vi a Mia. Nunca una visión me había resultado tan grata como la suya. Estaba tumbada en el sofá bajo la ventana, con los ojos cerrados. Estaba profundamente dormida y llevaba una bata, aunque de un tono azul más claro que la que le había visto antes. Podía estar vestida de cilicio y seguir siendo la más bella de mis vistas.

Moví con cuidado los dedos de los pies antes de mover los tobillos hacia delante y hacia atrás. Pronto había probado todo y estaba seguro de que mi cuerpo era completamente móvil. Me dolía el pecho, pero de un modo muy distinto al anterior. Era un dolor local y sordo que sabía que estaba relacionado con el procedimiento. Estaba claro que Mia se había asegurado de controlar el dolor.

Mia seguía dormida y continué observándola, fijándome en el ligero movimiento de sus pestañas y en la forma en que apoyaba la cabeza en las manos. Había algo vulnerable en ella mientras dormía. Antes de la operación me demostró su fuerza. Completamente segura de sí misma, tuvo el control entre nosotros. Cada palabra que dijo y cada movimiento que hizo fueron bien pensados. No era sólo una mujer luchadora en la cama, Mia también era una fantástica doctora.

"¿Daniel?". Lentamente, giré la cabeza y vi a Caroline de pie en la puerta. Bella estaba a su lado, agarrando con fuerza la mano de su madre. Nunca había visto a mi hermana así. Tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas no derramadas y su mirada era una mezcla de esperanza y miedo.

"Caroline", susurré, tendiéndole mi mano temblorosa. Ella se acercó para cogerla.

"¿Estás bien?", preguntó también en voz baja, y su mirada se desvió hacia el sofá donde Mia seguía durmiendo. Asentí con la cabeza.

"Bueno, eso parece", respondí. "Sigo aquí". Al oír esto, mi hermana rompió a llorar, escapándosele de la boca sollozos tan violentos como si los hubiera estado reprimiendo durante años.

"¿Mamá?", preguntó Bella, con la carita contorsionada por la preocupación. Caroline se tapó la boca con una mano y se volvió hacia Bella, con la barbilla temblorosa de alegría.

"Lo siento, pequeña", dijo rápidamente. "Son lágrimas de alegría. Me alegro mucho de que tu tío esté bien". Bella se volvió hacia mí.

"Tío Daniel, ¿estás bien?", preguntó, su voz sonaba más suave que de costumbre. Asentí con la cabeza y cogí su pequeña mano.

"Sí, estoy bien", le aseguré con más convicción de la que sentía. En cuanto a los detalles, no estaba seguro. Aún no había hablado con Mia, así que no tenía ni idea de lo que había pasado durante o después de la operación. Pero de alguna manera me sentía diferente.

"¿Daniel?". Mia se había despertado y se frotaba los ojos cansados.

"Mia". Se hizo el silencio cuando se levantó y se puso a mi lado. Sonrió a Caroline, pero luego me miró de cerca.

"¿Cómo te encuentras?", preguntó.

"Estoy vivo", dije encogiéndome de hombros. Mia sonrió a pesar de su evidente agotamiento y comprobó el monitor al que estaba conectado.

"Os dejaré a solas un rato", dijo en voz baja mientras miraba a Caroline y Bella.

"Pero debéis ser delicadas con él", aconsejó, con una sonrisa que suavizaba las palabras. Caroline rodeó la cama y abrazó a Mia.

"Gracias", susurró, Mia asintió pero no dijo nada y cuando Caroline la soltó, salió de la habitación. Mi hermana se giró hacia mí.

"¿Seguro que estás bien?", preguntó. "No te imaginas lo preocupada que estaba. ¿Está bien Mia?". Se giró y miró a través del cristal. "Parecía enferma".

"Sólo estará cansada", la tranquilicé. "Yo estuve dormido todo el tiempo, pero ella estuvo operando durante horas". Caroline parecía avergonzada.

"Tienes razón", aceptó. "¿En qué estaba pensando?". Se dio una palmada burlona en la frente. "Oye", dije rápidamente. "Déjalo ya. Esto ha sido duro para todos. Esperar las noticias cruciales debe de haber sido muy duro para ti". En lugar de responder, levantó a su pequeña y la sentó en el borde de la cama para que pudiera estar más cerca de mí.

"Tío Daniel, te he echado de menos", dijo Bella, sonriéndome.

"Las dos te hemos echado de menos", asintió Caroline, "y no sabes cuánto nos alegramos de verte. Es una pena que no estuviéramos aquí cuando te operaron". Me vino a la memoria todo lo que pasó antes de la operación y me alegré de que no hubieran estado allí. Si Caroline hubiera sabido que me desmayé, se habría aterrorizado.

"¿Puedo tomar unos cubitos de hielo?", pregunté. Sentía la boca hecha de algodón y quería poder hablarles bien. Caroline me metió unos cuantos trozos de hielo en la boca y observó atentamente cómo los chupaba.

"Bella necesita comer algo", dijo por fin. "¿Te traigo algo de la cafetería de abajo?". No había nada que me apeteciera, pero le pedí el periódico de todos modos, sabiendo que quería sentirse útil. Bella me saludó de nuevo con la mano mientras salían.

Unos instantes después entró Mia. Parecía un poco más alegre y no dudé de que se debía a la cafeína.

"Queridísima", dije, la palabra escapando de mis labios inconscientemente. Mia sonrió, se puso a mi lado y me cogió la mano con delicadeza.

"¿Cómo te encuentras?", preguntó, escrutando mi rostro con la mirada en busca de signos de dolor.

"Mejor de lo que pensaba", admití, "y bastante diferente, más ligero en cierto modo. ¿Cómo ha ido la operación?". Mia pareció reflexionar sobre mis palabras.

"Hubo algunas complicaciones", admitió con sinceridad, "pero lo conseguimos. Y tú lo superaste con nota. Eres mucho más fuerte de lo que crees". Negué con la cabeza.

"Tú eres mucho más brillante de lo que crees", respondí. Un color sonrosado se extendió por su hermoso rostro. Entonces quise extender la mano y acariciar su piel, pero algo me detuvo.

"Lo hiciste", dije en su lugar. "Hiciste lo que prometiste. Me has salvado". Mia se miró los pies, obviamente avergonzada.

"Ha sido un trabajo de equipo", me aseguró. "Tina y todo el equipo quirúrgico han estado increíbles". Yo era consciente de que ella no quería atribuirse ningún mérito. Pero ambos

sabíamos la verdad y yo era la prueba viviente de las habilidades de Mia como cirujana.

"Mia", me dirigí a ella, intentando incorporarme. Pero ella me detuvo y frunció el ceño.

"Tienes que estarte quieto", dijo rápidamente. "Ayer te operaron del corazón, ¿recuerdas?". Sonreí.

"Pero tengo que decirte algo", insistí. Estaba asombrado y el miedo se reflejaba en su rostro. Entonces me soltó la mano y cruzó los brazos a la defensiva delante del pecho.

"Tengo claro que hay muchos miles de kilómetros entre nosotros", empecé a expresar lentamente mis pensamientos. "Esto es muy complicado para nosotros, y sin embargo quiero estar contigo". Mia abrió la boca para replicar, pero rápidamente continué.

"No por la razón de lo que has conseguido", le expliqué. "Aunque salvarme la vida ha sido sin duda un golpe maestro". Esta vez Mia no intentó hablar.

"Es sobre todo por lo que *eres*. Te quiero. Quiero compartir mi vida contigo y estar contigo. A tu lado, quiero despertarme cada día y comer sushi en la alfombra del salón delante de una película mala".

"¿Así que admites que *Jungla de Cristal* es mala?", preguntó en tono despreocupado.

"En realidad, sólo quiero decirte", continué, "que quiero probarlo". La cara de Mia se volvió seria.

"Daniel", me susurró finalmente, "tu cuerpo ha sufrido un trauma tremendo y aún te queda por delante el proceso de rehabilitación y curación. Yo también te quiero...". Que vendría un *pero* era previsible y tenía razón.

"Pero", dijo con cuidado, "aún hay mucho en lo que pensar. Vayamos día a día". No era lo que dijo lo que me dolió, sino lo que *no* dijo. Lo único que buscaba en sus palabras era un indicio de que queríamos lo mismo, pero ella lo eludió cuidadosamente. A pesar de mi inmensa alegría por haberme despertado, me preocupaba nuestro futuro juntos.

Sin embargo, quería olvidarme de esas preocupaciones porque Mia estaba conmigo y disfrutaría de cada momento a su lado.

Capítulo 35

Mia

"¿Así que sabes que tienes que presentarte a tu médico a primera hora de la mañana?", volví a preguntar. Estaba guardando cuidadosamente la ropa de Daniel en su bolsa de viaje. "¿Y sabes que creo que deberías quedarte aquí unos días más?". Entonces le miré. Iba vestido con vaqueros y una camiseta blanca de cuello de pico. Era la primera vez que lo veía sin bata de hospital en más de una semana y estaba tan guapo como siempre.

Había adelgazado un poco, pero era normal, dada la escasa ingesta de alimentos, la falta de ejercicio y el traumatismo que había sufrido su cuerpo.

"Sí y sí", respondió con ligereza. Lo sabía, porque yo formulé mis instrucciones con precisión y las repasé con él varias veces. Además, también lo tenía por escrito, como todos mis pacientes después de una operación.

"Sabes que le envié a Caroline las instrucciones de cuidados postoperatorios, ¿verdad?", le recordé e hizo un profundo suspiro.

"Sí, y sabes que eso la involucra mucho, ¿no?", me respondió.

"Quizá ese sea mi plan", respondí, poco impresionada.

Después del torpe intento de Daniel de hablar de nuestro futuro el primer día, nos habíamos acostumbrado a una rutina sencilla. Pasaba las mañanas y las tardes con él y visitaba a mis pacientes en la consulta durante el descanso para comer.

El tiempo que estuvimos juntos había sido sencillo y sin complicaciones. Hablamos durante horas de todo menos de nuestra relación. Aunque yo sabía que Daniel no habría querido otra cosa que arreglar las cosas, no había vuelto a sacar el tema. Más de una vez me di cuenta de que no éramos sólo amantes, sino amigos.

El corazón de Daniel había tardado unos días en estabilizarse realmente con mi medicación, pero entonces me dijo que sentía como si el mundo entero se abriera ante él. Ya no le faltaba el aire ni se sentía cansado. Tampoco tuvo ni un solo mareo. Había aprendido a vivir con ello. Verle fortalecerse y recuperar el color fue una de las experiencias más hermosas de mi vida. Cuando recuperó el apetito, supe que su salida del hospital era inminente.

Una mañana, durante el desayuno, Daniel me dijo que hacía mucho tiempo que no le contaba a Caroline sus síntomas porque ella había sufrido mucho. Tampoco se lo había dicho nunca a sus compañeros de trabajo. No me había dado cuenta de la magnitud de su aislamiento y le había tendido la mano para apretar la suya.

"Por eso me encanta hablar contigo", me había dicho despacio, mirándome fijamente. "Es un alivio poder compartirlo todo con alguien".

Cada día le hacía caminar una distancia un poco más larga. Normalmente, las enfermeras y un fisioterapeuta habrían supervisado su rehabilitación, pero yo quise hacerlo sola. Empezamos dando unos pasos fuera de la habitación y luego por todo el pasillo. La primera vez que dimos un paso, contuve la respiración. Pero mejoró con cada intento. La primera vez que subió al siguiente piso, se detuvo en la cima y se giró hacia mí.

"Vaya". Asombrada, me detuve.

"¿Tan diferente es?", me preguntó curioso y orgulloso de sus progresos. Daniel asintió y luego se rio por toda la cara.

"No tienes ni idea", respondí. "Podría seguir. Es la mejor sensación del mundo". Subió los últimos escalones y me rodeó con sus brazos.

"Gracias", susurró.

Le habían hecho todas las pruebas imaginables antes de declararle apto para el alta, pero cuando me dijo que se devolvía a Nueva York inmediatamente, me quedé de pie, atónita y decepcionada.

"¿Vuelves en avión?", le pregunté, apartando la vista de la ventana por la que estaba mirando. Daniel se encogió de hombros.

"El trabajo me llama", explicó, "y tengo que visitar a Caroline y Bella". Con firmeza, me mordió los labios y me giré hacia la ventana. ¿Debería haberle dicho que se quedara a pasar la noche conmigo? Seguramente habría encontrado alguna razón.

"Es sólo que... supuse que pasaríamos algún tiempo juntos", dije en voz baja. El silencio y las palabras no pronunciadas se interpusieron entre nosotros. Las cosas habrían sido diferentes si hubiera tenido la conversación "nosotros" que él tanto deseaba aquel día después de despertarse y yo lo sabía. ¿Por qué iba a quedarse si yo ni siquiera quería hablar de nuestra relación?

Ahora, recogiendo sus cosas, sólo podía pensar en que no estaría allí por la mañana. Ya no sería posible tomar un café con él por la tarde. Estaría en la otra punta del país y las videollamadas parecían un pobre premio de consolación.

"Sabes", dijo con cuidado, "puedes venir conmigo". Le miré.

"No puedo irme de aquí tan fácilmente", dije rápidamente. "Tengo pacientes". Daniel se limitó a asentir. Por un momento pensé que iba a seguir hablando, pero no lo hizo.

"¿Seguro que no quieres que te lleve al aeropuerto?", le pregunté por tercera vez aquella mañana. Por tercera vez negó con la cabeza.

"Como dijiste", señaló. "Tienes pacientes".

Cuando salimos de la habitación, las enfermeras se agolparon a su alrededor para despedirse. Jackie lo abrazó y él les dio las gracias a todas. Mientras caminábamos hacia los ascensores, les oí cuchichear detrás de nosotros, pero como ahora todos conocían nuestra relación, no me sorprendió.

Nos despedimos en las escaleras del hospital. El beso de Daniel duró mucho tiempo y me aferré a él, respirando su perfume e intentando interiorizar la sensación de su abrazo. Cuando por fin subió a la limusina negra y se marchó, se me llenaron los ojos de lágrimas. Tina se acercó a mí un momento después y rápidamente me sequé las lágrimas de las mejillas.

"Oh, Mia", dijo y me estrechó entre sus brazos. Por una vez, me permití el lujo de llorar un momento en su hombro. Nunca había sentido tanto vacío en mi interior.

"Ya le echo de menos y acaba de irse", murmuré, apoyándome en su hombro. Tina me dio unas palmaditas reconfortantes en la espalda.

"Te quiere", me dijo convencida. "Se mudará aquí por ti. No dejará que viváis separados. Te quiere de verdad, estoy segura".

"No puede mudarse aquí. Su hermana y su sobrina viven allí", le recordé. De ninguna manera podía esperar que Daniel dejara a la única familia que tenía por mí. Sabía lo que significaba no tener familia. No se lo desearía a nadie.

"¿Por qué no te tomas el día libre?", sugirió Tina, dando un paso atrás para mirarme con simpatía. "Vete a casa, pon los pies en alto y relájate. Yo me ocuparé de la consulta".

Me pregunté brevemente si eso tenía algo de malo, pero me quedé boquiabierta. Desde que conocí a Daniel mi vida había sido un torbellino. Su crisis al día siguiente de la operación había

desencadenado uno de los momentos más difíciles de mi vida. Estaba al límite de mis fuerzas, física, mental y emocionalmente, y la idea de dejarme caer en el sofá era celestial.

"Gracias", dije en voz baja. Tina se inclinó para darme otro abrazo y se marchó. Al llegar a la calle, vi un taxi y lo paré.

De camino a casa me di cuenta de que había varias posibilidades. Daniel se había ido, pero eso no significaba que hubiéramos terminado. Por desgracia, no podía decir en absoluto por qué me dio miedo hablar. Ya no había nada que se interpusiera en nuestro camino, porque ahora él tenía una vida por delante que antes no habría sido posible y yo iba a estar allí, plena y completamente. Entonces, ¿por qué no hablé con él? ¿Por qué le di la espalda?

Mientras me acercaba a mi piso, sentí que el cansancio me invadía. Lo único que quería era a Daniel. Pero necesitaba saber si estaba preparada para la relación que él quería. Él no quería nada casual. Yo tampoco. Pero Daniel pensaba en un pacto para la eternidad y yo seguía obsesionada con mi carrera. Había confianza entre nosotros y yo no estaba segura de quererla. Nunca me lo había planteado.

El taxi se detuvo, el conductor me dio el cambio y yo me dirigí a la puerta de mi casa. Unos instantes después abrí la puerta de mi piso. Antes de poder relajarme de verdad, me quedaba una cosa por hacer, pero era algo que quería disfrutar. Dejé el bolso sobre la mesa del recibidor, saqué el móvil del bolso y me dirigí a la cocina, donde me senté en uno de los taburetes de la mesa. Encontré rápidamente el número que buscaba y lo marqué.

"¿Señor Bainbridge?", dije cuando contestó el representante de la FDA.

"Llámame Michael, te lo he pedido", me recordó. "¿Cómo estás, Mia?". Una vez intercambiadas las cortesías, pasé directamente al motivo de mi llamada.

"Recientemente he tenido que observar una reacción extrema a un medicamento fabricado por Mcmasters Pharmaceuticals", le informé. "Y quiero saber cómo puedo presentar una queja". La voz de Michael perdió su amabilidad y empezó a hacerme preguntas con profesionalidad, todas las cuales contesté.

"Tienes razón", dijo finalmente. "Algo va mal". Respiré aliviada. El hecho de que alguien más lo reconociera era importante.

"¿Y ahora qué pasa?", quise saber, levantándome para encender la tetera.

"Ahora también lo necesito por escrito", me informó. "Te enviaré todo lo necesario por correo. ¿Puedes enviarme por correo electrónico los formularios cumplimentados antes de que acabe la semana?".

"Por supuesto", acepté. Esta droga casi mata a Daniel. Haría lo que hiciera falta para retirarla de la circulación. Terminamos la llamada y me serví un té.

En el espacio de una sola llamada, mi nivel de energía había pasado de menos a más. La idea de que la denuncia pudiera evitar a otros pacientes lo que había sufrido Daniel me animó un poco. Con una taza de té, fui a mi habitación, me puse ropa cómoda y me acomodé en el sofá.

La habitación se sentía vacía sin Daniel. No dejaba de recordar su risa y lo mucho que habíamos disfrutado aquella última noche juntos. ¿Por qué me negué a hablar con él? Le quería y los dos lo sabíamos. ¿Qué era exactamente lo que me asustaba? Ya me había enamorado. Ya no había vuelta atrás.

En cualquier caso, era mejor descansar y llamarle mañana. Sería capaz de comunicarme mejor después de una buena noche de sueño y Dios sabía que tenía mucho que compensar. Todavía tenía la cara de dolor después de decirle que iríamos día a día. Lo había disimulado rápidamente, pero yo lo vi.

Te quiero, Daniel.

Capítulo 36

Daniel

"¿Sr. Fielding?". Giré rápidamente mi silla para tener el teléfono y mi escritorio frente a mí y respondí a la llamada interna.

"¿Sí?", pregunté, esperando que mi asistente no pudiera oír la incertidumbre en mi voz. ¿O quizá era esperanza?

¿Me llamaba Mia?

Había cogido el teléfono tantas veces que quería marcar su número. Y anoche habíamos pasado una hora al teléfono, así que no era como si no hubiera estado en contacto con ella. Hablamos de todo tipo de cosas, pero ninguno de los dos sacó el tema explosivo.

"Es el equipo de marketing, señor", anunció, interrumpiendo mis pensamientos. Cuando llegué de vuelta, entré en el edificio y me obligué a extremar la concentración en un esfuerzo por ser yo mismo, por ser el hombre que dirigía esta empresa con determinación consecuente. Pero cuanto más tiempo pasaba sentado tras mi escritorio, más pensaba en Mia.

No debía hacerlo. Ella tenía su propia vida.

No importa cómo me sentía, Mia tenía una vida plena. Una que no necesitaba que yo arruinara. Me sentía como un extra, complicando sus objetivos.

Pasé la noche anterior con Caroline. Después de preparar a Bella para ir a la cama y convencerla de que se durmiera, Caroline me obligó a ver *Notting Hill* con ella. Al final, se había girado hacia mí.

"Como puedes ver", me dijo seriamente, "a veces hay que arriesgarlo todo...".

Asombrado, negué con la cabeza. "No sabía que esto era un programa educativo". Ella tuvo la decencia de reírse y parecer avergonzada. "Y yo no soy Hugh Grant", observé.

"Y Mia no es Julia Roberts", me respondió a su vez. "Pero también es sólo una chica...". Molesto, me levanté y dejé mi taza con bastante fuerza sobre la mesita de Caroline.

"La vida no es una historia de amor y en el mundo no todo son romances y finales felices". A partir de ese momento, la cara de mi hermana cambió. Al principio había estado esperanzada, ahora sólo estaba triste.

"¿Eso es lo que te ha enseñado la vida?", preguntó. "Mamá y papá se avergonzarían de ti ahora". Me quedé helado, a punto de marcharme. Pero sus palabras me golpearon con una fuerza inesperada.

"Te quiero", dijo finalmente, "y a Bella". Lo dije en serio. Eran todo lo que tenía en el mundo. Caroline se encogió de hombros, se levantó y se fue a la cocina.

"Si no lo entiendes", dijo, "entonces no puedo ayudarte". Podría haber respondido a eso y haber dicho algo a la defensiva o mezquino. Pero me quedé sin fuerzas, así que cogí las llaves del coche y me fui.

* * *

"Sr. McMaster", dije.

Toda la sala de juntas guardó silencio. Mi personal me miró expectante. Miré a mi alrededor, el arte en blanco y negro que siempre había preferido y las sillas de cuero negro junto a la mesa.

Todo era liso y estéril. Carecía de la vida que yo anhelaba. La vida que Mia me dio. Estaba llena de calidez y humor. Se preocupaba por mí, era amable y leal. Y en ese momento, todo lo que vi en la mesa fue esa lealtad que el dinero podía comprar. Excepto cuando miré a Chad McMaster. Tenía la cara desencajada y ansiosa, y como sólo trajo un ayudante, estaba en inferioridad numérica.

"Su empresa tiene graves problemas", continué. "Ambos lo sabemos". Se hizo el silencio. Chad McMaster me dirigió una mirada que podría haber matado a un búfalo adulto.

"Con mucho gusto te la quitaré", continué, "y no podrás impedírmelo".

Este movimiento me hizo feliz, no podía negarlo. La forma en que había tratado a Mia era motivo suficiente para acabar con su empresa. En realidad, Chad era un hombre de negocios inútil. Él mismo se había metido en su aprieto. Sin embargo, eso no lo hacía menos satisfactorio para mí.

"Qué demonios", maldijo. "Eso es todo. ¿Qué quieres?". Inspiré y espiré profundamente. No se me escapaba que mi pecho se estaba expandiendo un poco más de lo habitual y estaba disfrutando de esta nueva habilidad.

"Chad", dije. "Estar a cargo de la medicación es un don, no un derecho. Es un privilegio. Es algo que hacemos *por* la gente. No a pesar de ellos. Parece que lo has perdido de vista". En ese momento me detuve, eché hacia atrás el sillón de cuero negro y me volví hacia la ventana.

"Te quitaré ese derecho", dije lentamente, "y se lo daré a mi gente. Ellos lo apreciarán". Luego me giré hacia el hombre, que ahora se movía visiblemente incómodo en su asiento.

"Nos ocuparemos de tus clientes y de sus pacientes", expliqué, "y trabajaremos para aquellos para los que aún no tenemos cura hasta que la encontremos". Chad se burló y puso los ojos en blanco.

"Pero no se puede hacer dinero con ellos", dijo, mirando hacia la ventana de la esquina por la que yo acababa de asomarme. "Está en los hospitales, las clínicas y los médicos que les siguen el juego".

"No", respondí al hombre, que ahora parecía incluso más bajo que antes. "Ayudaré a la gente". Con un movimiento de muñeca, me aflojé la corbata, volví a sentarme y crucé las piernas. "Tu droga hace daño a la gente, y yo soy uno de ellos".

Chad puso los ojos en blanco y jugueteó con sus gemelos.

"Y ahora", continué, "la FDA está implicada". Se quedó callado y con los ojos muy abiertos.

"Verás", empezó y pareció hincharse, su traje azul expandiéndose al mismo ritmo que su pecho. "Mi empresa...".

"Está preparada", añadí, "y tú también. Aquí están los papeles de la adquisición". Le acerqué la pila de papeles que tenía delante. "Puedes firmar ahora o más tarde. Pero más tarde también significará menos dinero". Chad pareció encogerse.

"¿Se trata de Larson?", preguntó. Su pregunta me abrió los ojos y era todo lo que necesitaba saber. Él era la filtración y la razón por la que estuve enfadado con Mia durante tanto tiempo, por la que huí y la que la humillé tanto.

"No", respondí, lanzándole una mirada amarga. "Pero ayuda". Chad apretó los dientes. Luego, con la mayor desgana, se agachó y alcanzó los papeles que yo le tendí. Con un bolígrafo, empezó a firmar y fechar cada página de la oferta.

"Esto aún no ha terminado, Fielding", me amenazó.

Eso me hizo reír. "Oh, Chad, definitivamente se acabó".

* * *

"¿Daniel?".

Me di la vuelta y de pie en la puerta de mi oficina estaba Caroline. Bella la cogía de la mano con fuerza y ambas estaban bastante excitadas.

"Bueno", dije. "Pero si son mis dos preciosas chicas".

Entonces me levanté, empujé mi silla hacia atrás y caminé hacia ellas. Bella se liberó del agarre de su madre y sus dos coletas volaron mientras corría hacia mí y se lanzaba a mis brazos. La cogí en brazos y la besé en la mejilla.

"¡Eh, tú!". Antes de que pudiera decir más, Caroline se acercó a nosotros.

"No", dijo, "no te hagas el gracioso. El otro día te fuiste en medio de una conversación y...".

Dejé a Bella en el suelo y me volví hacia mi hermana. Estaba a punto de preguntarle a qué se refería cuando se volvió hacia mí enérgicamente.

"¿Dónde está Mia?", resopló. Me aclaré la garganta y miré a Bella. Llevaba un adorable vestido azul combinado con zapatillas rojas y me habría encantado sonreír. Pero el estado de ánimo de Caroline no me lo permitía.

"Eh", respondí. "Ella está en ...".

"No está aquí", me interrumpió mi hermana. Inspiré por la nariz y miré a mi alrededor. Aparte de mi secretaria, que estaba a veinte pasos, no tenía ningún apoyo.

"Mia", dijo Caroline lenta y deliberadamente, "no está aquí porque eres un *testarudo*". Atónito, vi que Bella se volvía hacia su madre.

"Caroline, la...". pero mis palabras no fueron lo suficientemente rápidas.

"No", me interrumpió. "Tú y Mia deberíais estar juntos. En vez de eso, estás aquí lamiéndote las heridas". Me sentí conteniendo la respiración indignada. No tenía ni idea de lo que estaba hablando.

"Para que lo sepas", le espeté, molesta. "Mia y yo no estamos seguros de cómo seguir adelante con nuestra relación en este momento". Caroline me miró hostilmente.

"¿Qué se supone que significa eso?", me preguntó. Tragué saliva y medité cuidadosamente mis palabras.

"Mi vida está aquí", le expliqué. "Y la suya está en San Francisco". Hice una pausa y respiré hondo antes de continuar. "No puedo pedirle que lo deje todo allí".

El rostro de Caroline se puso serio y miró a Bella. "¿Se lo has pedido?". Me miró fijamente, como si el destino del mundo libre dependiera de mi respuesta.

"Empecé a hacerlo", respondí, recordando mi intento en el hospital. "No se mostró especialmente receptiva". Caroline se quedó pensativa y luego se le iluminó la cara.

"No fue justo después de la operación, ¿verdad?", preguntó, y yo fruncí el ceño.

"Probablemente sí", respondí, preguntándome qué quería decir. Al principio Caroline soltó una risita y luego se rio a carcajadas.

"Sacaste el tema justo después de saber que habías sobrevivido a la operación, ¿verdad?", preguntó, secándose los ojos. "Es básicamente una declaración en el lecho de muerte, o la forma en que se dice 'te quiero' después del S.E.X.". Deletreó la palabra, observando a su hija.

"¿Es eso realmente cierto?", la cuestioné. "Lo decía en serio...".

Caroline me sonrió. "Desde luego. Pero míralo desde la perspectiva de Mia. Habría parecido que lo decías por gratitud".

Cuando comprendí sus verdaderas palabras, me quedé helado: tenía razón. Mia acababa de

salvarme la vida y yo había intentado hablar de nuestro futuro.

Maldita sea.

Eso explicaba la reticencia de Mia. Ahora todo tenía sentido.

"Menudo lío he montado", admití, mirando a mi hermana a los ojos. Ella sólo pudo asentir.

"En efecto", dijo, "pero por suerte existe la palabrita 'lo siento'". Volví a suspirar, porque tenía mucha razón.

Para volver a poner todo en orden, tenía que hacer algo rápido, porque ya echaba mucho de menos a Mia y quería llegar a ella cuanto antes. Ahora empezaba a creer que la necesitaba.

No, no lo creo... lo sé.

Capítulo 37

Mia

Volví a mirar la pantalla del ordenador. Me ardían los ojos. Llevaba mirándola lo que me parecieron dos años, pero un rápido vistazo al reloj me dijo que eran más bien dos horas, pero los ojos me seguían doliendo.

El éxito de la operación de Daniel y el avance del fármaco que desarrollé nos dieron a Tina y a mí una semana de subidones. Cuando por fin volví a la tierra, me esperaba el papeleo y una documentación inmensamente larga.

No es que no quisiera hacerlo. Simplemente me llevó mucho tiempo y mi concentración llegó a su punto más bajo. No podía quitarme a Daniel de la cabeza. Siempre me había enorgullecido de mi determinación. En la universidad todo eran sobresalientes. Hice innumerables operaciones con éxito. También desarrollé esa importante droga. Pero me estaba resultando imposible concentrarme. Con demasiada frecuencia me encontré mirando por la ventana como si allí fuera a encontrar una respuesta.

El problema no era sólo pensar en Daniel. Fue el hecho de que aún no había tomado una decisión. La discrepancia entre el deber y el querer fue innegable y provocó una inseguridad en mí.

Lo quería.

Todo el maldito sueño que había querido: el jardín y el perro. Los feos jerseys de Navidad, el brunch de los domingos por la mañana, acurrucarme en el sofá por la noche y despertarme junto a Daniel cada mañana, todo eso había querido.

Perder a mi padre por aquel entonces me traumatizó. ¿Cómo me sentiría si Daniel me dejara? Peor aún, si yo le dejaba a él. También estaba la incertidumbre de si mi corazón podría soportarlo y si podría soportar más dolor.

Además, aún tenía mi trabajo y la mayor parte de mi carrera la dediqué a ayudar a la gente. ¿Estaría realmente dispuesta a dejar San Francisco? ¿Dejar atrás la consulta y a todos mis pacientes? Por no hablar del tiempo y la energía que invertí en todo esto.

Cerré el portátil y me recosté en la silla. Era imposible que esto funcionara sin que uno de los dos, o los dos, hiciéramos grandes sacrificios. Alguien tendría que mudarse y renunciar a su familia o a su carrera.

Volví a girar la silla hacia la ventana. No pude evitar preguntarme qué pretendía Daniel. ¿Esperaba que lo persiguiera? ¿Que dejara *mi* trabajo por el suyo? Tendría que haberle preguntado, porque adivinar tampoco era una opción. Además, necesitaba esa información para tomar una decisión.

Volví a mi mesa, miré el móvil y por un momento pensé en llamarle y preguntarle. Pero luego me abstuve de hacerlo, porque eso iniciaría la conversación y quería evitarlo antes de estar más segura de mis sentimientos. Además, tenía miedo de que ocurriera lo peor: el fin de nuestra relación.

"¿Mia?". Bastante confundida, Tina se paró en la puerta.

"¿Qué pasa?", pregunté, levantándome de la silla y poniéndome de pie.

"Una visita para ti", dijo mirando por encima del hombro, "en la sala de espera".

¿Daniel?

"No es Daniel", dijo rápidamente. Fruncí el ceño y rodeé el escritorio.

"¿Visita?", pregunté. "¿No es un paciente?"

Tina asintió y se acercó a mí. Me puso la mano en el hombro.

"Espera, voy a hacerla pasar", dijo en voz baja y se dio la vuelta para marcharse.

Allí estaba yo, esperando y preguntándome por el extraño comportamiento de mi mejor amiga. Pero no tardé mucho. Unos pasos se acercaron y en el momento en que miré hacia la puerta, una mujer apareció como un espejismo y creí que se trataba de una ilusión sensorial.

Mamá.

No podía ser verdad. Estaba de pie, tímida, en la puerta, con un vestido azul pálido. Su pelo, encanecido desde la raíz, era una versión descolorida de mi castaño. Aferraba un bolso como si fuera un escudo y movía los labios con nerviosismo.

"Mia", preguntó Tina, saliendo de detrás de la mujer, "¿estás muy ocupada o puedo pasar?". Me miró ansiosa. Sacudiendo la cabeza, respondí negativamente, aún sin palabras. Con una última mirada preocupada en mi dirección, Tina se marchó.

"Pasa", dije finalmente, señalando las sillas frente a mi escritorio. La mujer se acercó lentamente antes de sentarse con inquietud en el borde de una silla. Sin dejar de mirarla, me levanté, rodeé mi escritorio y me senté también. Luego nos sentamos la una frente a la otra en silencio.

"Eres tú". Ella asintió.

"Soy yo", asintió. Comprensiblemente, me quedé completamente atónita y todo tipo de preguntas pasaron por mi cabeza a la velocidad de la luz.

¿Dónde había estado? ¿Por qué se fue? ¿Por qué volvió?

Curiosamente, en ese momento pensé en Daniel. Era el único con quien había hablado de ello, aparte de Tina. Y semanas después mi madre apareció de la nada. ¿Habría contratado un detective privado para encontrarla?

"No estaba segura de si me recibirías", empezó a hablarme mi madre. "Pero podría haber entendido si te hubieras negado".

"No me conoces", le dije. No era una referencia a ella. Era simplemente un hecho: no me conocía y por eso asintió.

"Tienes razón", dijo finalmente, "y es culpa mía por no conocerte".

"Seis años tenía", dije en voz baja. "Seis... y te fuiste".

Mi madre se miró las manos, que seguían aferradas al bolso. Tenía dos manchas rojas en las mejillas y respiraba con dificultad.

"No tengo excusa", dijo en voz baja. "Es imperdonable, pero estaba hecha un lío. Y pensé que si me quedaba te rompería". Me miró, con los ojos enrojecidos. "No me fui porque no te quisiera".

Por mi expresión, se dio cuenta de que no la creía.

"Porque te quería más que a nada, por eso tuve que dejarte", continuó. "Al menos eso es lo que me dije en su momento".

"¿Y ahora?", pregunté en voz *baja*. Ahora me miraba las manos, dándome cuenta de por qué quería a Daniel ahí. Deseaba más que nada que hubiera venido. Él sabría mejor cuáles eran las palabras adecuadas en este caso.

"Cuando me di cuenta de lo que había hecho -me explicó mi madre- ya era demasiado tarde. Primero estuve en el hospital porque había intentado quitarme la vida y luego pasé mucho tiempo en un hospital psiquiátrico a causa de mi depresión. Cuando volví a salir de allí, había

pasado un año. Conseguí un trabajo y un piso y luego pasó el año siguiente. Habría sido egoísta por mi parte volver a tu vida para retomarla donde la dejamos".

"¿Y cuando murió papá?". Mi voz era más alta de lo que pensaba y mi madre se encogió.

"No me enteré de eso", susurró, profundamente entristecida. "No hasta mucho después. Si lo hubiera sabido..."

Indignada, pregunté: "¿Qué habrías hecho entonces? ¿Habrías vuelto a casa y habrías sido una madre para mí?". Me miró desesperada.

"Lo siento mucho", fue todo lo que consiguió decir. Tuve que cerrar los ojos brevemente y reunir todas mis fuerzas para controlarme. Decepcionada, me pasé una mano por el pelo suelto y me ajusté el cuello de la blusa.

"Mia". Mi madre me miró suplicante.

"Durante tanto tiempo he querido...", habló, haciendo una pausa como si buscara las palabras adecuadas, "decirte que lo siento infinitamente, decirte que te quiero y pedirte que me perdones". Terminó de hablar y se levantó. Todo en mí se agitaba.

"Ahora te dejaré sola", dijo suavemente, "no te apartaré más de tu trabajo".

"No", me limité a susurrar. Mi madre se quedó mirándome. "No vuelvas a dejarme". De repente todo estaba tan claro. Era como si una ventana se hubiera abierto en mi mundo, permitiéndome ver lo que era realmente cierto. Sabía que mi madre me guardó en su alma. Habría habido razones de las que no habría sido consciente y que no habría comprendido en aquel momento. Valía la pena intentarlo y sentía como si la pieza que faltaba del rompecabezas encontrara su lugar.

Ella era mi familia.

"Ya hemos perdido tanto tiempo", razoné, poniéndome también de pie. "De ninguna manera quiero perder más. Además, me imagino lo duro que ha sido para ti venir aquí..."

Mi madre se limitó a asentir.

"Quiero saberlo todo de ti", le anuncié. "Cada detalle que tengas que contarme". Parecía un poco indecisa, pero luego sonrió. Su expresión era de una alegría tan genuina, pura y simple, que involuntariamente me moví hacia sus brazos extendidos y nos abrazamos íntimamente. Por primera vez sentí que la tensión que había estado presente en mí durante semanas empezaba a aliviarse.

"Ahora puedo volver a respirar", susurré mientras ella me abrazaba con fuerza.

"¿Qué quieres decir, cariño?", quiso saber mi madre y yo levanté la cabeza y moqueé mientras mis ojos se llenaban de lágrimas.

"La sensación de poder respirar mucho más libremente, quiero decir. Las últimas semanas han sido tan tediosas y arduas". De nuevo me abrazó y me estrechó con fuerza.

"Cuéntamelo", me dijo suavemente, y cariñosamente lo hice.

* * *

Corrí desde el momento en que mis pies tocaron el hormigón de la entrada del aeropuerto. En la pequeña bolsa que llevaba al hombro había una muda de ropa, mi cepillo de dientes y mi teléfono móvil. Los funcionarios de la puerta me miraron con desconfianza y la mujer del mostrador de facturación me hizo demasiadas preguntas. Tenía un ojo en el reloj y el otro en el tablón de salidas.

La visita de mi madre me abrió los ojos y me recordó las cosas importantes de la vida que no

quería volver a perder de vista. Inmediatamente quise ver a Daniel y decirle lo que sentía por él. Quería decirle todo lo que sentía en el corazón.

La cola para el control de seguridad era bastante larga y yo estaba de pie en medio de ella cuando una llamada llegó de repente a mis oídos.

"¡Mia!".

Mi bolso cayó al suelo tan rápido que me di la vuelta. Conocía demasiado bien esa voz. Daniel estaba ahí detrás.

¿Qué hacía aquí?

Tenía incluso mejor aspecto que de costumbre, con vaqueros y una camisa azul noche. Avergonzado, levantó los hombros y no me quitó los ojos de encima. En sus manos sostenía un ramo de rosas rojas y me di cuenta y comprendí que siempre lo había sabido. Éste era el hombre adecuado para mí: él y nadie más.

Capítulo 38

Daniel

"¡Mia!".

Tan alto como pude, pronuncié su nombre, no, lo grité. La gente se giró y todos los pasajeros de aquel vuelo miraron en mi dirección. Mia se quedó inmóvil. Sus rizos castaños le caían sobre los hombros y me miraba asombrada.

"¿Mia?". Esta vez mi voz fue un poco más suave, menos enérgica.

Me había visto y se giró a la derecha e izquierda como disculpándose por haberme molestado. Luego levantó ambas manos como preguntando qué debía hacer.

"¡Por favor!", le grité.

Era la palabra que Mia utilizó antes, aunque sólo fuera en privado. Me había suplicado más, me había rogado que no parara. Cuando estábamos desnudos, sabía lo que pedía. Era esta sala, este amplio mundo del que Mia no estaba segura. Pero tenía suficiente seguridad para los dos.

"¿Daniel?". Su voz bastó para tranquilizarme aún más.

Un escalofrío reconfortante me recorrió la espalda y respiré hondo. Mia cogió su bolso y se dirigió hacia mí en dirección contraria. Mi corazón se aceleró y sentí que apretaba las manos convulsivamente a medida que se acercaba. Tenía el pelo brillante y las puntas rizadas le rebotaban con cada movimiento. Era la personificación de la frescura y me invadió una oleada de felicidad al verla.

"Daniel". Su voz era suave y contenía preguntas que yo estaba deseando responder.

En lugar de eso, le tendí la mano. Mia se detuvo un momento y nuestras manos se encontraron. Me incliné hacia ella para besarla y su cara se acercó a mí. Me devolvió el beso y abrió la boca mientras nuestros labios se apretaban.

Mia respondió a mi pasión feroz y entregada con la suya. Nuestras lenguas se encontraron y nos besamos con una sensualidad que no conocía. Los ruidos del aeropuerto y el ajeteo de la gente se desvanecieron en el fondo.

"Hola", susurré por fin cuando nos separamos de este ardiente beso. Involuntariamente, me di cuenta de que estábamos siendo observados por varios viajeros.

"Daniel", me preguntó Mia emocionada pero también enérgica, "¿qué haces aquí?".

"Eres la persona que he estado buscando", fue mi respuesta, y pensé en todo lo que tenía que decir. "Lo he hecho toda mi vida".

Mia respiró hondo y su bolso volvió a caer al suelo.

"Estuve en tu despacho", continué. Mia me miró fijamente, con los ojos llenos de expectación. Entonces bajé las manos mientras pensaba en mis siguientes palabras. "Eso es lo mucho que te he anhelado". Miró a su alrededor.

"Espera un momento", dijo mientras se agachaba y cogía su bolso. "Hay demasiado ruido aquí, ven conmigo". Se alejó y, por supuesto, la seguí.

"Espera. La alcancé y caminé a su lado. Mi mano se crispó porque quería abrazarla desesperadamente. Mia me dio exactamente una sola mirada.

"Allí". Señaló una cafetería que había junto a la sala de embarque. Era pequeño y las mesas estaban muy juntas.

"¿Vas a volar?", pregunté.

Mia me miró como si absorbiera mi mirada. El constante subir y bajar de su pecho me llamó la atención y esperé a que dijera algo, cualquier cosa. Pero se limitó a negar ligeramente con la cabeza y apartó la mirada como si todo aquello fuera demasiado para ella. Tenía que hacer algo, pero ¿qué?

Nos sentamos en una pequeña mesa para dos. Seguía muy callada, como si estuviera esperando algo. Cuando sus dedos se cerraron alrededor de los míos, tuve que suspirar.

"Me alegro tanto", dije finalmente, mirando su hermoso rostro, "me alegro tanto de haberte descubierto a tiempo". La piel pálida de sus manos destacaba considerablemente sobre la mía bronceada.

"Fue una idiotez por mi parte", dije finalmente, "y Dios sabe que me comporté como un enorme imbécil contigo. No te imaginas cuánto lo lamento". En silencio, pensé en mis palabras. El corazón se me aceleraba, pero no me preocupaba. Era una extraña mezcla de miedo y excitación. Esto importaba mucho: Mia me importaba más de lo que nadie ni nada me había importado nunca.

"Debería haberte apoyado", continué, "y haber confiado en ti. Tenía fe en ti y en nosotros, pero mi miedo no tenía límites".

Mia me escuchó atentamente, pero su rostro no dejaba ver nada y entonces traté de explicárselo todo.

"Ha sido el miedo a la operación", admití. "No ha sido que haya tenido miedo de morir, sino que he tenido miedo de perderte, miedo de perder esto". Luego apreté sus manos. "El enorme miedo de dejarte a ti, a Caroline y a Bella". Mi barbilla temblaba de emoción.

"La verdad es...", dije por fin, cuando me hube calmado un poco, "que dejé que el miedo se apoderara de mí. Normalmente tengo todo bajo control y siempre soy consciente de cómo van las cosas. Incluso he llegado a aceptar que mi esperanza de vida es tan corta. Pero entonces llegaste tú y lo cambiaste todo...".

"¿Cómo?". La pregunta de Mia me confundió, pero su voz y su interés me hicieron confiar.

"Porque me das un sentimiento que no conocía desde hacía años", le respondí, "que es la esperanza".

Sus facciones se transformaron y se suavizaron. Esta vez fue ella quien me apretó la mano. Bajó la mirada brevemente y, cuando volvió a levantarla, sus ojos brillaban con lágrimas.

"No era sólo por ti", dijo, "se sentía así". Su uso del tiempo pasado me confundió, pero me conformé con esperar.

"Todo lo que he hecho ha sido trabajar e investigar", dijo lentamente, "y nunca he dejado que nadie se acercara a mí, quizá Tina, pero no Joey. Todo lo que he hecho ha sido por mis pacientes".

Me soltó las manos y se frotó las suyas mientras venía un camarero y nos ponía dos menús delante.

"¿Puedo ofreceros algo de beber?", preguntó con cierta displicencia. Según mis cálculos, no tendría más de dieciocho años, su piel estaba llena de granos y sus gafas eran demasiado grandes para su cara estrecha. Miré a Mia expectante.

"Té", le dijo. "Earl Grey, con leche fría".

"Un capuchino descafeinado". Asintió, se apartó y volvió a dejarnos solos.

"La primera noche que nos conocimos...", dijo Mia con cuidado, "nunca había experimentado nada igual. Fue increíble. Saber que no volvería a verte me elevó por completo y me liberó". Me miró como suplicando comprensión y yo asentí.

"Pero luego ha vuelto a ser tan -y tan- increíble", continuó, "y he empezado a darme cuenta de lo que eres para mí".

"Eres mi amor", afirmé un poco precipitadamente. Parecía sorprendida.

"Por ti me trasladaré", confesé antes de que pudiera continuar, "porque quiero estar contigo. Lo que haga falta, lo haré. Aunque eso signifique cambiar de empresa o desplazarme". Mia se humedeció los labios y luego se inclinó sobre la mesa hacia mí.

"No", susurró y se me cortó la respiración. Un mundo se derrumbó dentro de mí y una pesadez plomiza que nunca había conocido se apoderó de mí. Mia sacudió la cabeza y una lágrima se deslizó por su mejilla.

"No", volvió a susurrar con toda seriedad. "No puedo permitir que eso ocurra". Me dolía de un modo indescriptible y no pude mirarla a los ojos en ese momento.

"A ti... me mudaré hacia ti", fueron sus palabras redentoras y fue como si el mundo a mi alrededor se desvaneciera. Todo a nuestro alrededor se hundió y solo quedamos Mia y yo.

"¿Qué has dicho?". Mi voz estaba ronca y la agarré de las manos. "¿Qué quieres decir?". Necesitaba que me lo repitiera, porque quería estar completamente seguro de que no me había imaginado nada ni había oído mal.

"Acudiré a ti", volvió a hablar, "porque nunca dejaría que abandones a Caroline y a Bella".

Luego guardó silencio y nos quedamos sentados mirándonos mientras los viajeros seguían su camino a nuestro alrededor. El siseo de la máquina de café y las conversaciones de la gente sentada cerca no parecían reales.

Me quedé sin palabras. Mi miedo fue sustituido por algo que no podía nombrar. Pero mientras miraba fijamente a la mujer de rizos castaños que tenía delante, me di cuenta.

Estaba muy contento.

Y así era. El vacío de mi interior pareció llenarse. Mi corazón saltó de alegría sin ningún temor a que pudiera fallar. Con cada respiración me sentía más cerca de la vida que había imaginado. Mia sanó mi corazón en más de un sentido y me aseguraría de que no se arrepintiera ni un solo día de nuestro futuro juntos.

Capítulo 39

Mia

Me desplazé por los distintos nombres en la pantalla que tenía delante, y reconocí a algunos de ellos de conferencias a las que había asistido. La decisión de trasladarme a Nueva York era una cosa, pero encontrar a alguien que ocupara mi lugar en la consulta y la clínica era otra muy distinta.

Podía dedicarme a la investigación y el desarrollo en cualquier parte, pero lo que me preocupaba eran mis pacientes. Encontrar a alguien que los atendiera con la misma pasión que yo no era tarea fácil. Para operaciones complicadas, bastaba con una llamada telefónica y yo podía viajar, pero Tina necesitaba un socio cualificado y mis pacientes necesitaban a alguien capaz de hacerse cargo de su atención diaria.

El problema era que cada cardiólogo tenía una especialidad. Y los mejores ya tenían consultas y contratos establecidos. Encontrar a alguien que pudiera trasladarse a mi consulta sería difícil, a menos que me aventurara con un médico joven, alguien que aún no hubiera encontrado al socio ideal.

"¿No estás haciendo las maletas?", oí que preguntaba la voz de Tina y levanté la vista.

Estaba apoyada en la puerta, de mal humor, como había estado todo el tiempo desde que le dije que me iría.

"Sabes que no me iré hasta que encuentre a alguien", le dije con seriedad. Sonriendo, señalé las sillas que había frente a mi escritorio. Entonces ella se acercó, se sentó y suspiró sonoramente mientras cruzaba las piernas. Llevaba un traje negro de corte exquisito que favorecía sus curvas y el pelo perfectamente peinado.

"Lo sé, pero eso no facilita tu salida", replicó hoscamente. "Lo siento. Ciertamente me alegro por ti, de verdad. Pero tener que dejarte marchar me pone totalmente melancólica". Volvió a suspirar.

"Tina", empecé. "Sabes que no te voy a dejar del todo, ¿verdad? Sólo estoy a un vuelo de distancia y si tengo que hacerlo, estaré aquí rápidamente".

Ella me miró como si leyera la verdad de mis palabras en mi cara.

"Voy a echar mucho de menos este lugar", continué, "porque hemos construido nuestra consulta juntas desde cero. Significa mucho para mí y siempre lo significará".

"¿Y estás segura de que estás preparada para empezar de cero? ¿Para dejarlo todo y empezar de nuevo? Sólo te hago estas preguntas porque eres mi mejor amiga y me entristecería mucho que no tuvieras absolutamente claro un paso tan importante".

Era una pregunta válida. Que tenía dudas ocasionales no podía negarlo, pero cuando pensaba en *por qué* me mudaba, esas inseguridades eran pensamientos fugaces.

Daniel. Me mudaba porque quería estar contigo.

"Ciento por ciento seguro que sí". Asintiendo con la cabeza, reforcé mis palabras. "Comprometerme con un hombre que me ha tirado de la manta, me ha puesto el corazón en forma y me ha enseñado a correr riesgos, estoy absolutamente segura".

Respirando hondo, me ajusté la americana azul marina que llevaba puesta. Luego cambié de opinión y la colgué del respaldo de la silla encogiéndome de hombros.

"Estoy preparada", continué. "Eso no significa que no tenga miedo. Y tampoco significa que no

esté triste. Principalmente por dejarte aquí, pero también por dejar todo esto". Tina asintió, y probablemente hasta me entendió un poco.

"También hay gente en Nueva York que necesita ayuda médica", sentí que debía explicarle. "Allí puedo hacer el mismo bien... y estaré allí con Daniel". Tina parpadeó como si intentara reprimir las lágrimas.

"Y a ti", dije finalmente, "te encanta Nueva York. Siempre te ha gustado. Nada ni nadie te impedirá venir conmigo. No tenemos que recrear este lugar aquí, pero podemos crear algo nuevo, construir algo y hacer juntos lo que nos gusta hacer aquí". Mientras hablaba así, mis ojos estaban fijos en la pantalla. "Se trata simplemente de encontrar a alguien que se ocupe de los pacientes que tengo actualmente. También de los tuyos, si tal vez decides irte a Nueva York conmigo". Cuando volví a mirar a mi amiga y compañera, su expresión había cambiado. Parecía que, de algún modo, le resultaba más fácil.

"¿Quieres que vaya?", preguntó tímidamente, con la voz apenas por encima de un susurro.

"Oh, Tina", respiré. "Sí. ¿Cómo podría ser de otra manera? La compañía de Daniel está allí y su familia. Él no puede moverse, pero yo sí. Claro que quiero que vengas si tú también quieres. Estoy totalmente arrepentida de no habértelo comentado mucho antes".

Un golpe nos hizo mirar a los dos hacia la puerta. Mary, una de nuestras asistentes, entró con una bandeja de cosas para el té. Los bollos de canela que también llevaba eran nuestra merienda favorita cuando andábamos escasos de dinero. Las dos sonreímos.

"Me ha dado la impresión de que a las dos os vendría bien levantar el ánimo", dijo amablemente, dejando la bandeja entre nosotras antes de alejarse de nuevo. Tina sonrió y cogió la tetera para servirnos una taza.

"¿Podemos llevarnos a Mary?", preguntó con humor. "Cualquiera que esté dispuesta a alimentarnos con carbohidratos azucarados cuando andamos escasos de dinero se merece un viaje a la Gran Manzana". Aliviada, me reí porque el ambiente se había aligerado mucho.

"Ya sabes lo que quería decir", le dije a Tina, aceptando la taza de té con gratitud. Tina dejó caer un bollo de canela en un plato y me lo entregó.

"¿Qué parte?", preguntó.

"La parte de que es un riesgo", dije finalmente, hincando el diente en el bollo caliente y disfrutando de las especias mezcladas con el azúcar glas.

"Porque tengo miedo", continué, "de dejar que Daniel entre en mi corazón". Tina soltó una carcajada. Fruncí el ceño y la vi terminar de masticar y tragar.

"Eso es mentira", dijo con su franqueza habitual. "Ya lo has hecho". Quise contradecirla, dejar claro que me estaba protegiendo de alguna manera. Pero tenía razón, era demasiado tarde. El mero hecho de que estuviera dispuesta a irme de San Francisco era prueba suficiente de que mi corazón le pertenecía.

"Tal vez tengas razón", respondí, poco dispuesta a admitir la derrota. "Pero es más que eso". Pensativa, tomé un pequeño sorbo de té, devolví la taza a su platillo y volví a centrar mi atención en mi mejor amiga.

"Yo también quiero conocer mejor a Caroline y a Bella", expliqué. "Son la única familia de Daniel, como tú eres la mía". En ese momento, las lágrimas que Tina había parpadeado antes comenzaron a fluir. Cerró los ojos brevemente, los volvió a abrir y me miró con atención.

"Y tú perteneces a la mía", me aseguró en un susurro.

"Bella es joven y, como ya no tiene padre, depende de Daniel como modelo masculino", le expliqué a Tina, "y Caroline necesita su apoyo como madre soltera. Ahí es donde yo puedo

ayudar y eso es lo que quiero. Siempre he querido una familia numerosa, pero no me había permitido pensar en ello hasta ahora".

"Confía en mí", dijo Tina, "lo conseguirás. Puede que su composición sea un poco inusual, pero al menos es una familia". Asentí con la cabeza, porque tenía razón. No era exactamente la clásica familia. Estábamos Tina, Daniel, Caroline, Bella y yo. Aun así, tenía una familia, gente a la que quería y gente que me correspondía. Cuando me di cuenta de eso, mi corazón de repente tenía mucho más espacio dentro de mí.

"¿Me ayudarás?", quise saber, asintiendo hacia la pantalla. "Si encontramos a alguien adecuado, podré irme sabiendo que todo irá bien". Tina asintió.

"Claro que te ayudaré", respondió.

"Pero si encontramos a dos", continué, "entonces te vienes conmigo". Se le iluminó la cara y cogió el dispensador de pañuelos de papel de mi escritorio.

"Sabes que te quiero, ¿verdad?", preguntó, secándose los ojos con cuidado para no estropearse el maquillaje.

"Yo también te quiero", le dije cariñosamente, acercando el teclado hacia mí. "¿Qué me dices de ese tipo que conocimos el mes pasado, que acaba de hacer ese reemplazo de válvula cardíaca, pero odiaba el hospital para el que trabajaba?". Tina negó con la cabeza.

"No", dijo con la boca llena, "alborotador. Odiaba sus dos últimos trabajos, lo que me lleva a pensar que el problema es *él*, no los hospitales". Era un buen argumento.

Asintiendo con la cabeza, volví a mirar la pantalla. "La mujer con la que comimos durante el evento farmacéutico". Tina trató de recordar y luego sonrió.

"Me cayó bien", me hizo saber. "Apúntala como posibilidad". Pasamos la siguiente hora repasando los nombres de todos los médicos y médicas que conocíamos y buscando los que no. Al final teníamos una lista de quince nombres para elegir y nos sentamos con un suspiro de alivio.

"Mañana a primera hora me pondré con esa lista", resolví, dando el último sorbo a mi té ya frío.

"¿Mia?".

Me dio una pequeña sonrisa.

"Claro que estoy triste", dijo, "pero si hay algo de lo que estoy segura en este mundo es de que mereces ser feliz de verdad".

Eso fue todo para mí. Empecé a llorar, porque dejar a Tina fue el bajón que me alejó de la alegría pura y dura. Tener su bendición significaba que el último vestigio de duda empezaba a desaparecer. Me levanté, rodeé el escritorio y la estreché entre mis brazos para darle un fuerte abrazo.

"Tú formas parte de esto", le dije con convicción, "y nunca podría ser feliz sin mi mejor amiga".

Capítulo 40

Daniel

Bella se agarró a mi mano mientras caminábamos por la calle. Tuvimos que aparcar casi a una manzana de distancia. El primer día de colegio, todos los padres, a veces los dos, llevan a sus hijos al colegio y a veces derraman alguna que otra lágrima.

Caroline estaba muy alterada desde el día anterior. Aliviada y agradecida, había aceptado mi sugerencia de llevar a Bella al colegio.

"No está nerviosa", le dije a mi hermana. "Pero si te pones a llorar, podrías alterarla". Caroline asintió y desvió la mirada.

"Ojalá pudiera estar aquí", susurró. No había duda de a quién se refería. Ayer estuvo hablando de su marido cuando me enseñó la mochila de Bella y su nueva fiambarrera.

"Lo sé", le contesté en voz baja, "pero en cierto modo lo está y siempre lo estará. Ella es la mitad de él". Al mismo tiempo había señalado el banco del jardín donde Bella había estado jugando con sus muñecas en una mesita infantil.

"Estaré encantado de llevarla", repetí, "y haré muchas fotos".

Así lo hice. Cuando Bella se preparó para salir esa mañana, yo hice al menos veinte fotos de ella y Caroline en la escalinata de la entrada.

"¿Estás nerviosa?", quise saber de Bella ahora que pasábamos junto a los coches aparcados y las madres que ayudaban a sus hijos con las mochilas del colegio. Sacudió la cabeza y sus rizos se agitaron.

"No", dijo con firmeza. "Tendré un *buen* día".

Lo dijo con tanta rotundidad que no pude evitar sonreír. Me di cuenta de que el mundo sería un lugar mejor si los adultos pudieran conservar la confianza y la positividad de los niños. Aquí y ahora, me di cuenta de que esta era una de las cosas que me habría perdido si la operación no hubiera salido bien. Si Mia no fuera la excelente cirujana que era, ahora no estaría caminando a través de la luz moteada con Bella de la mano mientras el sol brillaba a través de los enormes robles a un lado de la carretera.

"Bella, te quiero", le dije mientras nos acercábamos a la puerta del colegio. Luego me detuve y la miré. "Tienes razón, hoy va a ser un gran día". Me tiró de la mano y me sonrió.

"Yo también te quiero", me dijo y seguimos caminando. Cuando llegamos a la puerta del colegio, los profesores estaban allí esperando. La inscripción había sido la semana pasada y Bella sabía exactamente cómo era su profesora. Me soltó la mano, corrió hacia delante y abrazó con fuerza a la mujer antes de volverse hacia mí.

"Necesito una foto para tu madre", le recordé. Bella puso los ojos en blanco, hizo una pose y, riendo, saqué el móvil del bolsillo. Después de unas cuantas fotos, se dio la vuelta y echó a correr hacia las escaleras del colegio. Con un nudo en la garganta, la miré marcharse, preguntándome si los padres a mi alrededor sentirían lo mismo.

* * *

Por suerte, había encontrado aparcamiento delante del colegio de Bella. Pero mis ojos estaban puestos en el asiento del copiloto en lugar de en las escaleras del colegio.

Pasé la mayor parte de la mañana eligiendo la inversión más importante de mi vida. Estaba tan empeñado en asegurarme de que fuera perfecto que examiné todo lo que había en el expositor de antemano. El joyero me dio largos y, con suerte, buenos consejos después. Ahora que esperaba a Bella, sólo podía esperar haber tomado la decisión correcta.

El tañido del timbre del colegio me sacó de mis pensamientos y ya los niños bajaban corriendo las escaleras desde la puerta. Bella corrió directa al coche y yo cogí el pequeño paquete y me lo metí en el bolsillo de la chaqueta mientras ella abría la puerta.

"Entonces", quise saber, "¿ha sido tan genial como pensabas?".

"Sí, tío Daniel, adivina qué, tengo una galleta", me dijo entusiasmada, "y también tengo dos nuevos amigos, Michelle y Solomon, pero puedo llamarle Soli. Hicimos dibujos de nuestras vacaciones e hicimos una cadena de papel. Luego comimos juntos la merienda del recreo. También me subí al columpio durante el recreo. Al final, la señora Hardy nos leyó un cuento". Las palabras le salían a borbotones y dudaba de que hubiera respirado. Narró todo el tiempo, sin apenas detenerse mientras se sentaba en el asiento del coche y yo le abrochaba el cinturón.

"¿Ya nos vamos a casa?", quiso saber cuando me acomodé en el asiento del conductor.

"La verdad es que no", le contesté mirándola de nuevo, "porque he pensado que antes podríamos ir al parque. Mia acaba de llegar y quiere comprarte un helado". Bella soltó un grito de emoción.

"El colegio y el helado", exclamó con regocijo.

Me reí y pensé que no tardaría en crecer y que ya no le fascinaría tanto el colegio. Quería saborear cada minuto de ese entusiasmo infantil. Entonces salí del aparcamiento y me puse en marcha. El parque estaba a sólo dos manzanas y ella charló durante todo el trayecto. Para cuando llegamos al parque, ya conocía a sus dos nuevos amigos a la perfección. Lo había anotado todo en mi mente para poder contárselo a Caroline en caso de que Bella olvidara algo al llegar a casa.

Cuando nos detuvimos junto al parque infantil, vi a Mia sentada en un banco junto a la entrada. Incluso desde esa distancia era preciosa. Llevaba un vestido azul veraniego, el pelo recogido en un moño y leía un libro, con una pequeña sonrisa dibujada en sus labios carnosos. La emoción me embargó y el vacío que se creaba en mi interior cada vez que ella no estaba volvió a llenarse. Hacía dos semanas que no nos veíamos. Mia deshizo su piso y estuvo supervisando los últimos preparativos para mudarse de la consulta. Mientras tanto, yo me ocupé de encontrar el lugar perfecto para que ella abriera una nueva consulta. Era en el edificio contiguo al mío, que ya albergaba dos centros médicos. Pero no serían nada comparados con el centro de última generación que crearía para Mia. Al día siguiente iba a visitarlo todo. Estaba impaciente.

Sin embargo, aún no sabía que después nos reuniríamos con un agente inmobiliario. Esta era una nueva etapa de la vida para los dos y quería elegir juntos nuestro futuro hogar y darle una sorpresa.

Cuando abrí la puerta del coche para desabrochar el cinturón de seguridad de Bella, sólo pude retenerla con dificultad y, antes de que pudiera decir una palabra más, ya estaba fuera y corría hacia Mia.

"¡Mia!", gritó, radiante de alegría, y corrió hacia ella. Mia levantó a mi sobrina en el aire y enseguida la abrazó cariñosamente. Me eché a reír, corrí hacia las dos y Mia volvió a bajar a Bella al suelo.

"Cariño", le dije suavemente, bajando los labios hasta los suyos y rodeándola con los brazos, "te he echado tanto de menos". En el aire flotaba el ligero aroma de su perfume cítrico que siempre llevaba y di un paso atrás.

"Yo también te he echado de menos", respondió Mia y me sonrió, deslizando su mano por la mía

mientras miraba a Bella.

"¿Y bien?", preguntó, "¿Qué tal tu primer día?". Bella le dedicó una gran sonrisa.

"¡Bien!", asintió, dándose la vuelta y mirando a su alrededor. "¿Podemos tomar un helado?". Mia soltó una sonora carcajada y señaló hacia la furgoneta de los helados que estaba justo detrás del muro del parque infantil.

"Claro que sí", contestó. Bella cruzó corriendo la verja, Mia y yo la seguimos, entrelazando nuestras manos. Cuando llegamos, miró el surtido y eligió una bolsa de helado de chocolate sin dudarlo. Quise pagar, pero Mia me hizo un gesto para que no lo hiciera.

"La invito yo", dijo, "un helado para el primer día de colegio de Bella". Bella volvió a abrazar a Mia y nos dirigimos a los bancos del parque, donde se sentó y desenvolvió el helado. Bella le dio las gracias a Mia y se dirigió a la estructura para trepar mientras daba lengüetazos al cucurucho de helado.

"¿Quiere trepar y comer helado al mismo tiempo?", se preocupó Mia, observando atentamente a mi sobrina.

"No podrás impedirlo", le aseguré. Ella se apoyó en el banco, con la mano en mi muslo, observando cómo Bella empezaba a trepar con una sola mano.

"¿Mia?", me dirigí a ella en voz baja y se volvió hacia mí, sonriendo. "Tengo algo que decirte". Mia se quedó callada y vi un breve atisbo de preocupación deslizarse por sus bellas facciones. Una ligera brisa movió los mechones de pelo que tenía junto a la mejilla y alargué una mano para acariciárselos. Luego respiré hondo, cogí su mano y la apreté con fuerza.

"Me has curado el corazón", empecé. Estaba a punto de decir algo, pero continué rápidamente. "No sólo por la operación, aunque no estaría aquí sin ti. Me curaste de formas que nunca creí posibles".

"Me hiciste un futuro", continué, señalando a Bella. Su rostro se suavizó y su boca se crispó ligeramente en los bordes. "Me diste momentos como éste, momentos que atesoraré para siempre". Ahora intentaba recordar las palabras que había estado ensayando en mi mente durante todo el día.

"Quiero pasar este futuro contigo", le confesé. Entonces le solté la mano y me levanté para arrodillarme frente a ella. Mia se tapó la boca con la mano, con los ojos desorbitados.

"Cásate conmigo", le dije simplemente. "Comparte tu vida conmigo". Mia negó con la cabeza, asombrada. Se inclinó hacia delante.

"¿No lo entiendes?", susurró, "eres tú quien me ha curado". En ese momento oí a Bella ulular detrás de nosotros y se detuvo a nuestro lado.

Tenía la carita untada de helado y nos miraba a Mia y a mí.

"¡Sí!", exclamó ahora Mia. "¿Crees que podría haber otra respuesta que no fuera 'sí'?". Abrí la caja que tenía en la mano, saqué el anillo de la caja, alcancé la mano de Mia y se lo puse con cuidado en el dedo; gracias a la ayuda de Tina, encajaba a la perfección.

Nos besamos íntimamente mientras Bella gritaba de alegría. Su emoción atrajo la atención de los demás padres e hijos y se oyeron aplausos y palmas. Sonriendo, nos miramos después de soltarnos del abrazo.

"Tengo que decírselo a mamá", dijo Bella mientras la cogía en brazos, "y soy la niña de las flores". Mia se rio.

"Serás la niña de las flores más guapa de la historia", le predijo a Bella, sonriéndome.

"Serás la novia más guapa", le dije en secreto, cogiéndole la mano.

"Deja que te sorprenda", me susurró.

Entonces me levanté y cogí a Mia en brazos mientras Bella aplaudía emocionada. Mia levantó la cara hacia la mía y yo me incliné para besarla de nuevo. Cuando nuestros labios se encontraron, el mundo volvió a hundirse a nuestro alrededor. Eso era todo. Aquella era la vida que hacía latir nuestros corazones y nos llenaba el pecho de amor con cada respiración. Tenía entre mis brazos a mi amor, mi todo, y el futuro nunca había sido tan brillante. Cuando miré a Mia a los ojos, su rostro parecía tan tranquilo como nunca lo había visto.

"¿Qué?", le pregunté.

Mia sonrió y negó brevemente con la cabeza. "Crees que he curado tu corazón", empezó, mordiéndose brevemente los labios antes de continuar, "cuando eres *tú* quien ha curado el mío".

Fin

Continuar leyendo

¿Quieres leer otro libro mío? Entonces consigue el siguiente libro ahora mismo. Aquí tienes una pequeña reseña:

¡No es falso, Jefe!: Un acuerdo con consecuencias

Enamorada - comprometida - engañada.

Mi prometido me engaña. Y como eso no es suficiente, también lo hace con mi mejor amiga. Estoy destrozada y me mudo con mi hermana.

Pero no puedo seguir así, necesito una distracción, así que voy a un club y conozco al hombre más sexy que he visto en mi vida. Me siento mágicamente atraída por él. Pasamos una noche caliente en su Porsche. ¡La aventura perfecta de una noche! - ¡Jamás me lo habría imaginado!

Al día siguiente recibo un nuevo encargo de mi jefe. ¿Y quién es el multimillonario cuya empresa está a punto de pasar por una gran fusión y está recibiendo amenazas de muerte? Exacto: Ethan Philips, mi ligue de la noche anterior. Y como eso tampoco es suficiente, quiere que nos casemos de mentira para que nadie se dé cuenta de que soy su guardaespaldas.

¿Debería aceptarlo? ¿Puedo seguir siendo profesional y resistir la atracción que hay entre nosotros? Podría perder mi trabajo. Podría perderlo todo.

Y para asegurarte de que nunca te pierdes un nuevo libro mío y también recibir notificaciones sobre promociones automáticamente, sígueme en mi página de autor de Amazon. Sólo tienes que hacer clic en "+Seguir" debajo de mi logotipo. También puedes encontrar todos mis libros aquí.
<https://www.amazon.es/Lilli-James/e/B09SJ4KN9D>